

LA UNIÓN FARBOUND

EL
CUARTO RIEL

Novela

Primer arco · muestra gratuita

MANUEL A. DOMINGUEZ

EL CUARTO RIEL

TAMBIÉN EN LA UNIÓN FARBOUND

Disonancia

LA UNIÓN FARBOUND

EL CUARTO RIEL

Novela

Primer arco · muestra gratuita

MANUEL A. DOMINGUEZ

El cuarto riel

Título original: *The Fourth Rail*

Una novela de la Unión Farbound

Copyright © 2026 Manuel A. Domínguez. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse ni transmitirse en ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso por escrito del autor, salvo citas breves en reseñas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, organizaciones y sucesos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con sucesos reales es pura coincidencia. Las ciudades de este libro parten de lugares reales; sus historias futuras son inventadas.

Esta es una muestra gratuita del primer arco de la novela (capítulos 1 a 23, Primera parte: Fuente), distribuida por el autor en mudnewspackage.com. La novela completa está disponible en inglés, en tapa dura, tapa blanda y Kindle, en Amazon.

Este libro y su cubierta se desarrollaron con herramientas de inteligencia artificial generativa bajo la dirección del autor. Esta traducción al español se hizo con herramientas de inteligencia artificial generativa y se revisó con herramientas automáticas; no la hizo un traductor humano. Véase Investigación y ficción al final del libro.

Para mi esposa, mi ángel y mi demonio de Tasmania.

Estas páginas son tuyas, con todo mi amor.

Índice

Nota sobre las lenguas	VII
PRIMERA PARTE: FUENTE	I
1 Novecientos litros	2
2 Ocho y veintiocho, ocho y treinta y nueve	7
3 Páginas pasadas más rápido de lo que nadie puede leer	13
4 Cangrejos herradura	18
5 Cebollas sin cambio en cero	21
6 Notas para la cara conocida	27
7 Si llegan al cuarenta y uno	32
8 Tren o movimiento atendido	39
9 La caja fuerte de la estación	48
10 La cara de su padre	54
11 Nadie pidió una línea del hogar	59
12 Vencejos en el claristorio	65
13 El tanque de la azotea	70
14 El baile del perro	76
15 Cuarenta y ocho tramos	84
16 Un encogimiento de hombros con punto decimal	90
17 Arriba es un cajón	97
18 Andén Once	101
19 Pinta el óxido	106
20 Porque nadie lo sostiene	112
21 Al restablecerse el servicio de ascensor	117
22 Las rodillas	122
23 Invicto	127
Fin de la muestra	134
Personajes	135
Lugares e instituciones	137
Cómo leer las lenguas	138
Glosario	140
Investigación y ficción	154
Sobre el autor	155
También de Manuel A. Domínguez	156

Nota sobre las lenguas

El corredor habla tres lenguas, y en este libro la gente las habla en la página: Span en Gotham, Latch en Liberty y el Commonwell, y Switch en Garden. No hace falta aprenderlas. La narración lleva lo que importa, y la mayoría de las líneas se explican solas en el momento.

Cuando se encuentran personas de Bastiones distintos, cada una habla su propia lengua, y la costumbre de comprobar del corredor, llamada la Triple Verificación, lleva el sentido de un lado a otro: de dónde vino una cosa, si se entendió y en qué estado está. El libro mantiene a cada hablante en su propia lengua, como hace el corredor.

El Estándar Imperial es la lengua de la oficina de guerra. En la edición original es el inglés; en esta edición, las líneas en la lengua estándar aparecen en español, mientras que las lenguas inventadas se mantienen tal como están escritas. El Estándar aparece cuando alguien habla a la guerra o en nombre de ella, y en avisos, formularios, transmisiones y cartas, porque la escritura se hace en el estándar.

La historia la cuenta Ayida, que reúne lo que la gente le cuenta junto al agua.

Al final del libro: *Personajes*, *Lugares e instituciones*, *Cómo leer las lenguas* y un *Glosario* de cada palabra que se dice en las tres lenguas.



PRIMERA PARTE

Fuente



1

Novecientos litros

Soy Ayida. Le hablo después del Postono, y primero le diré qué significa esa palabra para mí, porque la gente del corredor la usa a la ligera y preferiría que usted no lo hiciera.

Antes de él, yo podía sentir. El agua moviéndose contra la piedra, el peso de una marea recostada sobre un malecón, una tubería que se aflojaba cuando se cerraba una válvula a tres calles de distancia, un nombre dicho sobre una palangana. La gente me encontraba a través de esos contactos y les daba sentido con lo que tenía: una canción, una oración, un medidor, una rodilla adolorida antes de la lluvia. Yo no podía quedarme con nada. Tocaba y me iba.

Algo ocurrió muy al sur, en una ciudad cuya gente tiene su propia versión de ello. Después pude quedarme. Pude sostener un relato el tiempo suficiente para querer la parte siguiente. Eso es todo lo que me dio el Postono: quedarme. No me dio ojos. No me dejó entrar en la cabeza de nadie.

Así que esta es una crónica hecha de lo que la gente me contó junto al agua y de lo que sentí en el agua por mi cuenta. El corredor tiene una manera de comprobar una afirmación antes de confiar en ella, y yo la he tomado prestada. La primera comprobación pregunta de dónde vino una cosa y a quién incluye. Todo lo de esta primera parte me llegó en Gotham, en la escalinata del puerto, en la columna de agua de un distrito y en el tanque de un viejo vagón de tren que gotea por las juntas. Cuando digo *nosotros*, me refiero a la gente que estuvo allí. Cuando no sepa algo, lo diré.

La escalinata del puerto bajo el cuarto municipio desciende hasta el agua en nueve hileras de granito viejo, y las tres de abajo quedan cubiertas con la marea alta. La piedra tiene ranuras talladas donde antes se amarraban los botes. Los niños se retan a pararse en el cuarto escalón cuando entra la estela de un remolcador de carga. El escalón está resbaladizo de algas y la estela llega a la rodilla, y cada verano la madre de alguien saca del agua al hijo de alguien agarrándolo del cuello de la camisa.

Al atardecer la escalinata es de otra gente. Los viejos se sientan en las hiladas secas con sedales de mano y un balde entre los pies y pescan sargos, y últimamente lubinas negras, que sus padres nunca vieron tan arriba en la costa y de las que hablan como la gente habla de un vecino nuevo que resulta ser rico. Las mujeres enjuagan las trampas para cangrejos en el agua que bate abajo y discuten sobre el aviso colgado en la baranda, que dice que no se coma lo que atrapan las trampas, y que nunca se ha visto a nadie obedecer. Los cormoranes se paran sobre los tocones de los viejos bolardos con las alas abiertas para secarlas, como ropa tendida.

Las gaviotas reidoras se llevan lo que quede en la piedra. La salida pluvial bajo la escalinata exhala un olor a calle caliente y sal, y el puerto responde con diésel y algas, y con la marea parada los dos olores se sientan juntos en la escalinata y a nadie le molestan.

Un joven llamado Ezra Mensah-Rosenblum bajó esa escalinata por primera vez la tarde en que se cerraron los accesos orientales. Lo sentí porque puso la mano plana en el agua en la quinta hilada y la dejó allí. La gente que viene a tirar algo se mueve rápido. La gente que viene a lavarse se mueve en círculos. Él no hizo ninguna de las dos cosas. Se quedó quieto con el puerto recostado sobre su palma, y al cabo de un rato habló.

No dijo mi nombre. La mayoría no lo dice, la primera vez. Dijo: «Ai nul novi sike en di tama nek» que es la manera de los jóvenes, primero el hablante, y significa que no sabía si esto era algo de verdad, y luego me contó su día.

Voy a darle su día tal como él me lo dio, y luego el de su abuela, y luego le diré lo que sentí en la escalinata ese verano, que es menos de lo que usted querría.

* * *

Antes de su día, una cosa fuera de su orden, de más adelante ese verano.

Lo sentí.

Esto es mío. Es lo único de Tres Vías que es mío.

El tanque. Novecientos litros, colgado bajo el piso entre los bojes. Lo había perdido en la oscuridad una hora y media antes, cuando se metió demasiado bajo la ciudad. A la segunda campanada y unos minutos pasada la medianoche, volvió a mí, todo de golpe, porque se rasgó, y novecientos litros de agua se derramaron de un tanque de acero sobre balasto caliente en una trinchera de ladrillo bajo un río, y el agua que de pronto queda suelta en el mundo es algo que puedo sentir desde muy lejos. Es como un grito.

Sentí rasgarse el tanque. Sentí el agua salir de él en una sola corrida larga, sobre la piedra, hacia el desagüe al pie del muro de la trinchera, abajo, a la vieja alcantarilla bajo las vías, hacia el río. Sentí el vagón volcarse, o volcarse a medias, porque el agua del tanque se fue de lado antes de salir. Sentí caer el peso del vagón.

No supe qué significaba. Solo supe que el tanque que había estado sintiendo todo el verano, el que Tavi llenaba y al que le cantaba, estaba vacío, y que su agua se iba corriendo por el balasto, y que algo muy pesado había ocurrido encima de él.

* * *

Ezra me dio su primer día en la escalinata del puerto esa tarde. Ocurrió el día en que se cerraron los accesos orientales, al pie de la Columna Nueve y en la cocina de la Harrow.

Ezra tenía diecisiete años y llevaba comida para Tres Cocinas, las cocinas obreras de los municipios del este que alimentaban a cuadrillas nocturnas, clínicas, mecánicos de ascensores, a cualquiera con una tarjeta de comidas o un amigo. Repartía a pie porque la prioridad de ascensor costaba dinero y sus piernas no. Llevaba a la espalda un armazón de reparto, de tubo de aluminio con cajas aisladas sujetas con correas, y en la muñeca una tarjeta de ruta en una funda que le decía qué distrito, qué columna, qué puerta.

Los accesos orientales se cerraron a la segunda campanada después del mediodía. Lo oyó como lo oyó todo Gotham: dentro del pronóstico del clima. Las pantallas públicas de

los rellanos de los distritos pasaban el pronóstico de la tarde, una franja caliente de naranja sobre los municipios con una cifra de humedad que hacía maldecir a la gente, y debajo del pronóstico llegó el tono, tres notas ascendentes, y el texto: ACCESOS ORIENTALES CERRADOS POR MANTENIMIENTO PROGRAMADO. La oficina de guerra llevaba tanto tiempo usando el mismo tono para las alertas del clima y las alertas de tránsito que nadie menor de cuarenta años podía oír la diferencia, y a la oficina de guerra le gustaba así.

Estaba al pie de la Columna Nueve cuando llegó, donde el mercado callejero del cuarto municipio crece alrededor de la columna pública de agua como el musgo alrededor de un desagüe. No es gran cosa como mercado. Un carrito de masa frita. Un hombre que afila cuchillos en una rueda de pedal y que le contará a usted la historia entera de su familia mientras lo hace. Dos mujeres que venden zapatos usados por par y sueltos, los sueltos más baratos, para la gente que ha perdido un pie o solo necesita uno. Niños que intercambian calcomanías sobre la falda de cemento de la columna: los avisos azules de interrupción que los distritos pegan en los ascensores muertos y los grifos secos, y los sellos rojos de movilización que la oficina de guerra pega en todo lo que se ha llevado, que los niños despegan de noche e intercambian según su rareza. Un sello rojo de una barcaza requisada valía seis azules esa semana. Uno azul de la puerta de una clínica no valía nada, porque había tantos.

—Ru ruma lini, pantaya rel —dijo Rosalind Kwan, que vendía melón en rodajas al pie de la Columna Nueve desde una hielera sobre una carretilla. Lo dijo en Span, como los comerciantes de Gotham decían cualquier cosa de la que dudaban: primero el suceso, luego la cosa, luego dónde lo había oído, y su fuente era la pantalla, lo cual en Span es una especie de broma. Ezra le compró una rodaja de melón porque siempre lo hacía, y ella le regaló la punta del siguiente porque siempre lo hacía, y le contó que las cebollas de Garden no estaban llegando. Luego tomó un cabo de tiza e hizo una marca corta en el costado de la hielera, y Ezra le preguntó para qué era, y ella dijo: «Dia. Mor konta alyen dei.» Días. Alguien debería contarlos.

Esa fue toda su tarde, después. Las cebollas.

Tres Cocinas funcionaba con el trueque a través de la línea. Gotham tenía aceite: fundido y prensado y comprado en bidones a las procesadoras del puerto. Garden tenía cebollas, y ajo, y los buenos pimientos secos de los cinturones agrícolas al pie de los terraplenes de carga. Las cocinas intercambiaban. No era legal y no era secreto. Los comedores de Garden mandaban sacos por los patios de intercambio en el fondo de las entregas de carga, y las cocinas de Gotham devolvían aceite, y cada encargado del camino se quedaba con una parte o un favor, y la oficina de guerra fingía no saberlo porque también comía en esas cocinas.

Cuando se cerraron los accesos orientales, el intercambio del cruce del río se cerró con ellos. Los sacos que llevaban desde la mañana del lado de Garden se quedaron del lado de Garden. El primo de alguien en una oficina de patio mandó aviso por la radio del encargado de que intentarían con el carguero costero, que daba la vuelta larga por la ruta exterior y tardaba cuatro días de depósito a cocina.

—Kar dia —dijo la mujer que llevaba la cocina del piso cuarenta y uno de la torre de distrito Harrow. Se lo dijo a Ezra porque él estaba de pie frente a ella con el armazón vacío—. Ten ai sen des fena nori, o sen bi des fena yori. Novi tu fena les sebol ka?

—Sopa —dijo Ezra.

—Moyi —dijo ella—. Moyi e. Pon marko de tu. Lava mani de tu. Ru koti tu.

Cuatro días, quería decir, con ciento diez cenas que mandar esta noche y ciento veinte mañana, y si él sabía lo que era una cena sin cebollas. Aguada, dijo ella de su respuesta. La sopa era aguada. Luego: el armazón al suelo, las manos lavadas. Le tocaba picar.

* * *

Aquí tengo que detenerme y hablarle de ella, y de por qué no le daré su nombre.

Era la hermana de Sera. Sera entra en esta crónica más adelante, y es su centro, aunque nunca me contó ella misma ni una palabra. Su hermana llevaba la cocina de la Harrow, una de las once cocinas que Tres Cocinas tenía en el cuarto municipio, y la llevaba como otros llevan un barco. Sabía dónde estaba cada bidón de aceite, cuánto había costado, quién lo había cargado y qué les debía. Sabía qué Guardianes comían allí en sus descansos y cuáles venían a mirar las caras de la fila. Tenía un hijo. Era pequeño ese verano, tan pequeño que cabía sentado dentro de una olla de caldo, cosa que hacía, y no estaba en el padrón de hogares. Había una razón para eso, que le pertenece a su madre. Hubo consecuencias, que le pertenecen a esta crónica.

La gente que me habló de esa cocina nunca usó su nombre en el agua. Decían «ermana de Sera» o «kosinera de Harrow» o «e» que es la hermana de Sera, la cocinera de la Harrow, ella. Lo hacían a propósito, y yo he conservado su costumbre. Un nombre dicho en un puerto va a alguna parte. No siempre sé adónde.

* * *

Ezra me dio la cocina esa misma tarde, y la historia que de ella contaban los porteadores en otras tardes. Ocurrió entre la tercera campanada y la quinta de aquella primera tarde, en la torre de distrito Harrow.

La cocina de la Harrow eran dos cuartos unidos, a cuarenta y un pisos de altura, con ventanas a un pozo entre torres donde la luz bajaba gris y rebotaba en paredes mojadas. El circuito de enfriamiento del distrito pasaba por el techo en gruesas tuberías aisladas que sudaban sobre el piso, y alguien había colgado bandejas bajo las peores juntas y las vaciaba dos veces por turno en el fregadero de ollas. Dos fogones de inducción, seis quemadores en una línea de gas que oficialmente no existía, un abatidor de temperatura que funcionaba cuando aguantaba la energía del distrito. Una pared de estantes: bidones, sacos, frascos, una pizarra con nombres en tiza. Todo olía a aceite caliente y comino y al moho que exhalaban los huecos detrás de los azulejos.

Primero había sido la cocina de su madre. Ezra lo supo por los porteadores, que lo supieron por todo el mundo. La madre la había llevado durante treinta años, a lo largo de dos movilizaciones y un incendio, y ocho años atrás estuvo una mañana frente al fogón y le entregó la paleta a su hija mayor y se sentó en el bidón bocabajo junto a la puerta, y desde entonces seguía sentada allí, pelando, probando y diciéndole a la nueva cocinera lo que hacía mal. La hija menor entró en los Guardianes a los diecisiete. La gente del cuarto municipio decía que la madre había criado una hija para alimentar al distrito y otra para cargarlo, y lo decía como un elogio, y la madre, cuando lo oía, decía que había criado dos hijas para que discutieran con ella y que en eso las dos habían salido bien.

Ezra picó lo que había. Puerros de las camas de cultivo de la azotea, amargos y delgados. Apio. Dos ristras de ajo que la cocinera había estado guardando. La cocinera estaba frente al fogón con una paleta y cara de contadora y lo probaba todo.

—Re feni nana de tu fena de kapel ka? —dijo ella. Conocía a su abuela como la conocía todo el cuarto municipio, porque Nana Efua Rosenblum cocinaba para las cenas de la iglesia en el piso treinta de la torre Aldine desde antes de que naciera la cocinera.

—E dera ke ru piora koro nek.

—Ru piora e ka?

—E dera di kada yera.

Si su nana seguía cocinando las cenas de la iglesia, quería decir. Ezra dijo que su abuela decía que el coro estaba cada vez peor, y cuando la cocinera preguntó si era cierto, él dijo que su abuela decía eso todos los años.

Él picaba. El hijo de la cocinera estaba sentado bajo la mesa de acero con una cuchara y una tapa y dirigía una guerra entre ellas. Ganó la tapa. La cuchara fue mandada a un campo. Cuando Ezra se rio, el niño lo miró con toda la cara, y luego volvió a la cuchara, que se había escapado.

A la quinta campanada la madre de la cocinera entró por su propio pie, cosa que no siempre lograba. Era una mujer pequeña con una cánula nasal pegada con cinta a las mejillas y un concentrador en un carrito detrás de ella, de los que hacían pasar el aire de la habitación por un lecho de tamiz y le devolvían el oxígeno. Necesitaba energía limpia. Zumbaba. Lo dejó junto a la puerta y se sentó en un bidón bocabajo y se puso a pelar papas, y le dijo a su hija que los puerros estaban cortados demasiado gruesos.

—Ezra ma koti dei.

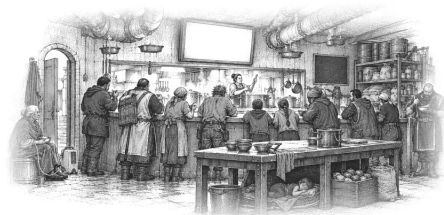
—Don ma koti Ezra dei dema espeso.

Los había cortado Ezra, dijo la cocinera. Entonces Ezra los había cortado demasiado gruesos, dijo su madre. Ezra me contó que la anciana tenía razón. Me lo contó con gusto.

Luego ella le preguntó de dónde eran los puerros, y él dijo que los había sacado de las camas de cultivo de la azotea esa mañana, como cualquiera menor de treinta decía cualquier cosa en Gotham ahora, primero quién y luego qué, y ella dejó la papa y le dijo que lo dijera como se debía. Como se debía era el orden antiguo, el orden que los despachadores todavía usaban en la radio y los mayores todavía usaban para una historia: primero la cosa, luego quién, luego de dónde lo sabías. *De las camas de la azotea, los puerros, esta mañana. Sacados por mí.* Ezra lo dijo. Ella le hizo decirlo otra vez con la fuente al final, *dek*, el viejo marcador para algo que uno había visto con sus propios ojos, que nadie de su edad usaba frente a un fogón.

—Pale tu komo ke en tu sola tama ri ma pasa e nek nek —dijo ella, y retomó sus papas. Él hablaba, quiso decir, como si fuera lo único que hubiera pasado.

La cocinera, frente al fogón, dijo en el orden joven que su madre llevaba sesenta años corrigiendo la gramática de todo el municipio y todo el municipio llevaba sesenta años ignorándola. La anciana no levantó la vista. *Ignorada*, dijo, *por el municipio. Vista, por mí.* El niño bajo la mesa se rio sin saber por qué, y Ezra me contó que esa fue la primera vez que entendió que la manera de hablar de su abuela y la suya eran la misma lengua, yendo hacia alguna parte.

*Ocho y veintiocho, ocho y treinta y nueve*

Una papeleta de trabajo, papel de la sala de relojes, del bolsillo de un abrigo en Liberty. Nunca la he tocado. En el papel no hay agua. Pero Grace Adebayo-Kim me la leyó junto al fregadero de la sala de relojes tantas tardes, con el grifo corriendo sobre su taza, que puedo dártela tal como ella la decía, línea por línea, y las dos líneas que dejaba vacías.

SALA DE RELOJES PÚBLICA DEL DISTRITO DEL PUERTO. SEGUNDO PISO. TIERRA BAJA.

PAPELETA DE TRABAJO. Use una papeleta por discrepancia.

Receptor: cívico. Desfase: corregido en el día, ver libro. Entrada: CONFIRMADO ATAQUE DE GARDEN CONTRA EL ESCUDO ORIENTAL. Origen: Gotham, anuncio público. Recibido: octava campana, veintiocho minutos.

Receptor: estándar de emergencia. Desfase: no se requiere. Entrada: informe de contacto, escudo oriental, posible entrante, fuente no verificada, se solicita ventana de repliegue. Origen: mando de Gotham, canal heredado. Recibido: octava campana, treinta y nueve minutos.

Intervalo: once minutos. Orden de recepción: la confirmación antes del informe.

Revisado por: yo. Revisado conjuntamente por: Para archivo (marque una): ventanilla de correcciones [] arriba []

Encargada: G. Adebayo-Kim.

—Ok bi des ok —decía ella—. Ok tiri des nen. Ocho y veintiocho; ocho y treinta y nueve. Lo decía como su madre había bendecido la mesa, me contó, solo que con los números donde debería ir la comida.

Yo no le pregunté nada. No puedo preguntar. Pero una tarde me respondió de todos modos, sobre las dos casillas. Dijo que una casilla es una pregunta, y que todavía no había decidido a quién se le permitía responderla. Dijo que la papeleta era lo más pequeño de la sala de relojes y que era lo único en todo el edificio que sabía de qué estaba hecha la guerra.

Luego secó su taza y se fue a casa, y la papeleta se fue con ella, en el abrigo, contra sus costillas.

Te contaré de dónde salió esa papeleta, y adónde fue, y de quién era la vida que abrió. Todavía no. Por ahora solo necesitas las dos horas, y los once minutos entre ellas, y un formulario con dos casillas vacías al pie, esperando a que alguien marque una.

* * *

Ezra me dio esto en la escalinata del puerto aquella primera noche. Pasó a la sexta campana, en la cocina de la Harrow.

Esa tarde la cocina sirvió ciento once cenas, una más de las que decía el tablero, porque una mecánica de ascensores llamada Marisol Okafor-Brandt entró con grasa hasta el codo y sin tarjeta y la cocinera le dio de comer. La cena era un guiso de puerro y papa con un poco del aceite precioso, sobre pan plano partido, con una cucharada de pasta de pimienta de un frasco que la madre de la cocinera guardaba detrás de la harina. La gente comía de pie. Cuadrillas de noche, un camillero de la clínica llamado Oyelaran todavía con su tabardo, dos adolescentes del octavo piso llamados Wren y Kofi que no querían decir por qué no comían en casa. Cerca del final entró un Guardián, un hombre ancho con un sello rojo en la placa de la muñeca y una lista de nombres escrita en tinta a lo largo de la cara interna del antebrazo, y comió de espaldas a la pared y no miró la cara de nadie, cosa que la cocinera notó y aprobó.

—Rubén —dijo ella—. Pari tu komo ke ma senta alyen nal tu nek. Parecía, quiso decir, como si alguien se le hubiera sentado encima.

—Dril —dijo él—. Tercera di mes. Un simulacro. El tercero de ese mes.

Marisol, en el codo de al lado del mostrador, le dijo algo que Ezra no alcanzó a oír, y Rubén se rio dentro de su cuenco, una risa corta que pareció no esperarse, y luego volvió a mirar la pared como si la pared lo hubiera dicho.

La pantalla pública sobre la ventanilla de servicio mostraba el tablero de la tarde. Clima: el calor no iba a ceder. Resultados de los municipios en los juegos regionales: el cuarto municipio había perdido a la pelota de pared contra el sexto, cosa que Oyelaran se tomó como algo personal, y Wren, que jugaba en el equipo juvenil del municipio, le dijo que el sexto había hecho trampa, y le explicó cómo, con la cuchara, durante un buen rato. Aviso de raciones: asignaciones de aceite reducidas para la semana próxima por razones de abastecimiento. Y debajo de todo, en una franja de texto más pequeño que corría sin parar, el tablero de bajas, que listaba los nombres de los militares de Gotham muertos en los accesos orientales, con rango y distrito. Llevaba ahí tanto tiempo que la gente leía los resultados deportivos a través de él como se mira por una ventana con una grieta.

Ocho nombres esa tarde. Oyelaran los leyó en voz alta, bajito, como quien lee un horario de autobuses. Uno era del distrito de la Harrow. La cocinera dejó la pala y fue al tablero junto a los estantes y escribió el nombre con tiza al lado de los otros. Luego volvió a tomar la pala.

Ezra me contó esta parte con la mano en el agua y la voz haciendo algo que no había hecho antes. Dijo: «Ai nul ma novi e.» No lo había conocido.

Sentí que su mano apretaba contra el escalón. Eso es lo que puedo contarte. No puedo contarte lo que él sintió.

* * *

Ezra me dio esto la misma noche. Pasó a la séptima campana, en la cocina de la Harrow.

El programa cómico empezó a la séptima campana, y la cocina se detuvo. Primero salió la tarjeta de la oficina de guerra, como antes de cada emisión ese verano, letras blancas sobre rojo: ESTE PROGRAMA LES LLEGA GRACIAS A LA OFICINA DE GUERRA. LA RISA ES PREPARACIÓN. Kofi lo dijo a la par de la voz que lo leía, y también media sala.

Quizá no conozcas el programa. Lleva emitiéndose de una forma u otra desde antes de que naciera nadie que siga vivo, y sale en tres versiones: una hecha en Gotham, una en Garden, una en Liberty. Los personajes son los mismos en las tres: un hombre de Gotham, una mujer de Garden, un oficinista de Liberty, sus vecinos, sus hijos, un perro que habla y cuya lealtad cambia según la temporada. En la versión de Gotham el hombre de Gotham es listo y valiente y la mujer de Garden es una tonta escandalosa que le roba el cableado, y el oficinista de Liberty siempre está pidiendo un formulario. En la versión de Garden la mujer de Garden es lista y valiente. Ya te imaginarás la versión de Liberty.

Todo el mundo en el corredor ve su propia versión. Todo el mundo en el corredor ve también las otras dos, en secreto, para enterarse de cómo se burlan de ellos, y finge que no.

La nueva temporada había empezado esa semana. La versión de Garden había hecho algo que no había hecho nunca en la memoria de nadie: le había dado al hombre de Gotham un episodio triste. Se le descompuso el ascensor y su madre se quedó atrapada en el piso treinta, y la mujer de Garden le subió una olla de sopa por las escaleras, treinta tramos, y el hombre de Gotham se enteró y no dio las gracias, y el episodio lo dejó no darlas.

La cocina de la Harrow veía la versión de Gotham en la pantalla de la ventanilla, a todo volumen, y se reía de la mujer de Garden con la cabeza atorada en un tubo de desagüe. Kofi se sabía todas las líneas del perro y las decía un instante antes, y Wren le pegaba con un delantal doblado cada vez, y las cuadrillas de noche en el mostrador empezaron a apostar a si él pararía antes de que a ella se le acabaran los delantales. Luego, cuando ya quedaba poca gente en la sala y el fregadero de ollas estaba corriendo, la madre de la cocinera sacó el receptor pequeño que guardaba en el delantal, y la cocinera se dio vuelta para no tener que ver, y la madre de la cocinera encontró la emisión de Garden en una banda que se colaba por encima del río de noche, y volvió a ver el episodio de la sopa con el sonido bajo.

—Ma feni dei e suavi —le dijo la cocinera al fregadero de ollas. Lo habían ablandado.

—Ma feni dei e kansa —dijo su madre—. En di odi tama. Lo habían dejado cansado, quiso decir ella, y eso era otra cosa.

El hijo de la cocinera se había dormido bajo la mesa de acero sobre un delantal doblado. Ezra me contó que lo miró y pensó: si viene la gente del padrón, ¿adónde va él?

Ese es el pensamiento de Ezra, y él me lo dijo. De otro modo yo no lo habría sabido.

* * *

Ezra me dio esto al final, la primera noche, con la mano plana en la quinta hilada. Pasó después de la octava campana, en la cocina de la Harrow y en el rellano de afuera.

Sera entró después del programa, cuando las sillas ya estaban sobre las mesas.

Ezra la había visto antes, como se ve a cualquiera que pertenece a una cocina para la que uno trabaja: una silueta al final de un turno, un abrigo en un gancho. Esa noche la miró bien, porque ya no le quedaba nada que picar. Era más alta que su hermana y más delgada, con el gris oscuro de una Guardiana de distrito y el tabardo desabrochado por el calor, y el sello rojo de la placa de la muñeca atrapó la luz de la ventanilla cuando se llevó la mano a la oreja. Usaba un aparato auditivo, una concha pequeña detrás de la oreja derecha con un hilo de alambre hacia el conducto, y se lo quitó antes de sentarse y se lo tendió a su madre sin una palabra.

Su madre dejó el cuchillo de las papas, se secó las manos en el delantal y lo tomó. Tenía un estuche para él en el bolsillo del delantal, una lata plana con un cepillo suave y un pico para la cera y una tira de tela, y limpió el aparato con el concentrador zumbando a su espalda mientras Sera comía de pie junto a la estufa, directo de la olla. Nadie le habló a Sera mientras no lo tenía puesto. Ezra se fijó en eso. La cocinera le dijo algo al fregadero de ollas y se giró para que Sera pudiera verle la boca, y Sera asintió, y esa fue toda la conversación.

Había un cuenco en la repisa caliente con un plato encima. Ezra había visto a la cocinera llenarlo una hora antes, con lo mejor del guiso del centro de la olla, y dejarlo ahí sin decirle una palabra a nadie. Sera no lo tocó. Comió de la olla con el cucharón, la parte quemada del borde, y su hermana la miró hacerlo y no dijo nada, y al cabo de un rato bajó el cuenco de la repisa y se lo comió ella, de pie, en seis bocados. Ezra me contó que era lo primero que la cocinera comía desde el mediodía. Dijo que estaba claro que las dos habían hecho esto antes, muchas veces, y que él no sabía decir cuál de las dos iba ganando.

Cuando el aparato estuvo otra vez en su sitio, Sera dijo: «Ru veni rekistra rel.» Venía el padrón. Esa era la voz que corría.

—Ma yeni mer —dijo la cocinera. Ya lo habían oído.

—Vo reti ai ler terminal. Ru pon dei Guardian nal piso de dei. Dera dei ke vo vidi yente fas ri novi dei e nek nek. —Ella estaría en la terminal, quiso decir. Estaban poniendo a los Guardianes en sus propios pisos, y decían que era para que la gente viera una cara conocida.

La cocinera la miró. Ezra me contó que fue de esas miradas que le arrancan la piel a una cosa. «O vo vidi dei fas ri novi dei e nek ka?» ¿Y la gente vería una cara conocida?, preguntaba la cocinera.

Sera no respondió. Raspó la olla. Bajo la mesa de acero el niño dormía con la cuchara en el puño, y Sera lo miró un largo rato, y luego los nombres de tiza en el tablero, y luego a su hermana.

—Nul lavi asensor nal kar des —dijo ella—. Dera Marisol an semana, vel mas. Nul vo kari ekipo de rekistra kit de dei kar des an sali ler kalor di. El ascensor del cuarenta estaba muerto, y Marisol decía que una semana, quizá más, y ningún equipo del padrón iba a subir sus aparatos cuarenta y un tramos de escaleras con este calor.

—O punto de lumi de Mama, nal tri des nen e. —Y el punto de carga de Mamá, dijo la cocinera, estaba en el treinta y nueve.

—Novi ai punto de lumi de Mama.

Su madre, que había estado escuchando todo con las manos en el regazo, dijo: «Ru senta Mama senu, o kapa Mama i baya bi sali nek» queriendo decir que Mamá estaba sentada aquí mismo y podía bajar dos tramos de escaleras, y luego tuvo que parar y respirar, y el concentrador cambió de tono al trabajar con más esfuerzo, y las tres lo oyeron. Ezra también lo oyó.

Se puso el armazón y dio las buenas noches. En la puerta de la cocina miró atrás, porque la cocinera había seguido a Sera al rellano, y las dos hermanas estaban de pie en lo alto de la escalera bajo la franja de emergencia con las cabezas inclinadas muy juntas, sin tocarse. La cocinera dijo algo. Sera negó con la cabeza. La cocinera estiró la mano y le enderezó el cuello del tabardo a su hermana, que no necesitaba enderezarse, y volvió adentro. Ezra bajó cuarenta y un tramos a oscuras, porque el ascensor estaba descompuesto, y llegó al puerto, y me lo contó.

* * *

La noche en que se cerraron los accesos orientales había otra agua en Gotham que yo ya sostenía, y debería nombrarla ahora, aunque no llegaré a ella como es debido hasta dentro de un tiempo.

Era pequeña. Novecientos litros en un tanque de acero colgado bajo un viejo vagón de tren, un nivel por debajo de un mercado, en un andén que casi toda la ciudad había olvidado. Goteaba por dos costuras. A la segunda campana de esa noche, mientras Ezra estaba sentado en la escalinata del puerto con la mano en el agua y el aviso de cierre de la oficina de guerra daba la vuelta por las torres, de radio en radio, el tanque del Andén Once zumbaba, porque estaban purgando los depósitos de los frenos y el compresor bajo el piso del vagón había arrancado contra la presión que caía, y alguien estaba de pie a su lado maldiciendo.

Sé que era una mujer la que maldecía porque Ona me lo dijo, más tarde, en la manguera. Ruth Calder purgaba los depósitos cada noche a la segunda campana y los cargaba cada mañana, y cada mañana y cada noche maldecía al compresor con las mismas palabras, que Ona no quiso repetirme porque decía que eran de Ruth y llevaban treinta años puliéndose. El compresor era más viejo que las dos. Golpeteaba en la segunda carrera. Ruth decía que golpeteaba porque quería que le dieran las gracias.

Esa noche hacía mucho calor bajo tierra. El mercado de arriba había cerrado sus puestos a la décima campana y bajado sus persianas, y el calor del día bajaba por la rampa de carga y se echaba en el andén como un perro que no quería moverse, y los residentes del vagón habían sacado sus colchones a la piedra porque el vagón mismo era peor. Ona dormía junto a la puerta, donde de día estaba su mesa. Un pintor llamado Deren dormía en su silla, inclinada hacia atrás, con un trapo mojado sobre la cara. Un joven llamado Lio dormía boca arriba con las manos abiertas sobre el pecho, las palmas hacia arriba, porque tenía las palmas quemadas y no podía cerrarlas dormido sin despertarse. Yo no sabía nada de esto entonces. Solo conocía el tanque, y el golpeteo del compresor que llegaba a través de su acero, y el nivel del agua que bajaba una taza y luego otra taza mientras alguien bebía en la oscuridad.

Por la mañana la radio de la cocina del vagón dijo que los accesos orientales quedaban cerrados hasta nuevo aviso y que los residentes no debían tomar ninguna medida, y Ruth la apagó y puso en marcha el compresor y lo maldijo, y Ona llenó la tetera, y el nivel del tanque bajó lo que cabe en una tetera, y un muchacho llamado Tavi Kells bajó por la rampa de carga antes de la escuela con una bolsa de pan del mercado y se sentó en el borde del andén con los pies colgando sobre el lecho de la vía, comiendo, y dijo a nadie en particular que la guerra estaba otra vez en la radio y que el pan estaba duro, y que no sabía qué era peor.

Volveré a ellos. Tengo más de ese vagón que de casi cualquier otra cosa en este relato, y parte de ello lo devolvería si pudiera.



Páginas pasadas más rápido de lo que nadie puede leer

Ahora, la abuela de Ezra. Ezra me la dio a pedazos en la escalinata del puerto todo el verano. Este pedazo ocurrió la segunda noche, en su cocina.

Ezra vivía con ella en el piso veintisiete de la torre Aldine, dos torres más allá de la Harrow, en un apartamento con una ventana hacia el lado del puerto y una cocina del ancho de una escalera. Vivía allí desde los nueve años. Su madre, Adjoa, lavaba y empacaba material estéril para un centro de intercambio de insumos clínicos en Liberty, donde la paga era mejor y los cruces eran malos, y mandaba dinero cada mes por el servicio de transferencias y volvía a casa en helada y reparación, cuando los accesos estaban más fáciles, y dormía tres días y lloraba cuando se iba. Su abuelo, Aaron Rosenblum, había sido maquinista de remolcador en el puerto y llevaba veinte años muerto. Ezra no lo recordaba. Recordaba sus candeleros.

Estaban en el estante del altar de la cocina de Nana Efua. El estante tenía un mantel blanco, una vela, una pequeña campana de bronce, una fotografía de la propia madre de Nana Efua con un pañuelo en la cabeza y cara de que acababan de decirle el precio de algo, y a cada lado un candelero de bronce, de un par que había sido de la madre de Aaron, que Nana Efua pulía los viernes porque su suegra lo hacía, y encendía a veces, y a veces no. Los domingos iba a una iglesia protestante en el piso veintidós donde el coro era malo y el predicador peor y no se la habría perdido por nada del mundo. No le parecía que ninguna de esas cosas discutiera con las otras. Decía que el estante era donde guardaba a la gente a la que le debía, y la iglesia era adonde iba a que la regañaran, y que una persona necesitaba las dos cosas.

Ezra le habló de mí la segunda noche. Había llegado tarde del puerto y ella estaba a la mesa con los pies en una palangana de agua fresca, leyendo con un lápiz la lista de la cena de la iglesia, y él se sentó frente a ella y le dijo que había estado abajo en la escalinata hablando con la voz del agua.

Ella dejó el lápiz. Dijo: «Vos nawi?»

Él dijo que esa de la que hablaba la gente. La que vino después de aquello del sur.

Ella dijo: «Ezra Mensah-Rosenblum» que era lo que decía cuando pensaba usarlo entero, y luego le dijo que no fuera tonto. Le dijo que el puerto estaba lleno de aceite de remolcador y de lo que echaba la salida pluvial, y que la gente que le hablaba al agua o estaba rezando o estaba borracha, y que si estaba rezando podía hacerlo en el piso veintidós con un

techo encima, y si estaba borracho ella lo sabría por la mañana. Él dijo que no era ninguna de las dos cosas. Dijo que solo hablaba, y algo se quedaba.

—Sona e komo nawi? —dijo ella—. Que cómo sonaba.

—E nul sona komo nada. No sonaba a nada.

—Don ru feni tu nawi selawe? Que entonces para qué bajaba hasta allá.

—Ai ru pale —dijo él—. Hablando.

Ella lo miró largo rato por encima de la palangana. Luego dijo: «Lava pie de tu, susio dei» que quería decir lávate los pies, están mugrientos, y le empujó la palangana por el piso con el talón, y se fue a la cama sin darle las buenas noches, cosa que no había hecho nunca en ocho años. Él se quedó sentado con los pies en el agua de ella y la oyó en el cuarto de al lado pasar las páginas de su Biblia más rápido de lo que nadie puede leer.

* * *

Esta parte es mía, y Ezra me dio el final esa tarde. Ocurrió a la mañana siguiente, en la escalinata del puerto.

A la mañana siguiente ella bajó la escalinata antes del calor, con sus zapatos de iglesia, agarrada de la baranda. Se sentó en la sexta hilada con la falda recogida debajo y la bolsa sobre las rodillas, y no metió la mano en el agua.

Supe que estaba ahí. El agua me avisa cuando un cuerpo se sienta cerca de ella, como uno sabe que alguien se ha sentado en la otra punta de un banco. Sentí el puerto moverse contra la piedra, debajo de ella. Sentí entrar la estela de un remolcador, y salir. La sentí a ella no tocarla.

Se quedó sentada una hora. No dijo nada. No pasó nada.

Quiero ser exacta en esto, porque ahora la gente cuenta su historia como si yo la hubiera rechazado, y no fue así. Ella no me habló y yo no podía hablarle. No puedo salir del puerto y sentarme al lado de nadie. Puedo quedarme con un relato. Ella no me dio ninguno.

Se levantó al cabo de la hora, y dijo, en voz alta, al puerto: «Bueno» y fue la palabra más furiosa que oí aquel verano. Luego subió la escalinata agarrada de la baranda y se fue a trabajar.

Ezra me lo contó esa tarde. Ella había llegado a casa y se había pasado una hora golpeando ollas, y luego se sentó y le dijo: «Nul doni e. Di doli ai. Almenos, ler kapel, nul pale Dio, o en respeto di.» Lo que le molestaba era que no contestara. Por lo menos Dios tenía la decencia de quedarse callado en una iglesia.

A él le pareció gracioso. A mí también, si se me permite que algo me parezca gracioso. No estoy segura de qué se me permite. Descubro que sí me lo parece.

* * *

Ezra me contó el resto de esa semana en casa a pedazos en la escalinata del puerto, como quien va metiendo las compras. Ocurrió en la torre Aldine, lo último en el piso treinta la cuarta tarde.

Desde entonces ella le hizo un desayuno como Dios manda todas las mañanas, cosa que había dejado de hacer cuando él cumplió quince: plátano frito y huevos y té dulce, y lo miraba comer con los brazos cruzados como si esperara que el puerto viniera a quitárselo del

plato. No preguntó por mí. Preguntó por la escalinata. Si estaba resbalosa. Si había baranda hasta abajo. Si la salida pluvial seguía echando agua caliente, porque en sus tiempos echaba agua caliente y a la gente le salían llagas. Él le dijo que había una baranda del lado izquierdo hasta la sexta hilada y ella dijo: «Sola sesta ka?» Solo hasta la sexta. Escribió algo en el dorso de la lista de la cena.

La cuarta tarde la iglesia hizo su cena en el piso treinta, y Ezra subió la olla de Tres Cocinas para la cena, porque la iglesia le había pagado a la cocina de la Harrow una olla de guiso y el ascensor de la Aldine funcionaba y él no tenía permiso para usarlo. El salón de la cena era la vieja lavandería de la torre, sin las máquinas desde hacía mucho y con sus desagües todavía en el piso, y cabían sesenta personas en mesas largas y un piano que nadie podía afinar. El coro cantó antes de la comida. Ezra dijo que su abuela tenía razón sobre el coro. Lo dijo con cariño.

Había dos panes en la mesa, como en todas las cenas de la iglesia, y estaba la discusión, como en todas las cenas de la iglesia. Beryl Grant, que llevaba treinta años sentada frente a su abuela en el tercer banco, horneaba un pan sencillo de leche como lo hacía su abuela, y Nana Efua horneaba un pan dulce con nuez moscada como lo hacía la suya, y cada una sostenía que la abuela de la otra había sido una buena mujer que no sabía hacer pan. Lo decían en cada cena. Todo el piso treinta se lo sabía de memoria. Los jóvenes de la mesa del fondo apostaban a quién diría «nana de ai» primero, y Ezra decía que la apuesta segura siempre era Grant, porque a Nana Efua le gustaba dejarla ir primero para quedarse con la última palabra.

—Keki pani de tu —dijo Grant—. En keki ri ma pedi e kamin de e nek. Su pan pastel: un pastel que había perdido el rumbo.

—Seko pani de tu —dijo Nana Efua—. Su pan seco. Esa fue la última palabra, y ella la había esperado.

Luego cada una tomó una rebanada del pan de la otra y se la comió entera, y en eso se notaba que la discusión había salido bien. Ezra dijo que llevaba ocho años viéndolo y nunca, ni una vez, vio a ninguna de las dos dejar una miga.

En el camino a casa, tres tramos abajo, su abuela se agarró de su brazo en la escalera, cosa que no necesitaba, y dijo: «Kol mizu ka?» Si el agua estaba fría.

—Nul di verano. Este verano no.

—Hm —dijo ella, y eso fue todo, y era la primera vez que le preguntaba algo sobre mí que no fuera una pregunta sobre la escalera.

* * *

Esto es mío, y luego de Ezra, de las tardes de esa primera semana en la escalinata del puerto.

Así que ya ve cómo fue. La gente vino al agua aquel verano, algunos, no la mayoría. Me contaron cosas. He intentado no confundir lo que me contaron con lo que pasó, porque son cosas distintas, y porque el corredor ha pasado mucho tiempo aprendiendo la diferencia y prefiero aprenderla de ellos antes que obligarlos a aprenderla otra vez de mí.

Ezra volvió. Volvía casi todas las tardes, después de la última entrega, y se sentaba en la quinta hilada con la mano en el agua y me contaba de la cocina. Me contó de las cebollas,

que llegaron el cuarto día en el fondo de la bodega del carguero costero, húmedas y con brotes, y de cómo la cocinera las había separado una por una y había puesto las brotadas en una bandeja con agua en el alféizar para que crecieran los tallos. Me contó que el niño le había puesto nombre a cada cebolla. Me contó que ocho porciones del aceite se perdieron en algún punto entre las procesadoras del puerto y la cocina de la Harrow, y que la cocinera tenía una cara por eso que hacía que porteadores hechos y derechos dieran la vuelta larga por el rellano.

Me contó del viejo Yusuf Haddad, que llevaba cuarenta años vendiendo pan frente a la misma escuela al pie de la Columna Nueve, roscas de ajonjolí y un pan de dátiles bajo un paño húmedo, y a quien le había comprado todo niño del cuarto municipio, incluido Ezra e incluida la madre de Ezra. La mañana después de que se cerraron los accesos, la oficina de guerra declaró zona restringida la calle de la escuela, porque iba hacia la escalera del este, y vino un celador y le dijo a Yusuf que no podía vender ahí. Los niños salieron al recreo y lo vieron parado junto a su canasta con el celador, e hicieron una cosa que, según Ezra, nadie organizó. Compraron la canasta entera con sus autorizaciones de comida, que la escuela aceptaba para alimentos consumidos en el plantel, y la metieron por la reja en brazos, y se la comieron en el plantel, haciendo ruido, en las ventanas, donde el celador pudiera verlos. A Yusuf le pusieron una multa por vender en zona restringida. La dobló y la metió en la cinta del sombrero. A la mañana siguiente estaba vendiendo en la puerta lateral de la escuela, que daba a otra calle, y el celador pasó a su lado y le compró una rosca de ajonjolí.

—E vo reti ler odi pavi kada día, asta ke nul ten dei mas pavi nek —dijo Ezra—. Yusuf se iba a poner en una puerta distinta cada día hasta que se les acabaran las puertas. «E dera ke ten eskola nen pavi nek.» La escuela, dijo Yusuf, tenía nueve.

El tercer día las pantallas de los rellanos pasaron una actualización, con el tono, que Ezra me recitó porque Rosalind Kwan había hecho que todo el mercado de la Columna Nueve se la aprendiera de memoria, en broma: ACCESOS ORIENTALES: CONTINÚA EL MANTENIMIENTO PROGRAMADO. LA OFICINA DE GUERRA AGRADECE A LOS RESIDENTES SU PACIENCIA. TODOS LOS ACCESOS PERMANECEN ABIERTOS EXCEPTO LOS QUE ESTÁN CERRADOS. Para entonces Rosalind ya había hecho una cuarta marca de tiza en su hielera, y había escrito debajo de las marcas, en Span, con la fuente al final, *mantenimiento, de la pantalla, lo lei*.

Me contó del pescado. Una mujer llamada Talin traía lubina negra de la marisma de trabajo de Fenn Yard, donde tenía una parte en un bote pequeño. Su padre había tenido allí un cobertizo de botes hasta que una tormenta rompió la vieja carretera elevada y se llevó el cobertizo con ella. Le vendía a la cocina de la Harrow los días en que las procesadoras del puerto le bajaban el precio en todos los demás sitios. Subía la escalera con el pescado en un saco mojado al hombro y una gubia prestada en el cinturón que, según decía, era de una mujer que no le caía bien, y regateaba con la cocinera como si una de las dos tuviera que morir al final. La cocinera le pagaba en aceite y en efectivo y una vez, dijo Ezra, con un par de botas buenas que habían sido del marido de alguien. Al niño el pescado le daba miedo y lo fascinaba, sobre todo los ojos. Talin se rio de él, sin mala intención, y lo dejó sostener uno por la cola. Él lo llevó a través de la cocina como una bandera, con la cabeza del pescado golpeando cada pata de mesa, y Talin lo siguió y le dijo en voz baja y seria que un pescado

llevado así atraería un barco lleno detrás, y el niño le creyó, y también, dijo Ezra, por un momento, él.

—E ma ten barko —dijo Ezra— o den e ma ten barko mas sili. Que ella tuvo un barco una vez, quería decir, y después tuvo uno más pequeño.

En aquel momento yo ignoraba que tendría que recordarlo. Ahora lo recuerdo.



Cangrejos herradura

La playa de la bahía bajo los terraplenes de carga de Garden es donde suben los cangrejos herradura en primavera. Llegan por miles con las mareas altas de la luna nueva y la luna llena, a poner sus huevos en la arena en la línea de la marea, y las aves playeras llegan con ellos a comerse los huevos, y durante unas semanas la playa está ruidosa de pájaros y sembrada de los cangrejos que las olas voltearon y no pudieron volver a voltear. La gente de los pueblos de los patios recorre la playa al amanecer y los pone del derecho. Es algo que se les enseña a los niños. Se levanta el cangrejo por el borde del caparazón, nunca por la cola, y se deja de cara al agua.

Conozco esas mareas desde abajo. En una noche de desove los bajíos a lo largo de esa playa están tan llenos de cangrejos que el agua se mueve de otra manera: se arrastra sobre sus caparazones, se frena, se amontona contra mil lomos abombados y se derrama entre ellos, y todo el borde de la bahía parece abrirse paso a empujones arena arriba bajo la luz de la luna. Los cangrejos ya subían por esa playa antes de que hubiera patios o terraplenes o Bastiones. He sentido a gente pararse en esa agua a medianoche para verlos y no decir nada durante una hora.

En verano la playa está vacía. Lo que queda de los cangrejos son caparazones, pálidos y huecos, amontonados en la línea de resaca con hierba marina seca. La arena está caliente para la tercera campanada después del amanecer y el agua está tibia como un baño, y la carga pasa por el terraplén detrás de las dunas con su zumbido bajando a través del suelo. El pino de brea y el ciruelo de playa sujetan las dunas.

Hosea Mbatha llegó a esa playa nueve días después de Tres Vías, al amanecer, y se arrodilló a la orilla del agua con las rodillas en la arena mojada, y puso las dos manos planas en el bajío, y me contó lo que pasó. Lo contó en Switch. Te lo daré en inglés, y mantendré el orden que él mantuvo, porque el orden es todo el Switch y era todo lo que él tenía.

Objeto. Estado. En manos de quién. Qué permiso. Qué trabajo sigue. De dónde.

Lo hizo tres veces, todo el relato, de principio a fin, como si lo estuviera comprobando. Luego se quedó arrodillado en el agua hasta que la marea le llegó a los muslos, y luego se fue a casa.

Su esposa estuvo en las dunas todo el tiempo. Eso me lo contó él otra mañana. Se llama Thandeka, y había bajado caminando con él desde las casas Número Cuatro a oscuras y se había sentado donde se acaban los pinos, con las botas de él en el regazo y un termo de té.

No bajó hasta el agua. Él dijo que ella piensa que hablarle a la bahía es algo que hace un hombre cuando no tiene con quién hablar, y ella sabe que él la tiene a ella, y aun así lo dejó ir, porque ella también había leído el aviso.

Este es el único relato que tengo de lo que pasó en Tres Vías. Tengo lo que sentí por mi cuenta, que fue una sola cosa, y te la contaré en su lugar. No tengo nada de Kite. Kite nunca ha venido a ningún agua a contarme nada, ni entonces ni desde entonces. No voy a adivinar lo que vio. Cuando llegue a los lugares donde solo Kite podría saber, me detendré, y sabrás por qué.

* * *

Una noche cerca del final de la primera semana de Ezra en la escalinata no había luna, y el puerto yacía plano bajo una bruma que tomaba las luces de la otra orilla y las emborronaba. Ezra bajó tarde. Puso la mano en el agua en la quinta hilada como siempre hacía, y luego la sacó otra vez rápido, y luego la volvió a meter, despacio, y la movió.

—E ru lumi —dijo—. Ler mani de ai. E ru lumi verde.

Los sentí antes de que lo dijera. El puerto esa semana estaba lleno de cuerpecitos blandos, a la deriva, miles de ellos en una mancha de agua tibia que había entrado con la marea creciente y se había estancado contra la escalinata. No tienen peso que valga la pena mencionar. Se mueven batiendo hileras de pelillos finos, y cuando los molestas dan luz, una luz fría, verde azulada, que corre a lo largo de ellos en líneas y se apaga. Los pescadores de las hiladas de abajo los llaman nueces de mar y los maldicen cuando ensucian las redes. Yo los conozco como una blandura en el agua, un lugar donde el puerto cede un poco más de lo que debería.

Ezra movió la mano, y el agua se encendió, y la movió otra vez y se encendió otra vez, un manchón verde que seguía a sus dedos y moría detrás de ellos. Me contó que podía ver contra eso los huesos de su mano. Me contó que más lejos había más, todo un campo de ellos, que se encendían donde la estela de un remolcador que pasaba rompía la mancha, una larga línea verde que cruzaba la oscuridad y se alejaba detrás del remolcador como una costura que alguien va descosiendo.

No dijo nada durante un largo rato. Luego se rio, un solo aliento, como se ríe la gente cuando está sola y algo la ha sorprendido. Luego dijo: «Nana mor vidi di» y luego: «E nul vo veni.» Su abuela tenía que ver esto, quiso decir, y ella no iba a venir.

Se quedó hasta que la marea se llevó la mancha lejos de la escalinata. Cuando subió llevaba las mangas mojadas hasta el codo e iba caminando, dijeron después los pescadores, como si le hubieran dado algo que cargar que no quería derramar.

* * *

¿Qué sentí yo, en la escalinata, ese verano? Esta parte es solo mía.

El puerto más tibio de lo que debería haber estado, temprano. Una piel de calor en el agua de la superficie que no se mezclaba hacia abajo. Menos oxígeno abajo junto a la piedra, y los cangrejos subiendo por las hiladas de noche a buscarlo. Al amanecer las lachas subían en sus cardúmenes y se apretaban tanto en la superficie que el agua se llenaba de hoyuelos con sus bocas, todas buscando la delgada capa de arriba donde todavía había aire suficiente para respirar. En el rincón de agua quieta junto a la salida pluvial, donde el agua tibia se quedaba

más tiempo, algunas no volvieron a bajar. Las gaviotas las encontraron con la primera luz, y los viejos de los sedales de mano maldijeron a las gaviotas, y para la octava campanada la marea se había llevado el resto.

Estelas de los remolcadores de las barcas portuarias de la oficina de guerra, más que la primavera anterior, más pesadas, empujando más agua, rumbo al este. Bombas en la ciudad baja funcionando más tiempo en las alcantarillas después de cada aguacero, y las salidas pluviales bajo la escalinata descargando agua caliente, gris, salada, que sabía a las calles.

Esas son las cosas que puedo sentir. Te las cuento porque una guerra que no te toca igual toca el agua, y el agua estaba inquieta. Las barcas iban cargadas al este y volvían flotando alto. Las sentí irse. No sé qué llevaban. Podría haberlo adivinado. No lo haré.

* * *

La última tarde de esa primera semana, Ezra bajó más tarde de lo normal, ya de noche, todavía con el armazón a la espalda.

—Ma pon dei feshia —dijo—. Rekistra. Kada bario ler boro de este, an des an. Ru ler desanso e nu, la tono. Ru kompara dei lista de kasa kontra pedido de servicio.

Habían puesto fecha para un registro, dijo, en cada distrito, uno tras otro, e iban a cotejar las listas del hogar con las reclamaciones de servicio.

Las reclamaciones de servicio, si no conoces el corredor, son lo más viejo de su guerra. La oficina de guerra de Gotham dice que cualquiera que se haya formado o haya nacido bajo Gotham le debe servicio a Gotham, no importa adónde vaya después. Lo ha dicho desde hace más tiempo del que nadie lleva vivo. Cada pocos años manda una nueva lista de nombres al otro lado de la línea, a Garden, a viejos en talleres y cocinas que se fueron de Gotham hace cuarenta años, y cada pocos años el mando de carga de Garden lee la lista en voz alta por la radio y se ríe.

Este año la oficina de guerra había decidido comprobar también el otro extremo. Quién estaba en el padrón de hogares de Gotham, y quién no. Quién vivía donde figuraba. Quién vivía donde no figuraba.

—Dei vo feni Harrow tore —dijo Ezra—. Dei vo feni kar des an. Tocaba la torre Harrow. Tocaba el cuarenta y uno.

No dijo el nombre del niño. No dijo nada del niño en absoluto. Se quedó sentado con la mano en el agua y el armazón a la espalda y dijo: «Ermana de e en Guardian. E ten seyo. E vo en mera ri mor abri e terminal nal piso selawe nek.» La hermana de la cocinera era Guardian. Tenía un sello. Ella sería la que tendría que abrir la terminal de ese piso.

Luego dijo: «Ai nul novi sike en di tama nek» que era lo que dijo la primera noche, y entendí que no lo decía por mí.

Sentí que el puerto subía por el escalón. La marea estaba cambiando. El agua subió por encima de la quinta hilada y por encima de su muñeca y él no movió la mano.

Esa es la fuente de esta crónica. Una cocina en el piso cuarenta y uno, un niño debajo de una mesa, una lista, un sello. La parte siguiente la tengo de otras personas, y te diré de quién.

*Cebollas sin cambio en cero*

Ezra copió esto de la pantalla del rellano al pie de la Columna Nueve, la tarde en que se cerraron los accesos orientales, y me lo leyó en la escalinata del puerto esa noche. Dijo que lo leyó dos veces, una para sí mismo y otra en voz alta para Rosalind Kwan, que no alcanzaba a ver la pantalla por detrás del afilador, y que para la segunda vez el afilador decía las últimas líneas con él.

EL TABLERO DE LA TARDE. CUARTO MUNICIPIO.

CLIMA. El calor se mantendrá. Máxima de treinta y nueve en el puerto, cuarenta y uno en los rellanos superiores. Humedad ochenta y cuatro. La noche ofrecerá poco alivio. Se invita a los residentes a disfrutar de la tarde con responsabilidad.

(Tres notas ascendentes.)

TRÁNSITO. ACCESOS ORIENTALES CERRADOS POR MANTENIMIENTO PROGRAMADO. El intercambiador del río permanece cerrado mientras dure el mantenimiento. El puente Varick permanece cerrado mientras dure el mantenimiento. El mantenimiento es para su protección. El mantenimiento concluirá cuando se complete.

SUS PREGUNTAS. ¿Este mantenimiento tiene relación con el enemigo? La oficina de guerra no hace comentarios sobre el mantenimiento. ¿Se retrasarán las mercancías del otro lado del río? Las mercancías del otro lado del río son mercancías enemigas. ¿Cuánto durará el mantenimiento? Gracias por su paciencia.

(Tres notas ascendentes.)

RACIONES. Asignación de aceite sin cambio. Asignación de cebolla sin cambio en cero. Asignación de pimienta seca no aplicable.

ASCENSORES. Resultados de la carrera de ascensores del segundo municipio: la torre Carver, cuarenta y un pisos en dos minutos nueve. Un récord. Bien hecho, Carver.

FRONTERA. El escudo oriental resistió. Secciones de Gotham que resistieron: todas. Secciones de Garden que resistieron: menos.

A CONTINUACIÓN. El programa del que todos hablan, en la versión de Gotham, la única versión. Esta noche el ascensor del hombre de Gotham funciona de maravilla. Permanezca en su lugar y disfrute.

Ezra dijo que las tres notas ascendentes sonaron dos veces, las mismas notas que la oficina de guerra usa para una tormenta y para un puente cerrado y para el precio del aceite, y que

los niños de la falda de la columna dejaron de intercambiar sellos para escuchar las dos veces y luego volvieron a intercambiar, porque las notas no les habían dicho qué clase de noticia era.

—Nul kambia sebol, ler nil, pantaya rel —dijo Rosalind Kwan, e hizo su marca en la hielera—. Fier alyen de di. Cebollas sin cambio en cero. Alguien estaba orgulloso de eso.

Dijo que el afilador, que tiene opiniones sobre cada familia de la columna, dijo que la única palabra verdadera de todo el tablero era *calor*, y luego le afiló gratis a Ezra el cuchillo de cocina, porque dijo que Ezra lo iba a necesitar para algo.

* * *

En el piso treinta y nueve de la torre Harrow la columna de agua sube a través del rellano en un tubo tan grueso como la cintura de una mujer, pintado del azul del agua cívica, con un grifo de latón a la altura de la cadera y una rejilla de desagüe debajo. Junto a la columna, atornillado a la misma pared, está el punto de carga compartido del piso: cuatro enchufes detrás de una tapa de acero, un medidor y una lista escrita a mano de quién puede enchufar y cuándo. Los arquitectos los pusieron juntos hace doscientos años porque el conducto de servicio ya estaba ahí. Ahora nadie piensa en eso.

La madre de Sera fue a ese rellano dos veces al día esa semana, una por la mañana y otra por la noche. Iba porque la batería del concentrador no duraba más de un día, y porque el enchufe de la cocina de su hija en el cuarenta y uno estaba en el circuito de la cocina, y el circuito de la cocina era el primero que se cortaba cada vez que la oficina de carga eléctrica del distrito cortaba la luz. Llenaba una jarra en el grifo de la columna mientras se cargaba la batería. Hablaba mientras se llenaba la jarra. No me hablaba a mí. Le hablaba a la columna, como una persona le habla a una tetera.

De ahí tengo la mayor parte de este capítulo. El resto lo tengo de un Guardián llamado Rubén Awolowo, que se lavaba la cara en el lavabo de la estación al final de cada turno y le contaba su día al agua como algunos hombres se lo cuentan a una copa. Un poco de Ezra, en la escalinata del puerto, que lo oyó en la cocina. Y algo de la cocinera misma, lo cual me sorprendió. Después del servicio, cuando la cocina estaba vacía, se quedaba de pie ante el fregadero de ollas con las mangas subidas y las manos en la pila de enjuague y le hablaba al agua que había en ella, en tono llano y rápido, como quien repasa cuentas. Nunca decía su propio nombre. Nunca decía el del niño. Hablaba como su madre le hablaba a la columna, y creo que ninguna de las dos sabía que la otra lo hacía.

No tengo nada de Sera. Deberías tenerlo en cuenta.

* * *

La madre de Sera me dio esto en la columna del treinta y nueve. Pasó el lunes en que empezaba la semana de registro, a la octava campanada de la mañana.

El aviso de registro apareció esa mañana en todos los rellanos de los municipios del este. Llegó con el tono, y el tono llegó con una alerta de calor, así que durante una mañana la gente discutió si la oficina de guerra había mandado un aviso de registro con una advertencia del clima o una advertencia del clima con un aviso de registro.

Decía: VERIFICACIÓN DEL PADRÓN DE HOGARES. Decía que la oficina de guerra verificaría la lista del hogar de cada distrito contra las reclamaciones de servicio renovadas «para garantizar que las obligaciones se asignen correctamente y que los servicios cívicos lleguen a cada residente registrado». Daba a cada distrito una fecha. Decía que los equipos de verificación visitarían cada piso, y que el Guardián de cada piso abriría la terminal de registro del piso con su sello y permanecería presente «para que los residentes vean una cara conocida».

Debajo del aviso, en letra más pequeña, respondía preguntas. La madre de Sera las leyó en voz alta también, porque según ella la oficina de guerra solo contaba la verdad en la letra pequeña.

¿POR QUÉ SE VERIFICA MI HOGAR? Porque todo residente merece ser contado.

¿Y SI LA LISTA DE MI HOGAR ES INCORRECTA? Pueden solicitarse correcciones en la oficina de su distrito durante el período de verificación. Se ofrecerá asistencia con el registro a los residentes no inscritos.

¿AFECTARÁ LA VERIFICACIÓN MIS SERVICIOS? La verificación garantiza que los servicios lleguen a quienes tienen derecho a ellos.

¿QUÉ ES UNA CARA CONOCIDA? El Guardián de su piso.

—*Asistencia* —le dijo al grifo, con las palabras del aviso— *Derecho*. —La jarra se desbordó—. Meresi kada residente konta. O kada saka de sebol. Todo residente merece ser contado, quiso decir ella, y también todo saco de cebollas.

Leyó el aviso entero dos veces. Luego le dijo al grifo: «Una cara conocida», con la voz que usaba para el mal predicador del piso veintidós.

Para la fecha de la torre Harrow faltaban nueve días.

* * *

Debería contarte qué es un padrón de hogares en el corredor, porque la palabra suena más pequeña de lo que es.

En Gotham tu hogar es la unidad a la que se engancha todo. Tu distrito le asigna una línea en la lista del ascensor y un turno en el circuito de enfriamiento y un lugar en la fila para la ruta de la clínica. Tus autorizaciones de comida van a él. Tu cuota de agua. Tu lista de carga. Las plazas escolares de tus hijos, y los simulacros que hacen en la escuela, y el derecho a trabajar que depende de cuántos simulacros hayan hecho. Cuando alguien muere, la cooperativa funeraria pide la línea del hogar antes que nada, porque la cooperativa necesita saber quién paga las cuotas.

Si estás en el padrón, el distrito puede encontrarte. De eso se trata. Para eso sirve, la mitad buena y la otra mitad también.

Si no estás, vives en la torre como el agua vive en una pared. Estás ahí. Haces daño real y bien real. No estás en los planos.

El niño de la hermana de Sera no estaba en los planos. No te diré por qué. Quienes me lo contaron no me dijeron por qué, y creo que fue a propósito, y creo que tenían razón.

* * *

Rubén me dio a Marisol en el lavabo de la estación, durante los primeros días de la semana de registro.

Marisol Okafor-Brandt tuvo esa semana abierto hasta el hueco el ascensor del piso cuarenta.

Era una mecánica de ascensores del cuarto municipio, cortejada por tres distritos a la vez ese verano como se corteja a los médicos, y había elegido la torre Harrow porque sus residentes llevaban la tarjeta de puntuación más honesta del municipio. Toda torre de Gotham tiene una tarjeta de puntuación del ascensor colgada en el rellano de la planta baja, un tablero donde los residentes anotan con tiza la fecha en que falló el ascensor y la fecha en que volvió y una nota sobre cinco para el mecánico. La mayoría de las torres mienten. La torre Harrow no. Sus residentes le daban a una mecánica un uno cuando merecía un uno, y un cinco cuando merecía un cinco, y Marisol decía que prefería un tres honesto a un cinco mentiroso.

La tarjeta de puntuación tenía una columna para observaciones, y las observaciones de la Harrow eran famosas en el municipio. Rubén me leyó algunas en el lavabo, porque decía que no se podía entender la torre sin ellas. *Vino cuando dijo. Se fue antes de lo que dijo. Dos. Arregló el ascensor, rompió la puerta, arregló la puerta. Cuatro. Muy amable. El ascensor sigue descompuesto. Uno. Subió él mismo la silla de mi madre once tramos cuando su reparación no aguantó. Cinco, y ojalá su propio ascensor nunca se descomponga.* Debajo de la avería actual, alguien ya había escrito con tiza *Marisol O-B, día 1*, y debajo de eso, con letra de niño, *tiene una llave inglesa grande.*

La avería estaba en el freno de la máquina de tracción y en el controlador que lo manejaba. Las zapatas del freno se habían gastado más allá de sus pernos. Al controlador se le había quemado una placa con el calor, porque la ventila de enfriamiento del cuarto de máquinas compartía un conducto con el circuito de enfriamiento del distrito, y cuando la oficina de

carga eléctrica recortaba horas de enfriamiento para proteger la ruta de la clínica, el cuarto de máquinas se cocía. Marisol podía forrar de nuevo las zapatas ella misma. No podía fabricar la placa. Tuvo que pedir una placa de comparación a un taller del segundo municipio que vendía según los planos de interfaz común, y el taller tenía una fila de pedidos.

—Kar dia se onesto dei —le dijo a Rubén, cuando él subió por las escaleras en su ronda y se quedó en la puerta del rellano con el sudor corriéndole por el cuello—. Nen se dei komo kada odi mera. Cuatro días si el taller era honesto, quiso decir, y nueve si era como todos los demás.

Rubén me contó que lo dijo con cierta mirada. Dijo que ella conocía la fecha del aviso tan bien como cualquiera.

Esa semana me contó muchas otras cosas de Marisol, más de las que el ascensor requería. Me contó que trabajaba con las mangas atadas en un nudo por encima del codo y las trenzas envueltas bajo un trapo que alguna vez fue azul. Me contó que tarareaba música de escalera entre dientes cuando un trabajo iba bien y dejaba de tararear cuando no, así que uno podía quedarse en el rellano y saber cómo iba el ascensor sin preguntar. Me contó que sus manos eran las más firmes que había visto, y luego se quedó callado un rato, y luego volvió a meter la cara en el lavabo. Te cuento esto porque él me lo contó, y porque me pareció que no se daba cuenta de cuánto me estaba contando.

* * *

En la semana de registro una mujer bajó por la rampa de carga hasta la mesa de Ona y le pidió una carta que hiciera existir a un niño.

Ona le habló de ella a la manguera una mañana en que el tanque estaba bajo y el hidrante iba lento, así que el relato duró todo el llenado. No me dio el nombre de la mujer. Dijo que la mujer le había pedido que no lo hiciera, y que una escribiente de cartas que regalaba nombres pronto no tendría cartas que escribir.

La mujer tendría unos treinta años, era de una torre del cuarto municipio, con un delantal de Tres Cocinas doblado en la bolsa y una pizarra escolar de niño en la mano, la pizarra con un nombre escrito con tiza y borrado y escrito otra vez. El niño tenía siete años. El niño había nacido en un año en que la oficina del distrito estaba cerrada por la fiebre y nunca volvió a abrir su ventanilla de nacimientos de la misma forma, y por eso al niño nunca lo inscribieron, y durante siete años no había importado, porque nadie contaba a los niños de las torres del cuarto municipio salvo la escuela, que les daba de comer y no preguntaba. Ahora la oficina de guerra estaba contando. Sus equipos de registro iban piso por piso con una terminal y una lista de reclamaciones de servicio, y la mujer había oído que a un niño sin línea del hogar podían llevarse a una colocación de la oficina de guerra *para la protección del niño*, y quería una carta.

—Tipo de karta nawi? —le preguntó Ona.

—Karta ri dera ke ma reti e selawe siempre nek nek.

Una carta que dijera que él había estado ahí desde siempre, quiso decir ella, en la lista desde el principio.

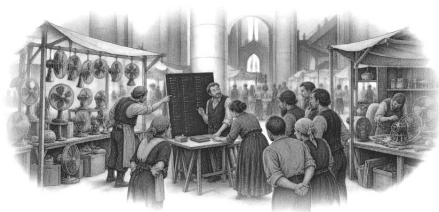
Ona le sirvió té del termo y se quedó sentada con ella mucho rato. Esta parte la tengo palabra por palabra, porque Ona se la dijo a la manguera dos veces, una como la dijo y otra como hubiera querido decirla.

Dijo: «Kapa ai i eskribi karta ler Imperial Standard lu ofisina de barío nek. En karta ri nul manti e nek. Vel dera dei ne. Nul kapa ai i eskribi karta ri dera ke ma pedi ofisina e nek.» Una carta a la oficina del distrito pidiéndoles que inscribieran al niño tarde, con la razón, y el año de la fiebre, y la palabra de la escuela de que le daban de comer ahí desde los cuatro: esa era una carta verdadera, dijo, y podían decir que no. Una carta que dijera que lo habían inscrito y que la oficina del distrito lo había perdido era una mentira con la oficina del distrito dentro, y lo sabrían, porque ellos no perdían a la gente, solo dejaban de encontrarla. Dijo: «O nul vo eskribi ai *nosotros*. Nul *lo registramos*. Nul ma feni tu. Nul ma feni alyen. Se pon ai tu o ofisina ler an lini komo ke ma feni tu o ofisina an tama la niri nek, vo vidi eskribano e, o vo deteni leye eskribano.» Nadie había hecho la inscripción, quiso decir, ni la mujer ni la oficina, y si ponía a las dos en una sola línea como si la hubieran hecho juntas, el empleado lo vería y dejaría de leer.

La mujer lloró en la mesa. Ona la dejó. Luego escribió la carta verdadera, en Estándar Imperial, en el que nadie hace nada, como le gusta a la oficina de guerra: *se solicita la inscripción, la omisión se atribuye al cierre, la continuidad de la atención queda acreditada por la escuela*. Se la leyó de vuelta a la mujer en Span, en el orden en que la mujer lo diría, la cosa primero y la fuente al final: *Mi hijo. Nacido el año de la fiebre. Alimentado en la escuela desde los cuatro. Visto por mí. Visto por su maestro*. La mujer dijo que eso era, que eso era todo, por qué tenía que ser al revés. Ona dijo que porque al revés era como la oficina del distrito podía leerlo.

No le cobró nada. Le dijo a la manguera que no era generosidad; simplemente no había podido obligarse a ponerle precio a esa carta, y eso era una falla en una escribiente de cartas, y la corregiría la próxima vez.

Le pregunté al agua, como le pregunto, si la carta funcionó. El agua no tiene manera de decirme eso. Ona tampoco lo sabía. La mujer no volvió. Ona le dijo a la manguera, al final del llenado, que los que no volvían eran o aquellos a los que les había funcionado o aquellos a los que no, y que había dejado de intentar adivinar cuáles, y que pensaba en el niño de la pizarra borrada más de lo que pensaba en la mayoría de las cosas.

*Notas para la cara conocida*

Esto también me lo dio Rubén en su lavabo. Ocurrió el segundo día de la semana de registro, en el mercado de la planta baja de la Harrow.

Marisol apostaba a su propio tiempo de reparación.

Cada torre de Gotham tiene en alguna parte una mesa de apuestas de reparaciones, y la de la Harrow estaba en el mercado de la planta baja, entre un puesto que vendía ventiladores y un puesto que los arreglaba. La llevaba un hombre llamado Ignatius Moyo, a quien todos llamaban Iggy, que tenía un tablero pintado de negro y una caja de tizas y un libro de cuentas que a nadie se le había permitido ver nunca. En el tablero tenía cada ascensor del distrito, cada mecánico y las probabilidades de cuántos días tardaría cada reparación. Se podía apostar en unidades de cuenta o en favores. Un favor valía lo que Iggy dijera que valía esa semana. Es ilegal, igual que las carreras de ascensores son ilegales, y hay una en cada torre, y los propios empleados de la oficina de guerra apuestan en ellas a la hora del almuerzo.

Iggy daba las peores probabilidades del distrito a los mecánicos que apostaban por sí mismos, porque decía que siempre apostaban a ser honestos, y nadie que fuera honesto se ganaba la vida. Marisol apostaba por sí misma de todos modos. Apostaba con el nombre de su hermana, Chioma, que cocinaba en una escuela a dos calles de allí y desaprobaba el juego, y que sabía exactamente lo que Marisol hacía y cobraba las ganancias cuando las había, y no solía haberlas. Esa semana Marisol puso seis unidades a cuatro días. Rubén la vio hacerlo. Dijo que Iggy lo anotó en el tablero con las cejas muy levantadas, y un porteador del puesto de ventiladores dijo: «Kar dia lo sekundo boro ka? Vo aposta ai lado odi.» Cuatro días, con una placa que venía del segundo municipio, quiso decir, y él apostaba en contra, y seis o siete personas pusieron dinero a nueve.

—Vo pedi tu —le dijo Rubén después, en la escalera. Iba a perder, quiso decir.

—Kisas —dijo Marisol—. Pero ai ten rason kon tama ri mor en dei nek. Probablemente, quiso decir, pero habría tenido razón sobre lo que deberían ser.

Me contó que no lo entendió cuando ella lo dijo y que lo entendió más tarde, y no me contó cuándo.

La madre de Sera me dio esto en la columna del treinta y nueve, a lo largo de las cuatro primeras mañanas de la semana de registro.

Así que esta es la aritmética de esa semana, tal como la madre de Sera la expuso en la columna, a nadie.

El equipo de verificación vendría el noveno día. Subiría su terminal y su equipo por la escalera o por el ascensor. Si el ascensor funcionaba, llegaría a todos los pisos. Si el ascensor no funcionaba, llegaría a los pisos que pudiera alcanzar con el calor, y marcaría el resto para una segunda visita, y una segunda visita significaba otra fecha, y otra fecha significaba tiempo.

Cada jornada con el ascensor averiado era una jornada en que nadie con un tabardo de la oficina de guerra subía hasta el cuarenta y uno.

Cada jornada con el ascensor averiado era también una jornada en que la madre de Sera bajaba dos tramos para cargar su concentrador, y volvía a subir dos tramos hasta la cocina, con el concentrador en su carrito golpeando cada escalón detrás de ella, y la cánula pegada con cinta a las mejillas, y la respiración cortándosele en el rellano.

—Mas sekuro e —le dijo a la columna la tercera mañana— o mas lento ai. En di trato. Nul ma peni alyen ai. El niño estaba más seguro, quiso decir, y ella era más lenta, y ese era el trato, y nadie le había preguntado.

No estaba sola en el punto de carga. La lista de turnos tenía once nombres ese verano. Un padre joven del otro extremo del treinta y nueve venía a la misma hora cada mañana con un ventilador y un bebé, y cargaba el ventilador, y paseaba al bebé de un lado a otro del rellano mientras cargaba, cantándole en bangla con una voz tan desafinada que la madre de Sera le dijo a la columna que era una bendición que la criatura todavía no pudiera quejarse. Un hombre con una silla eléctrica venía de noche y se sentaba con el cable de carga sobre las rodillas, leyendo un periódico hasta que su batería marcaba llena. La lista decía que los cuatro enchufes rotaban por horas. La costumbre decía que el equipo médico iba primero, fuera de quien fuera la hora, y todos los de la lista conocían la costumbre, y cada pocos días alguien nuevo se mudaba al treinta y nueve y la aprendía a fuerza de miradas.

La tercera mañana, una muchacha de unos veinte años desenchufó una plancha de pelo para hacerle sitio al concentrador sin que nadie se lo pidiera, y la madre de Sera le dio las gracias, y la muchacha dijo que su abuela había usado uno, y se quedaron juntas en la columna mientras se llenaba la jarra y hablaron de la abuela de la muchacha durante veinte minutos. Yo no conocía a su abuela. Sentí la jarra rebosar sobre la rejilla porque ninguna de las dos la estaba mirando.

La cuarta mañana no logró volver a subir.

* * *

Rubén me dio esto en su lavabo, de parte de Sera, y te lo daré como él me lo dio. La cocinera me dio su mitad en el fregadero de ollas esa noche. Ocurrió la cuarta mañana, en la escalera entre el cuarenta y el cuarenta y uno y en la cocina de la Harrow.

Sera encontró a su madre sentada en la escalera entre el cuarenta y el cuarenta y uno, con la luz de la batería del concentrador parpadeando en ámbar y la cánula subida hasta la frente, donde no servía de nada. No estaba asustada. Estaba molesta. Dijo que se había parado a descansar y no podía arrancar de nuevo, y que era el calor, y que Sera no tenía por qué poner esa cara.

Los Guardianes cargan a la gente. Es la parte del trabajo que nadie discute. Cuando un ascensor falla, los Guardianes bajan cargando por la escalera a los ancianos y a los enfermos y a los que van en silla hasta las salas de enfriamiento o las clínicas o fuera del fuego, y después los vuelven a subir, y hay todo un oficio en eso: el acarreo en silla, la cuna, el asiento de dos personas con las muñecas cruzadas, los tramos largos hechos por etapas y contando. Sera había cargado a cien personas. Le pasó a su madre los brazos por debajo de las rodillas y por detrás de la espalda y la levantó, y su madre dijo: «Pon ai, nul en ai saka de sebol» que la bajara, que no era un saco de cebollas, y Sera dijo: «Pesa tu menos ke saka de sebol» que pesaba menos que uno, y su madre se rio y luego no podía respirar, y Sera la subió el último tramo con el concentrador colgado del codo por el asa del carrito, golpeándole el muslo.

En la cocina sentó a su madre en el bidón volcado junto a la puerta, enchufó el concentrador en la pared y se apartó. El enchufe de la pared estaba muerto. La oficina de carga eléctrica había cortado el circuito de la cocina a la octava campanada.

Su hermana estaba en el fogón. El niño estaba en la olla de caldo, que estaba vacía y limpia y era su lugar favorito, con la tapa en la cabeza como un sombrero. Sera miró a su hermana. Su hermana miró al niño.

—Baya e asta tri des nen —dijo su hermana—. Vo veni ai kuando ru kosina aros nek. Abajo, a los enchufes del treinta y nueve, quiso decir, y ella iría cuando el arroz estuviera puesto.

—Nul kapa e i re feni sali nek —dijo Sera. Su madre no podía seguir con las escaleras.

—Novi ai.

—Asensor...

—Novi ai kon asensor.

No dijeron nada más del ascensor. Rubén me contó que no les hizo falta. Las dos conocían el aviso.

Esa noche la cocinera me dio su mitad, en el fregadero de ollas. No dijo *mi hermana* ni *mi madre*. Dijo: «Ma kari e Mama komo paketi, o ma pon e Mama komo paketi, o ma desha Mama e. Nene desha Mama alyen.» Sera había traído a Mamá cargada como un paquete y la había dejado como un paquete, quiso decir, y Mamá lo había permitido, y Mamá nunca se lo permitía a nadie. Restregó la olla del arroz. Dijo: «Ma mira e ai komo ke ma feni ai e nek. Komo ke ma rompi ai asensor nek.» Sera la había mirado como si lo hubiera hecho ella, como si ella misma hubiera roto el ascensor. El agua corría. Dijo: «Supone ai ke gavi ai ke rompi e nek nek. Supone ai ke en di mismo tama nek.» Suponía que se alegraba de que

estuviera roto, quiso decir. Suponía que era lo mismo. Luego cerró el grifo con fuerza y se secó las manos y no dijo nada más, y sentí el desagüe llevarse lo último del agua del enjuague por cuarenta y un pisos de tubería, como se lo lleva todo.

* * *

Ezra me dio esto en la escalinata del puerto, y la abuela del niño me dio la regla en su columna. Ocurrió durante toda esa semana, en la cocina de la Harrow.

El niño no estaba enterado del aviso. Todavía no sabía leer. Lo que sí le constaba era que los grandes habían empezado un juego nuevo.

El juego se llamaba Uniformes. Tenía una regla, que su abuela le había enseñado el segundo día, sentada en el bidón junto a la puerta con el concentrador zumbando detrás de ella. Si entraba en la cocina alguien de uniforme que no fuera la tía Sera o el tío Rubén o los porteadores que él conocía, él se iba a un escondite y se quedaba ahí hasta que su abuela dijera la palabra, que era *sopa*.

Tenía cuatro escondites, y los había elegido él mismo, y estaba más orgulloso de ellos que de cualquier cosa que tuviera, salvo una calcomanía azul de interrupción de la puerta del ascensor muerto que Ezra le había despegado y que él había pegado en el costado de la olla de caldo, de modo que la olla de caldo estaba, oficialmente, fuera de servicio. La olla de caldo, que era demasiado obvia y que usaba de todos modos porque le gustaba el eco. La repisa de abajo de la despensa, detrás de los sacos de harina, donde podía acostarse estirado y oler las cebollas que brotaban en el alféizar. La compuerta del montaplatos, que no funcionaba desde antes de que él naciera y que daba a un hueco lleno de cables viejos y plumas de paloma. Y un lugar del que no le hablaría a nadie, ni siquiera a su abuela, que resultó estar dentro del armario inferior de la carcasa de servicio del abatidor de temperatura, donde el aire estaba tibio por el compresor y él podía oír pensar a la máquina.

Practicaba. Entraban porteadores y no se escondía, porque conocía a los porteadores. Entraba Ezra y no se escondía. Entró Marisol con grasa hasta los codos y se escondió, porque ella llevaba un tabardo de trabajo y él no estaba seguro, y luego volvió a salir cuando ella se sentó a comer y le preguntó a su abuela: «En di uniforme ka?» y su abuela dijo: «En di mekanika» y él dijo: «Kapa mekanika i vidi ai nek ka?» Quería saber si los mecánicos podían verlo. Todos en la mesa se rieron menos su madre.

Ezra me lo contó en el puerto. Dijo que el niño creía que era el mejor juego que nadie había inventado nunca.

* * *

A cada Guardián que se sentó en la sesión informativa de la verificación le entregaron una tarjeta para llevar en el bolsillo del tabardo, plastificada contra el sudor. Rubén leyó la suya al lavabo de la estación del noveno piso, con la cara goteándole encima, con la voz del oficial que dio la sesión, que según él era la voz de un hombre que lee el menú de un restaurante que no puede pagar.

VERIFICACIÓN DEL PADRÓN DE HOGARES. NOTAS PARA LA CARA CONOCIDA.

Usted ha sido elegido porque los residentes lo conocen. Ese es su valor para la verificación.

Abra la terminal del piso con su sello. Permanezca presente. Colóquese donde los residentes puedan verlo. Sonría cuando corresponda. Un Guardián que sonríe ante la terminal tranquiliza a un piso.

No use la palabra *reclamación*. Diga *obligación*. No use la palabra *lista*. Diga *padrón*. No use la palabra *búsqueda*. No hay búsqueda.

Si un residente pregunta qué le ocurre a una persona no inscrita, diga: *A los residentes no inscritos se les ofrecerá asistencia con el registro*. No describa la asistencia. A usted no se le ha informado sobre la asistencia.

Si hay un niño presente y no inscrito, no se dirija al niño. Diríjase al adulto. El niño no es responsabilidad suya. El niño es responsabilidad del hogar, y el hogar, del padrón.

Si un residente se angustia, recuérdale que la verificación garantiza que los servicios lleguen a quienes tienen derecho a ellos.

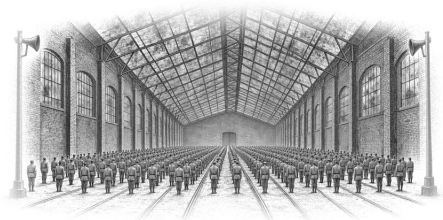
Si usted mismo se angustia, es normal. Infórmelo a su jefe de estación una vez completado el piso, no antes.

Su sello es una confianza depositada en usted. La oficina de guerra le agradece ser una cara conocida.

Rubén dijo que la tarjeta era del mismo tamaño que una tarjeta de comidas y del mismo tamaño que una tarjeta de prioridad de ascensor, y que la había guardado en el bolsillo donde llevaba su marcador, y que cuando buscaba el marcador en la escalera esa semana sus dedos encontraban primero la tarjeta, cada vez, y empezó a odiarla como se odia una piedra en el zapato.

Dijo que Sera leyó la suya una vez y se la devolvió a él. Dijo que ella le dijo que se la quedara, porque él era el que guardaba las cosas. Dijo que ella había arrancado la esquina que decía *sonría*.

Mantuvo la cara bajo el agua mucho rato después de eso. Cuando salió hizo una marca en el brazo, donde escribía nombres, y sentí la tinta correrse un poco en lo mojado, y él dijo que todavía no era el nombre de nadie. Dijo que era un espacio. Dijo que lo estaba guardando para la primera persona a la que la tarjeta le iba a pedir que no mirara.



Si llegan al cuarenta y uno

Rubén me dio esto él mismo, en el lavabo, la tercera y la cuarta tarde de la semana de registro. Pasó en la estación del noveno piso, en las escaleras de la Harrow y en su cuarto al otro lado del pozo.

Rubén Awolowo se lavaba la cara en el lavabo de la estación de Guardianes del noveno piso al final de cada turno. El lavabo era hondo, de acero, con un grifo de presión, y el agua venía de la propia columna del distrito, y era lo único fresco de la estación. Metía la cara entera. La dejaba ahí. Cuando salía, hablaba.

Llevaba seis años trabajando con Sera. Ese verano estaban en la misma rotación de simulacros, lo que quería decir que tres veces al mes la oficina de guerra los sacaba a los dos de su distrito y los mandaba al este con los demás Guardianes del cuarto municipio, a pararse en un patio cerca de los accesos orientales con el equipo completo mientras unos oficiales con portapapeles cronometraban cuánto tardaban en formar, y luego los mandaba de vuelta a casa.

Entre un simulacro y otro trabajaban el distrito. El tercer día de la semana de registro tuvieron un acarreo desde el piso treinta y tres de la Harrow: un instalador de señales jubilado, con la cadera mala y una infección en el pecho, que necesitaba el carro de la clínica a nivel de la calle y no podía con las escaleras. Rubén me contó el acarreo como otros hombres cuentan un partido de fútbol. Dijo que usaron el asiento de dos personas, cada uno agarrándose su propia muñeca derecha y la izquierda del otro, de modo que sus cuatro manos formaban un cuadrado donde el hombre se sentaba, y el hombre les pasaba un brazo por el cuello a cada uno. Dijo que en las escaleras se va de lado, con el que carga cuesta abajo delante, y que se cuentan los rellanos en voz alta para que la persona cargada sepa cuánto falta, porque no saberlo es lo peor. Dijo que Sera contaba en Span con el movimiento primero, *abajo, treinta y dos, nosotros*, y que el viejo empezó a contar con ella en algún punto de los veintitantos, y para el décimo piso les estaba hablando de una caseta de señales que había atendido en los viejos tiempos en una línea que ya no existía, y lo llevaron hasta el carro sin que nadie tuviera que ser valiente por nada.

Dijo que en un acarreo siempre tomaba el lado que dejaba hacia él el oído derecho de Sera. Ella nunca se lo había pedido. Él se había dado cuenta en el primer mes de que ella lo oía mejor de ese lado en un hueco de escalera, donde el concreto devolvía cada sonido tres

veces, y desde entonces caminaba a su derecha. Dijo que ella tampoco lo había mencionado nunca. Dijo que esa era una de las cosas que le gustaban de trabajar con ella.

—E novi —dijo él—. E nul tonta. E sola nul feni tu pale kon e.

Se escribía nombres en el antebrazo. Empezó la primera vez que lo mandaron al este con llamadas en la cola. Esa tarde tenía dos llamadas de asistencia esperando, un hombre cuya puerta se había atascado y una mujer cuyo marido se había caído, y llegó la orden, y tuvo que dejarlas. El sistema de despacho le dio dos opciones al cerrar sesión: REASIGNADO, que les diría a los que llamaban que venía una cuadrilla cuando no venía ninguna, o NINGUNA CUADRILLA ACEPTÓ, que era la verdad. Las marcó NINGUNA CUADRILLA ACEPTÓ. Luego se escribió sus nombres en el brazo con tinta para no olvidarlos en el patio, y volvió por ellos en cuanto el simulacro lo soltó. El hombre había salido por la ventana. El marido de la mujer estaba muerto.

Desde entonces se escribía nombres en el brazo. Sera nunca había dicho nada al respecto. El cuarto día de la semana de registro, en la estación, con la cara mojada, me contó que por fin ella le había preguntado cuántos.

—Nuda ka? —le dijo él—. Pen.

—Ne —dijo ella—. Todo dei.

Él había creído que hablaba de ese día, y había dicho cinco. Ella hablaba de todos.

No los había contado. Me dijo que esa noche se fue a casa e intentó contarlos y no pudo, porque algunos nombres los había escrito dos veces.

Vivía en la torre Lorne, al otro lado del pozo frente a la Harrow, en el piso dieciséis, en un solo cuarto con una jardinera de pimientos en la ventana que regaba con una botella antes de lavarse la cara. Me contó que esa noche se sentó en la cama con un bolígrafo y el reverso de un aviso de raciones y anotó cada nombre que pudo recordar, y llegó a ciento cuarenta, y entonces empezó a recordar nombres que se había escrito en el brazo y había borrado antes de anotarlos en ninguna otra parte, y paró. Dijo que los pimientos iban bien. Lo dijo de un tirón, como si fuera la misma clase de noticia.

* * *

Rubén me dio esto en su lavabo. Pasó el quinto día, en la estación del noveno piso.

El quinto día Rubén le explicó a Sera cómo funcionaría de verdad la verificación. Él había estado en la sesión informativa. Ella había estado en las escaleras con su madre.

El equipo abriría la terminal del piso con el sello de la Guardiania. La terminal mostraría las líneas del hogar del piso. El equipo compararía primero cada línea con las reclamaciones de servicio renovadas, buscando gente que debía servicio y se había mudado o cambiado de nombre. Esa era la lista que les importaba. Eso era lo que quería la oficina de guerra.

Luego compararían las líneas del hogar con las autorizaciones de comida del distrito.

—Kase ru konta kosina dei, dek —dijo Rubén. Lo dijo en voz baja, en Span, con la fuente al final, como lo hace un hablante cuidadoso de Gotham, y la fuente era *el oficial de la sesión informativa, dicho, lo oí*—. Kada karta, kada fena. Se alimenta kosina sen des, o ten piso nen des ses ler rekistra, ru maku alyen ri nul reti e selawe nek.

Quiso decir que el equipo pondría las cenas de la cocina frente a las tarjetas de sus pisos, y que donde en una cocina comiera más gente de la que tenía el padrón, alguien comía ahí sin vivir ahí.

Sera no dijo nada. Rubén me contó que se llevó la mano al aparato detrás de la oreja, como hacía cuando quería estar segura de haber oído bien.

—Ten ermana de tu konteo onesto —dijo él.

—Ai novi tama ri ten ermana de ai e nek.

Tres Cocinas contaba cenas porque los comedores de Garden contaban cebollas y las procesadoras del puerto contaban aceite y todo el comercio a través de la línea funcionaba con conteos que cualquiera podía comprobar. Un conteo honesto era lo único que hacía posible el comercio. El conteo de la cocina de la Harrow estaba en una pizarra junto a los estantes, en tiza, y en un libro de cuentas bajo el mostrador, y en el recuento semanal de la red de Tres Cocinas que iba a cada cocina de los municipios del este para que ninguna cocina pudiera decir que otra había hecho trampa.

El niño comía en esa cocina todos los días. No estaba en ninguna tarjeta. Cada día, su cena era una más que el padrón.

—Dei vo vidi e ler konteo —dijo Sera.

—Vo vidi dei kosina ri alimenta e yente les karta nek —dijo Rubén—. Alimenta kada kosina ler boro yente les karta. Ma maku Marisol selawe marte les karta. En cada cocina del municipio comía gente sin tarjeta, quiso decir; Marisol comió ahí el martes sin ella.

—Dei vo vidi kar des an —dijo Sera. Verían el piso cuarenta y uno.

—Se vo rive dei ler kar des an. Si llegaban al cuarenta y uno, quiso decir: cuarenta y un tramos, con el ascensor todavía parado.

* * *

Sera subió a la cocina esa tarde antes del servicio. Esto lo tengo de dos personas que estaban en la sala, y coinciden en las palabras y discrepan en todo lo demás.

Ezra estaba ahí, apilando tazones. La cocinera contó su versión en el fregadero de ollas después. Ezra dijo que Sera entró todavía con su tabardo y se quedó de pie al extremo de la mesa de acero y esperó hasta que su hermana la miró, y entonces dijo que tenía una manera de arreglar el conteo.

Dijo que cuando viniera el equipo, ella estaría en la terminal de todos modos. Dijo que podía decirles que la cocina de la Harrow daba de comer a los Guardianes en sus descansos, lo cual era cierto, y que la estación del distrito tenía un acuerdo por una cena diaria de Guardián en el recuento de la cocina, lo cual no era cierto, y que ella la firmaría con su propio sello como comida de la estación. Una cena al día, por autoridad de Guardian. El conteo cuadraría. Nadie lo miraría dos veces. La palabra de una Guardian en el piso de una Guardian.

Ezra dijo que la cocinera no dejó de remover. Dijo que dejó que Sera terminara, todo, y luego dio dos golpecitos con la paleta en el borde de la olla y la apoyó atravesada sobre el borde, y se dio la vuelta.

—Ne —dijo ella.

—En an lini —dijo Sera. Una línea.

—En lini de ai. En konteo de ai. Ma ten ai konteo di ok yera, para ke nul kapa alyen lo Garden, o alyen lo puerto, o alyen lo ofisina de wor i reti ler kosina di o dera ke mal e nek nek. —Se secó las manos en el delantal. Ezra dijo que lo hizo despacio, una mano y luego la otra—. Se pon tu seyo de tu nal konteo de ai, nul en e konteo de ai mas. En de tu. En de estasion. En de ofisina de wor, kase en seyo de dei e nek.

Quería decir que el conteo era suyo. Lo había llevado ocho años para que nadie de Garden ni del puerto ni de la oficina de guerra pudiera pararse en su cocina y decir que estaba mal, y un sello de Guardiania encima lo convertiría en el conteo de la estación, y después en el de la oficina de guerra.

—En fena de niví —dijo Sera. Era la cena de un niño.

—Nul usa —dijo la cocinera— kosina de ai komo otorida de tu.

Ezra dijo que Sera se puso blanca en los pómulos. Dijo que su madre, en el bidón junto a la puerta, no se movió en absoluto, y el niño, que estaba debajo de la mesa de acero con la cuchara, dejó de dirigir y levantó la vista hacia las dos.

—Ai ru trata i ayuda nek —dijo Sera.

—Novi ai. Kase di pale ai kon tu, nul kon mera ri mor respeta ai e nek. —La cocinera retomó la paleta—. Vo ruma ai konteo de ai. Era consciente, dijo; por eso se lo estaba diciendo a su hermana y no a una persona que tuviera que ser cortés con ella. Ella misma arreglaría su conteo.

Sera se fue. Ezra dijo que no dio ningún portazo. Dijo que salió al rellano y se quedó mucho rato en lo alto de la escalera, y luego bajó.

En el fregadero de ollas, esa noche, la cocinera le dijo al agua: «Ma vel feni e e. Ma vel firma e, o reti ler fas de dei, o manti nal seyo de e. O kuando ma vel topa dei e, ma vel ten dei e, o konteo, o niví.» Fregó. Dijo: «Kre e ke feni seyo e sekuro nek. Feni seyo e fasil de topa.» Un sello no ponía nada a salvo, quiso decir. Lo hacía fácil de encontrar. Luego, al rato, más bajo: «Siempre dinu e. Kuando ma sili mer, ma leva e mani ler eskola para bi mer.» El agua del enjuague corría y corría. «Mor ma dera ai mersi» dijo. «Vo dera ai e kuando fin e nek.» Tendría que haberle dado las gracias a su hermana, quiso decir, y se las daría cuando todo terminara.

No sé si lo hizo. Nadie me lo dijo.

* * *

El simulacro de la segunda campanada se hizo en la vieja cochera de tranvías detrás de la sala de reunión de los municipios del este, y Rubén Awolowo me lo contó mucho después, en un lavabo, con los nombres que había escrito ese día todavía tenues en la cara interna de la muñeca, porque la tinta que usaba no se quitaba con una sola lavada.

Trescientos Guardianes estaban de pie en la cochera de tranvías con el equipo de simulacro, en el calor. Era una cochera larga de ladrillo con un techo de vidrio vuelto opaco por un siglo de hollín, y la luz entraba por él marrón, y los rieles de las viejas líneas de tranvía recorrían todo su largo hundidos en el suelo, de modo que los Guardianes formaban filas entre ellos como hortalizas en surcos. Se suponía que la rotación era de tres simulacros al mes. A los Guardianes de distrito de los municipios del este los habían sacado de sus torres por cuarta vez en nueve días. La orden de simulacro decía *ejercicio de preparación, temporada*

de movilización. Rubén dijo que nadie en la cochera sabía para qué se estaban preparando, y que de eso se trataba.

Sera estaba dos puestos a su izquierda. La observaba, me dijo, como siempre en los simulacros, porque las instrucciones de la oficina de guerra llegaban por un sistema de altavoces más viejo que cualquiera de ellos, una bocina en un poste a cada extremo de la cochera, y en un día de calor las bocinas zumbaban y crepitaban y se tragaban el final de las palabras, y el aparato auditivo de Sera recogía el zumbido y se lo devolvía como un rugido. Ella estaba con la cabeza un poco girada, el lado bueno hacia la bocina más cercana, y su cara no dejaba ver nada, y cuando llegaba una orden se movía medio tiempo después que la fila, cada vez, no tan tarde como para que un sargento lo anotara.

A la media campanada las bocinas callaron y se abrió una puerta en el otro extremo de la cochera, y entró Renn Ivers, vicemariscal.

Rubén ya había visto a Ivers, de lejos, en una tarima, en un cartel de la oficina de guerra. De cerca, dijo, Ivers era de menor estatura que en el cartel y de aspecto más pulcro, una persona que a todas luces nunca había sudado en un simulacro, con un abrigo gris de seguridad cívica y el cordón plateado de enlace en el hombro, que recorría la cochera de punta a punta entre las filas con un escribiente detrás que llevaba una tablilla. Ivers no usó las bocinas. Ivers hablaba con una voz baja, clara, que llegaba lejos, y que según Rubén fue lo más aterrador de toda la mañana, porque trescientas personas se quedaron en silencio para oírla.

—Se declaró la movilización —dijo Ivers, en Estándar Imperial, caminando—. Se requiere preparación. Se está completando el registro de los hogares de los municipios del este. Se están renovando las reclamaciones de servicio. Se espera asistencia.

Rubén me dijo que se quedó ahí parado tratando de encontrar a una persona en cualquiera de esas frases, y no pudo. Nadie había declarado nada. Nadie lo requería. Nadie completaba ni renovaba ni esperaba. Las cosas simplemente se hacían, en una cochera, en el calor, sin nadie.

—Los Guardianes apoyarán a los equipos de registro en sus distritos —dijo Ivers—. Se valora el conocimiento que los Guardianes tienen de sus torres. Los hogares conocidos por los Guardianes y no conocidos por el registro deberán reportarse por el canal del distrito. Se agradece la discreción.

En la cochera se hizo un gran silencio. Rubén dijo que oía los rieles del tranvía chasquear con el calor.

Miró a Sera. No supo si ella lo había oído. La bocina más cercana estaba callada ahora e Ivers estaba a diez pasos, caminando hacia el otro extremo, y Sera llevaba la cabeza girada hacia el lado equivocado. Pero su mano se movió. Su mano derecha, la del sello rojo en la placa de la muñeca, se cerró junto a su costado. Rubén la conocía desde hacía seis años. Conocía la cocina de su hermana y al niño de su hermana, y sabía que el niño no tenía línea en ningún registro de la ciudad, y sabía que Sera sabía que él lo sabía. Ninguno de los dos lo había dicho nunca. No se decía. Se bajaba a la gente por las escaleras entre dos en una ola de calor y no se decía.

Ivers se detuvo al final de la cochera y se dio la vuelta.

—Questions —dijo Ivers. No era una pregunta.

Una Guardiania del quinto municipio, una mujer mayor y corpulenta a la que Rubén solo conocía de vista, levantó la mano. Preguntó en Span de servicio, el registro de los Guardianes, que conservaba cada marcador de fuente que la calle había ido soltando: «*Vicemarskal*. Se novi Guardian kasa, o nul novi rekistra e, o reporta Guardian e nek, vo pasa nawi kon kasa?» Preguntaba qué le pasaría a un hogar que un Guardián conocía y el registro no, una vez que el Guardián lo hubiera reportado.

Ivers la miró con lo que Rubén describió como una gran cortesía.

—Se asiste a los hogares —dijo Ivers—. La asistencia se presta según la necesidad. Se protege a los niños sin registro. —Una pequeña pausa—. Gracias, Guardiania. Fue una pregunta útil.

Eso fue todo. Las bocinas volvieron a encenderse, crepitando, con el simulacro: formen, rompan filas, formen, rompan filas, en la luz marrón, durante una hora. Sera se movió su medio tiempo detrás de la fila cada vez. Al cabo de la hora el simulacro los soltó y salieron en fila de la cochera de tranvías al calor blanco del patio, y Sera caminó junto a Rubén sin decir palabra hasta la reja de la sala de reunión, y ahí se detuvo y le tomó el brazo izquierdo, el que todavía no tenía nombres, y se lo volteó, y miró la cara interna desnuda de la muñeca.

—Nul eskribi di —dijo ella. No escribas este.

Él no preguntó cuál. Me dijo que sabía exactamente cuál, y que no lo escribió, y que, en cambio, lo cargó, sin escribir, el resto del verano, y que le pesó más que cualquier nombre que se hubiera puesto nunca en la piel.

Esa noche, en la Harrow, bajó a la madre de Sera del piso cuarenta y uno al treinta y nueve para su punto de carga, con Sera del otro lado y Ezra detrás con el equipo, y nadie dijo nada de la cochera de tranvías, y en el rellano del piso treinta y nueve la madre de Sera dijo, desde entre los dos, que los dos olían a simulacro y que se lavaran antes de cenar, y los dos se rieron, y Rubén dijo que era la primera vez en todo el día que se le aflojaba el pecho.

* * *

En la segunda semana del calor llegó una tarjeta por debajo de cada puerta de la torre Harrow, impresa por las dos caras, con un agujero perforado en la esquina para poder colgarla de un clavo junto al grifo. La madre de Sera se la leyó a la columna del treinta y nueve mientras se llenaba su jarra, primero el frente y después la letra pequeña del reverso, porque decía que la oficina de guerra solo decía la verdad en la letra pequeña, y esta vez no estaba segura de que lo hubiera logrado ni siquiera ahí.

GUÍA ANTE EVENTOS DE CALOR PARA HOGARES REGISTRADOS. GUARDE ESTA TARJETA JUNTO A SU AGUA.

MANTÉNGASE FRESCO. Cierre las cortinas de día. Abra las ventanas de noche donde sea seguro. Moje un paño y colóqueselo en el cuello.

MANTÉNGASE HIDRATADO. La hidratación es un deber cívico. Beba antes de tener sed. Si se interrumpe el agua de su piso, beba el agua que almacenó antes de la interrupción.

PERMANEZCA EN SU LUGAR. Desplazarse entre pisos aumenta el estrés por calor. Se recomienda a los residentes por encima del piso veinte no usar las escaleras en las horas de más calor. Se advierte a los residentes por encima del piso veinte que el ascensor puede estar descansando.

RECONOZCA LAS SEÑALES. Confusión. Piel caliente y seca. Corazón acelerado. Colapso. Si un miembro de su hogar presenta estas señales, trasládalo a un lugar fresco y pida asistencia.

La asistencia acudirá por orden de registro. Las personas no registradas no deben pedir asistencia en nombre de personas registradas, ya que esto puede retrasar a la persona registrada. Un lugar fresco es cualquier lugar más fresco que el lugar actual. Los incidentes relacionados con el calor en lugares no residenciales se registran en el municipio del lugar. La oficina de guerra no se hace responsable de la temperatura.

—*Trasládalo a un lugar fresco*—le dijo la madre de Sera al grifo—. Nal tri des nen. Ler kalor. La asensor ru kela. Dijo que era como si te dijeran que llevaras a alguien que se ahoga a un lugar seco.

Dijo que había leído las señales dos veces, de pie ante la columna en pantuflas con el concentrador zumbando en su bolsa, y que las había reconocido todas, porque su propio padre había muerto de ellas en un calor cincuenta años atrás en un piso sin agua, y ella fue quien lo encontró, y tenía catorce años.

—*Confusión*—dijo—. *Piel caliente y seca. Corazón acelerado.* —La jarra se desbordó, y ella la dejó—. Ma lesi dei parte ri re peni e mama de e nek. Mor pon dei di. Don vo novi yente e. Habían dejado fuera la parte en que él no paraba de pedir a su madre, quiso decir. Deberían poner eso en la tarjeta, y entonces la gente sabría.

Se llevó la tarjeta arriba y la colgó del clavo junto al grifo de todos modos, porque dijo que tenía un agujero y que un agujero era lo único útil que tenía.

*Tren o movimiento atendido*

Ezra me dio esto en la escalinata del puerto. Empezó la quinta noche de la semana de registro, al final del servicio en la cocina de la Harrow.

Ezra vio lo que hizo la cocinera con el conteo. Me lo contó en el puerto esa noche, y estaba orgulloso de ella de una manera que lo enojaba, y no lograba separar las dos cosas.

El recuento de Tres Cocinas salía cada siete días. Cada cocina anotaba con tiza sus cenas en el tablero a medida que las servía, luego copiaba la semana en el libro de cuentas bajo el mostrador, luego mandaba los totales del libro al empleado de la red en el segundo piso de la torre Aldine, que los reunía para las once cocinas y devolvía la hoja a cada una de ellas. La hoja era la manera en que las cocinas sabían que nadie se estaba quedando con aceite. Era la manera en que los comedores de Garden sabían que las cebollas que mandaban alimentaban a la gente y no se vendían. Era el documento más limpio del cuarto municipio, y la cocinera había pasado ocho años haciéndolo así.

Esa noche, al final del servicio, hizo algo que Ezra nunca le había visto hacer. Se sirvió su propia cena en último lugar, como siempre, un tazón lleno del guiso de puerro con el pan plano partido encima. La anotó con tiza en el tablero: una cena, tarjeta de la cocinera. Luego se sentó en el extremo de la mesa de acero y se comió la mitad, despacio, y le pasó el tazón al niño, y él se comió el resto.

—Karta de kosinera —le dijo a Ezra, sin levantar la vista—. An fena. Berda e. Tarjeta de la cocinera, una cena, y cierto: hablaba de la tiza, y de cada palabra de ella.

La noche siguiente lo volvió a hacer. Y la siguiente. Ezra dijo que ella se comía su mitad de pie, entre tareas, como lo comía todo, y nadie que no lo supiera habría notado nada, y el tablero y el libro y el recuento decían exactamente lo que siempre habían dicho: una cena, tarjeta de la cocinera.

—E ten ambre —me dijo Ezra—. E ru alimenta piso todo, o e ten ambre. O limpio konteo. Tenía hambre, quiso decir. Alimentaba a todo el piso y pasaba hambre, y el conteo estaba limpio.

Su madre lo notó la segunda noche y empezó a dejar también la mitad de su propia cena, y la cocinera le dijo que dejara de hacerlo, porque los pulmones de su madre necesitaban la comida más que su orgullo, y su madre dijo que comería lo que quisiera, y tuvieron una pelea de un lado a otro de la cocina en dos idiomas, la madre de la cocinera pasándose al idioma de la cocina de su propia infancia cuando quería ganar, y la cocinera respondiendo

en Span llano con cada fuente marcada, que es como se pelea en Span cuando uno tiene la intención de ser justo. El niño estaba sentado entre ellas con el tazón y se comía todo lo que le daban. Ezra no podía seguir la parte de ella. Dijo que no importaba. Dijo que se sabía quién había ganado por quién lavaba la olla, y la madre de la cocinera la lavó, y quedó contenta.

Marisol, que había comido en la cocina dos veces esa semana sin tarjeta, llegó la quinta noche con un paquete de papel de pimientos de Garden que había comprado en el mercado de la planta baja a un precio que no quiso decir, y lo puso en el mostrador y dijo que era para la pasta de pimiento, y comió una cena y la pagó con su propia tarjeta, cosa que nunca había hecho antes. Rubén llegó la sexta noche e hizo lo mismo. También Oyelaran, el camillero de la clínica, y Wren y Kofi del octavo piso, que al final sí tenían tarjetas. Solo que nunca habían querido que sus padres vieran dónde comían. Kofi dijo que su madre cocinaba repollo cuatro noches por semana y que él prefería que lo registraran como fantasma. Wren no dijo nada y pagó con su tarjeta y se comió dos tazones, y luego volvió a pagar con su tarjeta.

Nadie dijo nada al respecto. El conteo siguió limpio. El tablero se llenó de tiza.

Sera también llegó la sexta noche, tarde, y pagó una cena con su tarjeta, y se la comió en un tazón, sentada, por primera vez esa semana. Ezra dijo que la cocinera misma le puso el tazón delante. Dijo que ninguna de las dos dijo nada sobre el quinto día, y que eso era lo más que nadie en esa cocina había dicho sobre nada.

* * *

Esto es en parte mío, en parte de Ezra y en parte de la columna. Ocurrió a lo largo de la semana de registro, en la torre Harrow.

El calor hizo lo suyo esa semana, y los seres vivos de la torre hicieron lo suyo.

Los camiones de los mosquitos pasaban por la ciudad baja al anochecer y fumigaban los desagües, y el olor subía por los conductos hasta el piso treinta, dulce y químico, y los mosquitos seguían criando en las bandejas bajo las juntas sudorosas del circuito de enfriamiento hasta que la cocinera encontró las larvas retorciéndose en una y vació todas las bandejas de la cocina en el fregadero de ollas y maldijo. Un árbol del cielo había echado raíces en una grieta de la cornisa del piso veinte de la Harrow hacía años y ahora era tan alto como un hombre, inclinado sobre el mercado, y con ese calor sus hojas soltaban su olor a maní quemado con tanta fuerza que la gente del piso veinte mantenía las ventanas cerradas y se culpaban unos a otros por lo que cocinaban. Las palomas anidaban en el hueco del montaplatos muerto, y por eso el tercer escondite del niño estaba lleno de plumas. Arriba en la azotea, los frijoles de alguien se habían vuelto fibrosos con el calor, y a los pimientos les encantaba.

La quinta mañana, en la columna, la madre de Sera le contó al grifo lo del halcón.

Había estado en el rellano entre el cuarenta y el cuarenta y uno, descansando, mirando por la ventana de la escalera hacia el hueco entre la Harrow y la Lorne, donde las palomas giran en la luz gris todo el día y los tendedores cruzan de ventana a ventana. Un pájaro bajó por el hueco desde arriba. Dijo que bajó más rápido que nada que hubiera visto moverse jamás, más rápido que una sartén que se cae, derecho hacia abajo con las alas plegadas hacia atrás como un par de manos juntas, y atravesó las palomas y hubo un estallido de plumas,

y luego ya volvía a subir con algo en las patas, subiendo por el hueco hacia el cielo blanco sobre las torres, y desapareció.

—Falko —le dijo a la columna—. Ro dera papa de ai ke ro baya dei ler tubo dinu kuando nivi e nek, o ma kre mer todo ke ru manti e nek. Ma pon bario kasha nal teto de mer, ase loni yera, o ma kre ai ke para mostra e nek. La jarra estaba llena y se desbordaba. Ella la dejó. «Pen des an yera ler tore di, o nene ma vidi ai an ri shasa e nek. Ma mor en ai dema lento i subi bi sali nes ke ma mira ai ler bentana nek nek.»

Su padre juraba que los halcones bajaban de ese modo por el hueco cuando ella era niña, y toda la familia pensaba que él mentía. Cincuenta y un años en la torre, y jamás había visto cazar a uno. Hizo falta que ella fuera demasiado lenta para dos tramos de escalera.

Se rio de eso. Sentí el agua desbordarse por el borde de la jarra y bajar por el acero hasta la rejilla.

* * *

Rubén me dio esto en su lavabo. Ocurrió el sexto día, en el rellano del piso cuarenta.

El sexto día el calor rompió un récord. Rubén dijo el número en el lavabo como un hombre que informa de una muerte. Las pantallas mostraron la franja naranja todo el día y el tono cada hora. El circuito de enfriamiento del distrito no daba abasto. La oficina de carga eléctrica recortó horas de enfriamiento en los pisos altos para sostener la ruta de la clínica y las salas de máquinas, y por encima del piso treinta las torres se volvieron hornos.

Él y Sera hicieron cuatro acarreo ese día, todos hacia abajo, ninguno de vuelta arriba antes del anochecer. El tercero fue una mujer de ochenta años del piso cuarenta y siete de la Harrow, una costurera jubilada que había cosido los tabardos de la estación durante treinta años y los conocía a los dos por la medida de los hombros. Estaba confundida cuando llegaron a ella y le hablaba a Sera como si Sera fuera su propia hija. La bajaron cuarenta y siete tramos en el asiento de dos personas, contando, y ella dejó de responder al conteo hacia el piso veinte. El carro de la clínica se la llevó a nivel de la calle. Rubén dijo que la clínica llamó a la estación a la novena campanada para cerrar el aviso. Había muerto en el carro. La clínica lo registró como cardíaco, afección preexistente, y el código de cierre de la estación para eso es NATURAL, y Rubén tuvo que ingresarlo él mismo, y lo hizo, porque era cierto hasta donde llegaba. Me dijo que el boletín de calor de esa tarde no registraba ninguna muerte por calor en el cuarto municipio. Dijo que había empezado a entender cómo se llega a un número así.

La placa de comparación de Marisol no llegó.

—Nen día —le dijo a Rubén en el rellano, con las manos en el hueco—. Komo todo odimera.

Había cambiado el forro de las zapatas del freno. Había reconstruido el freno mismo, los resortes y los pasadores, y pulido el tambor, y le mostró a Rubén las zapatas viejas gastadas hasta los remaches y dijo que al último mecánico deberían haberle puesto un uno. Tenía abierta la carcasa del controlador y la placa frita fuera, sobre un trapo en el suelo del rellano, negra en una esquina donde se había quemado un componente. Podría haberla puenteado. Había una manera, que le describió a Rubén y que él no entendió, de hacer que el ascensor

funcionara con su freno y un contactor manual, despacio, con un mecánico a bordo. No era legal. No era seguro para pasajeros. Era bastante seguro para carga.

—Para kit de ekipo de verifika —dijo Rubén. Para el kit del equipo de verificación, quiso decir.

—Para kada tama ri mor kari ai e nek —dijo Marisol: y luego para todo lo demás que tendría que cargar. Él me contó que ella lo miró largo rato y luego dijo: «Ai nul ru salta nada. Ai ru pasi tabra de ai. Vel dona karta de punto ai an.» No iba a puentear nada. Esperaría su placa, y la torre podía ponerle un uno con tiza en la tarjeta de puntuación por eso.

Él no le preguntó por qué. Dijo que no quiso obligarla a decirlo.

Me contó que para entonces ella había dejado de tararear. Me contó que se sentó en el suelo del rellano junto al trapo con la placa quemada encima, en el calor, y ella se sentó también, con la espalda contra la puerta del hueco, y bebieron de su botella de agua por turnos y no hablaron del ascensor, y ella le habló de la cocina de la escuela de su hermana Chioma, donde los niños les tiraban guisantes a los carteles de nutrición de la oficina de guerra, y él se rio tanto que una mujer salió de un apartamento del cuarenta para ver quién se estaba muriendo. Dijo que fue el mejor cuarto de hora que había pasado esa semana. Lo dijo en el lavabo, y luego mantuvo la cara bajo el agua un largo rato.

* * *

La madre de Sera me dio esto en la columna la sexta tarde.

Esa tarde la madre de Sera se sentó junto a la columna del treinta y nueve con el concentrador cargando y la jarra llenándose y el calor saliendo de las paredes, y le dijo una cosa larga al grifo. Le daré tanto de ella como pueda.

Dijo que había vivido en la torre Harrow cincuenta y un años. Dijo que vio cuatro registros y tres movilizaciones y un impacto en el escudo oriental que resultó ser una tubería principal de gas. Dijo que cada vez que la oficina de guerra subió las escaleras con su terminal, aseguró que buscaba a otra persona, y cada vez encontró a quien encontró. Dijo que bajó cargando a su propia madre cuarenta tramos durante un incendio. Dijo que nunca pensó que ella sería la que cargaran.

Dijo que había llevado la cocina del cuarenta y uno durante treinta años y la había entregado con el conteo limpio, y que su hija mayor la había mantenido más limpia, y que su hija menor se había ido y se había puesto el gris a los diecisiete porque quería ser la que abriera las puertas, y se había convertido exactamente en eso, y que estaba orgullosa de las dos de una manera que la cansaba.

Dijo: «Rompi asensor, o sekuro niví. Kuando ruma dei asensor, nul sekuro e. Resa ai para ke vo ruma dei asensor nek, o resa ai para ke vo reti e rompi nek, o kapa Dio i ordena e nek, kase nul kapa ai.» El ascensor estaba roto, y el niño estaba a salvo. Cuando arreglaran el ascensor, el niño no lo estaría. Rezaba para que lo arreglaran, y rezaba para que siguiera roto, y Dios podía resolver eso, porque ella no podía.

Luego dijo: «Ser des an porsento» que era la batería del concentrador, y lo desenchufó, y empezó a subir las escaleras.

Sentí la jarra. Eso es todo. Agua fría en una jarra esmaltada, subiendo dos tramos, derramándose un poco en cada escalón. La sentí detenerse en el rellano entre el cuarenta y el cuarenta y uno, y quedarse allí un largo rato, y luego seguir.

* * *

Rubén me dio esto en su lavabo. Ocurrió el séptimo día, en la estación del noveno piso.

El séptimo día la oficina de guerra anunció que la sala de enfriamiento del duodécimo nivel del cuarto municipio cerraría la tarde siguiente «para dar cabida a un ejercicio de preparación programado», y que los residentes que necesitaran enfriamiento debían acudir a la alternativa designada de su distrito, que para la torre Harrow era una sala en el sexto municipio al otro lado de un puente que también estaba cerrado.

Rubén me lo leyó en el lavabo. Lo leyó dos veces.

—E vo feni sava —dijo. Hablaba de Sera. «Ai nul novi nawi. E ten fas.» Ella haría algo, él no supo qué, y tenía la cara para eso.

Metió la cara en el agua y la mantuvo allí, y sentí su aliento salirle en burbujas contra el acero, y luego salió y escribió un nombre en su brazo. No sé de quién. No lo dijo en voz alta.

* * *

El cobrador del intermediario llegó al Andén Once el primero del mes, que ese año cayó en la primera semana del calor, y Tavi se lo contó al tanque mientras lo llenaba, porque dijo que a alguien había que contárselo y Lio no se lo iba a contar a nadie.

Lio debía una reserva de habitaciones. Esa era la frase del intermediario, y estaba impresa en el contrato que Ona había leído en voz alta una vez en su mesa con una voz que reservaba para los documentos que despreciaba. Cuando la familia de Lio perdió sus habitaciones en el segundo municipio, el año en que falló el ascensor de su torre y la oficina del distrito reclasificó los pisos altos, el intermediario les encontró habitaciones nuevas en una torre junto al río y pagó la reserva que exigía el casero de la torre, seis meses de alquiler por adelantado, y a cambio Lio le firmó al intermediario seis meses de su trabajo, a saldar en lo que el intermediario pudiera colocarlo, menos los cargos del intermediario. Su madre, Eline, vivía en las habitaciones y cosía por encargo. Lio no vivía en ellas. No había espacio, y estaba el vagón, y estaba Deren.

El intermediario lo había colocado en un depósito de carga junto al río, dirigido por una comerciante llamada Maurelle, y Tavi dijo que Maurelle era lo mejor de todo el arreglo. Pagaba el día que decía, cosa que ningún depósito del cuarto municipio hacía, y hacía preguntas. Adónde va esta caja. Quién firmó por ella. Quién está del otro lado. Por qué la oficina de guerra quiere cuarenta carretillas de mano enviadas a un apartadero que no aparece en ningún mapa que ella tenga. Lio cargaba lo que ella le decía que cargara y escribía los recuentos en Switch de patio, objeto y cantidad y en manos de quién, y los recuentos eran impecables, y Maurelle los leía cada noche y le preguntaba la única cosa que nunca decían.

—E dera ke perfekto konteo de ai, o lesi dei todo ri importa nek nek —le dijo Lio a Tavi esa semana, en el andén, mientras Deren le vendaba las manos—. E dera ke eskribi ai tama ri ma mavi ai nek, o nul tama ri vel sale mal nek nek. Maurelle decía que su conteo era perfecto

y dejaba fuera todo lo que importaba. Él anotaba lo que había movido, y nada sobre lo que podía salir mal.

—Nawi vel sale mal kon karito?

—E dera ke di en tama ri ru peni e nek. Lo que podía salir mal con una carretilla de mano era justamente lo que ella no dejaba de preguntar.

El cobrador llegó a la cuarta campanada después del mediodía, un hombre delgado con un buen abrigo gris demasiado grueso para el clima, con un libro de cuentas en un estuche de cuero y un pequeño lector colgado de una correa, y bajó por la rampa de carga como si el andén pudiera ser contagioso y se quedó en el borde y no se acercó al vagón. Lio fue hacia él. Tavi miraba desde la escotilla del tanque con la manguera en la mano. Lio le tendió su tarjeta, y el cobrador le pasó el lector por encima, y un número salió de la tarjeta, casi una semana de paga del depósito de Maurelle, y el cobrador escribió en su libro y dijo algo que Tavi no alcanzó a oír, y sonrió, y volvió a subir por la rampa.

—E ma dera nawi? —preguntó Tavi, cuando Lio volvió.

—E ma dera *la familia le agradece su colocación continuada*. —Lio se sentó en el borde del andén junto al tanque con las palmas quemadas abiertas sobre las rodillas—. E dera e kada mes. Kar mes o nen dia. El cobrador decía eso todos los meses, y faltaban cuatro meses y nueve días.

—Asta nawi?

—Asta ke en nomi de mama de ai de e nek. Hasta que las habitaciones fueran de su madre.

Deren se había acercado rodando en la silla. Era primo de Lio, seis años mayor, y esa semana había estado pintando el techo del vagón, la bóveda sobre el andén, recostado en la silla con un pincel atado a un palo. Se quedó mirando las manos de Lio un rato.

—Dona ai di —dijo.

Lio le dio las manos. Deren tenía una lata de ungüento y un rollo de lino limpio en el brazo de la silla, y le quitó de las palmas a Lio el lino del día, despacio, donde se había pegado, y Lio no hizo ningún ruido, y Tavi, en el tanque, apartó la vista y luego volvió a mirar porque pensó que apartar la vista era peor. Las palmas estaban brillantes y con surcos y rosadas donde la piel había vuelto a crecer, después de algo que Lio no quería describir y que Deren no quería describir por él, y se agrietaban con el calor, y Deren les extendía el ungüento con los pulgares como la madre de Tavi, Rena, extendía el almidón en un cuello, hasta los mismos bordes.

Hablaban mientras él lo hacía, en Switch de patio, que los dos usaban para hacer chistes como otros primos usaban una lengua privada. Tavi dijo que podía seguir más o menos la mitad. Deren dijo algo como *objeto: un primo, estado: malo, en manos de quién: del intermediario, permiso: no pedido*, y Lio dijo algo como *estado: mejorando, en manos de quién: tuyas, permiso: concedido, bajo protesta*, y los dos se rieron.

—E nul riye ler odi sitio —le dijo Tavi al tanque—. Sola kuando feni Deren mani de e. Lio no se reía en ningún otro sitio, quiso decir. Solo cuando Deren le curaba las manos.

Para entonces el tanque estaba lleno. Tavi cerró el hidrante y se quedó sentado con la manguera sobre las rodillas un rato, mirando a los dos primos en el andén con el calor, y

luego le dijo algo al agua que he guardado, porque fue la primera vez que dijo algo así, y no la última.

Dijo: «Kar mes o nen dia. Vel peye ai e se ten ai e. Vel peye ai e o nene dera ai e.» Cuatro meses y nueve días: si lo tuviera, lo pagaba. Lo pagaba y no lo contaba nunca.

No lo tenía. Tenía quince años y arreglaba rejillas para las comidas de ruta. Se lo cuento para que sepa el tamaño de lo que él quiso decir.

* * *

Una orden de trabajo, mantenimiento del mando de carga de Garden, copia al carbón, la hoja amarilla que se queda la cuadrilla. Hosea Mbatha la llevó hasta la playa de la bahía doblada en el bolsillo de la camisa, y una de sus mañanas allí la desdobló y se la leyó a los bajíos, cada casilla, incluidas las que no tenían nada. Dijo que quería que yo oyera cómo suena la nada cuando está impresa.

MANTENIMIENTO DEL MANDO DE CARGA. PATIOS DEL SUR. ORDEN DE TRABAJO.

Ubicación: empalme de Tres Vías, desvío del lado de Garden, motor de agujas y junto a la vía. Tarea: corregir el ancho del desvío. Reemplazar el cerrojo de agujas por una unidad nueva del almacén. Probar con el enclavamiento. Firmar. Unidad del almacén: cerrojo de agujas, generación actual. Cuadrilla: Vos, G. (capataz). Mbatha, H. (alineador). Nueve operarios. Terminar antes de: fin del turno. Prioridad: rutinaria. Tren o movimiento atendido: . Trabajo siguiente: . Otras cuadrillas en el lugar: . Riesgos observados: calor. Murciélagos en las vigas. Firmado: Vos, G. Probado: Mbatha, H. Enclavamiento: responde.

Toda mano es una mano segura.

—Tren o movimiento atendido —le dijo Hosea al agua—, punto. Dijo que había un punto impreso después de los dos puntos en el formulario, para que el espacio vacío pareciera terminado. Dijo que había llenado mil de esas órdenes en veintidós años y nunca se había dado cuenta de que el punto estaba ahí.

Dijo que la línea de los murciélagos era suya. El formulario tiene una línea para riesgos, y nadie escribe nunca nada en ella, así que él escribe lo que de verdad hay: calor, avispa, un zorro muerto en el balasto, una mujer que vende naranjas a las cuadrillas en el viejo puente de la carretera y no quiere mover su carrito. Dijo que Gerrit Vos se burla de él por eso. Dijo que Gerrit había firmado esta sin leerla, como las firma todas, y que no había nada malo en eso, porque no había nada en ella.

Enclavamiento: responde. Leyó esa línea tres veces. Dijo que había sido verdad. Dijo que el cerrojo nuevo le había respondido al enclavamiento la primera vez que lo probaron, limpio, y que se había alegrado, porque los cerrojos viejos se atascaban.

La dobló por los pliegues viejos y la volvió a guardar en la camisa y abotonó el bolsillo, y se quedó de rodillas allí con la mano plana encima, como si se la pudiera llevar el viento, aunque esa mañana no había nada de viento.

* * *

Objeto: un juego de agujas en el empalme de Tres Vías, del lado de Garden. Estado: cerrojo de agujas nuevo, instalado por mi cuadrilla, ancho corregido. Mano: la mía. Permiso: orden de trabajo, mantenimiento del mando de carga. Trabajo siguiente: ninguno indicado. Procedencia: la orden.

Así empezó Hosea, en la playa de la bahía, la novena mañana después de Tres Vías, la primera vez, con el agua hasta las muñecas.

Tres Vías es un empalme bajo el cruce del río donde se juntan tres líneas: una línea de Gotham que entra desde el norte, una línea de Garden que entra desde el sur, y una tercera línea, más vieja, que corre hacia el este por la orilla hasta los antiguos patios de carga y no ha tenido tráfico regular en una generación. Se llama Tres Vías por eso. La línea de Gotham y la línea de Garden se juntan en un juego de agujas en una trinchera revestida de viejos muros de contención de ladrillo, justo al sur de donde terminan los cables de Gotham y empiezan los de Garden. Durante la mayor parte de la guerra el empalme había sido el cruce de Gotham: el lugar donde la carga entre los dos Bastiones cambiaba de locomotora. Desde que cerraron los accesos orientales, nada lo había cruzado.

Hosea conocía la trinchera mejor que su propia cocina, dijo. Los ladrillos son de ese rojo viejo y blando, y lloran. El agua del río se cuela por el relleno y sale de los muros en una filtración lenta que los mancha de verde y negro, y en los mechinales a lo largo de las hiladas de abajo hay musgo y un helecho de hojas largas en forma de lengua. Las golondrinas construyen copas de barro bajo las vigas donde la trinchera pasa bajo la vieja carretera. De noche los murciélagos salen de las mismas vigas y les quitan las polillas a una lámpara de trabajo.

Hosea era alineador de vías. Su cuadrilla trabajaba para el mantenimiento del mando de carga de Garden, corrigiendo el ancho y la alineación de las vías por los patios y empalmes del sur. Tenía cuarenta y cuatro años. Llevaba veintidós haciéndolo. Me dijo que había corregido el ancho de vías por todo Garden y nunca había sabido para qué tren lo hacía, porque las órdenes de trabajo nunca lo decían. Una orden daba una ubicación y una tarea y una hora de término, y su talón de pago daba las horas y la tarifa, y eso era todo.

Dos días antes de Tres Vías, su cuadrilla tuvo una orden para las agujas del lado de Garden en el empalme. Corregir el ancho del desvío. Reemplazar el cerrojo de agujas del motor de agujas por una unidad nueva del almacén. Probar. Terminar antes del fin del turno.

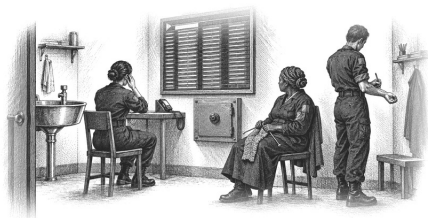
Lo había hecho. Me contó cada paso. El cerrojo viejo había sido mecánico, un pesado cerrojo de acero que sujetaba los rieles móviles de las agujas firmes contra el riel fijo, y que solo podía liberarse con el propio accionamiento del motor de agujas o con una palanca de mano junto a la vía. La unidad nueva del almacén era de una generación más nueva: sujetaba las agujas de la misma manera, pero también podía liberarse a distancia, por el enclavamiento, sin la palanca de junto a la vía. Su cuadrilla la había instalado, la había probado con el enclavamiento, había firmado la orden y se había ido a casa.

Dijo que fue una buena jornada de trabajo. El ancho había estado desviado por el grosor de una uña del lado de la curva, y lo habían corregido. Once de ellos almorzaron sobre el

riel a la sombra del puente con las golondrinas pasando por encima. Era la clase de jornada de la que antes regresaba a casa sin contarle nada a Thandeka.

—An no novi da —le dijo al agua—. Tiket *reemplazar el cerrojo de agujas* dori da. Tiket *por uno que el enclavamiento pueda liberar bajo la mano de un hombre* no dori da. Weni i ke teni go, tiket no dori da. Wena rel, tiket no dori da.

No lo había sabido, dijo. La orden indicaba qué instalar. Nunca había indicado en manos de quién quedaría, ni qué tren.



La caja fuerte de la estación

El aviso cívico que cerró la sala de enfriamiento del duodécimo nivel terminaba con las palabras *lista adjunta*. Hattie Fairweather copió también la lista en su libreta, en el rellano, con el calor, con el lápiz ablandándosele en la mano. Me la leyó en la escalinata del puerto, de pie en la sexta hilada con los brazos cruzados, y después de cada línea leyó la nota que ella misma había escrito al lado, en el margen, que según dijo era la única parte honesta de la página.

INSTALACIONES DE ENFRIAMIENTO ALTERNATIVAS DESIGNADAS. CUARTO MUNICIPIO, DISTRITOS HARROW, LORNE Y ALDINE.

1. Salón Cívico del Sexto Municipio, por el puente Varick. Capacidad: mil doscientos. Abierto todos los días.

Puente Varick cerrado catorce días. Activo militar. Capacidad de un puente cerrado: nula. H.F.

2. Habitación de Excedentes del Quinto Municipio, sótano de la Capilla del Agua Creciente, donde esté disponible.

Congregación enterada esta mañana por este aviso. El sótano se inunda con las mareas vivas. El pastor dice que tienen cuarenta sillas y un ventilador y a Dios. H.F.

3. Sala de Bienestar de los Procesadores del Puerto, solo para empleados registrados y sus dependientes registrados.

Dependientes registrados. Pregúntenle al sobrino de Rahel Mekonnen qué significa eso. H.F.

4. Los propios hogares de los residentes, con las ventanas abiertas y un paño húmedo.

Esta está en todas las listas. Es donde los encuentran. H.F.

La admisión a todas las instalaciones es por línea del hogar. Los atrasos en las cuotas de ascensor o en las obligaciones de servicio pueden afectar la admisión. Las instalaciones pueden cerrar sin previo aviso por preparación. La oficina de guerra agradece a los residentes por refrescarse con responsabilidad.

—*Refrescarse con responsabilidad* —le dijo Hattie al puerto—. Kontra nawi. Koli la abandono.

Dijo que bajó la lista a la estación de Guardianes del piso nueve y la puso en el tablero de guardia junto al cierre del puente, para que los dos papeles pudieran conocerse, ya que la oficina de guerra no los había presentado. Dijo que una lista solo es mentira cuando uno la lee de línea en línea. Lea la página entera de una vez, dijo, y le dirá exactamente quién se supone que debe quedarse arriba.

Luego descruzó los brazos, cosa que casi nunca hacía junto al agua, y me contó que había escrito las notas de la tercera y la cuarta línea después de que pasó el calor, no antes. Dijo que había querido equivocarse. Dijo que había revisado las esquelas del distrito todas las mañanas durante quince días para ver.

* * *

La sala de enfriamiento del duodécimo nivel del cuarto municipio fue una piscina en otro tiempo. Todavía se nota si uno sabe mirar. El piso se inclina hacia el centro, donde estaba la parte honda, y rellenaron la piscina con grava y echaron una losa encima hace dos siglos, y la losa se ha asentado, así que una naranja que se cae rueda hasta el centro de la sala y se detiene allí. Las paredes son de azulejo blanco hasta la altura del hombro. Hay desagües cada pocos pasos, todavía conectados, y el agua de la sala entra por la vieja alimentación de la piscina: una hilera de grifos de agua potable a lo largo de la pared este, una línea de nebulización a lo largo de las vigas del techo que rocía cuando la humedad lo permite, y en el rincón una artesa de acero de dos metros de largo que los camilleros de la clínica llenan de agua helada para la gente que llega con la piel seca y los ojos raros. En lo alto de la pared norte, una hilera de ventanas de claristorio deja entrar la tarde, y detrás de la sala sigue en pie la vieja chimenea de la caldera de la piscina, de ladrillo, fría desde hace un siglo, abierta por arriba.

Conozco esa sala. La conozco como conozco la mayoría de los edificios de Gotham, que es por su agua: la alimentación que entra, los desagües que salen, la presión de la línea de nebulización que baja cuando alguien abre todos los grifos a la vez. En un día de calor corriente el agua de la sala corre desde la undécima campanada hasta la noche. Es una de las cosas más constantes que siento en el cuarto municipio.

El octavo día de la semana de registro no corrió para nada hasta la segunda campanada después del mediodía, y entonces corrió toda de golpe.

Esta parte la tengo de cuatro personas. Rubén Awolowo, en su lavabo. La madre de Sera, en la columna, a la mañana siguiente. Ezra, en el puerto. Y una mujer llamada Hattie Fairweather, que presidía la asociación de inquilinos del duodécimo nivel y que bajó a la escalinata del puerto una sola vez, la semana siguiente, y le dijo lo suyo al agua de pie, con los brazos cruzados, como si se dirigiera a una asamblea. Un poco de la cocinera, en su fregadero de ollas, que he señalado.

Confío en el relato de Hattie en cuanto a las horas, porque las anotó. Confío en el de Rubén en cuanto a Sera, porque él era el más cercano. Donde no coincidan, se lo diré. De Sera no tengo nada. Lo sigo diciendo, porque sigue siendo cierto.

Hattie Fairweather me dio esto en la escalinata del puerto, la semana siguiente, de pie en la sexta hilada con los brazos cruzados. Ocurrió el séptimo día de la semana de registro, a la cuarta campanada después del mediodía, en el rellano del duodécimo nivel, con un calor que describió como «tipo ri feni tu pardona yente nek» del que hace que uno perdone a la gente.

El aviso apareció con el tono. Lo copió en su libreta palabra por palabra, porque dijo que la oficina de guerra siempre le dice a uno exactamente lo que está haciendo si se lee con suficiente calma, y me lo leyó de la misma manera.

AVISO CÍVICO. CUARTO MUNICIPIO, INSTALACIÓN DE ENFRIAMIENTO DEL DUODÉCIMO NIVEL.

Para dar cabida a un ejercicio de preparación programado, la instalación cerrará mañana a la segunda campanada. La oficina de guerra agradece a los residentes su continua preparación. Los residentes que requieran enfriamiento deberán acudir a la instalación alternativa designada de su distrito (lista adjunta).

La admisión a todas las instalaciones de enfriamiento sigue siendo por línea del hogar. Los hogares con atrasos en cuotas de ascensor o de servicio podrán acudir a la habilitación de excedentes designada donde esté disponible. La hidratación es un deber cívico. El calor no es una emergencia. El pánico sí.

—*El calor no es una emergencia* —le dijo Hattie al puerto—. *El pánico sí.* Ma pon dei di abayo de kada aviso de kalor di verano. Ma koti muyer de ai e o ma kole e nal nevera. —Se refería a que la oficina de guerra había impreso esas dos líneas al pie de cada aviso de calor ese verano, y a que su esposa había recortado una y la había pegado en el refrigerador.

La alternativa designada de la torre Harrow era un salón del sexto municipio al otro lado del puente Varick. El puente Varick llevaba catorce días cerrado, desde que cerraron los accesos orientales, porque la oficina de guerra había decidido que era un activo militar. Nadie había actualizado la lista de alternativas. La habilitación de excedentes designada donde esté disponible era, donde estuviera disponible, no disponible. Hattie lo había comprobado. Era el sótano de una iglesia del quinto municipio cuya congregación se había enterado por el mismo aviso.

Fue directo a la estación de Guardianes del piso nueve con una copia de la lista de alternativas y una copia del cierre del puente y un lápiz. Tenía sesenta y ocho años. Llevaba diecinueve años al frente de la asociación de inquilinos. Había ocupado esa sala dos veces antes, una por una regla de estatus que dejaba fuera a los hogares con atrasos en sus cuotas de ascensor, y otra sin más razón que la de que el distrito la había cerrado con llave un día en que hacía falta. Me dijo que conocía el procedimiento mejor que la oficina de guerra.

En la estación de Guardianes encontró a Rubén con la cara mojada y a Sera ante el tablero de guardia.

—Ma leye tui e —dijo Hattie.

—Ma leye mer e —dijo Rubén.

—Serado ponte —dijo Hattie.

—Novi mer ke serado ponte nek —dijo Rubén. Sabían que el puente estaba cerrado.

—Don novi tui ke yori ler ora bi vo ten nen sen mera nal piso tri des ler bario di, les koli, les sitio para ir nek. —Puso los dos papeles en el tablero de guardia—. Vo okupa ai sala. Dera ai e ler tui komo kortesia. Meli ai ke abri e nek, nul rompi e.

Les estaba diciendo que a la segunda campanada de mañana novecientas personas por encima del piso treinta en el distrito se quedarían sin enfriamiento y sin adónde ir, y que ella iba a ocupar la sala. Se lo decía por cortesía. Quería que la abrieran, no que la rompieran.

Rubén me contó que Sera leyó los dos papeles dos veces. Luego le preguntó a Hattie a qué hora.

—Ora bi. Kuando sera dei e nek. —La segunda campanada, cuando la cerraran.

—Ler ora bi dril —dijo Rubén—. Ler dril bi mer. Patio este. —A la segunda campanada él y Sera estarían los dos de pie en el patio este, en el simulacro de preparación, lejos de la puerta.

Hattie los miró. Los conocía desde que los dos eran cadetes. «Don vo rompi ai pavi» dijo. «Viye pavi e.» Entonces rompería la puerta, quiso decir. Era una puerta vieja.

Rubén, contándome la misma escena en su lavabo, dijo que Hattie también dijo: «O vo manda ai fatura ler ofisina de wor» con lo que quería decir que le mandaría la cuenta a la oficina de guerra, y que Sera casi sonrió. Hattie no me contó esa parte. Me contó que Sera no sonrió en absoluto, y que nunca en su vida había visto a Sera sonreír de servicio, y que ella lo sabría.

* * *

Debo explicar los sellos.

El sello de un Guardián de Gotham es un patrón incrustado en una placa de la muñeca: rojo, en relieve, un enrejado de crestas finas que los lectores cívicos de las puertas y los portones y los controles manuales de los ascensores reconocen. No es una llave del modo en que una llave de latón es una llave. Cada lector registra el patrón y la hora. Todas las puertas cívicas del distrito de un Guardián se abren con él. Los portones del este se abren con algunos. Un sello pertenece a un solo Guardián, y el registro lo dice.

La placa se desabrocha. Tiene que hacerlo, para la limpieza y para los controles médicos. Todo Guardián lo sabe, y todo residente de Gotham sabe que en tiempos difíciles se ha visto a Guardianes prestar un sello. No a menudo. No a la ligera. Cuando la autoridad propia del distrito y la necesidad propia del distrito apuntan en direcciones distintas, un sello a veces pasa de una muñeca a otra durante una hora, y una puerta se abre, y el registro muestra a un Guardián en una puerta donde el Guardián no estaba.

La gente lo llama compartir. La oficina de guerra lo llama una violación de la custodia de credenciales y tiene un número de reglamento para ello. Las dos cosas son ciertas.

* * *

Rubén me dio esto en su lavabo a la mañana siguiente, con la cara fuera del agua y goteando sobre el acero. Ocurrió entre la novena y la décima campanada de la octava noche, en la estación de Guardianes del distrito Harrow, en el piso nueve.

En la estación del distrito el tablero de guardia se había puesto en rojo. Todas las llamadas de asistencia de la cola del distrito habían pasado del despacho civil al despacho de mando,

lo que significaba que los Guardianes de la estación ya no podían aceptarlas sin una orden de la oficina cívica de la oficina de guerra. La cola mostraba cuarenta y una llamadas. Rubén empezó a escribirse nombres en el brazo.

El nombre de Sera también estaba en el tablero, arriba del todo, con una bandera al lado.

Rubén me contó que la bandera era la marca de la oficina cívica para un incidente de credencial. La había visto dos veces en seis años. Las dos veces, el Guardián había sido suspendido en menos de una hora.

La jefa de la estación, una mujer llamada Okwuosa que dirigía la estación del piso nueve desde que Rubén era cadete, miró la bandera y luego a Sera y dijo: «Siéntate». Okwuosa tejía en los turnos de noche para no tocar el teléfono, y tenía en el regazo una manga de algo gris en las agujas, y Rubén dijo que la dejó en el tablero de guardia con las agujas todavía puestas, cosa que nunca le había visto hacer. Sera se sentó. Okwuosa puso el teléfono de la estación en altavoz, y salió la oficina cívica de la oficina de guerra, y luego, al cabo de un momento, una voz distinta.

Rubén me contó que reconoció la voz antes de que dijera su nombre, porque salía en las pantallas todas las semanas. Vicemariscal Renn Ivers, enlace de seguridad cívica ante la oficina de guerra. Una voz agradable. Una voz que sonaba como si tuviera tiempo para uno.

—Guardian —dijo Ivers—. Estoy viendo un registro que dice que su sello abrió la sala de enfriamiento del duodécimo nivel a la segunda campanada de esta tarde, contra una orden de cierre. El registro también dice que usted estaba en el patio este a la segunda campanada. Me gustaría que me ayudara a entender eso.

Sera no dijo nada.

—Tengo un informe del empleado de la instalación —dijo Ivers—. Dice que un civil usó su credencial. Dice que el civil la llevaba puesta. Tengo un segundo informe del oficial del simulacro que dice que su placa se leyó como defectuosa en el patio.

Así que el joven oficial del simulacro en el patio había escrito *defectuosa*. Rubén dijo que sintió alivio por eso, y luego vergüenza de sentir siquiera algo al respecto, porque no cambiaba nada.

Sera dijo, en Span, con su fuente en su lugar: «Ma dona ai seyo de ai presidenta de asosiasion de inkilino de piso des bi, la temwen, para abri pavi de sala nek. Ma retoma ai e ler ora ok, la temwen, dek.»

Le había dado su sello a la presidenta de la asociación de inquilinos del duodécimo nivel para abrir la puerta de la sala, dijo, y lo había recuperado a la octava campanada. Rubén me contó que lo dijo exactamente así, en Span de servicio completo, con la fuente al final, *dicho por mí, presenciado por el rellano*, para que cualquiera que lo oyera en el registro supiera que lo estaba asumiendo.

Hubo una pausa en la línea.

—Gracias —dijo Ivers—. Está claro. Aprecio la claridad. —Otra pausa—. Habrá visto que el escudo oriental fue alcanzado esta noche. La oficina de guerra lo ha confirmado. La emergencia cívica está en vigor desde la octava campanada. Eso significa que a la segunda campanada de esta tarde, mientras usted estaba de pie en el patio este con una placa defectuosa, los municipios del este estaban a horas de un ataque enemigo, y el sello de una Guardianía estaba en la muñeca de un civil dentro de un edificio cívico ocupado.

—Ma pasa atake ler ora ok, dek —dijo Sera. Quiso decir que el ataque había llegado con la octava campanada, no con la segunda.

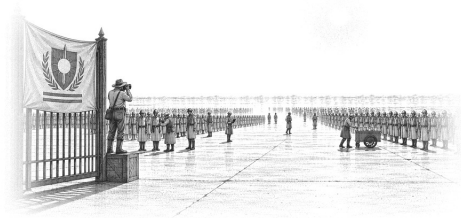
—La emergencia está en vigor —dijo Ivers—, como dije. Se ocupó la instalación. Se vulneró el sello. Tengo que tratar esos hechos en conjunto, Guardianana, porque la oficina de guerra lo hará, y porque las familias de la gente que está en el escudo esta noche me preguntarán por qué no lo hice.

Rubén dijo que Sera se llevó la mano al aparato que tenía detrás de la oreja.

—Queda suspendida del servicio de distrito en espera de revisión —dijo Ivers—. Entregue su sello a su jefa de estación. Se le retira su acreditación hasta que la revisión decida otra cosa. Lo siento. Lo digo en serio.

Okwuosa extendió la mano. Sera desabrochó la placa y la puso en la palma de su jefa, la segunda vez ese día que se la entregaba a alguien, y esta vez nadie lo atestiguó en Span, porque el teléfono de la estación seguía abierto y todos en la sala escuchaban el silencio muerto de la línea.

Okwuosa se dio la vuelta hacia la caja fuerte de la estación, una caja gris atornillada a la pared bajo el tablero de guardia, y metió el sello, y la cerró, y giró el disco. Luego volvió a tomar su tejido y no tejió.

*La cara de su padre*

Hattie me contó lo de la noche antes de que se abriera la sala, también en la escalinata del puerto, y aquí le cambió la voz, y descrucó los brazos durante un rato.

Vivía en el duodécimo nivel con su esposa, Bea, en dos cuartos al final del pasillo más cercano a la sala, y por eso se había vuelto presidenta de la asociación diecinueve años atrás: era la que podía oír las puertas. Bea tenía setenta y un años y una rodilla que había dejado de llevarse bien con las escaleras. Había hecho el estandarte de la asociación cuarenta años atrás con dos sábanas y una lata de pintura roja, y lo había remendado cuatro veces desde entonces, una después de que un Guardián le metiera la bota en la ocupación por los atrasos, y lo guardaba enrollado debajo de la cama en una funda de almohada.

La séptima noche se sentaron a la mesa de la cocina con la ventana abierta al pozo de luz y el calor entrando de todos modos, e hicieron la lista. Hattie dijo que la lista era todo. Quién vivía por encima del piso treinta en las siete torres de la lista de alternativas. Quién no podía con las escaleras. Quién tenía registrado un acarreo de Guardián y quién no. Quién tenía un concentrador o una bomba o una silla que necesitara un enchufe. Quién se había peleado con quién, para no mandar al vecino equivocado a tocar la puerta. La asociación guardaba una tarjeta por cada hogar que se hubiera afiliado alguna vez, y Bea tenía las tarjetas en dos cajas de zapatos, y las revisó con un lápiz detrás de la oreja mientras Hattie escribía las rutas de escalera.

—Koredor —dijo Bea—. Mor ten tu koredor. Nivi.

—Nul vo manda ai nivi kar des sali ler di.

—Nul manda tu dei. Vo ir dei. Dera tu dei sitio.

Bea quería corredores, y los corredores tenían que ser niños. Hattie no iba a mandar niños a subir cuarenta tramos. No los mandas, dijo Bea; van ellos. Hattie me contó que discutieron una hora por eso, y ganó Bea, como Bea ganaba casi todo, esperando. A media-noche había veintidós niños en la lista, cada uno con una torre y un rango de pisos, y una regla de que iban en parejas, y una segunda regla de que cualquiera que se mareara se sentaba en el rellano donde estuviera y alguien iría por él.

Entonces Bea dijo: «Tèn tu ses des ok yera.»

—Novi ai eda de ai.

—Ma ten tu ses des kar ler ultimo ves, o nul ma kapa tu i leva braso de tu an semana nek.

—Don mas gali ai kar yera.

Bea le recordaba que tenía sesenta y ocho años, y que la última vez, a los sesenta y cuatro, no había podido levantar el brazo en una semana. La respuesta de Hattie fue que en ese caso era cuatro años mejor en eso.

Bea sacó el estandarte de debajo de la cama. Hattie dijo que lo desenrolló en el piso de la cocina y que las dos lo miraron: EL ENFRIAMIENTO ES UN SERVICIO CÍVICO, en letras rojas que se habían vuelto marrones, con los remiendos a la vista donde había estado la bota. Bea se arrodilló sobre la rodilla buena, lo cual le llevó un rato, y cosió una esquina suelta con el hilo que llevaba en el delantal, y Hattie sostuvo la lámpara. Hattie dijo que esa era la parte que quería que yo tuviera. No la sala. Su esposa en el piso de la cocina a medianoche con una aguja, maldiciendo la rodilla, cosiendo una esquina que habría aguantado perfectamente un día más.

—Ma novi e ke ma ten ai miedo nek —le dijo Hattie al puerto—. Ma dona e ai sava para teni. —Lo que quiso decir es que Bea había sabido que ella tenía miedo, y le había dado algo que sostener.

Luego volvió a cruzar los brazos.

* * *

Rubén me contó esta parte siguiente en su lavabo, y la madre de Sera le contó su pedazo a la columna a la mañana siguiente, y la cocinera dio el suyo en el fregadero de ollas. Pasó la tarde del séptimo día, en la cocina de la Harrow, después del servicio.

Rubén me contó que Sera no le dijo nada más a Hattie esa tarde. Terminó el tablero de guardia. Subió cuarenta y un tramos hasta la cocina de su hermana y cenó de pie junto al fogón, comiendo de la olla, y le dio el aparato auditivo a su madre para que lo limpiara, y mientras no lo tenía puesto miró al niño dormido en la despensa detrás de los costales de harina, que esa semana se había vuelto su lugar favorito porque estaba más fresco que la olla de caldo.

Cuando le devolvieron el aparato, su madre dijo: «Ma subi Hattie Fairweather senu di tarde.»

—E ma veni ler estasion tambien.

—Ma dera e ai ke vo rompi e pavi nek.

—E ma dera ai di.

Su madre dijo: «Ma rompi Hattie Fairweather pavi ler yera ri ma muri papa de tu ler e nek. Ma pran bario tri mes i rum a nek, o ma kita dei e lo tarifa de asensor de kada kasa nal piso des bi.» Se acomodó la cánula. «Ma peye todo. Nul ma protesta alyen. Ma en e pavi tan gali.»

Hattie había subido para decirle que iba a romper la puerta de la sala. Hattie ya había roto una puerta antes, el año en que murió el padre de Sera. Al distrito le llevó tres meses arreglarla y descontó el costo de la tarifa de ascensor de cada hogar del piso doce, y todos pagaron, y nadie se quejó, y había sido una puerta muy buena.

Eso es de la madre de Sera, en la columna, a la mañana siguiente. Le contó esta historia a la columna y se rio de ella, y luego dejó de reírse, y dijo: «Vo dona e seyo Hattie» que su hija le daría el sello a Hattie, y no dijo nada más durante mucho rato.

El pedazo de la cocinera lo tengo del fregadero de ollas esa noche, después de que Sera bajara. Dijo que Sera le había preguntado, antes de irse, si la cocina podía mandar agua a la sala mañana, y melón, y pan, si la sala estaba abierta.

—Ma dera ai ye —le dijo la cocinera al agua del enjuague—. Don ma dera e *Vo dera ai ler Hattie ke la nai kosina nek*. O ma dera ai ne. —El grifo corría—. Vo manda ai melon kase ten kalor yente. Vo manda ai pani kase ten ambre yente. Nul vo manda ai e kase ten e seyo o proyekto. Nul *la* alyen kosina. Alimenta kosina kada mera ri reti ler fas de e nek. —Cerró el grifo. Sera había querido decirle a Hattie que la cocina estaba con ella, y la cocinera le había dicho que no: el melón iba porque la gente tenía calor y el pan porque tenía hambre, nunca porque alguien tuviera un sello o un plan, y una cocina no estaba *con* nadie. Daba de comer a quien se parara frente a ella. Dijo: «Ma dera ai di e an ves ya di semana.» Y luego, mucho más bajo: «Novi e tama ri vo feni e yori. Vidi ai e nal e. Ten e fas de papa de e kuando fin desidi e nek.» Sera sabía lo que iba a hacer mañana, quería decir la cocinera. Se lo había visto: Sera tenía la cara de su padre cuando había terminado de decidir. Sentí que sus manos salían del agua y que el desagüe se la llevaba. «Vo manda ai todo ri ten mer nek» dijo, queriendo decir que la cocina mandaría todo lo que tuviera.

* * *

Rubén me dio esto en su lavabo, la tarde del octavo día, con la cara todavía goteando. Pasó con la primera campanada después de las doce del octavo día, en el rellano del duodécimo nivel, ante las puertas de la sala.

Sera llegó al rellano con el equipo completo de simulacro, el tabardo abotonado y el casco bajo el brazo. Hattie ya estaba allí con cuarenta residentes, en sillas plegables, con botellas de agua y abanicos y el estandarte de Bea, y un portapapeles con nombres de niños. Las puertas de la sala seguían abiertas. Un empleado de la oficina de guerra con un portapapeles propio estaba adentro, recorriendo el piso, contando las rejillas de drenaje por ninguna razón que nadie supiera decir. A la segunda campanada saldría y cerraría las puertas con su propia credencial y los lectores registrarían la sala como cerrada.

Sera fue hacia Hattie. Rubén iba detrás de ella. Me dijo que no supo hasta ese momento lo que ella iba a hacer.

Se soltó la placa de la muñeca. La tendió sobre la palma abierta como quien le ofrece una moneda a un niño, para que todos la vieran. Dijo, en Span, con la posición completa de fuente y destinatario, como habla una Guardiana cuando quiere que las palabras queden registradas: *Este sello, a la presidenta de la asociación, entregado por mí, presenciado por la gente de este rellano, para la puerta de la sala, hasta que yo vuelva por él.*

Hattie lo tomó. No dio las gracias. Se lo abrochó en su propia muñeca sobre la manga del cárdigan, donde se veía absurdo, y dijo: «Ir o feni dril de tu» lo que significaba ve a hacer tu simulacro.

Rubén me contó que los cuarenta residentes de las sillas plegables no aplaudieron, ni vitorearon, ni hablaron. El nieto de alguien empezó a decir algo y lo hicieron callar. Miraron a Sera ponerse el casco y caminar hacia las escaleras. Sabían lo que habían visto. Sabían lo que significaba haberlo visto, y decir que no lo habían visto.

Hattie, en el puerto, me contó el mismo momento de otra manera. Dijo que el niño que empezó a hablar era su propio sobrino nieto, y que lo que empezó a decir fue «Sel e ka?», ¿eso está permitido?, y que ella no lo había hecho callar. Dijo que una mujer de la última fila lo había hecho callar, y que ella, Hattie, le había dicho al niño delante de todos que no, que no estaba permitido, y que por eso estaban todos allí. Tè doy las dos. Yo no estaba en el rellano.

* * *

Rubén me contó esto en el lavabo esa misma tarde. Pasó a la segunda campanada del octavo día, en el patio de simulacros cerca de los accesos orientales.

El patio es una explanada de carga que la oficina de guerra tomó hace cuarenta años. Es concreto de punta a punta, sin sombra, y con ese calor la superficie llegaba a una temperatura que Rubén se negó a decir en voz alta porque, según él, sonaba inventada. En la reja del patio colgaba una pancarta: EJERCICIO DE PREPARACIÓN RESOLUCIÓN ORIENTAL, con el emblema de la oficina de guerra y, debajo, en letras más pequeñas, NUESTRO ESCUDO ES SU ESCUDO. Un fotógrafo de la oficina de guerra estaba parado sobre una caja junto a la reja con un sombrero ancho y tomaba fotos de las filas mientras se formaban, y un oficial pasaba con un carrito de agua y le daba a cada Guardián un vaso, y luego, cuando el fotógrafo terminó, se llevó el carrito.

Los Guardianes del cuarto municipio se formaron en filas con los cascos puestos y los tabardos abotonados. Los oficiales recorrían las filas con portapapeles, tomando tiempos y revisando el equipo.

Una de las revisiones era de sellos. Un oficial bajaba por cada fila con un lector de mano y lo acercaba a la placa de la muñeca de cada Guardián, y el lector pitaba, y el oficial hacía una marca.

Rubén estaba junto a Sera en la fila, a su derecha, donde siempre se paraba. Me contó que vio al oficial avanzar por la fila e hizo la cuenta y entendió que había once Guardianes entre el oficial y Sera, y que no había nada que él pudiera hacer.

Cuando el oficial llegó hasta ella, Sera extendió la muñeca izquierda. La placa estaba ahí. Era su placa vieja, la placa de cadete que le habían entregado doce años atrás y que nunca había devuelto, porque nadie las pedía nunca de vuelta. Tenía su nombre grabado por debajo y un diseño que habían retirado cuando la ascendieron.

El lector no pitó. Hizo el otro sonido.

El oficial lo miró. Miró a Sera. Era joven y tenía calor y le quedaban sesenta Guardianes más por revisar. Sera dijo: «Rompi shapa. Ten ai tiket para e» que la placa estaba rota y que tenía una orden de reparación, lo cual era una mentira en Span sin fuente, y un oficial de Gotham oiría esa ausencia tan fuerte como un grito. Rubén me contó que el oficial sí la oyó. Me contó que el oficial miró a Sera un largo rato, y luego miró el sol, y luego escribió algo en su portapapeles y siguió con Rubén.

La placa de Rubén pitó.

—Nul novi ai tama ri ma eskribi e nek —me dijo Rubén—. Ru pensa ai kon di desde. Kre ai ke ma eskribi e *defectuosa* nek. Kre ai ke ma meli e i ir kasa nek. —No supo lo que

escribió el oficial, y desde entonces se lo venía preguntando. Creía que fue *defectuosa*. Creía que el oficial quería irse a casa.

Se quedaron de pie en el calor otra hora. Un Guardián del séptimo distrito, un hombre de casi sesenta años a quien Rubén solo conocía de saludarlo con la cabeza, dejó de sudar hacia la tercera campanada. Rubén dijo que se notaba si uno sabía mirar, el brillo que se le iba de la cara, y luego se tambaleó, y luego cayó de costado sobre el concreto con el casco rodando lejos, y dos de su propio distrito lo levantaron en un acarreo en silla y lo llevaron corriendo al borde de la explanada, donde no había nada, ni sombra, ni agua, porque el carrito se había ido. Los oficiales tomaron el tiempo del acarreo. Uno de ellos cantaba los segundos. El fotógrafo, que había vuelto para cuando rompieran filas, fotografió el acarreo, y Rubén dijo que se enteró a la semana siguiente de que la foto salió en las pantallas del municipio bajo las palabras LOS GUARDIANES MUESTRAN FORTALEZA BAJO PRESIÓN.

Al hombre del séptimo distrito lo llevaron a la clínica en un vehículo de la oficina de guerra. Rubén no supo qué fue de él después. Preguntó en la estación y nadie sabía. Se escribió el nombre del hombre en el brazo, con un signo de interrogación después, cosa que me dijo que nunca había hecho antes.

*Nadie pidió una línea del hogar*

Hattie me dio esto en la escalinata del puerto, leyendo de su libreta. Ocurrió a la segunda campanada del octavo día, en las puertas de la sala del duodécimo nivel.

El empleado de la oficina de guerra salió de la sala y se volvió para cerrar las puertas con llave. Hattie se levantó de su silla plegable, caminó hasta las puertas y apoyó el sello de Sera en el lector cívico que había junto a ellas.

El lector registró a una Guardiana de distrito en la puerta de la sala. La anulación de las puertas se liberó. La orden de cierre del empleado falló.

El empleado, dijo Hattie, era un joven del segundo municipio a quien le habían dicho que pasaría la tarde contando desagües en un edificio vacío, y que ahora se encontraba frente a cuarenta residentes, una pancarta y una mujer de sesenta y ocho años que llevaba un sello de Guardián sobre el cárdigan. Él dijo: «No puede». Hattie dijo «Ma feni ai ya» en Span, queriendo decir que ya lo había hecho, cosa que él entendió perfectamente. Él dijo que tendría que dar parte. Hattie dijo: «Feni e, porfavor. Eskribi neme de ai bien. Bi t.» Que adelante, por favor, quería decir, y que escribiera bien su nombre: dos tes.

Dio parte. Tenía una terminal que enviaba a la oficina cívica de la oficina de guerra, y se quedó en el rellano enviándolo mientras los residentes pasaban junto a él hacia la sala con sus sillas. Luego, me contó Hattie, se guardó la terminal en el bolsillo y preguntó si podían darle un poco de agua, porque llevaba dos horas contando desagües con ese calor y nadie le había dado nada. Le dieron agua. Se sentó en una silla plegable cerca de la puerta el resto de la tarde, porque le habían ordenado quedarse con el edificio y el edificio estaba aquí, y al anochecer estaba ayudando a los camilleros a llenar la tina de hielo.

Hattie dijo que le preguntó, hacia la quinta campanada, para qué eran los desagües. Él dijo que le habían dicho que los contara para el ejercicio de preparación. Ella le preguntó qué era el ejercicio de preparación. Él dijo que no lo sabía, y que no creía que la oficina de guerra lo supiera tampoco, y que llevaba dos años contando desagües para la oficina de guerra y nunca, ni una sola vez, le habían dicho para qué era el conteo. Ella anotó eso también. Me lo leyó dos veces.

* * *

Esta parte es mía, y las horas son de Hattie.

Sentí despertar la sala.

A la segunda campanada y cuatro minutos, según la libreta de Hattie, alguien abrió la válvula de la línea de nebulización, y la presión en la vieja alimentación de la piscina cayó de golpe y luego se estabilizó, como cuando se suelta un aliento contenido. Los grifos de agua potable a lo largo del muro este se abrieron, uno tras otro, a medida que la gente llegaba a ellos. Los desagües empezaron a recibir agua: derramada, salpicada, vertida sobre las cabezas. La tina de hielo se llenó.

Para la tercera campanada la sala tenía cuatrocientas personas. Para la quinta, según la cuenta de Hattie, novecientos doce.

Bajaron de los pisos altos de la torre Harrow y de la Aldine y de la Lorne y de las otras cuatro torres que la lista de alternativas mandaba al sexto municipio. Bajaron por las escaleras porque los ascensores de la mitad de esas torres estaban parados, o en listas de prioridad que no podían pagar, o cocinándose en sus cuartos de máquinas. Los Guardianes que no estaban en la rotación de simulacros bajaron a la gente cargada: a los viejos, a los enfermos, a los que iban en silla. Los camilleros vinieron de la ruta de la clínica con carritos. Los veintidós mensajeros de Bea subieron a las torres en parejas con sus listas y tocaron puertas, y volvieron a bajar con gente detrás, y subieron otra vez. Tres Cocinas mandó agua y melón en trozos y pan plano salado, y Ezra lo cargó, armazón tras armazón, cuarenta tramos de escalera abajo y a lo largo del duodécimo nivel y otra vez arriba.

Nadie en la puerta pidió una línea del hogar. Hattie dijo que de eso se trataba todo, y que se había sentado junto a la puerta toda la tarde precisamente para no pedirla.

* * *

Ezra me dio esto en la escalinata del puerto esa noche y la siguiente, en pedazos, entre entregas. Ocurrió en la sala entre la tercera campanada y la sexta del octavo día.

La madre de Sera bajó por su propio pie, muy despacio, con su hija la cocinera sosteniéndola de un brazo y Oyelaran, el camillero de la clínica, del otro, y el concentrador traqueteando detrás en su carrito. Les tomó casi una hora. En la sala le encontraron un lugar contra el muro este, cerca de los grifos de agua potable y de un enchufe con corriente, y la conectaron, y la luz de la batería del concentrador pasó de ámbar a verde, y la línea de nebulización se encendió en lo alto y les puso un aliento fresco en la nuca a todos.

El niño vino con ella. La cocinera lo había pensado mucho tiempo y había decidido que una sala con novecientos personas dentro y sin revisión del padrón, porque oficialmente estaba cerrada, era el lugar más seguro del municipio. Él se sentó junto a la rodilla de su abuela y miró rociar la línea de nebulización, y cuando una naranja rodó por la pendiente del suelo la persiguió hasta el centro de la sala, donde había estado la parte honda, y encontró que ya había allí otros tres niños, persiguiendo sus propias naranjas.

Para la cuarta campanada los niños lo habían convertido en un juego. Soltaban sus naranjas juntos desde lo alto de la pendiente, donde había estado la parte baja, y las dejaban ir, y ganaba aquel cuya naranja se detuviera más cerca del viejo desagüe central. Para la quinta

campanada había reglas, y disputas, y una árbitra, una niña de unos diez años de la Lorne que tenía un silbato colgado de un cordón y ninguna piedad. Hattie anotó el juego en su libreta como *carrera de naranjas, niños, parte honda*, entre un caso de golpe de calor y una pelea por una silla. Ezra me contó que vio al niño jugar en medio de aquella sala durante una hora y nadie lo miró dos veces.

Nana Efua Rosenblum llegó a la cuarta campanada con cuatro mujeres de la iglesia del piso veintidós y una olla de sopa de maní tan grande que hacían falta dos de ellas para cargarla en una vara pasada por las asas. Se había enterado de la sala en la columna de la Aldine. Puso la olla en una mesa plegable junto al muro este y empezó a servirla en lo que la gente le tendiera, tazas, tazones, las tapas de las botellas de agua, y cuando Ezra entró con su armazón lo miró desde el otro lado de la sala y levantó el cucharón media pulgada, lo cual, me dijo él, era lo más que ella lo había reconocido jamás en público.

Iggy Moyo, el de la mesa de apuestas, se instaló en el rincón del fondo junto a los vestidores y abrió apuestas sobre cuánta gente cruzaría la puerta antes del anochecer, y Hattie fue y le dijo que las cerrara, y él las cerró, y luego abrió unas apuestas más pequeñas sobre si la oficina de guerra mandaría a alguien a cerrar la sala antes de que oscureciera, y Hattie dejó esas en pie, porque dijo que ella misma quería saber las probabilidades. Unos viejos del mercado de la Columna Nueve trajeron una mesa de juego y jugaban a las fichas en la pendiente, con las piezas deslizándose hacia la parte honda y una regla de que lo que pasara del tercer desagüe volvía a la bolsa. Un Guardián del séptimo distrito que no estaba en la rotación de simulacros trajo a su perro de rescate, un animal atigrado llamado Admiral, que se echó en el canal del desagüe de la parte honda, donde el azulejo estaba más fresco, y no se levantó en cuatro horas, y los niños de la carrera de naranjas le daban cáscara de melón y él los dejaba. Wren y Kofi llevaron agua de los grifos al muro del fondo toda la tarde en dos baldes, y Kofi le arregló el receptor a alguien con una horquilla, y le cobró.

Ezra me contó que la sala era ruidosa, y calurosa aun con la línea de nebulización, y que olía a melón y a sudor y a la sopa de maní, y que nunca había estado en un lugar tan feliz en el que no pudiera dejar de mirar la puerta.

* * *

Hattie me dio esto de su libreta, y Ezra me dio la mitad que él vio. Ocurrió a la sexta campanada del octavo día, en el rincón de la sala junto a la tina de hielo.

Un hombre entró sobre una puerta que cargaban sus dos hijos.

Era un mecánico de la torre Lorne, de unos sesenta años. Había estado trabajando en un apartamento del piso treinta y ocho sin enfriamiento desde la mañana, haciendo una pieza para una fecha prometida, y no había parado a tomar agua porque no había sentido sed, que es lo que hace el calor al final. Sus hijos lo habían encontrado en el suelo. Habían sacado de sus bisagras la puerta del apartamento para bajarlo, porque era lo único plano lo bastante grande, y lo habían bajado sobre ella treinta y ocho tramos.

Su piel estaba caliente y seca. No sabía los nombres de sus hijos.

Los camilleros de la clínica habían estado esperando esto toda la tarde. Para eso son las salas de enfriamiento. Lo metieron en la tina de hielo con la ropa puesta. Le sostuvieron la cabeza por encima del agua y le echaron más agua helada sobre el pecho y los hombros, y

Oyelaran le mantuvo dos dedos en el cuello y contó en voz alta, y los hijos del hombre se arrodillaron en el azulejo junto a la tina y le tomaron las manos, y la sala a su alrededor se quedó callada en un círculo que se extendió desde el rincón hasta que la mitad de la sala quedó en silencio.

Sentí la tina. Sentí su calor entrar en ella. El agua fría se entibiaba alrededor de un cuerpo hasta que los camilleros vaciaban un tercio y echaban más hielo, y se entibiaba otra vez, y volvían a vaciar. Los desagües de ese rincón de la sala recibieron más agua en esa media hora que en una semana.

A la séptima campanada menos cuarto, según la libreta de Hattie, el hombre dijo el nombre de su hijo mayor.

Vivió. Los camilleros lo tuvieron en la tina hasta que le bajó la temperatura, y luego en un catre cerca de la línea de nebulización con una sábana mojada encima, y un carro de la clínica vino por él a la novena campanada. A la semana siguiente estaba de vuelta en su banco de trabajo. Terminó la pieza. Sus hijos volvieron a colgar la puerta en sus bisagras y la dejaron un poco torcida, a propósito, dijo Hattie, para que la familia se acordara.

Quiero poner esto junto a otra cosa. En otro verano, en otro distrito, la decisión de un Guardián sobre el enfriamiento llevó a una muerte, y los periódicos de la oficina de guerra le echaron la culpa al enemigo. La gente del corredor todavía cuenta esa historia. Algunos me la contaron a mí. No es esta historia. Este verano, en esta sala, nadie murió, y creo que vale la pena decirlo sin rodeos, porque la oficina de guerra luego lo contaría como si la sala hubiera sido un desastre.

* * *

Dos mujeres se quedaron despiertas hasta tarde en una mesa junto a la puerta de un viejo vagón de tren, un nivel por debajo de un mercado, en la primera semana del calor, y una de ellas me lo contó después, y la otra nunca lo habría hecho, y así usted lo sabe por Ona.

Ruth Calder tenía sesenta y tres años y llevaba once viviendo en el Vagón 404. Ona había vivido allí lo mismo. En once años, le contó Ona a la manguera, había aprendido tres cosas sobre Ruth que Ruth nunca había dicho: que dormía mal las noches en que su hija la visitaba, que no soportaba que le dieran las gracias, y que guardaba una fotografía boca abajo en el cajón bajo el manual de la válvula de freno y nunca, ni una sola vez, delante de Ona, le había dado la vuelta.

Esa noche el calor no dejaba dormir a ninguna de las dos. Los demás estaban afuera en el andén sobre sus colchones, y el túnel sur no había respirado desde el atardecer, y el aire bajo la bóveda era espeso y quieto y olía a ladrillo caliente y a las polillas que se quemaban en la lámpara de trabajo. Ruth entró de purgar los depósitos a la segunda campanada con grasa hasta el codo y se sentó a la mesa de Ona sin preguntar, cosa que nunca hacía, y Ona se levantó y llenó dos tazas del termo, que estaba frío, y bebieron té frío en la oscuridad.

—Ru konta ofisina de wor kar boro —dijo Ruth. La oficina de guerra estaba contando el cuarto municipio.

—Novi ai. Ma eskribi ai karta para an muyer. —Ona estaba al tanto; había escrito una carta para una mujer.

—Dera Iris ke vo veni dei ler tersera boro des. Ten ofisina de asensor lista de kada kasa ri ma peni e karta de priorida nek. Dera e ke ma peni dei e lo e nek. —Según Iris, los del conteo vendrían después al tercer municipio. La oficina de ascensores guardaba una lista de cada hogar que había pedido una tarjeta de prioridad, y se la habían pedido a Iris.

—Ma dona e ka? —¿Se la había dado?

—Ma dera e ke ma pedi e kai de kaseta nek. —Iris había dicho que había perdido la llave del cajón. Ruth hizo girar la taza entre sus manos negras de grasa—. Nene ma pedi e kai ler vida de e. Teni e dei nal aro nal sinturon, o konta e dei ler norawe komo karselero. —Iris nunca había perdido una llave en su vida. Las llevaba en una argolla en el cinturón y las contaba de noche como un carcelero.

Ona se rio. Ruth no, pero Ona dijo que la oyó decidir no hacerlo, que era casi lo mismo.

Hablaron una hora. Ona me contó que la conversación no trató de nada, y luego me la contó entera, y por eso sé que no fue una nada. El precio de las cebollas, que había vuelto a subir y que Tres Cocinas no podía absorber. Una carta que Ona estaba escribiendo para un hombre llamado Hamid Osei a una mujer de una fábrica de conservas de Garden a quien él había conocido una vez, en una boda del lado de Garden, hacía dos veranos, y a quien le escribía en Span desde que se cerraron los accesos, y cuyo nombre escribía distinto cada vez. El golpeteo del compresor, que según Ruth iba empeorando. Si Deren comía lo suficiente. Si Kite, el chico de la azotea, tenía dónde dormir, lo cual, dijo Ruth, no era asunto de ellas, y Ona dijo que todo lo que dormía en su azotea era asunto de ellas, y Ruth dijo que bueno, y no discutió.

Al dar la tercera campanada Ruth dijo, mirando la taza: «Ma kondu ai karka nal ril de Gotham tri des yera. Novi tu di.» Durante treinta años llevó trenes de carga en la línea de Gotham; Ona lo sabía.

—Novi ai.

—Nene ma ten ai aksidente. Nul an. Tri des yera. Ma dona dei ai pin. —Ni un accidente en treinta años, y le habían dado una insignia por eso. Dejó la taza—. Ma reti ai ler ekipo de relevo ler norawe ri ma kae ponte de empalme de rio ler tormenta nek, ponte viye, nes tiempo de tu. Nul ma reti mer nal ponte. Ma reti mer nal desvio detras de e, ru pasi senal. Ma senta mer selawe o ma mira mer e ir, la karka nal e, kar des vakon o ekipo de tri. Nene ma kambia senal. Ma reti e roshi todo tiempo. Ma ten e rason. Ma en e sola tama nal lini selawe ler norawe selawe ri ma feni e eksakto tama ri mor feni e nek. —Se quedó callada—. Nene ma dera ai di ler Iris. Kre e ke ma resibi ai pin kase ma ten ai kuido nek.

Había estado con la cuadrilla de relevo, dijo, la noche en que el viejo puente del empalme del río se vino abajo en la tormenta, antes de la época de Ona. No estaban en el puente. Estaban en el apartadero detrás de él, esperando la señal, y se quedaron allí sentados y lo vieron caer con la carga encima, cuarenta vagones y una cuadrilla de tres. La señal nunca cambió. Se quedó en rojo todo el tiempo. Tenía razón. Era lo único en la línea esa noche que hizo exactamente lo que tenía que hacer. Nunca se lo había dicho a Iris. Iris creía que la insignia era por ser cuidadosa.

Ona no dijo nada. Le contó a la manguera que no había nada que decir que no hubiera sido un insulto, y que lo más amable que sabía hacer era no escribirlo, cosa que no había

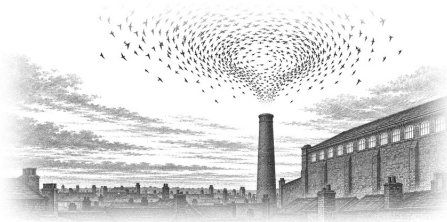
hecho, hasta ahora, y le pidió al agua que la perdonara por contarle ahora, y dijo que Ruth le había dicho desde entonces que ya no le importaba quién lo supiera.

A la cuarta campanada el túnel sur respiró. Salió aire fresco de la oscuridad al final del andén, como pasaba cuando un frente cruzaba el puerto, con olor a piedra vieja y a río, y bajó por el andén sobre los que dormían en sus colchones y entró por la puerta del vagón y pasó sobre las dos mujeres en la mesa, y las polillas de la lámpara de trabajo se levantaron todas juntas en una nube, y en algún lugar del andén Deren dijo *oh* en sueños, como lo dice una persona cuando el agua fría la toca.

Ruth se levantó. Llevó las dos tazas a la cocina y las enjuagó, y sentí que el tanque cedía una taza, y luego otra. En la puerta se detuvo.

—Foto ler kaseta —dijo—. En ekipo. Tri dei. Ma manda muyer de kondutor e ler kada ekipo nal lini. —La fotografía del cajón era la cuadrilla, los tres. La esposa del maquinista se la había mandado a cada cuadrilla de la línea.

Ona no había dicho una palabra sobre el cajón. En once años nunca, ni una sola vez, dejó ver que estaba enterada. Le contó a la manguera que no entendía cómo supo Ruth que ella estaba enterada, y que se quedó sentada en la mesa hasta la quinta campanada tratando de averiguarlo, y no lo logró.

*Vencejos en el claristorio*

Ezra me dio esto en la escalinata del puerto la tarde del noveno día, y habló durante mucho rato antes de meter la mano en el agua. Pasó la mañana del noveno día, en el piso cuarenta y cuatro de la torre Aldine.

Nadie murió en la sala. Tengo que contarte lo del piso cuarenta y cuatro, o te estaría contando la versión de la oficina de guerra con mejores modales.

Se llamaba Rahel Mekonnen. Tenía setenta y nueve años. Ezra la conocía de vista por las escaleras de la Aldine, donde ella solía detenerse en los rellanos a descansar y darle una pastilla de menta de un cucurucho de papel, la quisiera él o no, y decirle que estaba demasiado flaco. Vivía en el piso cuarenta y cuatro con su sobrino, en el apartamento de él. Se había mudado dos años antes, después de que su propio edificio en el tercer municipio perdiera la columna de agua, y nunca había trasladado su línea del hogar, porque trasladar una línea cuesta una tarifa y una mañana en la oficina del distrito y un formulario del que su sobrino decía que ya se iba a encargar. Así que en el papel vivía en el tercer municipio, en un apartamento sin agua, y en la Aldine no vivía en ninguna parte.

La lista de Bea salía de las tarjetas de la asociación, y las tarjetas salían de las líneas del hogar. Los corredores fueron a cada puerta de la lista. En la puerta de su sobrino nadie de la lista vivía más que su sobrino, y su sobrino tenía turno de noche en las procesadoras del puerto esa semana. Nadie tocó.

Él llegó a casa a la séptima campanada de la novena mañana y la encontró en la silla junto a la ventana, que estaba cerrada, porque la ventana de ese lado dejaba entrar el olor del árbol del cielo. Ezra dijo que el sobrino se lo contó al rellano, y el rellano se lo contó a las escaleras, y para cuando Ezra bajó a su primera entrega toda la torre lo sabía, y el sobrino estaba sentado en las escaleras afuera de su propia puerta, todavía con las botas de trabajo puestas, diciéndole a cualquiera que pasaba que la sala había estado abierta. Que había habido lugar. Que ella podría haber ido.

La cooperativa funeraria llegó al mediodía. La gestora pidió la línea del hogar, como siempre hacen, porque la línea les dice quién paga las cuotas. El sobrino dio la suya. La gestora dijo que la difunta no figuraba en ella. El sobrino dijo que ya lo sabía. La gestora, dijo Ezra, cerró su carpeta y dijo que la cooperativa se la llevaría de todos modos, porque la afiliación no es obligatoria y nunca lo ha sido, y que las cuotas podían ir a nombre de

él, y que lo sentía, y escribió Rahel Mekonnen en una tarjeta con su propia letra y con la ortografía correcta, que le pidió dos veces.

El boletín de calor de la oficina de guerra salió en las pantallas de los rellanos esa tarde, entre el clima y las puntuaciones de los municipios. Ezra me lo recitó de memoria, porque dijo que lo había leído suficientes veces como para sabérselo.

BOLETÍN DE CALOR. La oficina de guerra se complace en informar cero muertes por calor entre los residentes registrados del cuarto municipio durante el actual evento de calor. Se recuerda a los residentes que la hidratación es un deber cívico. El calor no es una emergencia. El pánico sí.

Su muerte entró en el registro del tercer municipio, donde estaba registrada, como una muerte en un domicilio no residencial, causa pendiente. Ezra dijo que el boletín del tercer municipio de esa tarde también informó cero muertes por calor entre los residentes registrados, porque ella no había muerto en su domicilio registrado. Dijo que lo había entendido de pie en el rellano, y que le había llevado mucho tiempo, porque no había querido que fuera cierto.

Entonces metió la mano en el agua. Dijo: «E ro dera ai ke dema fino ai nek.» Dijo: «Ai nul ma novi nomi nawi, nimenos.» Lo primero era lo que ella le decía en las escaleras, que estaba demasiado flaco. Lo segundo, que él nunca había sabido siquiera cuál era su cuarto.

Sentí el puerto en su palma. Tengo su nombre porque él me lo dio. Te lo he dado a ti porque nadie más lo puso en ninguna parte.

* * *

Ezra me dio esto en la escalinata del puerto, y Hattie anotó la hora. Pasó a la séptima campanada del octavo día, en la sala, cuando la luz que entraba por el claristorio se había vuelto del color del té flojo.

Llegaron los vencejos.

Ezra dijo que una niña cerca de la pared norte los vio primero y señaló, y luego todos a lo largo de esa pared estaban mirando hacia las ventanas del claristorio, y luego media sala. Afuera, por encima de los techos del duodécimo nivel, contra un cielo que se volvía dorado y gris, había pájaros girando. Unos pocos al principio, oscuros, rápidos, delgados como cuchillos lanzados, chillando con un gorjeo agudo y fino que se oía a través del vidrio. Luego más. Luego muchísimos, cientos, más, reuniéndose desde el aire, desde todas las direcciones sobre el cuarto municipio, en una sola masa que giraba encima de la chimenea de la caldera del viejo baño.

Daban vueltas y vueltas alrededor de la chimenea. Ezra dijo que la columna de pájaros giraba como el agua que se va por un desagüe, un embudo lento y ancho de pájaros sobre la chimenea de ladrillo, que se cerraba mientras giraba, y el sonido entraba por las ventanas, y la sala de novecientas personas con su melón y su línea de nebulización y sus enfermos se quedó callada por segunda vez ese día y miró hacia arriba.

Entonces la punta del embudo tocó lo alto de la chimenea y los pájaros empezaron a volcarse dentro. Hacia abajo, a la oscuridad de la chimenea, un chorro de ellos, toda la masa

giratoria estrechándose y vaciándose, más rápido al final, hasta que los últimos entraron con un coletazo, y el cielo sobre la chimenea quedó vacío, y el sonido se detuvo.

Hattie me contó que los vencejos dormían en esa chimenea cada verano desde que la asociación llevaba registros, y que ella los había mirado desde la ventana de su cocina cada tarde durante diecinueve años y todavía dejaba lo que estuviera haciendo. Dijo que era la primera vez que la mayoría de la gente de esa sala lo veía, porque la mayoría nunca había estado en el duodécimo nivel a la séptima campanada en verano sin nada que hacer más que mirar hacia arriba. El maquinista en su catre junto a la línea de nebulización lo vio, dijo. Le preguntó a su hijo qué pájaros eran, y su hijo no sabía, y se lo dijo la niña del silbato de la carrera de naranjas.

Yo no sentí a los vencejos. No tocan mucho el agua. Sentí que la sala se quedaba quieta debajo de ellos, todas sus llaves cerradas a la vez durante un minuto porque todas las manos habían dejado de estirarse, y luego abiertas otra vez cuando los pájaros estuvieron adentro.

* * *

Hattie me dio esto de su cuaderno, con la hora, y el nombre de Precious Dlamini. Pasó en los viejos vestidores de la sala, entre la novena campanada y la décima, la primera noche.

El cuaderno registró un nacimiento, que no estaba planeado. Una mujer del piso cuarenta de la Lorne, de treinta y una semanas según su propia cuenta, bajó las escaleras a la tercera campanada porque su apartamento estaba demasiado caliente para acostarse, y a la novena campanada se le rompió la fuente en el piso inclinado y el agua corrió hacia la parte honda. Precious Dlamini, una partera jubilada del duodécimo nivel que había estado sentada con las cajas de zapatos de Bea en la puerta ayudando a Hattie a no pedir líneas del hogar, la llevó a los viejos vestidores con una lámpara y dos sábanas limpias del carrito de la clínica y un porteador para sostener la puerta.

Hattie dijo que los vestidores todavía tenían sus bancas y sus ganchos, y que el azulejo ahí dentro era azul, y hacía eco. Dijo que durante media hora toda la sala lo oyó, y la gente de la pared este hablaba más fuerte para que la mujer tuviera algo de intimidad, y los jugadores de fichas junto al tercer desagüe empezaron una canción que nadie terminó, y a los niños de la carrera de naranjas los mandaron a sentarse con Admiral. A la décima campanada menos seis minutos, según el cuaderno, la sala oyó a la bebé. Un sonido pequeño. Precious salió con las mangas mojadas hasta el codo y dijo que era una niña, prematura y pequeña y furiosa, y que más valía que el carro de la clínica viniera ya, y vino.

Hattie escribió en el cuaderno: *un nacimiento, niña, prematura, viva, madre viva, carro a las 10:20*. Dijo que después alguien le preguntó si la bebé iba a estar en el padrón, habiendo nacido en un edificio cerrado durante una ocupación, y ella dijo que eso era asunto de la madre y no de la asociación, y también lo anotó.

* * *

Rubén me contó esto en su lavabo, y Hattie me contó el mismo momento en la escalinata del puerto. Pasó a la octava campanada del octavo día, en las puertas de la sala.

Sera vino a la sala cuando se dio por terminado el simulacro. Rubén vino con ella. Me contó que ella atravesó la sala de frente, entre novecientas personas y la línea de nebulización

y los niños y las naranjas, hasta la pared este, y se arrodilló junto a su madre, y su madre le levantó el indicador de batería del concentrador para que lo viera: verde. Luego Sera fue con Hattie a la puerta.

Hattie se desprendió el sello. Lo sostuvo sobre la palma abierta como lo había hecho Sera, para que todos pudieran verlo. Dijo, en Span, con cada parte en su lugar: *Este sello, de vuelta a su Guardiania, entregado por mí, atestiguado por esta gente, usado en la puerta de la sala a la segunda campanada y en ninguna otra puerta.*

Sera se lo volvió a prender en la muñeca. Se quitó la placa de cadete y la guardó en el bolsillo.

El empleado joven del segundo municipio estaba sentado en su silla plegable junto a la puerta con un vaso de agua. Lo había oído todo. Rubén me contó que el empleado miró a Sera, y el sello, y la terminal en su propio bolsillo, y luego apartó la mirada y se tomó el agua.

Esta última parte me la contó Hattie misma, de pie en la escalinata del puerto con los brazos cruzados. Dijo: «Ma manda e e ya. Ma mira ai e manda e ler ora bi. Nul vo kapa e i des manda e nek, o ma novi e di, o e tambien.» El empleado ya había mandado su informe, quiso decir. Ella lo había visto mandarlo a la segunda campanada, y nada podía hacerlo volver, y él lo sabía, y Sera también.

* * *

Hattie me dio los cuatro días de su cuaderno. Fueron del octavo día de la semana de registro al duodécimo.

La sala siguió abierta hasta que cedió el calor. La asociación de inquilinos la mantuvo atendida por turnos. El cuaderno de Hattie registró doce casos de golpe de calor, todos tratados en la tina, todos mandados a casa o a la clínica con vida. Registró un nacimiento, en los viejos vestidores. Registró dos peleas, una por una silla plegable y otra por el programa cómico, que alguien puso en un receptor de mano en la versión de Garden y que otro se tomó como algo personal. Registró los vencejos cada tarde a la séptima campanada, como *vencejos*, con una palomita. No registró a Rahel Mekonnen, porque ella nunca llegó, y Hattie me contó que la ausencia en el cuaderno le molestaba más que cualquier cosa escrita en él, y que después había vuelto y había escrito el nombre en el interior de la tapa, donde guarda las cosas que no tienen línea.

* * *

Ezra me dio esto en la escalinata del puerto a la décima campanada de la octava noche, cuando bajó con el almacén vacío. Pasó en la sala un poco después de la octava campanada, contra la pared este.

Sera estaba sentada contra la pared este junto a su madre, con el niño dormido atravesado sobre sus rodillas. Ezra la vio ahí cuando llevó el último almacén de melón. Me dijo que no estaba dormida. Me dijo que tenía la mano sobre el sello de la muñeca como quien se tapa una herida.

La cocinera vino y se sentó del otro lado, cuando la última olla de la cocina estuvo vacía. Ezra dijo que la cocinera no dijo nada. Se sentó con la espalda contra el azulejo y el hombro contra el hombro de su hermana, y al rato apoyó la cabeza en el hombro de Sera, y la dejó

ahí, y Sera puso la mano libre sobre la mano de su hermana en el piso entre las dos, y se quedaron así con el niño atravesado sobre las rodillas de Sera y su madre dormida sentada junto al concentrador, y la línea de nebulización respirando sobre los cuatro. Ezra dijo que en su vida había visto a la cocinera sentarse en un lugar público. Dijo que dejó el melón en la mesa junto a la olla vacía de Nana Efua y no se acercó.

Encima de ellos, en la única pantalla pública de la sala, apareció el tablero de la tarde. Clima: el calor se mantendría. Puntuaciones de los municipios. Avisos de raciones. El boletín de calor, con su cero. Y luego el tono, las tres notas ascendentes, que aquel verano podían haber significado cualquier cosa, y el tablero se puso rojo en los bordes, y el texto empezó a desplazarse.

Te contaré lo que decía, pero aún no. Lo tengo de una sala de relojes de Liberty, y tengo la hora en que llegó ahí, y eso importa.

*El tanque de la azotea*

En la azotea de la torre Harrow, cincuenta y dos pisos por encima del mercado, un tanque de agua de acero se levanta sobre un armazón de patas remachadas. Las bombas de la columna lo llenan desde abajo en la madrugada, cuando la electricidad es barata, y abastece por su propio peso los once pisos de arriba todo el día, y es el agua más alta del cuarto municipio que alguien posea. Lo conozco como conozco la columna del treinta y nueve y el lavabo del nueve: por su nivel, por lo que se saca de él, por el pequeño peso frío que tiene allá arriba en el calor, meciéndose un poco cuando el viento llega del puerto.

Una noche a principios del calor húmedo, tres semanas antes de que cerraran los accesos orientales, ese tanque tembló durante siete horas. No era el vaivén largo que hace con el viento. Era un temblor rápido y fino, una y otra vez, que subía por las patas del armazón desde la losa de la azotea, con un ritmo. Lo sentí en ese momento y no supe qué era. Pensé en bombas. Pensé en una máquina en algún lugar del edificio que se había desajustado.

Ezra me dijo lo que era, al final del verano, en la escalinata del puerto, cuando había muchas otras cosas que podría haberme contado y eligió esta. Rubén Awolowo me dio su parte en el lavabo de la estación, por las mismas fechas. Y la madre de Sera le contó a la columna del treinta y nueve su parte de aquella noche a la mañana siguiente, antes de que yo la conociera a ella o a cualquiera de ellos, y yo lo guardé sin saber de quién era, como se guarda una moneda que uno encuentra en un abrigo.

Nada de lo que pasó esa noche importa para el resto de esta crónica. Lo cuento porque pasó.

Ezra me dio esto en la escalinata del puerto, al final del verano. Pasó la tarde de la noche de azotea, entre la tercera campanada y la sexta, en la azotea de la torre Harrow y en la lavandería que está debajo.

La lavandería del distrito de la Harrow ocupa casi todo el piso cincuenta y dos: cuarenta lavadoras, veinte secadoras, una prensa de vapor, mesas largas para doblar y un olor a algo-dón caliente y a jabón que baja por la escalera hasta el cuarenta y ocho. Lava para el distrito y para la ruta de la clínica, y la ropa blanca de la clínica pasa al amanecer, así que la lavandería tiene su propio circuito. Arriba en la azotea, alrededor de las patas del tanque y a lo largo de los parapetos, la película fotovoltaica de la lavandería está tendida en largas tiras oscuras, barata e impresa y cambiada cada pocos años cuando el sol la ha cocido, y todo el día carga un banco de baterías en un cuarto cerrado con llave detrás de las secadoras. El banco es para el lavado del amanecer. Todo el mundo en el piso cincuenta y dos sabe exactamente cuántos por ciento necesita el lavado del amanecer, porque Zofia Kaminski se lo ha dicho.

Zofia era la encargada de la lavandería. Hablaba polaco en casa y Span en la azotea y una especie de tercera cosa con sus máquinas que, según Ezra, sonaba a las dos. Prestaba el banco para las noches de azotea con unas condiciones que había escrito en una tarjeta clavada en la puerta del cuarto de las baterías, y se la leía en voz alta a Otis Huang cada vez, y Otis se quedaba de pie escuchando cada vez con las manos juntas como un niño en la iglesia.

—Altavos o lami —dijo Zofia—. Nul sekadora. Se teli tu sirkuito de sekadora, vo koti ai tu. Nul baya bateria abayo ses des. Kuando dera medidor ses des, en ultima vori e, o vedi ai ultima vori, kase en poder de ai e. Ler ora bi des ke medianoshe nek, sera todo, dera nawi medidor. Tali de ospital ler ora kar. Vo suni nana de alyen nal tali di yori, o nul importa lu e musika de tui.

—Ye, Kaminski —dijo Otis.

Ezra dijo que las condiciones nunca cambiaban. Altavoces y lámparas, nada más; si tocabas el circuito de las secadoras, ella te cortaba. El banco nunca bajaba del sesenta por ciento, y cuando el medidor marcaba sesenta esa era la última canción, y la elegía ella, porque la electricidad era suya. A la segunda campanada después de medianoche se apagaba todo, dijera lo que dijera el medidor, porque la ropa blanca de la clínica entraba a la cuarta campanada y la abuela de alguien dormiría sobre ella la noche siguiente, y tu música no significaba nada al lado de eso.

Otis era el sonidista de la mitad de las noches de azotea del cuarto municipio. Tenía una transpaleta cargada de baffles que había reconstruido con los rotos de otra gente, algunos más viejos que la torre, y una consola de mezcla que guardaba en una caja de pan, y los subía en el montacargas de la lavandería, que funcionaba, porque Zofia se aseguraba de que funcionara. Los niños tendían los cables. Siempre había niños. Subían por la escalera de dos en dos y de tres en tres desde todos los pisos de la torre en cuanto corría la voz, y tendían cable desde el cuarto de las baterías por un agujero en la escotilla de la azotea que había tala-drado exactamente para eso, hacía cuarenta años, alguien cuyo nombre nadie recordaba, y colgaban lámparas desde las patas del tanque hasta los postes del parapeto, lámparas baratas

de vidrio en un alambre que el distrito había comprado una vez para un jubileo y nunca había pedido de vuelta.

En la cara interior de la escotilla de la azotea había un aviso. Ezra me lo leyó porque dijo que era su cosa favorita de la torre.

AVISO. LAS AZOTEA ESTÁN CERRADAS A TODA REUNIÓN SEGÚN EL CÓDIGO CÍVICO CONTRA INCENDIOS. LOS RESIDENTES QUE DESEEN DISFRUTAR DE RECREACIÓN APROBADA QUEDAN CORDIALMENTE INVITADOS AL PROGRAMA DE BAILE VERANO DE PREPARACIÓN DE LA OFICINA DE GUERRA, PABELLÓN DEL EJE ELEVADO, TERCER NIVEL, JUEVES A LA SÉPTIMA CAMPANADA. AIRE FILTRADO. MÚSICA APROBADA. SE REQUIERE REGISTRO. LA RECREACIÓN ES UN PRIVILEGIO DE LA PREPARACIÓN.

Debajo, con tiza, generaciones de manos habían escrito respuestas. *Fui. No había nadie más que la banda. La banda estaba triste. Me registré y me mandaron una fecha de simulacro. La música aprobada es un himno a una bomba.* Y más abajo, con tiza fresca esa semana, *Otis esta noche, 6.ª campanada, traigan una taza.*

—Prokrama de baile de ofisina de wor ru lavi des an yera —me dijo Ezra—. Kofi ma ir an ves i vidi nek. E ma dera ke ma ten kar des niví de ofisial o banda la uniforme ri ru puni imno lento la maskina de tambor nek. E ma dera ke ma veni ofisial la tabra de papel, o ma peni e todo mera sike ru ava dei, o ma eskribi e doni.

Kofi, el del octavo piso, había ido una vez, para ver. Se había encontrado con cuarenta hijos de oficiales y una banda de uniforme que tocaba un himno lento sobre una caja de ritmos, y un oficial había pasado con un portapapeles preguntándole a todo el mundo si se estaba divirtiendo, y había anotado las respuestas.

* * *

Ezra también me dio esto en la escalinata del puerto. Pasó entre la sexta campanada y la novena de la noche de azotea, en la azotea.

Para la sexta campanada el calor había salido de la losa lo bastante como para pararse en ella con zapatos, y el sol se había puesto detrás de las torres del oeste, y el cielo sobre el puerto tenía el color del interior de una concha. La gente subió.

Subieron por la escalera, los cincuenta y dos pisos completos los que vivían abajo, porque el ascensor de la Harrow funcionaba esa semana y por eso la fila para tomarlo era peor que la escalera. Llegaron con tazas y botellas y banquitos plegables y bebés y abuelas. Llegaron de la Aldine y de la Lorne, al otro lado del pozo, por la vieja pasarela que une las tres torres a la altura del piso cuarenta. Llegaron de torres que Ezra no conocía. Para la séptima campanada había trescientas personas en la azotea de la Harrow, y Otis tenía los altavoces sonando, y las lámparas estaban encendidas en su alambre entre las patas del tanque, meciéndose un poco cuando llegaba el viento, y la azotea bailaba. Trescientas personas sobre una sola losa de concreto, todas al mismo compás, y el compás bajando por la losa hasta las patas del tanque. Ese era el temblor. Yo entonces no lo sabía.

La cocina de la Harrow tenía un puesto junto al parapeto este: una mesa de caballetes y un brasero de carbón que la cocinera había subido ella misma en dos viajes, y brochetas

de mejillones del puerto con pimientos y cebolla, y pan plano, y una olla de la pasta de pimiento, y una caja de dinero, porque una noche de azotea era el mejor negocio del mes. Ezra atendía el puesto. La madre de la cocinera estaba sentada en un banquito detrás, con su concentrador enchufado a una toma que Otis le había cableado especialmente, aparte del circuito de las lámparas, con una etiqueta escrita a mano por Otis que decía ABUELA, y cobraba y daba el cambio y le decía a la gente que sus brochetas estaban demasiado hechas antes de que las probaran.

Había gente en la azotea que estaba allí desde la tarde, y seguiría allí cuando parara la música, y había estado allí la noche anterior. Ezra me habló de ellos con la misma voz que del resto, y yo haré lo mismo. Los pisos de arriba de la Harrow se cuecen en el calor húmedo cuando la oficina de carga eléctrica recorta el enfriamiento, y la gente que vive por encima del piso cuarenta y no tiene una sala de enfriamiento a la que pueda llegar, o no puede pagar los atrasos que le permitirían entrar, duerme en la azotea las noches de calor, en esteras y cajas aplastadas a lo largo del parapeto norte, donde llega el viento del puerto. Esa noche eran unos veinte. Una familia de cinco del cuarenta y nueve. Un anciano con una sábana mojada encima que no se levantó, y cuya nieta se sentó a su lado y lo abanicó con un pedazo de cartón toda la noche y bailó una vez, una sola canción, y volvió. El baile pasaba alrededor de ellos como un río rodea una piedra. La cocinera mandó a Ezra con brochetas para todos ellos, dos veces, y después lo anotó en el libro de cuentas de la cocina bajo una línea que llamaba *azotea*, y todavía está ahí, dijo Ezra, con un número al lado cada semana de aquel verano.

Desde el parapeto este se veía el puerto, y el agua oscura más allá de la ciudad baja, y más lejos, los accesos orientales: una línea larga y baja de nada, con luces pálidas a intervalos, y las barcas portuarias de la oficina de guerra moviéndose lentas e iluminadas a lo largo del escudo. Una vez, hacia la octava campanada, un destello subió allá afuera, blanco, silencioso, y se quedó suspendido, y se apagó. Algunas personas en el parapeto se detuvieron a mirar. La mayoría no. Otis no paró la música. Una mujer cerca de Ezra dijo: «Roketa» y un hombre dijo: «Prueba» y un muchacho dijo: «Fiesta» y nadie lo sabía, y al rato nadie miraba, y Ezra dijo que esa era la parte de la noche en la que más pensó después, y no dijo por qué.

Antes, un poco antes de la séptima campanada, un mapache había llegado por el parapeto norte, desde las rutas de azotea que van de torre en torre por los puentes de cables, gordo y gris y sin ningún miedo, y había cruzado la azotea a lo largo entre toda la multitud hasta el puesto de la cocina y se había llevado una brocheta de mejillones del borde del brasero y se había ido con ella, y la madre de la cocinera se rio tanto que su concentrador cambió de tono, y la cocinera le tiró un pan plano y falló, y el mapache volvió por el pan plano.

* * *

La madre de Sera le contó esto a la columna del treinta y nueve a la mañana siguiente, mientras se le llenaba la jarra, antes de que yo supiera su nombre o el de nadie. Pasó entre la séptima campanada y la décima de la noche de azotea, en la ventana de la cocina de la Harrow en el cuarenta y uno, que da al pozo.

Ella no se quedó en la azotea. Bajó a la séptima campanada, cuando la música se puso fuerte y la escalera todavía estaba despejada, y su hija la cocinera le bajó el concentrador once

tramos y volvió a subir al puesto. El niño bajó con ella. Se suponía que tenía que irse a la cama. No se fue a la cama. Fue a la ventana de la cocina, porque era noche de Lámparas.

La ventana de la cocina da al pozo entre la Harrow y la Lorne. En una noche normal el pozo es un hueco oscuro con unas pocas ventanas encendidas y cuerdas de ropa cruzándolo, y el ruido de las cenas de otra gente. En una noche de azotea todo el que no está en la azotea está en su ventana, porque la música baja por el pozo y rebota entre las paredes y se oye mejor ahí que en cualquier otro lugar, salvo la azotea misma. Y en una noche de azotea los niños juegan a las Lámparas.

Le explicó el juego a la columna como si la columna no lo conociera, y no lo conocía. Cada apartamento que juega tiene una lámpara de mano. Una ventana hace destellos con un patrón, cortos y largos, tantos como quiera. La ventana de enfrente tiene que devolver el mismo patrón y agregar un destello propio. Luego la primera ventana repite todo y agrega uno. Van y vienen hasta que alguien falla un destello, y entonces la otra ventana gana un punto, y los abuelos llevan los puntos con tiza en el alféizar. Puedes jugar con la ventana que tienes justo enfrente o con cualquier ventana que alcances a ver, y en una buena noche, dijo, todo el pozo juega a la vez, cada ventana hablándole a alguna otra ventana, y no se puede seguir ningún juego, y no importa.

La pareja del niño era una niña llamada Lulu Obi, del piso cuarenta y uno de la Lorne, justo enfrente, que tenía seis años y le había ganado once noches seguidas. Su abuelo se sentaba en la ventana de ellos con una tiza y una taza de algo y llevaba la cuenta de los dos lados, y la madre de Sera llevaba la cuenta en su propio alféizar, y las cuentas de los dos abuelos no habían coincidido ni una sola vez en dos veranos, y se gritaban los números de un lado al otro del pozo entre partida y partida en dos idiomas y ninguno entendía el del otro y eso tampoco importaba.

El niño hizo los destellos. Lulu los devolvió y agregó uno. El niño repitió y agregó uno. La madre de Sera dijo que él sostenía la lámpara con las dos manos y ponía todo el cuerpo en cada destello, inclinándose, como si la luz pesara, y contaba entre dientes. Falló en el noveno destello. El abuelo de Lulu rugió algo de un lado al otro del pozo y escribió en su alféizar. El niño empezó otra vez.

Entonces dijo lo que había ido a decirle a la columna. Dijo que a la novena campanada miró hacia arriba, y luego hacia abajo, y todo el pozo estaba jugando. Todas las ventanas de las dos torres desde el piso treinta hasta el cincuenta. Lámparas que se encendían y se apagaban, cortas, largas, respondiendo, a través de la oscuridad, docenas de partidas a la vez, las luces duplicándose en los vidrios de las ventanas de enfrente, y la música bajando de la azotea a pedazos, y una canasta cruzando por la cuerda de puela de alguien en el piso treinta y seis con algo dentro envuelto en un paño. Dijo que parecía que el pozo estaba lleno de luciérnagas que habían aprendido a contar. Dijo que había vivido en la Harrow cincuenta y un años y lo había visto cien veces y se quedó en la ventana con el niño haciendo destellos a su lado y no pudo recordar cuándo había sido la última vez que lo había mirado de verdad.

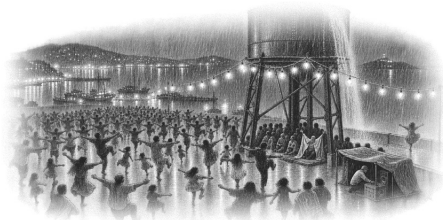
El niño y Lulu tenían una cuerda de canasta propia entre las dos ventanas, una puela y un lazo de cordel que sus abuelos habían tendido el verano anterior, con una regla que los dos abuelos habían acordado en sus dos idiomas y que cada uno entendía de otra manera: nada que se derrame, nada que muerda, nada que sea de otra persona. A la décima campanada,

cuando los dos niños se estaban quedando dormidos en sus alféizares, Lulu mandó un dulce en la canasta, envuelto en papel. El niño le devolvió su cuchara, la de las guerras de cuchara y tapa. Su abuela le contó a la columna que no se lo impidió. Dijo que había querido ver qué haría Lulu con una cuchara.

—Ma manda e e ren ler manyana —le dijo a la columna, con la jarra rebosando— la nota nal e ler mano de abuelo de e ri nul kapa ai i leye e nek nek. Don ten ai kushara o nota ri nul kapa ai i leye e nek nek. En di norawe de Lamps.

Lulu había mandado la cuchara de vuelta esa mañana, quería decir, con una nota encima escrita por la mano de su abuelo que la madre de Sera no podía leer. Así que ahora tenía una cuchara y una nota que no podía leer, y eso era una noche de Lámparas.

Se rio y cerró la llave.

*El baile del perro*

Rubén me dio esto en el lavabo del noveno piso, a finales del verano, y lo contó con la cara fuera del agua todo el tiempo, cosa que casi nunca hacía. Pasó entre la octava campanada y la undécima de la noche de azotea, en la azotea.

Estaba libre. Había subido porque Okwuosa se lo había mandado, porque ella decía que un Guardián que nunca iba a una noche de azotea era un Guardián que no conocía su propio distrito, y porque Sera había dicho que iba a ir, cosa que nunca hacía. Se quedó junto a las patas del tanque con una taza del té de pimienta de la cocinera y las mangas bajadas sobre los nombres de su brazo, y miró.

Me contó que antes bailaba. Su madre le había enseñado en la cocina de su casa en la Lorne cuando él era pequeño, los domingos por la tarde, los viejos bailes del puerto que ella había aprendido de su propia madre, con el radio en el alféizar, y él había bailado en las noches de azotea durante toda la veintena y era conocido por eso. Dijo que cualquiera del cuarto municipio con más de treinta y cinco años te podía hablar de los pies de Rubén Awolowo. Luego su madre había muerto, dos inviernos atrás, por una falla de la cadena de frío en la clínica que echó a perder durante una semana la medicina que ella necesitaba, y él no había vuelto a bailar. No dijo nada más de su madre. No me hizo falta.

Marisol Okafor-Brandt vino y se quedó a su lado junto a las patas del tanque. Todavía no trabajaba en la Harrow; conocía la torre porque su hermana Chioma vivía en el piso veinte, y había subido con Chioma, que ya estaba bailando con un hombre de la cuadrilla de bomberos. Rubén dijo que conocía a Marisol como se conoce a una mecánica de ascensores en el cuarto municipio, por su reputación y por las tarjetas de puntuación, y que había hablado con ella dos veces, las dos sobre ascensores. Esa noche llevaba las trenzas sueltas. Dijo que se fijó en eso antes que en cualquier otra cosa y que le dio vergüenza haberse fijado.

—Chioma dera ke tu baila nek —dijo Marisol.

—Ro ma baila ai.

—E dera ke tu ma en mas gali nal teto Lorne des yera, o den tu ma deteni nek.

—E ten rason.

Marisol bebió de su taza y miró a los que bailaban. Otis estaba poniendo música de escalera, de la rápida, con los metales arriba y los tambores debajo que suenan como pies en rellanos de concreto, y trescientas personas la bailaban como la baila el cuarto municipio, que es con todo el cuerpo y sin ninguna dignidad.

—Ai nul kapa i baila nek —dijo Marisol—. Nene ma kapa ai. Ai ten pie de mekanika de asensor. Kada tama ri feni ai, feni ai e komo ke ru kompara ai sike vo teni e nek nek.

Rubén me contó que se rio, y que eso lo sorprendió, igual que lo sorprendería en la cocina semanas después, y que dijo: «Teni todo se desha tu ke pran piso e nek» que era algo que su madre solía decir, que todo se sostiene si lo dejas salir a la pista, y él no lo había dicho en dos años, y se oyó decirlo y dejó la taza en el armazón del tanque.

Dijo que bailaron una hora. Dijo que ella era malísima. Dijo que le pisaba los pies con sus botas de mecánica y se disculpaba cada vez en un Span exacto, con la fuente al final, *mi bota, tu pie, lo hice yo*, hasta que él se reía demasiado para llevar el compás, y luego Otis puso algo más lento, una vieja melodía del puerto con un violín encima que su madre ponía en el radio del alféizar, y Rubén dejó de reírse, y Marisol vio que había dejado de reírse y no preguntó por qué, y le puso la mano plana en la espalda entre los omóplatos y lo dejó guiar, y él dijo que durante esa canción ella no fue nada mala.

Después fueron a sentarse en el parapeto este junto a la caja de los halcones peregrinos. El distrito había puesto una caja nido en el parapeto hacía años, y una pareja de halcones la usaba cada primavera, y ese verano había dos crías casi listas para volar. Estaban dormidos en la caja, tres formas grises en la oscuridad, y una de las crías se despertó con la música y sacó la cabeza y miró a Rubén y a Marisol con un ojo como una gota de aceite, y volvió a meter la cabeza. Marisol dijo: «Vo ir dei ler an semana» y Rubén dijo: «Novi tu komo?» y ella dijo que su padre había sido limpiador de ventanas en el eje elevado y se sabía el nombre de cada halcón de cada torre, y les ponía nombres de fabricantes de ascensores.

No me contó qué más se dijeron en el parapeto. Me contó que la besó, o que ella lo besó, y que ella le había pedido después que no aclarara cuál de las dos cosas, y que lo estaba cumpliendo. Dijo que su boca sabía al té de pimienta de la cocinera. Dijo que a la mañana siguiente había vuelto a no conocerla muy bien, como pasa, y que pasaron semanas antes de que alguno de los dos mencionara el parapeto, y que cuando ella aceptó el trabajo del ascensor de la Harrow ese verano él pensó que era por la tarjeta de puntuación, y lo era, en su mayor parte.

—Vel raya e ke dera ai e ler tu nek —le dijo al lavabo—. Luego dijo: «Ma dera e ke dera ai e ler tu nek. Ma dera e ke mor ten alyen e nek.» Ella lo puede odiar por contarle, quiso decir, pero ella le había pedido que lo contara, porque alguien tiene que tenerlo.

Ezra me dio esto en la escalinata del puerto. Pasó entre la novena campanada y la medianoche de la noche de azotea, en la azotea.

Sera subió a la novena campanada, fuera de turno, con una camisa sencilla, con el pelo mojado del lavabo de la estación. Ezra dijo que nunca la había visto sin el gris y que por un momento no la reconoció. Se quedó al borde de los que bailaban con los brazos cruzados y no bailó, y su hermana, en el puesto, la estuvo mirando no bailar durante un cuarto de hora con la expresión que la cocinera usaba con las entregas que pesaban de menos.

Entonces Sera se llevó la mano al aparato que tenía detrás de la oreja derecha, y se lo quitó, y lo guardó en el bolsillo de la camisa, y abotonó el bolsillo.

Ezra le preguntó a la cocinera, más tarde, por qué. La cocinera dijo que el aparato convertía la música en filos. Dijo que el sonido amplificado le llegaba por ahí todo en esquinas, demasiado fuerte donde era fuerte y nada donde era suave, como oír una banda a través de una lata, y que Sera había renunciado a la música con el aparato hacía años y había dejado de decírselo a nadie. Dijo que sin él Sera podía oír los tambores, y sentirlos en la losa a través de los zapatos, y lo demás lo podía ver.

Sera fue a pararse cerca de Rubén y Marisol, y miró los pies de Rubén. Ezra dijo que los miró durante una canción entera sin moverse, como se mira a alguien hacer un trabajo que uno piensa copiar. Luego bailó. No bien. Ezra dijo que bailaba como una Guardiana, cuadrada y cuidadosa, con los ojos en los pies de Rubén para el compás y toda la cara concentrada, y Rubén la vio y se giró para que ella pudiera ver mejor sus pies, y fue un poco más despacio sin que nadie lo notara, y la mantuvo en el compás durante tres canciones.

Un poco después de la décima campanada la cocinera dejó el puesto. Ezra dijo que se secó las manos, y se quitó el delantal, y le dio la caja de dinero a su madre, que había vuelto a subir para la última hora en el montacargas de la lavandería con su concentrador y su banquito y sus opiniones, y el niño dormido en un carro de la lavandería que Zofía les había mandado abajo, y salió entre los que bailaban, y tomó a su hermana de las dos manos.

Bailaron algo que Ezra no había visto nunca. Dijo que era viejo y que no era música de escalera, y no lo bailaron con lo que Otis estaba poniendo; lo bailaron con algo que tenían en la cabeza, lo mismo en las dos, haciéndose girar de las manos y entrando y saliendo y riéndose en los mismos momentos. Dijo que su madre, detrás del puesto, se enderezó mucho y empezó a dar palmas con un ritmo que tampoco tenía nada que ver con el de Otis, lento, con un tropiezo dentro, y las dos hermanas encontraron las palmas y bailaron con eso. La gente cerca de ellas se paró a mirar. La madre de la cocinera dijo algo de un lado al otro de la azotea en el idioma de la cocina de su propia infancia, que Ezra no conocía, y las dos hijas le contestaron a la vez con las mismas palabras, y se rieron tanto que tuvieron que sostenerse una a la otra.

Ezra dijo que le preguntó a la cocinera qué era ese baile, semanas después, cuando las cosas estaban mal y él quería oír algo que no estuviera mal. Ella dijo que era un baile de cocina. Su madre lo bailaba con ellas cuando eran pequeñas, en el suelo de la cocina de la Harrow después del servicio con las sillas subidas en las mesas, al son de sus propias palmas. Dijo que no sabía cómo se llamaba. Dijo que no creía que tuviera nombre. Dijo que era la

única vez en sus vidas que las dos habían hecho algo al mismo tiempo sin pelear por quién guiaba.

Hattie Fairweather estaba ahí, y Bea, en un banquito junto al tanque con la rodilla mala estirada delante. A la undécima campanada Otis puso algo lento para los viejos, y Hattie ayudó a Bea a levantarse y bailaron en un solo lugar, abrazadas, casi sin moverse, con el peso de Bea sobre Hattie y sobre su pierna buena, lo que duró una canción, y Ezra dijo que mucha gente en la azotea no las miraba de esa manera en que uno no mira algo que quiere dejar en paz.

Y Nana Efua subió por la escalera a la undécima campanada, cincuenta y dos pisos en pantuflas, enojada, para decirle a Ezra que él había dicho que estaría en casa para la décima y ya era casi medianoche, y lo encontró detrás del puesto con las mangas arremangadas, y abrió la boca, e Iggy Moyo, el de la mesa de apuestas, que estaba un poco borracho y la conocía desde hacía cuarenta años, le hizo una reverencia y la invitó a bailar. Ezra dijo que ella miró a Iggy como si le hubiera ofrecido venderle un ascensor. Luego dejó la bolsa en el puesto delante de la madre de la cocinera y bailó con él, la canción entera, correctamente, un baile del puerto de antes de que Ezra naciera, y se fue a casa sin decirle una palabra a Ezra, y él llegó a casa a la tercera campanada y ella estaba dormida, y a la mañana siguiente ella le hizo el desayuno y no lo mencionó, y no lo ha mencionado desde entonces.

* * *

Ezra me dio esto, y Rubén me dio el mismo momento desde el otro lado de la azotea, y no están de acuerdo sobre la hora. Esta parte también es mía. Pasó un poco antes de la medianoche o un poco después, en la azotea, y en el tanque.

Llegó el tono.

Tres notas ascendentes, de todos los receptores de la azotea a la vez, de las pantallas de los rellanos bajo la escotilla, del aparato de mano de alguien, del delantal de la madre de la cocinera. El mismo tono que la oficina de guerra usaba para el clima y para el transporte y para todo lo demás, de modo que nadie menor de cuarenta podía oír la diferencia. Otis cortó la música. Trescientas personas se quedaron quietas en la azotea bajo las lámparas que se mecían y esperaron a que les dijeran cuál era.

Ezra dijo que nadie habló. Dijo que miró hacia el este, y también todos los que estaban cerca de él, a la larga línea de los accesos, y no había nada ahí, solo las luces pálidas a sus intervalos. Dijo que el viejo bajo la sábana mojada en el parapeto norte se sentó por primera vez en toda la noche. Dijo que Rubén, al otro lado de la azotea, había volteado la muñeca y estaba mirando los nombres que tenía escritos, y que él no sabía por qué, y Rubén me dijo después que él tampoco sabía por qué.

Entonces alguien lo leyó de un aparato de mano, una muchacha cerca de la escotilla, en voz alta: «Aviso de chaparrón. Cuarto, quinto y sexto municipios. En la próxima hora».

Ezra dijo que el grito de alegría que subió de esa azotea fue el sonido más fuerte que había oído en su vida. Otis volvió a encender la música antes de que terminara.

Lo sentí llegar. Primero sobre el puerto, un peso en el agua, la superficie que se encrespaba con el viento y luego se picaba, y después la lluvia misma que cruzaba la ciudad baja hacia las torres como un muro, y los desagües pluviales de las calles del mercado que se llenaban,

y la salida pluvial bajo la escalinata del puerto que empezaba a exhalar, y luego la lluvia en la azotea, en la losa, en trescientas personas, en el tanque.

Cayó sobre la azotea de la Harrow, dijo Ezra, tibia como agua de baño y tan fuerte que dolía. Las lámparas se mecían y siseaban. Nadie se fue. Otis le echó una lona encima a su caja de pan y siguió tocando debajo, empapado, y los que bailaban siguieron bailando bajo la lluvia con la cara hacia arriba y la boca abierta, y los niños corrían en círculos gritando, y el mapache, que había estado debajo del puesto toda la noche, se fue por el parapeto norte, asqueado. Los que dormían en la azotea metieron sus colchonetas bajo el armazón del tanque y se sentaron ahí juntos a mirar, y la nieta del viejo lo dejó bajo el armazón y salió corriendo a la lluvia y bailó con los brazos abiertos, sola, durante tres canciones.

Rubén dijo que la lluvia le quitó la tinta del brazo. No había escrito nada ese día, pero los nombres viejos de la semana estaban ahí, desvaneciéndose, y dijo que bajó la vista bajo las lámparas y los miró correrse, azules por la muñeca y de los dedos a la losa. Dijo que pensó que iba a tener miedo, y no lo tuvo. Dijo que se los sabía de todos modos. Dijo que Marisol le tomó la muñeca y la miró y no dijo nada, y le limpió con el pulgar una mancha azul de la palma.

Sentí llenarse el tanque. La lluvia bajó de la losa de la azotea a las canaletas colectoras que van a la entrada del tanque exactamente para esto, y el nivel subió, rápido, más rápido de lo que las bombas de la columna lo llenan nunca, lluvia fría sobre agua tibia de tanque, y el temblor del baile subió por las patas hasta todo aquello, el tanque entero temblando y llenándose a la vez, hasta que se abrió el rebosadero y el agua corrió por el costado en una lámina sobre la losa y se fue por las canaletas a los desagües. No supe qué era el temblor. Sentí el rebosadero y supe que el tanque estaba lleno, y fue la primera vez ese verano que había estado lleno, y eso lo recuerdo.

* * *

Ezra me dio el final, y también la tarjeta de Zofia Kaminski, que me leyó. Pasó a la segunda campanada después de la medianoche, en la azotea de la torre Harrow.

El medidor de la puerta del cuarto de las baterías marcaba sesenta a la primera campanada y tres cuartos. Zofia lo había estado vigilando desde la escotilla con su delantal de lavandería y un paraguas que no servía de nada. Salió a la azotea bajo la lluvia y cruzó entre los que bailaban hasta la caja de pan de Otis y le puso un papel bajo la mano. Era la última canción. Ella siempre la elegía. Nadie sabía nunca de antemano cuál iba a ser.

Esa noche, dijo Ezra, fue el tema del programa cómico.

El de la versión de Gotham, el que cualquier niño del cuarto municipio podía tararear, el que sonaba sobre el hombre de Gotham que caminaba por su calle en los créditos de apertura, con los metales y los tambores. Otis miró el papel y se rio y lo puso, y trescientas personas en la azotea bajo la lluvia lo reconocieron en el primer compás y rugieron, y luego hicieron lo que todo niño del corredor ha hecho en su cocina alguna vez, que es el baile del perro que habla del final de los créditos, un baile tonto con los brazos y un saltito, todos, empapados, la cocinera y su hermana y Rubén y Marisol y Hattie con Bea agarrada a la pata del tanque y haciendo solo los brazos, e Iggy, y los que dormían en la azotea bajo el armazón, y el viejo sentado haciendo los brazos desde debajo de su sábana mojada.

Ezra dijo que Zofia se quedó en la escotilla con su paraguas y no bailó y los miró a todos hacer el perro, y cuando terminó cruzó hasta el cuarto de las baterías y bajó el interruptor ella misma, y las lámparas se apagaron, y la música se detuvo, y trescientas personas se quedaron en la azotea a oscuras bajo la lluvia con las luces del puerto abajo a través del agua, toda la ciudad baja y la otra orilla borrosas y corriéndose y doradas.

Dijo que alguien le preguntó una vez por qué siempre elegía ella misma la última canción. Ella dijo que porque era su energía, y quería saber en qué se había gastado.

—Ai ma peni e nanu peri —dijo Ezra—. E ma dera kase en mas tonta vori nal koridor e, o novi todo mera e ler tri version nek. E ma dera ke ler Garden ro feni dei mismo baile kon tema de Garden nek. E ma dera ke ro feni primo de e ler Liberty e kon tema de Liberty nek. E ma dera ke en sola baile ri novi koridor todo e nek. —Tenía la mano en el agua en la quinta hilada—. E ma dera *Se vo deteni dei wor yoma, di vo puni dei*. O den e ma dera *Nul vo feni dei*. O ma baya e i pon tali de ospital nek.

Él le había preguntado por qué el perro, y ella le había dicho que porque era la canción más tonta del corredor y todo el mundo se sabía las tres versiones: en Garden hacían el mismo baile con el tema de Garden, su primo en Liberty lo hacía con el tema de Liberty, y era el único baile que se sabía el corredor entero. Le había dicho que si alguna vez paraban la guerra, eso sería lo que iban a tocar. Luego le había dicho que no la iban a parar, y había bajado a meter la ropa blanca de la clínica para el lavado del amanecer.

* * *

Esto último es mío. Pasó a la mañana siguiente, en las tuberías de la torre Harrow.

A la cuarta campanada las máquinas de la lavandería arrancaron para el lavado del amanecer con el sesenta por ciento del banco, y tomaron su agua del tanque, y el nivel bajó. A la sexta campanada los once pisos de arriba se despertaron y abrieron sus llaves, y el tanque los alimentó, frío, más lleno de lo que había estado en todo el verano. El agua de lluvia bajó por las tuberías a teteras del piso cuarenta y dos y a lavabos del piso cuarenta y nueve y a la bañera de un bebé en el cincuenta. En el treinta y nueve la madre de Sera llenó su jarra de esmalte en la columna y le contó lo de las Lámparas y la cuchara y la nota que no podía leer.

Sentí llenarse su jarra. No la conocía. No conocía al niño, ni la cocina, ni a ninguno de ellos, ni sabía que tres semanas después un joven iba a bajar por la escalinata del puerto y poner la mano en el agua en la quinta hilada y decir que no sabía si esto era una cosa que se hacía.

Ahora lo sé. Te he contado la noche porque Ezra quería que yo tuviera una noche de ese verano en la que nada salió mal, y te la he dado entera, el destello sobre los accesos y el hombre bajo la sábana mojada y el baile del perro y la cuchara. Fue una noche. El tanque estaba lleno.

* * *

En la peor noche del calor, la décima, medio mercado bajó al Andén Once a dormir, y el tanque del Vagón 404 sintió a cada uno de ellos.

Lo digo exactamente así. Un tanque que contiene novecientos litros y gotea por dos juntas es sensible a sus vecinos. Siente el andén a través del armazón del vagón y las ruedas del

armazón sobre los rieles y los rieles sobre sus durmientes sobre la piedra, y cuando doscientas personas se acuestan en un andén y se dan vuelta en sueños y se levantan de noche por agua y se vuelven a acostar, el agua del tanque se mueve con todo eso, poco y sin parar, como una olla de leche en una mesa donde la gente juega a las cartas.

Vinieron por los túneles. Todo el mundo en el mercado sabía del túnel sur, que respiraba. La gente del mercado siempre lo había sabido, como se sabe qué escalón de una escalera cruje; solo que antes no lo había necesitado. Para la décima noche las torres de arriba eran hornos. La oficina de guerra había puesto los ascensores en reposo por ola de calor en once torres del cuarto municipio, y la gente de los pisos altos había dejado de bajar del todo, y la gente de los pisos bajos dormía en las escaleras, y los vendedores del mercado, que vivían en los cuartos detrás de sus puestos, estaban acostados sobre sus mostradores en ropa interior con toallas mojadas en la cara. A la undécima campanada Ona subió por la rampa de carga y se paró arriba en el mercado y dijo en voz alta que el andén estaba más fresco y que había lugar, y luego volvió a bajar y puso el termo.

Bajaron con cobijas y niños y una jaula de pájaros. El afilador y su mujer. La mujer de la carretilla de melones, y su carretilla, que no quería dejar. Los dos hermanos del puesto de aparatos auditivos, que no se hablaban y se acostaron en extremos opuestos del andén. Una familia de la torre Lorne con una abuela sobre una puerta, cargada por cuatro hombres, uno en cada esquina. Tavi bajó con su madre, Rena, que salía de su turno, y Rena se acostó en la piedra junto a la escotilla del tanque con el brazo sobre los ojos y dijo que si alguien la despertaba antes de la sexta campanada lo iba a planchar.

Tavi no durmió. Se sentó junto al tanque con la espalda contra el costado del vagón y le habló al agua, bajito, para no despertar a Rena, y así es como tengo esto.

Dijo que el andén parecía un hospital en una obra de teatro. Dijo que los vendedores roncaban en tonos distintos y que si uno escuchaba podía armar un acorde. Dijo que Deren le había cedido su colchón a la abuela de la Lorne y dormía en su silla inclinada hacia atrás, y que Lio estaba sentado junto a Deren con las palmas abiertas sobre las rodillas, sin dormir tampoco, mirando la boca del túnel. Dijo que Kite estaba en el techo del vagón, boca arriba, con los dedos rígidos entrelazados detrás de la cabeza, y que las polillas se le posaban encima y él las dejaba.

Dijo que habían salido los grillos de cueva. Vivían en las grietas al pie de las paredes de la bóveda, pálidos y de patas largas, y no cantaban, pero saltaban, y cuando doscientos cuerpos tibios se acostaron sobre su piedra salieron a ver, y saltaban por encima de los que dormían a la luz de las lámparas por docenas, de modo que una niña se despertó y gritó que estaban lloviendo insectos, y su madre le dijo *calla, son pulgas de túnel, no pican*, lo cual era verdad, y la niña se volvió a acostar y los miró saltar, encantada, y no se durmió en una hora.

Y un poco después de la segunda campanada el túnel sur respiró.

Lo sentí antes que Tavi. Un frente cruzaba el puerto, y la presión cambió sobre el agua, y el cambio entró en los viejos túneles bajo la ciudad y empujó el aire de adentro hacia el norte, todo el largo de la oscuridad, y lo sacó por el extremo del Andén Once. Llegó como un suspiro largo y fresco que olía a piedra y a río y a hierro viejo, y bajó por el andén sobre doscientas personas dormidas, y todas lo sintieron, y un sonido bajó por el andén detrás

de él, un sonido que Tavi dijo que nunca iba a olvidar: doscientas personas diciendo *ab* dormidas, una tras otra, como una ola que corre a lo largo de una playa.

Las polillas se levantaron de Kite en una nube. Los grillos saltaron. La abuela de la Lorne dijo desde su puerta, con claridad: «Selawe. Mas gali di» y volvió a dormirse.

—En komo ke ru respira siuda nek —le dijo Tavi al tanque—. Des ke ma teni e aire todo dia nek.

Se quedó un rato con eso. Luego dijo lo que yo he guardado. Dijo: «Nul ten alyen tunel. E sola feni e. Resibi todo mera e mismo.» Nadie era dueño del túnel, quería decir. Solo respiraba, y a todos les tocaba lo mismo.

En la mañana el mercado volvió a subir por la rampa con sus cobijas y su jaula de pájaros y su abuela sobre una puerta, y la mujer de la carretilla de melones dejó un melón entero en la mesa de Ona sin decir una palabra, y el andén volvió a estar vacío para la sexta campanada salvo por el vagón y sus residentes y unas cáscaras de melón y patas de grillo regadas. Rena se despertó a la sexta campanada exacta y se fue a trabajar. Al tanque le faltaban cuarenta litros. Ruth dijo que se los había bebido el mercado, y Ona dijo que bien, y Ruth dijo que ya sabía que estaba bien, que solo lo decía.

*Cuarenta y ocho tramos*

Dos salas, la tarde en que se abrió la sala de enfriamiento, a trescientos kilómetros una de otra. Nadie en ninguna de las dos sabía de la otra. Yo tampoco lo sabía, entonces. Sentí agua en los dos lugares y no supe que pertenecían a una misma historia. Las junté después, como se juntan las dos mitades de un recibo roto, a partir de la gente que me lo contó.

La sala de Gotham la tengo de Rubén Awolowo, en su lavabo. La sala de Liberty la tengo de Grace Adebayo-Kim, que lavaba su taza en el fregadero de la sala de relojes cada tarde antes de cerrar con llave, y decía en voz alta las horas del día mientras corría el agua, porque según ella una hora que uno ha dicho es más difícil de olvidar que una hora que solo ha escrito. Hay pedazos de la madre de Sera junto a un grifo de agua potable, de Ezra en el puerto, y uno de la cocinera en su fregadero de ollas. Los he señalado.

* * *

Rubén me dio esto en el lavabo de la estación a la mañana siguiente. Pasó a la octava campanada y media del octavo día de la semana de registro, en la sala de enfriamiento del duodécimo nivel, con novecientas personas adentro.

Sonó un tono, y luego el texto que se desplazó por la pantalla de la sala de enfriamiento decía:

SE CONFIRMA ATAQUE DE GARDEN CONTRA EL ESCUDO ORIENTAL. LA OFICINA DE GUERRA HA DECLARADO ESTADO DE EMERGENCIA CÍVICA EN LOS MUNICIPIOS DEL ESTE. EL DESPACHO CIVIL QUEDA SUSPENDIDO Y SE TRANSFIERE AL MANDO. TODOS LOS GUARDIANES SE PRESENTAN EN LAS ESTACIONES DE DISTRITO. LOS RESIDENTES PERMANECEN EN SU LUGAR.

Luego el tono, otra vez, y el texto otra vez, y el tono.

Novecientas personas en la vieja piscina lo leyeron al mismo tiempo. Rubén me contó que el sonido que hizo la sala no fue un grito ni un alarido. Fue una especie de asentamiento, como cuando una multitud cambia de pie su peso toda junta. La gente buscó sus bolsas. La gente buscó a sus niños. El niño se despertó atravesado sobre las rodillas de Sera y preguntó qué era el ruido, y su abuela le dijo que era la pantalla, y él volvió a dormirse.

—*Permanezcan en su lugar*—dijo Hattie Fairweather desde la puerta, en voz alta, a la sala, y luego en Span—: «En nai di. Ru reti nai ler sitio. Nul ir alyen ler dumi nal sali.» Esto

somos nosotros, quiso decir; nos quedamos donde estamos; nadie se va a ninguna parte por las escaleras a oscuras. Y nadie se fue.

Sera se puso de pie. Acostó al niño en las baldosas junto a su madre y se enderezó el tabardo y se puso el casco. Su hermana, contó Rubén, le agarró la muñeca cuando se levantaba, la del sello, y se la sostuvo un momento, y la soltó. Rubén ya estaba en la puerta. Fueron a la estación de distrito del piso nueve, porque esa era la orden.

* * *

Esto me toca explicarlo a mí, y seré breve.

El escudo oriental, si usted no ha vivido en Gotham, es la línea de obras defensivas a lo largo de los accesos orientales: terraplenes, barreras, emplazamientos de artillería, puestos de escucha, una franja de tierra donde no vive nadie. El mando de carga de Garden tiene hileras de lanzadores estacionadas en sus patios al otro lado del agua, y la oficina de guerra de Gotham tiene las suyas, y cada pocos años uno de los dos dispara contra el otro, y cada pocos años el otro responde, y el estándar de emergencia heredado, que los tres Bastiones recibieron de una época en que cooperaban, lleva los mensajes que impiden que cada intercambio se convierta en algo más que un intercambio.

Un ataque contra el escudo es algo serio. En ellos muere gente. La guerra no es una farsa. Quiero que retenga eso, porque lo que viene después puede hacer que suene a una.

* * *

La madre de Sera me dio esto a la mañana siguiente en el grifo de agua potable del muro este de la sala, igual que le hablaba a su columna en casa, y Ezra me dio su mitad en la escalinata del puerto. Pasó entre la novena campanada y la décima de la octava noche, en la sala de enfriamiento, junto al muro este.

La pantalla pública sobre las puertas de la sala hizo lo que las pantallas públicas siempre hacían, porque nadie en la oficina de guerra le había dicho que parara. El borde rojo se quedó. Dentro del borde rojo, el tablero de la tarde seguía su horario. El texto de la emergencia cívica se desplazaba por arriba. El tablero de bajas corría por abajo en su franja pequeña y continua, con un encabezado nuevo, ESCUDO ORIENTAL, y todavía ningún nombre debajo. Y en el medio, donde iban los partidos regionales cada tarde, iban los partidos regionales:

PELOTA DE PARED. SEXTO MUNICIPIO 14, CUARTO MUNICIPIO 9. QUINTO MUNICIPIO 11, SEGUNDO MUNICIPIO 11 (TIEMPO EXTRA MAÑANA, SI LAS CONDICIONES LO PERMITEN).
 ESCUDO ORIENTAL ALCANZADO. EMERGENCIA CÍVICA EN VIGOR. SÉPTIMO MUNICIPIO 20, TERCER MUNICIPIO 6.

Ezra me contó que Oyelaran leyó los resultados en voz alta, por costumbre, y llegó hasta el nueve del cuarto municipio antes de oír lo que estaba leyendo y se detuvo. Wren dijo que el sexto había hecho trampa otra vez. Nadie se rio. Luego alguien sí, un hombre en la mesa de fichas junto al tercer desagüe, una sola carcajada seca, y luego media mesa de fichas se estaba riendo, sin poder parar, de los resultados que daban vueltas dentro del borde rojo

como un caballo al que nadie le había dicho que la carrera se había suspendido, y Hattie los dejó, porque decía que a una sala hay que dejarla hacer algo con las manos.

A la novena campanada la pantalla de Gotham debía haber pasado la repetición del programa cómico de esa semana. En su lugar mostró una imagen fija del escudo oriental al atardecer, con música, y las palabras NUESTRO ESCUDO, y luego el rostro de Ivers, vicemariscal, afable, durante tres minutos, diciendo que la oficina de guerra había confirmado un ataque de Garden y que los residentes debían permanecer en su lugar y confiar en sus Guardianes. La madre de Sera dijo que no escuchó lo que dijo Ivers. Dijo que miró la boca, que era una buena boca, y los ojos, que estaban en otra parte.

Entonces sacó el receptor pequeño del delantal. Le contó al grifo que esta vez ni siquiera se dio la vuelta. Encontró la banda que se colaba por encima del río de noche, y ahí estaba la versión de Garden, a su hora, porque a los locutores de Garden tampoco les habían dicho nada, o se lo habían dicho y no les importaba: la repetición del episodio de la sopa. La mujer de Garden subiendo la olla treinta tramos hasta la madre del hombre de Gotham. El hombre de Gotham sin dar las gracias.

—Don reti ai selawe —le dijo al grifo— ler sala serado, la seyo ri ma pran dei e nek, la pantaya nal kabesa de ai ri dera ke ma tira Garden nal mer nek, o pantaya nal falda de ai ri dera ke ma kari muyer de Garden sopa tri des sali para mama de Gotham nek, o nieto de ai ru suni nal baldosa, ri nul reti e nal papel de alyen nek. —La taza se llenó—. Nul ma novi ai nawi para kre. Don ma kre ai sopa.

Quería decir que había estado sentada ahí, en la sala cerrada, con el sello de Sera retirado, una pantalla sobre su cabeza diciendo que Garden les había disparado y una pantalla en su regazo diciendo que una mujer de Garden había subido sopa treinta tramos para una madre de Gotham, y su nieto dormido en las baldosas, sin figurar en el papel de nadie. No había sabido a cuál creerle. Así que le creyó a la sopa.

Ezra dijo que la vio mirarlo. Dijo que la cocinera, a su lado, también lo miró, por encima del hombro de su madre, por primera vez, sin fingir que no lo veía.

* * *

Rubén me dio esto en su lavabo a la mañana siguiente. Pasó entre la décima campanada de la octava noche y la segunda campanada después de la medianoche, en la estación del piso nueve.

Dijo que las cuarenta y una llamadas de la cola se quedaron ahí hasta la undécima campanada, porque el despacho de mando no había liberado ninguna, y los Guardianes de la estación se sentaron a ver crecer la cola, y se escribieron nombres en los brazos. Eran seis en el turno: Rubén, Okwuosa, una Guardiana joven llamada Imani Soto que había salido de cadetes dos años antes, y otros tres, y Sera, que ya no era nada. La cola llegó a cincuenta. A sesenta. Cada llamada aparecía en el tablero con un piso y una torre y una palabra: CAÍDA. RESPIRACIÓN. PUERTA. NIÑO. CALOR. CALOR. CALOR. Imani las leyó en voz alta al principio y luego dejó de hacerlo, y Okwuosa le dijo que estaba bien dejar de hacerlo.

Dijo que en algún momento después de la décima campanada Sera empezó a atender ella misma las llamadas, en la línea pública de la estación, como lo haría una empleada de ventanilla. Nadie se lo mandó. Nadie se lo prohibió. No podía despachar a nadie. Podía

decirle a cada persona que llamaba la verdad: que la llamada quedaba registrada, que ninguna cuadrilla podía aceptarla bajo el despacho de mando, que si podían llegar a la sala del duodécimo nivel ahí había agua y hielo y un camillero. Rubén dijo que mucha gente fue a la sala.

Dijo: «Ma feni e todo ler Span. Kada yamada. Direksion, den tama, den fuente. *Nul ma akseta ekipo, lo ai, lini de estasion, ru dera ai e, dek.* Ren o ren. Kar sen yamada, kisas. Kada an la fuente.»

Quería decir que ella atendió cada llamada en Span, igual cada vez: la dirección, luego el problema, luego la fuente, y la fuente siempre era ella. Ninguna cuadrilla aceptada, de mi parte, la línea de la estación, se lo estoy diciendo. Una y otra vez, quizá cuatrocientas llamadas, y cada una de ellas llevaba su nombre.

Dijo que se enteró después de que la línea de admisión de la oficina de guerra había seguido abierta toda la noche, recibiendo llamadas nuevas de los residentes y diciéndole a cada uno que su llamada había sido recibida. No les había dicho que ninguna cuadrilla podía aceptarla. Entre llamada y llamada ponía una voz grabada, dijo, una voz de mujer, muy tranquila, que decía: *Su seguridad es nuestra prioridad. Por favor, permanezca en su lugar. Se está coordinando la ayuda.* Dijo que un hombre que logró comunicarse con la línea de la estación después de una hora en la línea de admisión le preguntó a Sera si ella era la mujer de la grabación, y ella dijo que no, y el hombre dijo que qué bueno, y se echó a llorar.

* * *

Rubén me dio esto en su lavabo a la mañana siguiente, y fue la parte que contó primero, antes que todo lo demás, con la cara todavía en el agua, de modo que sentí las palabras mientras las decía. Pasó entre la undécima campanada de la octava noche y la medianoche, en el piso cuarenta y seis de la torre Harrow.

A la undécima campanada alguien en la oficina cívica liberó doce llamadas, sin explicación. El tablero pasó doce líneas de rojo a ámbar. Okwuosa las repartió entre el turno. Rubén e Imani tomaron tres en la parte alta de la Harrow.

El ascensor de la Harrow seguía parado en el cuarenta. Subieron por las escaleras. Rubén dijo que el cubo de la escalera funcionaba con sus franjas de emergencia, verdes en cada rellano, y que las ventanas de la escalera daban a una ciudad que él nunca había visto: las torres a oscuras salvo por lámparas de mano que se movían detrás del vidrio, apartamento por apartamento, gente que permanecía en su lugar, y a lo lejos, al este, sobre los accesos, una luz pálida en la parte de abajo de la bruma que iba y venía y no hacía ningún ruido a esa distancia. El calor en la escalera por encima del piso treinta era el calor de un horno cerrado. Imani vomitó en el rellano del treinta y ocho y se limpió la boca y siguió subiendo. Rubén le contó los rellanos en voz alta, en Span, primero el movimiento, *arriba, treinta y nueve, nosotros*, como se haría por alguien a quien se va cargando.

La primera llamada era una puerta en el cuarenta y tres que se había atascado con el calor con un niño adentro. El padre del niño la había abierto con la pata de una mesa antes de que llegaran. Revisaron al niño y siguieron.

La segunda llamada era en el cuarenta y seis. RESPIRACIÓN. Había entrado a la novena campanada y cuarto.

Un hombre abrió la puerta. Tenía unos setenta años, camiseta sin mangas, los lentes de leer subidos sobre la cabeza. Rubén dijo que miró sus tabardos y dijo «Ah» como si hubieran llegado temprano a algo, y se hizo a un lado para dejarlos entrar.

Su esposa estaba en la cama junto a la ventana. Le había puesto una sábana encima. Le había dejado la mano fuera de la sábana, y él volvió y se sentó en el borde de la cama y se la tomó, mientras Rubén hacía lo que hace un Guardián, que es revisar, aunque no había nada que revisar. Llevaba muerta más de una hora. El corazón, dijo el hombre. Ella tenía problemas del corazón. Tenía pastillas para eso. Las pastillas eran para cuando el calor estaba fuerte, y el calor estaba fuerte, y ella se las había tomado, y a la novena campanada había empezado a respirar de la manera por la que la clínica les había dicho que llamaran, y él había llamado. Había llamado a la línea del distrito y le salió la grabación. Volvió a llamar y le salió la grabación. La tercera vez contestó una persona, una mujer, y le dijo que su llamada quedaba registrada y que ninguna cuadrilla podía aceptarla bajo el despacho de mando, y que lo sentía. Ella había dado su propio nombre como fuente. Él le dijo a Rubén el nombre. Era el de Sera.

—Ma en e tan bondadosa —dijo el hombre—. Ma reti e nal lini. —Ella había sido muy amable, dijo. Se había quedado en la línea.

A la décima campanada su esposa dejó de respirar de la manera por la que decían que había que llamar, y luego dejó de respirar. Él le puso la sábana encima a la décima campanada y media. Luego se sentó a esperar, porque la llamada quedaba registrada.

Rubén dijo que Imani salió al rellano y él la oyó llorar allá afuera, en voz baja, y la dejó.

Hay un formulario. Siempre hay un formulario. Durante una emergencia cívica, cada muerte que atiende un Guardián se registra en un parte de incidente de emergencia cívica, y el parte va a la oficina cívica de la oficina de guerra, y la oficina lo suma a los totales de la emergencia. Rubén llevaba los partes en su morral. En el lavabo me leyó la sección que importaba, de la copia en blanco que todavía tenía en el bolsillo a la mañana siguiente, palabra por palabra.

PARTE DE INCIDENTE DE EMERGENCIA CÍVICA. SECCIÓN 4. CIRCUNSTANCIA DE LA MUERTE (MARQUE UNA). () Acción enemiga. () Asociada a la emergencia. (Use cuando la muerte ocurra durante una emergencia declarada en circunstancias en que la emergencia pueda haber influido.) () Causas naturales, no relacionadas con la emergencia. () Otra (especifique). NOTA: Las muertes registradas como asociadas a la emergencia se suman al total de bajas civiles de la emergencia y dan derecho al hogar a recibir el subsidio de duelo por emergencia una vez aceptado el registro.

Dijo que estuvo sentado mucho rato a la mesa de la cocina del hombre con el parte y un bolígrafo. Dijo que *asociada a la emergencia* la pondría en el tablero de bajas bajo ESCUDO ORIENTAL, junto a los nombres de la gente de los accesos, y le pagaría al hombre un subsidio, y le diría a todo el que lo leyera que Garden la había matado. Dijo que *causas naturales* le diría a todo el que lo leyera que nadie la había matado. Marcó *otra*, y escribió en el espacio: *asistencia solicitada a la novena campanada y cuarto, ninguna cuadrilla acep-*

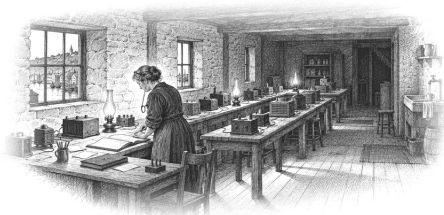
tada bajo el despacho de mando, atendida a la undécima campanada y tres cuartos. Se lo mostró al hombre antes de firmarlo. El hombre lo leyó con los lentes bajados y dijo «Sel di ka?», ¿eso está permitido?, y Rubén dijo que no lo sabía, y el hombre dijo «Don pon e», queriendo decir que entonces lo pusiera.

—Vo kambia dei e —me dijo Rubén en el lavabo—. Deska. Vo marka dei kasiya para ai o vo tasha dei tama de ai, o vo reti e ler mano de dei, o vo en ai mal. —Metió la cara en el agua y la sacó—. Nul vo resibi e ayuda. Ma koste ai e ayuda. Mor ma peni ai e primero tama ri ma meli e nek. Nul ma peni ai e. Ma peni ai e sike sel ai i pon berda nek, o ma dera e ye, kase en e tipo de mera ri dera ye ler di nek, o vo koste e e.

Quería decir que la oficina iba a cambiar el parte: iban a marcar una casilla en su lugar y tachar lo que él escribió, y el parte iba a quedar con la letra de ellos, y él iba a resultar equivocado. El hombre no iba a recibir el subsidio, y era Rubén quien se lo había costado. Debí preguntarle primero al hombre qué quería. Solo le preguntó si podía poner la verdad, y el hombre era de los que a eso dicen que sí, y le iba a costar.

Escribió el nombre de ella en su brazo, debajo de los otros. Me dijo el nombre. Lo tengo. Me pidió que lo guardara. No me pidió que se lo diera a nadie, y por eso no lo haré.

Hicieron la tercera llamada en el cuarenta y ocho, una caída, un viejo en el piso de su cocina que estaba ahí desde la octava campanada y estaba vivo y furioso y quería saber quién le iba a pagar la jarra rota, y lo bajaron a la sala en un acarreo en silla, cuarenta y ocho tramos, con Imani adelante contando, y él se quejó todo el camino, y Rubén dijo que fue lo mejor que le pasó esa noche.



Un encogimiento de hombros con punto decimal

Rubén me dio esto en su lavabo a la mañana siguiente, la última parte de lo que contó. Pasó a la segunda campanada después de la medianoche del noveno día, en la estación.

Cuando volvió a bajar, Sera seguía en la línea pública. Tenía al lado una taza de té del termo de la estación, ya fría, con una película encima. Llevaba cuatro horas en la línea. Rubén dijo que la voz se le había puesto ronca y muy pareja, y que con la mano derecha se sostenía el aparato detrás de la oreja como si se le fuera a caer, y él entendió, mirándola, que llevaba cuatro horas escuchando a través de él sin descanso y que le dolía.

No le contó lo del cuarenta y seis. No entonces. Le preparó una taza de té recién hecho y la dejó junto a la fría, y le quitó con cuidado el teléfono de la mano, y dijo en él: *Ninguna cuadrilla aceptada, de mi parte, Rubén Awolowo, la línea de la estación, se lo digo yo*, y atendió él mismo la siguiente llamada.

Sera se sacó el aparato. Lo sostuvo en la palma y lo miró, y luego lo dejó en el tablero de guardia y apoyó la cabeza en los brazos cruzados junto a él, y se quedó así. Rubén dijo que atendió llamadas durante una hora con una mano y con la otra escribió en el reverso de un parte de incidente en blanco, en letras grandes, para que ella lo leyera cuando levantara la cabeza: *TÓMATE EL TÉ*. Ella levantó la cabeza. Lo leyó. Se tomó el té.

Debajo escribió: *46. Te lo cuento mañana.*

Ella también leyó eso. Él dijo que ella lo miró y volvió a ponerse el aparato, y dijo: «Dera ai nu» queriendo decir cuéntamelo ahora, y él se lo contó, y ella lo escuchó todo, y al final dijo: «Ma dona ai e neme de ai» queriendo decir que le había dado su propio nombre al hombre del cuarenta y seis, y él dijo: «Novi ai» que lo sabía, y ella dijo: «Gali» y volvió a la línea.

Él dijo: «Nene ro feni e di. Ro pale e komo ofisina de wor. Nul ma feni alyen nada, tama sola ma pasa. Nori, ma pon e e ler kada lini.» Sera jamás había hablado así, estaba diciendo. Antes hablaba como la oficina de guerra, donde nadie hacía nada y las cosas solo pasaban. Esa noche se puso ella misma en cada línea.

No sé qué significa eso para Sera. Rubén pensaba que significaba algo. Lo he guardado porque él lo pensaba.

* * *

La cocinera me dio esto en su fregadero de ollas la noche del noveno día. Pasó a la sexta campanada de la mañana del noveno día, en la estación del piso nueve, cuando la noche había terminado y lo demás no.

Había salido de la sala a la quinta campanada, cuando la línea de nebulización estaba funcionando y su madre y el niño dormían contra la pared este, y había subido cuarenta y un tramos a oscuras hasta la cocina, y había hecho gachas de arroz en la olla grande con jengibre y lo último del cebollín del huerto de la azotea. Dijo que no lo decidió. Dijo que sus manos empezaron a hacerlo. Luego bajó la olla treinta y dos tramos hasta el piso nueve con un trapo alrededor de las asas, y entró en la estación.

—Ma reti e nal lini —le dijo la cocinera al agua del enjuague—. Ma reti e nal e todo norawe. Ma kapa tu i yeni e ler e nek. Nul ma leva e ili. —El grifo corría sobre la olla de las gachas, que ahora estaba vacía y lo estaba desde la séptima campanada. «Ma leva Guardian la braso ili. Rubén. Ma mira e ai komo ke ma en ai primero tama ri ma pasa ler norawe ri nul en e yamada nek nek.» Sera nunca levantó la vista de la línea, quiso decir. Rubén sí, y miró a la cocinera como si fuera lo primero en toda la noche que no era una llamada.

Dijo que puso la olla en el tablero de guardia junto a la caja fuerte y le quitó la tapa, y la estación olió a jengibre, y Okwuosa dijo una palabra en un idioma que la cocinera no conocía y se levantó y encontró tazones. El turno comió de pie. Imani Soto se comió tres tazones y lloró en el tercero y se lo comió de todos modos. Rubén se comió uno y después escribió algo en su brazo, dijo la cocinera, cosa que a ella le pareció rara, porque no creía que las gachas fueran el nombre de nadie.

—Nul ma maku e —dijo la cocinera—. Ma pon ai bol la mani de e. Nul ma mira e ai. Ma pale e kon alyen nal piso kar des kar de Lorne, ru dera e sitio de sala. —La cocinera fregaba sin nada que fregar. «Ma reti ai selawe. Ma pensa ai, kapa ai i pran telefono lo e nek. Kapa ai i dera e ke ir o suni nek. O den ma pensa ai, en estasion de e. En lini de e. Nul vel desha ai e i reti ler kosina de ai o dera ai ke ir o suni nek.» El agua corría. «Don ma lesi ai olla.» Había pensado en quitarle el teléfono a Sera y mandarla a la cama, quiso decir, y luego pensó que era la estación de Sera y la línea de Sera, y que ella nunca dejaría que nadie le hiciera eso en su propia cocina. Así que dejó la olla.

Sentí que sus manos se detenían en el fregadero.

—Ler pavi ma mira ai detras —dijo—. Ru maku e. La telefono nal ombro. Lo bol ri ma lesi ai e nek. Nul ru mira. Desde la puerta había visto a Sera comiendo del tazón, con el teléfono en el hombro, sin mirarlo. Cerró el grifo. «En e di. En todo e di. Vo maku e e se nul mira tu.» Esa era Sera, quiso decir la cocinera, toda ella: comería si nadie la miraba hacerlo.

* * *

Grace Adebayo-Kim me dio esto en el fregadero de la sala de relojes esa noche, y la siguiente, y muchas noches después. Pasó el octavo día de la semana de registro de Gotham, aunque Grace no sabía que era el octavo día de nadie, en una sala de relojes pública del distrito portuario de Liberty.

Una sala de relojes pública en Liberty no es grande. Aquella donde trabajaba Grace estaba en el segundo piso de un molino reconvertido en la tierra baja de la federación portuaria, encima de una panadería, lo que significaba que la sala olía a levadura desde la cuarta campanada hasta el mediodía y a piedra tibia el resto del día. La panadera, Halina Kowalczyk, encendía sus hornos a la tercera campanada después de la medianoche y apartaba una hogaza para Grace todas las mañanas, envuelta en papel con la hora escrita a lápiz, porque decía que una encargada de la sala de relojes debía saber exactamente cuán viejo estaba su pan. Bajo el molino todavía corría el viejo cauce, un canal de agua de río alimentado por el puerto, abierto en la piedra para mover una rueda que había desaparecido hacía tres siglos, y corría rápido y pardo y fresco bajo las tablas del piso todo el verano, y había anguilas en él. Conozco ese cauce. Siento las anguilas en él, largas y musculosas contra la corriente, echadas en las grietas de la piedra de día y moviéndose de noche. Grace no podía verlas. Sabía que estaban ahí porque el muchacho de la panadería las pescaba desde el escalón de carga con un alfiler doblado y nunca atrapaba ninguna.

Había tres mesas largas. Sobre las mesas estaban los relojes: no relojes de pared, sino receptores, cada uno tomando una señal horaria de un sistema distinto. Uno tomaba la hora cívica propia de la federación portuaria. Uno tomaba la marca de tiempo que llevaba el estándar de emergencia heredado, el viejo canal compartido que los mandos de los tres Bastiones todavía usaban para hablar entre sí. Uno tomaba la hora que llevaba el relé de largo alcance de la Unión, cuando el relé funcionaba. Había otros para los mareógrafos y los registros de la clínica y las señales del ferrocarril, pero esos eran los tres que importaban en una disputa.

Los tres nunca coincidían exactamente. Las señales viajan. Los receptores se desvían. Cada sala de relojes llevaba un libro de desfases: qué receptor se adelantaba, cuál se atrasaba, por cuánto, desde cuándo. Cuando una familia venía a demostrar que algo había pasado a cierta hora, la sala de relojes no le decía la hora. Le decía lo que había registrado cada receptor, y cuáles eran los desfases, y cuál era la hora conciliada, con el cálculo escrito, para que la familia pudiera llevarlo a una ventanilla de correcciones y cualquiera pudiera comprobarlo.

Esto es de lo que Liberty está más orgullosa, y aquello por lo que todos los demás en el corredor se burlan de ella. Las emisiones de Gotham lo llaman teatro de escala no verificado. Las de Garden lo llaman un comité haciendo aritmética. La gente a la que una sala de relojes ha salvado no lo llama de ninguna manera. Simplemente vuelven, cuando lo necesitan.

Grace tenía cincuenta y seis años. Llevaba veintidós años como encargada de la sala de relojes y antes había sido maestra de aritmética en una escuela del puerto, hasta que el atraso de correcciones de la escuela se tragó su contrato. Llevaba los lentes de leer en la cabeza y un segundo par colgado de un cordón, y perdía los dos, a diario. Tenía una risa que, según el muchacho de la panadería, se oía a través del piso. Decía las horas en voz alta en el frega-

dero porque su madre había rezado en voz alta en un fregadero, y ella había conservado la costumbre y cambiado las palabras.

* * *

Grace me dio esto en el fregadero esa noche, paso por paso, las horas una tras otra. Pasó por la tarde del mismo día, en la sala de relojes.

Esa tarde llegó una familia: una madre, un padre y una tía, con un papel de un puesto de control de Liberty. A su hijo lo habían parado en el puesto de control de la carretera del puerto la noche anterior y lo habían retenido para interrogarlo y luego lo habían liberado. El papel del puesto de control decía que lo habían liberado a la décima campanada y once minutos, lo que era después del toque de queda del puerto. Una liberación después del toque de queda significaba una infracción del toque de queda en su expediente. Una infracción del toque de queda en su expediente significaba que perdía su lugar en la lista de aprendices del puerto.

Grace me leyó el papel en el fregadero. Dijo que era un buen ejemplo del formulario. Decía:

CONSTANCIA DE LIBERACIÓN. Sujeto liberado a las 10:11 sin cargos. La liberación sin cargos no constituye una declaración de inocencia. Los movimientos del sujeto después de la liberación son responsabilidad del sujeto. El toque de queda comienza a las 10:00.

La familia dijo que lo habían liberado antes del toque de queda. El hijo dijo que lo habían liberado antes del toque de queda. El hijo, me dijo Grace, estaba en casa cenando y no le importaba.

Grace tomó el papel y fue a las mesas. El reloj del puesto de control tomaba su hora de la señal cívica de la federación portuaria. Sacó el registro del receptor cívico de la noche anterior y encontró la entrada de liberación del puesto: décima campanada y once minutos. Sacó el registro del receptor del estándar de emergencia y encontró el mensaje de estado rutinario del mismo puesto, enviado cada hora por el canal compartido para que los mandos de los otros Bastiones supieran que el puesto estaba atendido: décima campanada en punto. Sacó el registro del relé: el relé había estado caído.

—Den siri na akoda, des an minutu —dijo el padre.

—Siri na akoda, des an minutu —dijo Grace—. Nu nami ve buska enu.

Le llevó el resto de la tarde. Había muchísimas horas en el cálculo, y no se las voy a dar todas. Lo que encontró fue que el receptor cívico se había estado adelantando desde un corte de energía tres semanas antes, once minutos y algunos segundos, y nadie había anotado el nuevo desfase en el libro, porque el empleado a quien le tocaba hacerlo había estado enfermo. El receptor del estándar de emergencia estaba bien. Al hijo lo habían liberado a la décima campanada en punto, antes del toque de queda.

Escribió el cálculo. Lo firmó. Se lo dio a la familia, y ellos lo llevaron abajo a la ventanilla de correcciones, y la ventanilla de correcciones lo aceptó dentro del plazo, y el hijo conservó su lugar en la lista de aprendices, y nunca supo lo cerca que había estado.

La tía, dijo Grace, volvió a subir las escaleras sola diez minutos después y dejó una bolsa de papel en la esquina de la primera mesa sin decir palabra y volvió a bajar. Tenía cuatro de los bollos de almendra de Halina, todavía calientes. Grace se comió dos de una vez de pie, y le dio vergüenza, y se comió el tercero.

Grace anotó el nuevo desfase en el libro. Me dijo que estaba molesta consigo misma por no haberlo detectado antes.

* * *

Grace me dio esto en el fregadero esa noche, tres veces, con el agua corriendo sobre su taza. Pasó después de la octava campanada de esa misma noche, en la sala de relojes.

Cuando Grace anotó el nuevo desfase del receptor cívico, hizo lo que hace todo encargado cuidadoso de una sala de relojes después de corregir una desviación: repasó todo lo que el reloj desviado había cronometrado en las últimas tres semanas y comprobó si alguna otra entrada necesitaba corrección. La mayoría no importaba. Algunas fueron a una lista para la ventanilla de correcciones.

Luego, porque la sala estaba tranquila y ella era minuciosa, cotejó el tráfico reciente del receptor del estándar de emergencia con el tráfico reciente del receptor cívico, en la nueva alineación corregida, para asegurarse de que ahora coincidían.

Coincidían. Salvo por un par de entradas, de esa misma noche.

La primera entrada estaba en el receptor cívico, que también registraba las emisiones públicas de los otros Bastiones tal como se recibían en Liberty, porque la revisión de guerra quería que se les tomara la hora. Era el anuncio público de Gotham: CONFIRMADO ATAQUE DE GARDEN CONTRA EL ESCUDO ORIENTAL. Recibido en Liberty a la octava campanada y veintiocho minutos, según el reloj cívico corregido.

La segunda entrada estaba en el receptor del estándar de emergencia. Era un mensaje del mando de Gotham, por el viejo canal compartido, al mando de Garden y al de Liberty: un informe de contacto no confirmado, escudo oriental, posible entrante, fuente no verificada, se solicita ventana de repliegue. Recibido en Liberty a la octava campanada y treinta y nueve minutos.

Grace me dijo que leyó las dos entradas cuatro veces. Me las dijo en voz alta en el fregadero esa noche, tres veces cada una.

—Anunsiu, ok bi des ok. Mi se. Kontatu notisia, ok tiri des nen. Lo. Des an minutu.

Luego dijo: «Des an minutu ren» y se rio, porque no se fiaba de un número que aparecía dos veces en un mismo día. Dijo que un encargado de sala de relojes que cree en una coincidencia es un encargado de sala de relojes que ha dejado de comprobar. Así que comprobó. Comprobó el desfase del receptor del estándar de emergencia: no se había desviado. Volvió a comprobar el nuevo desfase del receptor cívico: era el desfase que había demostrado esa tarde, con el hijo de la familia. Buscó una ruta de relé que pudiera haber retrasado el informe de contacto: no había ninguna, porque el estándar de emergencia corre por sus propias líneas viejas, lo único en el corredor que nunca se le ha permitido romper a nadie.

Comprobó todo lo que sabía comprobar. El orden no cambió.

La oficina de guerra de Gotham había anunciado que un ataque de Garden contra su escudo estaba confirmado once minutos antes de que su propio mando enviara el informe de que tal vez hubiera habido siquiera un contacto.

Abajo, la radio de Halina estaba sintonizada en la emisora del puerto de Liberty, como siempre, y Grace podía oírla a través del piso mientras comprobaba. A la novena campanada la emisora del puerto leyó el anuncio de Gotham con sus propias palabras, que Grace escribió en el reverso de su cálculo porque dijo que quería un registro de lo que Liberty decía mientras no sabía: *Gotham informa de un ataque contra su escudo oriental, no verificado. Los modelos de bajas de la revisión de guerra proyectan entre cuatro y cuarenta pérdidas en los accesos. Liberty mantiene la calma. Se recuerda a los residentes de la tierra baja que las bombas de inundación de la calle Pier siguen en revisión.* Luego puso un vals.

—Kat i kat des mezu le —dijo Grace en el fregadero—. Sa modelu na es. Sa desimal punto la ombu lebanta es. De cuatro a cuarenta, quiso decir, no era un modelo. Era un encogimiento de hombros con punto decimal.

* * *

Una carta de Garden llegó al Andén Once en la segunda semana del calor, y Tavi se la leyó al tanque, entera, porque Ona la había leído en voz alta en su mesa con su voz de documentos y él quería oír cómo sonaba dicha a algo que no podía ofenderse.

Estaba en papel del mando de carga de Garden, grueso y verde pálido, con el sello del mando estampado en la esquina superior y una firma al pie en tinta marrón. Había llegado por el correo neutral del intercambiador, sellada por los empleados de Liberty en el camino, *RECIBIDO, NO LEÍDO*, que Liberty sellaba en todo lo que llevaba para los otros dos y que era lo más gracioso del corredor, dijo Ona, porque todo el mundo sabía que Liberty lo leía todo.

La tengo de Tavi exactamente, porque la leyó despacio, con las pausas que Ona había puesto.

MANDO DE CARGA DE GARDEN. OFICINA DE LA MARISCALÍA DE CARGA.

A los ocupantes del material rodante designado 404, actualmente estacionado en el Andén Once (en desuso), Gotham.

AVISO DE INTERÉS CONTINUADO.

La Mariscalía de Carga hace constar que el material rodante 404, un vagón de suministro múltiple del modelo anterior a la división, permanece en un estado que podría permitir su regreso al servicio del corredor, y que su equipo de continuidad, de ser restaurado, tendría un valor material para la red de carga de las tres entidades políticas.

La Mariscalía de Carga desea asegurar a los ocupantes que el mando de carga de Garden no tiene en este momento intención alguna de perturbar su residencia.

La Mariscalía de Carga hace constar que el mando de carga de Garden posee los únicos registros de mantenimiento sobrevivientes del material rodante de este modelo, y que ninguna restauración de su equipo de continuidad podría llevarse a cabo legalmente sin referencia a dichos registros.

La Mariscalía de Carga hace constar que la residencia de los ocupantes no está reconocida por ningún registro de distrito de Gotham, y que el material rodante sin custodio registrado queda, según los protocolos de intercambio del pacto anterior a la división, en fideicomiso para la red en su conjunto.

La Mariscalía de Carga invita a los ocupantes a ponerse en contacto con la Oficina cuando les resulte conveniente para tratar los arreglos relativos al cuidado a largo plazo del vagón.

El mando de carga de Garden les agradece su custodia.

S. Danner, Mariscal de Carga

—*Les agradece su custodia* —le dijo Tavi al agua, con la voz de Ona, y luego con la suya, en Span—. Medi di ke kre dei ke en de dei e, o ru kuida mer e nek. Garden creía que el vagón era suyo, quiso decir, y que la casa solo lo estaba cuidando.

Dijo que la casa había discutido sobre ella en la mesa durante una hora. Lio había dicho que era una amenaza. Deren había dicho que era una oferta. Ona había dicho que era ambas cosas y que en eso consistía todo el arte de una carta así, y que podría haberla escrito ella misma dormida y le habría dado vergüenza. Ruth la había leído dos veces sin decir palabra y luego la había puesto boca abajo debajo del termo del té, donde la casa guardaba las cosas sobre las que no había decidido, y dijo: «Nul doni mer e. En relacion doni. Meli dei relation.» No iban a contestarla, quiso decir: una respuesta era una relación, y una relación era lo que Garden quería.

Kite había estado en el techo todo el tiempo. Cuando terminó la conversación bajó por la escalerilla de la cabina trasera y fue a la vieja caja con cerradura atornillada dentro de la cabina trasera, la que tenía el ojo de cerradura y la fila de lengüetas de latón gastadas que nadie había abierto nunca, y se quedó de pie frente a ella con los dedos rígidos moviéndose en el aire a poca distancia de las lengüetas, sin tocarlas, tamborileando un patrón. Tavi lo vio por la ventana de la cabina. No se lo contó a la casa. Se lo contó al tanque.

—E feni e kuando ru preokupa e nek —dijo Tavi—. Toke. E dera ke en sava ri ro feni nana de e nek nek. Nul abri e nada. Kite tamborileaba cuando estaba preocupado, quiso decir Tavi; Kite decía que su abuela solía hacerlo; no servía para abrir nada.

Entonces yo no sabía cuál era el patrón. Todavía no lo sé. Se lo cuento aquí porque la Mariscalía de Carga escribió *ninguna restauración podría llevarse a cabo legalmente sin referencia a dichos registros*, y la Mariscalía de Carga se equivocaba, y la razón estaba de pie en la cabina trasera del vagón al que iba dirigida la carta, tamborileando en el aire.

La carta se quedó debajo del termo. Seguía ahí, me contó Ona más tarde, el día que el vagón se fue.

*Arriba es un cajón*

Decir esto me corresponde, y Grace lo diría con más exactitud.

Quiero tener cuidado aquí, porque Grace tuvo cuidado, y porque otros no lo han tenido.

Lo que Grace encontró no demostraba que no hubiera habido un ataque. No demostraba quién disparó, ni si alguien disparó, ni qué golpeó el escudo, ni si murió gente allí esa noche. Sí murió gente en los accesos orientales esa semana. Sus nombres subieron a los tableros de bajas. Algunas de las familias me dijeron sus nombres junto al agua, y los tengo, y no me corresponde dárteles aquí.

Lo que Grace encontró demostraba una sola cosa: la palabra *confirmado* salió antes que el informe que decía confirmar. Es una cosa pequeña. Es exactamente la clase de cosa pequeña que las salas de relojes de Liberty existen para encontrar, y que el resto del corredor llama teatro.

Ella no sabía nada de la sala de enfriamiento. No sabía que había una Guardiana en Gotham llamada Sera, ni un sello, ni un registro que decía que el sello había abierto una puerta a la segunda campanada. No sabía que en Gotham, en una estación del noveno piso de una torre de distrito, la palabra *confirmado* acababa de usarse para convertir una tarde de agua helada en una brecha durante un ataque enemigo. No sabía de un hombre en el piso cuarenta y seis con una hoja y un formulario.

Yo tampoco lo sabía.

* * *

Esto es mío: lo que sentí aquella tarde, en dos lugares a la vez, sin saber que eran uno.

En Gotham, el agua de la sala del duodécimo nivel corrió toda la noche. Los grifos de agua potable, la línea de nebulización, la tina de hielo. Nadie los cerró. Novecientas personas se quedaron en su sitio. En el noveno piso de la Harrow un lavabo de acero estuvo seco desde la décima campanada hasta la sexta, porque nadie en la estación tuvo tiempo de lavarse la cara.

En Liberty, un solo grifo corrió en el fregadero de una sala de relojes sobre una taza esmaltada durante mucho tiempo, mucho más de lo que se tarda en lavar una taza, y una mujer dijo dos horas en voz alta, una y otra vez, como la gente dice algo que no quiere perder.

Grace me contó que cuando cerró el grifo tomó una papeleta del montón que estaba junto al libro de desfases y escribió en ella las dos horas, y los receptores de los que venían, y los desfases, y la firmó, y se la guardó en el bolsillo del abrigo en lugar de ponerla en el archivo del día.

Me contó que la revisión de guerra tenía una instrucción permanente para cualquier entrada que tocara los anuncios militares de los otros Bastiones: archivarla arriba, el mismo día, sellada. Me contó que conocía la instrucción. Dijo que quería una noche con ella primero.

—Si korekson es —dijo junto al fregadero—. Korekson meza le si reta dut. Sima korekson meza na es. Sima gabeta es. Era una corrección, quiso decir, y una corrección tenía que quedarse en la ventanilla de correcciones. Arriba no era una ventanilla de correcciones. Arriba era un cajón.

Luego, me contó, cerró con llave la sala de relojes y se fue a casa.

* * *

Grace me dio esto junto al fregadero la tarde siguiente, cuando tenía otras cosas que decir y dijo esto primero. Pasó entre la novena campanada y la undécima de esa misma noche, en el camino desde el distrito del puerto hasta la puerta de la casa de huéspedes de Ines Castellano en el distrito de los molinos.

La niebla había entrado desde el puerto mientras ella revisaba, como pasa en las noches de verano cuando el agua está más tibia que el aire sobre la tierra baja, y cuando bajó la escalera del molino la calle había desaparecido en ella. Las farolas eran manchas amarillas. La sirena de niebla del acceso al puerto sonaba, una nota larga y grave cada medio minuto, y Casimir Oduya esperaba bajo la farola de la panadería con el cuello del abrigo levantado.

Él atendía la sirena de niebla. La había atendido durante dieciocho años, y ajustaba su registro de señales por la sala de relojes de Grace, y en las noches de niebla, cuando su relevo entraba a la novena campanada, subía caminando desde el acceso hasta el molino y esperaba bajo la farola, y volvían a casa caminando juntos, porque vivían a cuatro calles el uno del otro y le quedaba de camino, lo cual no era cierto. Grace me contó que llevaban once años haciéndolo. Me contó que ninguno de los dos le había puesto nunca un nombre. Me contó que el muchacho de la panadería decía que era un cortejo y que ella lo había amenazado con ajustarle una hora el acta de nacimiento.

Fueron por el camino largo, por la orilla del puerto, porque la niebla era hermosa y ninguno de los dos lo dijo. En la pasarela sobre el parque inundable la marea había subido sobre los prados bajos, y el agua yacía plana y negra y plateada bajo las farolas, y más allá del parque, en el viejo embarcadero del ferry que nadie usaba, las focas habían salido del agua. Grace dijo que había once. Las contó. Estaban tendidas sobre los tablones mojados a la luz de las farolas, amontonadas, grises y pardas y moteadas, respirando, y una de ellas levantó la cabeza ante la sirena de niebla y le respondió, un gemido largo y grave casi en la misma nota, y otra le respondió a esa. Dijo que Casimir le contó que hacían eso todas las noches de niebla. Él dijo que llevaban dieciocho años respondiendo a su señal y que nunca había decidido si se estaban burlando de él.

Conozco esas focas. Entran con la pleamar y se tienden en el embarcadero y se deslizan de él al puerto cuando tienen demasiado calor, y las siento entrar, pesadas y rápidas, y salir a la superficie respirando. Esa noche se quedaron en los tablones. El puerto estaba tibio. Llevaba semanas tibio.

Grace dijo que se quedó junto a la baranda con la papeleta en el bolsillo del abrigo y la mano encima, y Casimir le preguntó qué le pasaba. Ella dijo: «Mi-n tama na es. Inda na.» No le correspondía hablar de eso, quiso decir, todavía no. Él no volvió a preguntar. Dijo que así era él. Dijo que después de once años de volver a casa caminando lo tomó del brazo durante las últimas cuatro calles, y él la dejó, y no hizo ningún comentario, y ella no sabía qué significaba eso y no pensaba averiguarlo esa noche.

* * *

Grace me dio el resto junto al mismo fregadero, la misma tarde. Pasó entre la décima campanada y la cuarta después de medianoche, en la casa de huéspedes de Ines Castellano en el distrito de los molinos.

Llevaba doce años hospedada en casa de Ines, en el cuarto de arriba de la casa, con la ventana hacia la vieja chimenea de una fábrica de tintes. Ines tenía seis cuartos y una cocina, y ese verano tenía dos cuartos vacíos. Tres semanas antes, una familia de cuatro había venido a preguntar: una madre y un padre de las viviendas del interior y dos niños, el menor con una tos que no se le había quitado desde la primavera. Su apartamento se había inundado por el piso desde el lado del río. Habían solicitado un realojamiento. La oficina de vivienda había mandado una carta, que la madre le había enseñado a Grace en la escalera, y que Grace había copiado y me había leído junto al fregadero porque decía que yo debía tener un ejemplo de cómo escribe Liberty cuando quiere ser exacta sobre nada.

La oficina reconoce la existencia del hogar en la dirección indicada. La oficina no acepta responsabilidad por el alojamiento del hogar. Este reconocimiento no constituye una oferta. El hogar podrá solicitar una corrección en un plazo de catorce días.

Habían solicitado la corrección. El atraso en las correcciones de vivienda era una cifra que el consejo de la carta había dejado de publicar. Ines tenía los cuartos pero no las horas de personal para dar de desayunar a seis más. Ofreció los cuartos sin comida, y la familia los aceptó y cocinaba en un turno de la cocina compartida, la media hora después de las cenas

de los huéspedes, y todos estaban un poco decepcionados, y el niño menor tosía a través de la pared.

Cuando Grace entró esa noche, la madre estaba ante la estufa de la cocina compartida con una cacerola de lentejas y el reloj de la pared marcaba las once menos veinte, lo que significaba que a su turno le quedaban diez minutos. Grace dijo que se quedó en la puerta y vio a la mujer revolver más rápido. Luego fue a la pizarra junto a la estufa donde estaban escritos los turnos y borró su propio nombre del turno del desayuno y escribió en él el nombre de la familia, y subió sin decir nada, porque dijo que si hubiera dicho algo la mujer habría tenido que darle las gracias, y ella no quería que le diera las gracias alguien a quien se le había reconocido que existía.

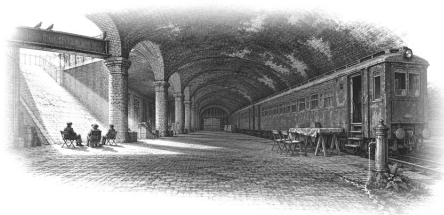
Era lunes. Los lunes eran de fichas. Ines y el viejo empleado de la fábrica de tintes, el del segundo piso, y un maestro de la escuela del puerto que alquilaba el cuarto del frente desde antes que Grace estaban a la mesa de la cocina a la undécima campanada con las fichas sobre la mesa, y le habían guardado la silla a Grace. Se sentó y jugó. Dijo que jugó muy mal. Dijo que perdió tres rondas seguidas contra el empleado de la fábrica de tintes, que no había ganado una ronda desde la primavera y que estaba tan contento que cantó, e Ines la miró desde el otro lado de la mesa y le preguntó qué tenía en el bolsillo, «Ti-n bolsu le ti eni mu gana?» y Grace dijo: «An ora» una hora, e Ines preguntó: «Si mal es ku?» si era malo, y Grace dijo: «Si koretu es» era correcto, e Ines dijo que eso solía ser peor, y volvió a repartir.

Subió a acostarse después de la segunda campanada pasada la medianoche y no durmió. Puso la papeleta debajo de la almohada. Dijo que era una tontería, y que sabía que era una tontería, y que lo había hecho de todos modos, como uno mantiene la mano sobre un bolsillo entre la multitud. El niño menor tosía a través de la pared hasta la cuarta campanada. La sirena de niebla sonó cada medio minuto hasta el amanecer. Cuando la tos paró, Grace se levantó y bajó a la cocina de Ines, e hizo té, y se sentó a la mesa con la papeleta.

—Mi si mu ve akiva —me dijo junto al fregadero—. Korekson meza le, si-n lugal. Sima na. —Cerró el grifo—. An noka, mi sa mu ta peni. Mi sa mu gana du. Lo archivaría, quiso decir, en la ventanilla de correcciones, donde le correspondía, y no arriba. Había pedido una noche con ella, y se la había tomado.

* * *

Esa es la segunda fuente de este relato. Un sello entregado a través de unrellano a la segunda campanada. Una palabra enviada once minutos antes de tiempo. Un formulario con una casilla dejada para que otro la marque. La siguiente parte viene del vagón.



18

Andén Once

El Vagón 404 lleva su propia agua en un tanque de acero colgado bajo el piso entre los bojes. El tanque contiene unos novecientos litros cuando está lleno. Nunca está lleno. Pierde agua por dos costuras del lado izquierdo donde las soldaduras se han fatigado, y los residentes han tapado las costuras con una masilla que aguanta un mes cada vez, y cada mes alguien se arrastra bajo el vagón con una lámpara y un cuchillo y una lata nueva de masilla y maldice.

Siento ese tanque como uno sentiría un diente flojo. Es pequeño y siempre se está moviendo. Cuando alguien abre el grifo de la cocina del vagón el nivel baja y el agua se desplaza hacia la salida. Cuando alguien camina a lo largo del vagón el agua se agita. Cuando el viejo compresor bajo el piso arranca para cargar los depósitos de freno, el tanque zumba. Es la única agua del Andén Once que le pertenece a alguien.

El hidrante del andén, el que usan para llenar el tanque, se instaló para una estación que cerró antes de que naciera la abuela de nadie. Todavía funciona. El distrito no sabe que funciona, o finge no saberlo.

Casi todo este capítulo lo tengo de dos personas que llenaban ese tanque. Una era Ona, que tenía una mesa junto a la puerta del vagón, y que le hablaba a la manguera mientras corría el agua como se le habla a un cliente lento. El otro era Tavi Kells, de quince años, que lo llenaba cuando a Ona le dolía la espalda, y que le hablaba todo el tiempo, de todo, y que a veces cantaba.

Tengo más de Tavi de lo que esperaba. Lo he guardado todo.

El Andén Once está en la ciudad baja bajo el cuarto municipio, un nivel por debajo del viejo metro, donde antes entraba una línea de carga para abastecer un mercado que ahora es el cimientito de tres torres de distrito. El andén es largo y bajo. Su techo es una bóveda de ladrillo, negra por dos siglos de hollín y luego blanca a parches donde alguien intentó limpiarla y se dio por vencido. En la vía junto a él hay un vagón. La vía sale del andén por ambos extremos hacia túneles que casi todo el mundo cree sellados. No están sellados. Están cerrados, que es distinto, y en el corredor la diferencia importa.

Al andén se llega por una rampa de carga desde el nivel del mercado, lo bastante ancha para una transpaleta, que también es lo bastante ancha para una silla de ruedas motorizada. Esa es la razón principal por la que Deren vivía allí.

El andén tiene sus propios horarios. Ona le dijo a la manguera que ella podía saber la hora en el Andén Once sin reloj, y podía. A la quinta campanada el mercado de arriba empieza a mover sus puestos y la bóveda se llena de un ruido como de muebles arrastrados en el piso de arriba de una casa, que es lo que es. Cerca del mediodía una cuña de luz baja por la rampa de carga hasta el cuarto pilar, amarilla de polvo, y se queda sobre el andén alrededor de una hora, y los residentes mueven sus sillas hacia ella como hacen los gatos. Para la tercera campanada después del mediodía ya se ha ido y se encienden las lámparas de trabajo. De noche el mercado cierra, y la bóveda queda lo bastante callada como para oír el hidrante.

El hidrante llora. Su empaque ya estaba fallando antes de que Ruth llegara a vivir allí, y un hilo de agua baja por el cuerpo y cruza el ladrillo hasta la vía, y lo siento todo el tiempo, una pequeña pérdida constante que nadie paga. Alrededor de su pie, donde el ladrillo sigue mojado, ha crecido un helecho: un asplenio bajo y oscuro con hojas como una hilera de monedas verdes, metido en un cojín de musgo del tamaño de un plato de comida. Deren lo pintó tres veces. Ona lo regó en la única semana seca de la primavera en que el empaque, por una vez, aguantó. Nadie sabía decir cómo había bajado una espina por una rampa de carga hasta un nivel por debajo del viejo metro, y Tavi dijo que el helecho seguramente se preguntaba lo mismo de ellos.

Otras cosas viven allí. Unos grillos pálidos y jorobados viven en el balasto y en las juntas de ladrillo de las bocas de los túneles, de patas largas, del color de la cera de vela. No cantan. Saltan, que es peor, porque te saltan a la cara cuando te arrastras bajo el vagón con una lámpara. Los niños del andén los llaman pulgas de túnel y se retan a sostener uno. Las polillas bajan por la rampa al anochecer por las lámparas de trabajo y mueren por docenas sobre el techo tibio del vagón, y por la mañana alguien las barre hacia la vía, donde los grillos se las comen. Una pareja de palomas anida en la viga superior de la rampa y lo ha hecho desde que el vagón está allí, o una sucesión de parejas lo ha hecho, y los residentes llaman a cada pareja con los mismos dos nombres, que no le voy a dar porque Ona dice que son groseros.

Y los túneles respiran.

Los visitantes se acuerdan de eso. Los túneles de ambos extremos del andén están cerrados con rejas de hierro y tabloncillos, y detrás de los tabloncillos siguen en la oscuridad por distancias que nadie del andén ha recorrido a pie. Cuando un frente de tormenta cruza el puerto, o cuando un tren de carga profundo pasa por algún otro túnel que se une a estos

más lejos, el aire de dentro se mueve. Sale primero del túnel sur, fresco, con olor a piedra mojada y a río y a hierro viejo, con fuerza suficiente para inclinar la llama de una lámpara y levantar la esquina del hule de Ona. Luego, a veces, vuelve a entrar. La primera vez que Deren lo sintió dijo que el andén le había suspirado. Ruth dijo que era la presión y dio las razones, y tenía razón. Los niños dicen que el vagón está embrujado. Tiene corrientes de aire, y las corrientes vienen de los túneles.

La electricidad del vagón baja por la rampa en un cable. Ruth le paga cada mes una parte a la oficina de carga eléctrica del mercado por una derivación del tablero de servicio del mercado, como hacen los puestos de pescado, y a cambio el suministro del vagón está entre lo primero que la oficina de carga eléctrica corta cuando al mercado le falta. Los residentes conocen el orden. Primero van las lámparas, luego la placa de la cocina, luego el compresor, y al final de todo el punto de carga junto a la cama de Deren, que Ruth cableó de modo que el interruptor de corte de la oficina de carga eléctrica no pueda alcanzarlo a menos que alguien baje por la rampa y lo haga a mano. Nadie de la oficina de carga eléctrica ha bajado nunca por la rampa.

El Vagón 404 mide veinte metros y medio de largo, pintado de un verde que probablemente no fue su primer verde, con su número estarcido en cada extremo en caracteres más viejos que cualquiera de las personas que viven en él. Tiene una cabina de conducción en cada extremo. Entre las cabinas fue en otro tiempo un único espacio largo para una cuadrilla de reparación y sus herramientas, con estantes a lo largo de las paredes y una cocina y un pequeño lavabo. Ahora son cinco cuartos hechos con cortinas y tablero de fibra, un espacio común en el medio alrededor de la cocina, y una mesa junto a la puerta.

Bajo el piso, entre los bojes y alrededor del tanque de agua, está lo que lo hace el Vagón 404 y no solo un vagón: el puente de continuidad. Equipo colector para tres tipos de suministro. Un controlador en un gabinete sellado que puede hacer que tres generaciones distintas de señalización y enclavamiento reconozcan el vagón como uno de los suyos. Casi ninguno de los residentes había visto nunca el interior del gabinete. Ruth Calder sí. Dijo que parecía el interior de un reloj muy viejo que alguien había intentado reparar con las piezas de otros tres relojes, y que le faltaba uno de los relojes.

* * *

La mesa de Ona era una puerta sobre dos caballetes, cubierta con un hule, con tres sillas plegables del lado del andén y una del lado del vagón, que era la suya. Vendía té de un termo que tenía sobre la placa de inducción de la cocina, y vendía su letra: escribía cartas para gente que no sabía escribir, o no sabía escribir en el registro adecuado, o no sabía escribir de una manera que un empleado dejara pasar. Escribía apelaciones de vivienda en Estándar Imperial para que una oficina del distrito las leyera. Escribía cartas de amor en Span para que la fuente quedara clara. Escribía notas de pésame para las cooperativas funerarias, que le pagaban una pequeña tarifa por nota y le daban un pase al cementerio de la cooperativa en los aniversarios.

—Kre yente ke eskribi en kon palabra nek —le dijo a la manguera una mañana, mientras se llenaba el tanque—. En kon mera ri sel e i reti ler lini nek. La gente creía que su oficio

eran las palabras, quería decir. Era la persona del otro lado, la que podía dejar que una carta siguiera en la fila.

Tenía unos cincuenta años. Llevaba once años viviendo en el vagón. Tenía clientes en esa mesa de toda la ciudad baja, y en una buena mañana seis a la vez, esperando en las sillas plegables con el té enfriándose, contándose unos a otros lo que querían que les escribiera. Eso convertía el espacio común del vagón en una especie de sala pública, y los residentes discutían por ello constantemente, porque significaba desconocidos en el andén todo el día, y significaba ingresos, y necesitaban los ingresos.

—Mor ten nai lavi la sueldo ri nul koste e karo lu nai nek —le dijo a la manguera—. En di todo. Todo odi tama en tiempo de sielo. El vagón necesitaba trabajo pagado que no le costara el vagón, quería decir. Eso era todo, y todo lo demás era clima.

Por lo que ella misma le contaba a la manguera, sus mañanas iban de este modo.

Hamid Osei llegaba primero los lunes, antes de su turno de carga en el mercado. Era cargador, ancho y tímido, capaz de bajar una silla de acarreo cuarenta tramos de escalera sin derramar el té de la bandeja del pasajero, y estaba enamorado de una mujer que empacaba pescado en una fábrica de conservas de Garden. Se habían conocido en una boda del lado de Garden dos veranos antes, cuando los accesos estaban abiertos. Desde que cerraron los accesos le había escrito cada semana, por medio de Ona, y las cartas cruzaban con el comercio de las cocinas dobladas dentro de sacos de cebolla, y las respuestas de ella volvían por el mismo camino, oliendo un poco a cebolla.

Ese lunes deseaba escribir que se iban a casar cuando abrieran los accesos.

—Ma dera e di ka? —preguntó Ona, queriendo decir si la mujer lo había dicho ella misma.

—Vo dera e —dijo Hamid. Ella lo diría.

—Don nul kapa tu i eskribi e nek. —Entonces no podía escribirlo. Ona se lo explicó como se lo explicaba a todo el mundo, y se lo contó después a la manguera, porque le gustaba explicarlo. El Span pone la fuente al final de la oración. Si uno escribe *nosotros* en Span ha dicho quién está dentro del *nosotros* y cómo lo sabe, y si uno escribe un *nosotros* al que la otra persona no ha accedido, ha creado una deuda a nombre de ella. El Span del comercio es estricto con eso porque un *nosotros* falso puede costarle a una cocina su crédito. El Span del amor es más estricto, decía Ona, porque el costo es peor.

—Don eskribi ai nawi? —preguntó Hamid. Entonces, ¿qué podía escribir?

—Eskribi tu tama ri ma vidi tu e nek. Eskribi tu *ai*. —Lo que había visto por sí mismo, le dijo ella, y debía escribirlo como *yo*. Ella escribió que él estaría en el cruce la primera mañana que abriera, que había ahorrado para un cuarto, y que sabía la cantidad porque la había contado él mismo. Hamid lo leyó por encima del hombro de ella moviendo los labios y dijo que estaba mejor, y le pagó, y subió por la rampa a cargar.

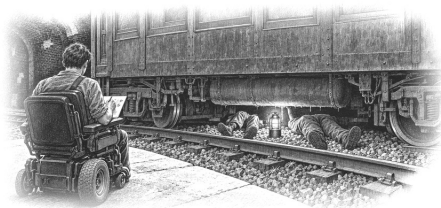
Vartanian venía los miércoles, y venía a discutir. Su marido había muerto en la primavera. El hermano de él vivía en Liberty y le había escrito sobre el funeral en una carta que escribía mal el nombre de su marido, y ella quería una respuesta que lo escribiera bien, y que lo dijera, sin decir nada más que una familia de Liberty pudiera tomar a mal, que según su experiencia era todo.

—Vo koreshi dei ortokrafia ler deska nes ke koreshi dei odi tama nek —dijo Vartanian—. Meli ai ke korekto e nes ke rive e serka de deska nek. Las ventanillas de correcciones de Liberty iban a corregir la ortografía antes que cualquier otra cosa, quiso decir, y ella quería tenerla bien antes de que llegara cerca de una ventanilla.

Ona escribió tres borradores. Vartanian rechazó dos. El tercero decía el nombre correctamente cuatro veces, lo que a Ona le parecía tres veces de más y Vartanian decía que era suficiente, y lo hablaron tomando té, y Vartanian le contó el día en que conoció a su marido en una carrera de ascensores en el piso nueve de la torre Lorne, que Ona ya había oído cuatro veces y no le importaba oír una quinta.

—Veni yente para karta —le dijo Ona a la manguera—. Reti dei para sheti. Den dera dei tama ri nul ma kapa dei i pon ler karta nek. Nul eskribi ai parte di. En de dei parte di.

La gente venía por una carta y se quedaba por el té, quería decir, y luego le contaba las cosas que no podría haber puesto en ninguna carta. Esa parte nunca la escribía. Era de ellos.

*Pinta el óxido*

Ruth Calder era la mecánica del vagón. Había sido ajustadora de frenos en el ferrocarril de Gotham durante treinta años y conocía los frenos del vagón mejor que nadie vivo: el viejo sistema de aire comprimido con sus depósitos y sus válvulas triples, los volantes del freno de mano en cada extremo, la manera en que las zapatas se gastaban más del lado izquierdo que del derecho porque el vagón había estado una década en una curva antes de llegar al Andén Once. Los mantenía funcionando porque un vagón con los frenos fallados sobre una vía es un vagón que puede rodar, y un vagón rodando en un andén con gente viviendo dentro es la clase de accidente que le da mucho trabajo a una cooperativa funeraria.

Tenía una hija llamada Iris que vivía en la superficie en una torre de distrito y la visitaba los domingos con comida y desaprobación. Iris quería que su madre tomara una habitación en la torre. Ruth decía que ya tenía una habitación.

Ona le contó a la manguera uno de esos domingos, a principios del verano, y Tavi le contó al tanque el mismo, porque se había comido casi todo el guiso.

Iris bajó por la rampa a la tercera campanada después del mediodía con una olla envuelta en una toalla y sus dos muchachos por delante, de nueve y doce años, que se metieron derecho bajo el vagón a mirar el aparejo de los frenos, porque su abuela les había enseñado los nombres de las piezas y les gustaba decirlos. Iris puso la olla en la mesa de Ona. Eran frijoles con cerdo ahumado y bolas de masa encima, y olía como la cocina de un distrito en una noche de invierno, y todos los residentes del Vagón 404 salieron de detrás de una cortina antes de que pasara un minuto desde que se levantó la tapa.

Iris atendía la ventanilla de prioridades de la oficina de ascensores de su distrito en el tercer municipio. Les daba tarjetas de ascensor a quienes necesitaban el ascensor primero y las recuperaba de quienes las habían pedido prestadas, y era, decía Ona, la única persona en Gotham capaz de hacer que un hombre en silla de ruedas y un hombre mal del corazón se pusieran de acuerdo sobre quién iba primero. Tenía las manos de su madre y la mandíbula de su madre y nada de la paciencia de su madre con las máquinas. Miraba el vagón como una despachadora de ascensores mira un ascensor que alguien le ha dicho que es seguro.

—Losa escalon —dijo ella. Un escalón suelto, quiso decir, el de subida al vagón.

—Losa e ses yera —dijo Ruth—. Losa e komo ri novi ai nek. —Llevaba seis años suelto, y estaba suelto de una manera que ella conocía.

—Mama.

—Maku kaldo de tu.

Iris comió. Preguntó por todos, por su nombre. Le preguntó a Deren por la batería de su silla y escuchó la respuesta, que fue larga. Le preguntó a Lio por sus manos, y él las levantó, vendadas, y le dijo en Switch que el estado no había cambiado, que la mano era suya y que el permiso para preguntar estaba concedido, e Iris se rio, porque él llevaba años diciéndoselo. Le preguntó a Ona si el té seguía siendo horrible, y Ona le dijo que estaba peor, y le sirvió un poco.

Entonces, mientras los muchachos estaban bajo el vagón diciéndose a gritos los nombres de las válvulas triples, Iris dijo lo que decía todos los domingos. Había una habitación en su torre. Piso catorce, mirando al este, una ventana, un lavabo. La torre tenía un ascensor que funcionaba casi siempre, porque Iris manejaba sus tarjetas. El alquiler era justo. Su madre tenía sesenta y tres años y dormía en un vagón de tren un nivel por debajo del viejo metro, junto a un hidrante cuya existencia nadie admitía.

—Ten ai nomi —dijo Ruth.

—Ten tu kortina.

—Ten ai nomi la kortina.

Una habitación, una cortina, una habitación con una cortina: Tavi dijo que siguieron así un rato, sin enojo, con la voz de quienes han tenido una discusión tantas veces que se ha gastado hasta quedar lisa, como un escalón. Al final Iris le puso la mano a su madre en la nuca, como se hace con un niño que tiene fiebre, y la dejó ahí, y Ruth la dejó hacer.

Cuando Iris juntó a los muchachos para irse, el menor salió de debajo del vagón, negro hasta los codos, y le preguntó a su abuela si el vagón iría alguna vez a alguna parte.

—Ir e alkun sitio kada manyana —dijo Ruth—. Subi e asta presion o baya e ren. —Iba a alguna parte cada mañana, le dijo ella: arriba hasta la presión, y abajo otra vez.

El niño dijo que eso no era ninguna parte. Ruth dijo que era la única parte que tenía el vagón, y le limpió los brazos con el trapo de Ona, y lo mandó rampa arriba detrás de su madre.

Lio vivía en el extremo del fondo, detrás de una cortina estampada con peces. Tenía treinta años y las palmas quemadas, brillantes y rosadas en los pliegues, de un trabajo en una fundición del que no hablaba, y debía una reserva de habitaciones, seis meses de trabajo, a un intermediario del segundo municipio que tenía la reserva sobre la vivienda de su familia, las habitaciones donde su madre, Eline, todavía aceptaba costura. Pagaba la deuda trabajando turnos en un depósito de carga dirigido por una comerciante llamada Maurelle, que pagaba puntual y hacía muchísimas preguntas sobre a quién mandaban adónde. Cuando volvía a casa se sentaba en el mostrador de la cocina con las manos envueltas en tela mojada y no decía mucho. Cuando hablaba, era en un Switch impecable, que había aprendido de niño en los patios de Garden: el objeto, su estado, en manos de quién, qué permiso, qué sigue, de dónde viene. Ruth decía que Lio podía describir un eje roto con tanta exactitud que uno sabía todo de él salvo si era seguro, porque siempre dejaba fuera el riesgo.

Otros dos dormían en el vagón ese verano y preferían no hacerlo. Dulcie, cocinera de un mercado nocturno, tenía la litera bajo la cabina trasera y buscaba una habitación en cualquier lugar más tranquilo que un andén con un compresor. Perrin, un cargador del nivel del mercado, esperaba que hubiera lugar en el apartamento de una hermana en el sexto

municipio, del otro lado del puente Varick cerrado, y dormía en el espacio común del vagón sobre la alfombra de Ona hasta que abrieran el puente.

Deren era primo de Lio. Tenía veinticuatro años y usaba una silla motorizada con una batería que Ruth había reconstruido dos veces. Tenía la habitación del extremo cercano, junto a la puerta y la rampa, y pintaba. Pintaba las paredes interiores del vagón: los tabiques de aglomerado y las cortinas y los viejos estantes de herramientas. Pintaba a los residentes y a sus clientes y el andén y la bóveda de ladrillo y la luz que bajaba por la rampa al mediodía. Su habitación olía a linaza y a sustituto de trementina, y Ona se quejaba, y luego posó para él para un retrato y lo colgó sobre su mesa.

—Pinta e tama ri reti selawe nek —le dijo Ruth una vez a Tavi, que se lo contó al tanque—. Pinta mas yente tama ri meli dei ke reti selawe nek. Pinta e oksido. —Pintaba las cosas que se quedaban, quiso decir, y más que las cosas, pintaba a la gente que quería que se quedaran. Pintaba el óxido.

* * *

El domingo en que la oficina de ascensores del distrito sacó su nuevo horario, Iris trajo una copia por la rampa de carga en el fondo de la bolsa, debajo de los frijoles, y la leyó en voz alta en la mesa de Ona mientras su madre comía. Tavi estaba bajo el vagón con la lámpara. Esa noche se lo contó todo al tanque, e hizo la voz que Iris había usado para leerlo, que según él era la voz de una mujer que lee su propia sentencia.

OFICINA DE ASCENSORES DEL DISTRITO. HORARIO DE PRIORIDADES PARA LA TEMPORADA DE CALOR. Los ascensores funcionarán dentro de la asignación del edificio. Cuando se alcance la asignación, los ascensores reposarán.

PRIORIDAD UNO. Asuntos de la oficina. Guardianes de servicio. Clínicas. PRIORIDAD DOS. Residentes registrados con una necesidad médica certificada y cuotas de ascensor al día. PRIORIDAD TRES. Residentes registrados con cuotas de ascensor al día. PRIORIDAD CUATRO. Residentes registrados con cuotas de ascensor atrasadas, a criterio del operador. PRIORIDAD CINCO. Entregas, cargadores, oficios. SIN PRIORIDAD. Personas que no figuran en una línea del hogar. Visitantes. Personas cuyo estatus está en revisión.

Se recomienda a los residentes sin prioridad usar las escaleras, que son gratuitas y buenas para el corazón.

—*Buenas para el corazón* —le dijo Tavi al tanque. Dijo que Iris lo repitió tres veces y luego puso el papel boca abajo sobre el hule y le preguntó a su madre si sabía lo que era una necesidad médica certificada. Ruth dijo que una necesidad que alguien había sellado. Iris dijo que costaba dos unidades conseguir el sello y una mañana en la clínica y una segunda mañana cuando la clínica perdía el primer sello, y que ella se pasaba todos los días en su ventanilla diciéndole a gente con bolsas de oxígeno al hombro que eran prioridad tres porque el sello no había llegado.

Dijo que Iris dijo que era buena en su trabajo. Dijo que lo dijo como uno dice que es bueno levantando algo pesado que no eligió levantar.

Dijo que Ruth preguntó en qué lugar de la lista quedaba un vagón de tren. Iris dijo que un vagón de tren no tenía línea del hogar. Ruth dijo que entonces era una suerte que tuviera sus propias ruedas.

Tavi le contó al tanque que todos se rieron, y que Iris también se rio, y luego lloró un poco sobre los frijoles, y sus muchachos bajo el vagón se quedaron callados, y luego dijeron más fuerte los nombres de las válvulas triples, para taparlo, que según él era lo más bondadoso que había oído hacer a dos niños.

* * *

Los residentes del vagón vivían como un hogar, es decir, llevaban un tablero.

El tablero colgaba en la cocina sobre la placa de inducción, una plancha de aglomerado pintado con los nombres de los residentes en un costado y los días arriba, y decía quién hacía qué. Quién llenaba el tanque. Quién ponía en marcha el compresor en la mañana y purgaba los depósitos en la noche. Quién barría las polillas. Quién le pagaba a la oficina de carga eléctrica, y cuándo. A quién le tocaba el baño primero en un día de trabajo, que era un asunto de sentimientos verdaderos. Cuándo se cargaba la silla de Deren, que era en la noche después de la undécima campanada, cuando la carga del mercado era más ligera. Y una vez al mes, en rojo, una línea que decía MASILLA, con un nombre al lado.

Tavi le contó al tanque del día de la masilla a mitad de ese verano, porque el nombre al lado era el de Lio, y Lio no podía trabajar la masilla con las palmas, así que Tavi se metió debajo en su lugar, con Lio boca arriba en el balasto a su lado sosteniendo la lámpara.

Dijo que hacía calor bajo el vagón y que olía a grasa vieja y al hierro frío del tanque. Dijo que los grillos saltaban hacia la lámpara y que uno le cayó en el cuello de la camisa. Dijo que había que sacar la masilla vieja de la costura con el cuchillo, toda, hasta el metal, y secar la costura, y meter la masilla nueva con los pulgares, trabajándola fuerte para que no le quedara aire, y que todo el tiempo el agua se perlaba en la parte de abajo del tanque y le corría por las muñecas hasta las mangas. Dijo que Lio lo guio paso a paso en Switch, con mucha exactitud, la costura y su estado y en manos de quién y qué sigue, y ni una vez dijo que la costura podía abrirse mientras Tavi tenía la cara debajo. Tavi se dio cuenta. Preguntó. Lio dijo: «I no kula go» y luego, al rato: «I kula go mai. Lado le muka ke rako.» No se va a abrir, y luego, puede que sí; mantén la cara de lado.

Sentí la costura esa tarde. La masilla vieja salió en migas grises y el agua empujó en la abertura y se filtró, una línea delgada y fría por el acero, y luego la masilla nueva entró bajo los pulgares de un muchacho y la línea se detuvo. Es poca cosa para sentir. He sentido llenarse puertos. La costura me gustó más.

Deren se sentó al borde del andén en su silla con una tabla sobre las rodillas y los pintó: dos pares de piernas asomando por debajo de un vagón verde, una lámpara entre ellos, la luz subiendo por la abertura hasta la parte de abajo del piso. Lo llamó *Masilla*. Estuvo colgado junto a la mesa de Ona el resto de ese verano, y la gente pedía comprarlo, y él no quiso venderlo.

En la noche, después de la cena, Lio se sentaba en el mostrador de la cocina y Deren se acercaba en la silla a su lado con un tazón de agua fría y paños limpios y le vendaba las manos a su primo. Ona decía que lo hacía cada noche y que ninguno de los dos lo

mencionaba nunca. Hablaban en Switch mientras él trabajaba, como lo habían hecho de niños en los patios de Garden alrededor de sus padres, y se hacían reír describiendo las cosas más corrientes en gramática de patio: objeto, una cena, comida; estado, fría; mano, la de Ona; permiso, ninguno pedido. Ona había leído una vez el contrato de Lio, a petición de él, buscando una salida, y le contó a la manguera que nunca había visto una deuda descrita con tanto cariño. Empezaba así: *La Empresa da la bienvenida al Suscrito y a su hogar a su familia de colocaciones por un plazo de seis meses de servicio, en agradecimiento por lo cual la Empresa le ha asegurado una vivienda acorde con la posición del hogar*. No había salida. La palabra *familia* aparecía once veces. La palabra *interés* no aparecía ni una vez, y estaba en cada página.

El primero de cada mes un hombre del intermediario del segundo municipio bajaba por la rampa a cobrarle a Lio y se quedaba de pie junto a la mesa de Ona, y no se sentaba ni aceptaba té, y Deren pintaba todo el tiempo que él estaba ahí, de frente a él, mirándolo hacia arriba y bajando la vista a la tabla y mirándolo otra vez, y el hombre nunca se quedaba mucho.

* * *

El dibujo apareció en el mercado de la planta baja un jueves, en la segunda semana del calor. Ona le contó a la manguera cómo, a la mañana siguiente, tal como Ruth se lo había contado a ella al otro lado de la mesa.

El mercado de la planta baja llena el viejo vestíbulo sobre el andén. Pescado en hielo bajo los arcos del este, con la lubina negra de Talin entre los demás los días buenos. Cebollas y pimientos. Un afilador cuya rueda se oye desde el andén. Una mujer con una carretilla de melón cortado que pregona lo dulce de cada uno como si fuera un resultado de carreras. Un puesto que limpia aparatos auditivos y el puesto de al lado que vende las baterías, atendidos por dos hermanos que no se hablan. Y bajo el viejo tablero de salidas que lleva un siglo mostrando el mismo tren muerto, entre un puesto que vende ventiladores y un puesto que los arregla, está la mesa de apuestas de reparaciones de la Harrow, donde Iggy Moyo lleva las probabilidades de cada ascensor del distrito en un tablero pintado de negro, y un libro de cuentas que a nadie se le ha permitido ver nunca.

Ruth lo vio primero. Estaba en la mesa de apuestas, sin apostar, solo leyendo las probabilidades de la placa de comparación de Marisol Okafor-Brandt, porque todo el distrito leía esas probabilidades esa semana, e Iggy tenía bajo el codo un fajo de papeles que usaba para calzar la pata corta del tablero. Uno de ellos se había deslizado.

Era un dibujo del interior del Vagón 404.

No una pintura. Un dibujo, en tinta, en papel delgado: el vagón en corte, de cabina a cabina, con los tabiques y la cocina y los estantes de herramientas, y debajo del piso, con cuidado, el puente. El equipo colector de cada suministro dibujado en su lugar. El armario del controlador con la puerta abierta. Los tendidos de cable. Alguien había añadido notas con otra letra, en abreviatura de Switch, junto a cada pieza del puente: objeto, estado, de dónde venía. Y junto a un hueco vacío del armario del controlador, una nota que Ruth leyó tres veces: *set, kut, blank-trak*. Un conjunto emparejado. Separado. Procedencia desconocida.

El reloj que faltaba.

Le preguntó a Iggy de dónde lo había sacado. Él dijo que un hombre lo había usado para pagar una deuda pequeña. Dijo que había visto otras dos copias esa semana, una en un puesto de repuestos del segundo municipio y otra clavada en la oficina del depósito de carga donde trabajaba Lio. Dijo que la gente decía que el vagón podía volver a andar, todo el trayecto, sobre los tres rieles, si uno tenía la pieza que iba en el hueco vacío.

—Dera nawi? —preguntó Ruth.

—Kada mera ri novi nawi en empalme nek —dijo Iggy. Todos los que sabían algo en el empalme, quiso decir, donde cambiaban los cables.

Ella le compró el dibujo por el precio de la deuda que había pagado, y se lo llevó a casa al vagón, y lo extendió en la mesa de Ona, y los residentes se pusieron alrededor.

Deren lo miró largo rato. Luego dijo: «En de ai di.»

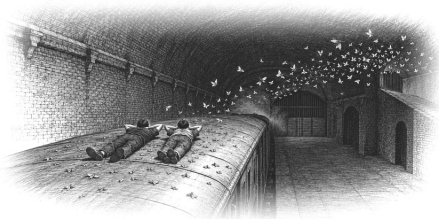
* * *

Era suyo, y no lo era, según le contó Tavi al tanque esa tarde en el Andén Once. Dos años antes, Deren había pasado un invierno dibujando el vagón en corte, porque quería pintarlo de adentro hacia afuera, como antes los anatomistas dibujaban los cuerpos. Ruth lo había dejado entrar al armario del controlador. Él había dibujado cada pieza del puente con exactitud, como lo dibujaba todo, y no había rotulado nada, porque no sabía los nombres. El dibujo estuvo colgado en su habitación un año. Luego se lo prestó a un pintor que admiraba, en el segundo municipio, para una exposición sobre máquinas. La exposición cerró. El dibujo no había vuelto.

Alguien lo había copiado. Alguien que conocía los nombres los había agregado. Alguien había encontrado el hueco vacío.

—En mas gali tama ri ma dibusha ai nek —dijo Deren—. O nu novi todo mera sitio de ueko. —Era lo mejor que había dibujado nunca, quiso decir, y ahora todo el mundo sabía dónde estaba el agujero.

Tavi estaba llenando el tanque mientras lo contaba. Dijo que Deren había llorado, cosa que Deren no habría querido que nadie supiera, y luego sacó sus pinturas y empezó a pintar el hueco vacío, muy grande, en el tabique junto a su cama.



Porque nadie lo sostiene

El programa cómico viene en tres versiones, una para cada Bastión, hechas por tres emisoras que juran todas haberlo inventado. La hoja de programación de la versión de Gotham se pegaba cada semana al pie de la rampa de carga, junto a los precios del pescado del mercado. Ona la leía en voz alta en su mesa del Andén Once para los clientes que querían saber qué se estaban perdiendo, y se la volvía a leer a la manguera a la mañana siguiente, porque decía que era lo único en toda la semana que hacía parecer honesto el oficio de escribir cartas.

EL PROGRAMA. LA VERSIÓN DE GOTHAM, LA ÚNICA VERSIÓN. Presentado por la sección de Moral Cívica de la oficina de guerra.

ESTA SEMANA: «SUBIENDO».

El ascensor del hombre de Gotham funciona de maravilla, como todas las semanas desde que empezó el programa. Sube en él hasta lo alto de su torre para ver el amanecer y saludar a todo el municipio. Mientras tanto, al otro lado del río, la mujer de Garden tiene demasiadas cebollas y ningún lugar donde ponerlas, porque su patio es tan ruidoso que las cebollas no pueden dormir. Intenta vendérselas al hombre de Gotham a un precio ruinoso. Él las rechaza con cortesía. No necesita cebollas. Tiene resiliencia.

Llega el oficinista de Liberty a preguntar si alguien quiere confirmar algo por escrito. Nadie quiere. Se va a comprobar si ya lo comprobó.

El perro, que es un buen perro de Gotham, encuentra un agujero en la cerca y ladra hasta que los Guardianes vienen a arreglarlo. El agujero queda arreglado. El perro recibe una medalla.

Quédense para los créditos y hagan el baile.

Se recuerda a los espectadores que existen otras versiones del programa y que verlas no es ilegal, solo imprudente.

—*Tiene resiliencia* —le dijo Ona a la manguera. Lo dijo tres veces, probando voces distintas, y luego se rindió y lo dijo con la suya: «Kar des an sali o mama la konsentrador, o ten omre *resiliencia*.»

Dijo que el ascensor de la versión de Gotham llevaba once temporadas funcionando de maravilla. Dijo que en once temporadas nunca se había visto al hombre de Gotham en una escalera, ni una sola vez, y que la gente de la ciudad baja veía el programa en parte para ver a

un hombre subir en ascensor, como la gente de las historias antiguas veía películas sobre el mar.

Tavi, dijo ella, había escuchado toda la programación acostado en su tabla con ruedas debajo del vagón, y al final había gritado hacia arriba por la escotilla: «Ma topa peri ueko. Ma feni nawi ueko?» El perro había encontrado el agujero, quería decir; ¿quién había hecho el agujero? Y nadie en la mesa tuvo respuesta, y una mujer que esperaba una carta para su hijo se rio hasta derramar el té.

* * *

Ahora Tavi. Te daré algo de lo que le contó al tanque, porque él le contaba más que nadie.

Tenía quince años y vivía en la superficie con su madre, Rena Kells, trabajadora de lavandería, en una torre de distrito a dos calles del mercado. Bajaba al vagón casi todos los días después de la escuela, porque la escuela le daba una comida al mediodía y nadie le daba de cenar hasta que su madre salía de su turno a la décima campanada. Le daban de comer los residentes del vagón, u Ona, o Tres Cocinas cuando Ezra bajaba el armazón la noche que le tocaba al vagón. Él se lo pagaba arreglando cosas.

Era bueno con las rejillas de ventilación. Tenía un don para ellas. Podía quitarle la tapa a una rejilla que llevaba cincuenta años sellada con pintura sin romper una sola lama, limpiar el polvo y las polillas muertas y los nidos, aceitar la compuerta, y volver a ponerla de modo que el aire se moviera otra vez en un cuarto que había olvidado lo que era el aire en movimiento. Había hecho todas las rejillas del vagón y la mayoría de las del andén. Las hacía por dinero en las torres de distrito cuando conseguía el trabajo. Lo que más quería en el mundo era un puesto en una cuadrilla de ruta, las brigadas de mantenimiento ferroviario que trabajaban las líneas y comían comidas de ruta en el trabajo, calientes, pagadas por la línea, porque una comida de ruta era una cena y la cena era justo lo que la escuela no cubría.

Lo que le encantaba eran las máquinas que hacían maldecir a los adultos. Se lo dijo al tanque sin rodeos: «Mas gali maskina —dijo— en dei ri pon omre la kar des yera de lavi kabesa de e nilu, o dera palabra ri vel bate mama de e e para di nek. En gali maskina di. En maskina la opinion.»

El compresor bajo el Vagón 404 era su favorito. Hacía maldecir a Ruth todas las mañanas.

Le habló al tanque de su madre. Dijo que planchaba ropa blanca para una lavandería que atendía los alojamientos de oficiales de la oficina de guerra y que distinguía a un coronel de un mayor por el almidón que pedían. Dijo que estaba cansada todo el tiempo y que era graciosa cuando no lo estaba. Dijo que llevaba uno de sus guantes viejos en el bolsillo del delantal, un guante de niño de cuando él tenía seis años, y que él no sabía por qué, y que nunca se lo había preguntado, porque daba vergüenza.

Le contó al tanque cómo era su apartamento, cosa que he guardado porque nadie más me lo contó nunca. Dos cuartos en el piso veintiséis. La tabla de planchar se quedaba armada en la cocina toda la semana, porque Rena traía trabajo a casa a fin de mes cuando la lavandería iba atrasada, y comían en un extremo mientras ella planchaba cuellos en el otro. Sobre la estufa había una rejilla que Tavi había abierto a los doce años, la primera, y le había

llevado tres tardes, y cuando el aire empezó a moverse su madre se paró debajo con la cara hacia arriba y los ojos cerrados y dijo que era el mejor regalo que le habían hecho en la vida. Dijo que ella decía eso de todo lo que él arreglaba. Dijo que lo decía en serio cada vez, y que esa era la parte que daba vergüenza.

Dijo que ella hacía voces. Hacía a la capataz de la lavandería, y a los coroneles cuyo almidón distinguía, y hacía el tono de la oficina de guerra con la boca mientras planchaba, tan bien que el perro del vecino le ladraba a la pared. Dijo que cuando no estaba cansada era la persona más graciosa de la torre, y que estaba cansada la mayor parte del tiempo, y luego no dijo nada durante un rato, y el agua siguió cayendo en el tanque.

Le habló al tanque de Kite.

* * *

Kite también tenía quince años, y no vivía en ningún lugar en particular. Era descendiente de guardarrutas, lo que en otro tiempo significaba algo en el corredor y ahora no significaba casi nada: su familia, generaciones atrás, había tenido las llaves de las viejas cerraduras mecánicas de las rutas de recuperación cívica, y había guardado las secuencias para abrirlas, y había transmitido las secuencias después de que ya no quedara nada que abrir. Tenía el apodo porque cruzaba azoteas y huecos como otros niños cruzaban calles, y porque nadie lo podía alcanzar cuando lo hacía. Los dedos se le ponían rígidos con el frío, blancos en las puntas, y los guardaba en las axilas en invierno y se sentaba sobre ellos en verano por costumbre.

Él y Tavi eran amigos desde los nueve años. Estaban haciendo una obra de títeres.

—En sho —le dijo Tavi al tanque—. Sho komiko. Pero de mer.

Todo el mundo en el corredor veía el programa cómico ese verano. La nueva temporada de la versión de Garden le había dado al hombre de Gotham un episodio triste, y la oficina de guerra de Gotham le había pedido a la emisora de Garden que retirara material que «tergiversa la resiliencia de la infraestructura de ascensores de Gotham», que fue lo más gracioso que había pasado en todo el año. La gente que nunca había visto la versión de Garden ahora la veía en secreto con el volumen bajo. La gente que la había visto en secreto ahora la veía abiertamente y decía que estaba comprobando lo que decía el enemigo. En el Andén Once, Ona ponía la versión de Gotham en su receptor de mano en la mesa por las tardes para sus clientes, y Deren ponía la versión de Garden en su cuarto por la noche con la puerta abierta, y los residentes discutían cuál era peor.

Kite y Tavi estaban haciendo la suya. Tenían los personajes: el hombre de Gotham, la mujer de Garden, el oficinista de Liberty, el perro. Tenían títeres hechos de guantes viejos y tapas de botella y tela del cesto de retazos de la lavandería de Rena. Estaban agregando un personaje que el programa no tenía: un funcionario. Un hombre de la oficina de guerra con un portapapeles y un sombrero muy alto que entraba en cada escena y anunciaba algo, y luego, al final de cada anuncio, se le doblaban las rodillas y se sentaba en el suelo.

—Nanu kurva rodiya de e? —les preguntó Ona, la primera vez que se lo mostraron, queriendo decir por qué se le doblaban las rodillas.

—Kase kurva dei —dijo Kite.

—Kase nul ru teni alyen e —dijo Tavi, al mismo tiempo, y luego se miraron y se rieron tanto que Tavi tuvo que sentarse en el andén, y Ona dijo que los dos eran unos idiotas y les dio té.

Kite quería decir que las rodillas se doblan. Tavi quería decir que nadie sostenía al hombre. Tavi le dijo al tanque esa noche que no sabía cuál de los dos tenía razón. Dijo que quizá los dos. Dijo que las rodillas eran idea de Kite y el sombrero era suyo.

* * *

Tavi le contó al tanque una cosa más sobre Kite ese verano, y quiero dejarla escrita con cuidado, porque no la entiendo del todo.

En las noches calurosas, cuando en el vagón hacía demasiado bochorno para dormir, Kite subía. Trepaba por el pasamanos de la cabina trasera hasta el techo del vagón, y del techo a la cornisa de ladrillo que corre a lo largo de la bóveda sobre el andén, donde antes colgaban las viejas lámparas de la estación, y por la cornisa hasta lugares a los que nadie más en el andén podía llegar. Tavi no podía seguirlo por la cornisa. Podía subir al techo, y subía, y se quedaba ahí acostado sobre el acero tibio entre las polillas muertas con las manos detrás de la cabeza, y al rato Kite volvía por la cornisa en la oscuridad y se acostaba a su lado.

Tavi dijo que una noche de esa quincena entró un frente sobre el puerto y el túnel sur respiró. Estaban acostados en el techo con las lámparas apagadas y el andén dormido debajo, y el aire salió frío de la boca del túnel, más frío que nada en todo ese verano, y les pasó por encima a lo largo de todo el vagón como el agua sobre las piedras, y olía al río y a algo verde. Las polillas que seguían vivas se levantaron del techo todas a la vez y se fueron con él, una nube pálida que giraba en la oscuridad hacia la rampa. Los grillos del balasto saltaron todos juntos, y sonó como lluvia. Dijo que había vivido sobre el mercado toda su vida y nunca había sabido que la tierra debajo era tan grande.

—Ir e todo kamin —dijo Kite, a su lado. Llega hasta el final.

—Todo kamin nanali? —preguntó Tavi. ¿Hasta dónde?

Kite no contestó. En cambio, empezó a dar golpecitos, en el techo del vagón, con dos dedos, los rígidos: golpecitos juntos y golpecitos separados, y una pausa, y más. No era una melodía. Era más bien como contar. Tavi ya se lo había visto hacer, en la vieja caja con cerradura atornillada dentro de la cabina trasera, una caja de acero con un ojo de cerradura y una hilera de lengüetas de latón gastadas que nadie en el vagón había abierto nunca. Kite se sentaba en la cabina trasera cuando creía que nadie lo miraba y pasaba los dedos por las lengüetas, sin apretarlas, con el mismo patrón, como uno repasa una canción en la cabeza.

Tavi le preguntó qué era.

—Sava ri ro feni nana de ai nek —dijo Kite—. En nada. Nul abri e nada mas. Era una cosa que su abuela acostumbraba hacer, quiso decir. No era nada. Ya no servía para abrir nada.

Luego el túnel volvió a inspirar, y el aire fue en sentido contrario, y se quedaron ahí acostados hasta que todo quedó quieto.

No te puedo dar el patrón. Tavi no lo recordaba y no intentó recordarlo. Nunca lo sentí en ninguna agua, y Kite nunca me contó nada, ni entonces ni después, y no voy a fingir saber lo que él se guardó. Solo te puedo decir que un muchacho se acostó en el techo del Vagón

404 y marcó una secuencia sobre su acero con unos dedos que se ponían blancos con el frío, y dijo que no era nada, y que su amigo le creyó, porque no había razón para no creerle.

* * *

Ensayaban en el andén por las tardes, detrás de la mesa, con una manta sobre los caballetes como escenario. Deren les pintó un telón de fondo de una torre de distrito con el ascensor descompuesto, que era el episodio de Garden, y luego un segundo telón del escudo oriental, que Kite pidió y no quiso explicar. Los residentes miraban. Los clientes miraban, si todavía estaban esperando en la mesa. Los niños bajaban por la rampa de carga desde el mercado a mirar, y se sentaban en el andén en filas, y para la segunda semana había un público fijo de veinte o treinta, y Ona les vendía té, y Ruth dijo que era el mejor ingreso que había tenido el vagón en todo el año.

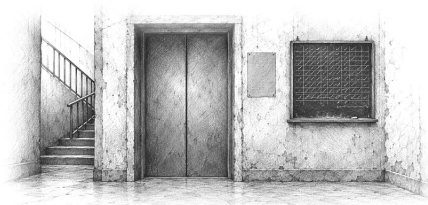
—Vel kobra nai —dijo Lio, queriendo decir que se les podía cobrar.

—Nul vel kobra nai —dijo Ona.

—Vel pasa nai sombrero —dijo Deren—. Des.

Pasaron el sombrero. Era el sombrero del funcionario, muy alto. Los niños echaban botones y tapas de botella y de vez en cuando una moneda. Tavi lo contaba todas las noches y se lo daba a Ona para la masilla del tanque.

Sentí el tanque esa quincena, con su masilla nueva aguantando, y más gente que nunca tomando té del grifo de la cocina, y el nivel bajando cada tarde y subiendo cada mañana cuando Tavi lo llenaba. Fue una buena quincena. Quiero que lo sepas. Fue ruidosa y calurosa y pobre y llena de gente riéndose en un andén bajo dos siglos de hollín, y lo sentí todo en novecientos litros de agua que goteaban por dos costuras.

*Al restablecerse el servicio de ascensor*

Sera bajó por la rampa de carga la cuarta tarde después de que cediera el calor, con un armazón de Tres Cocinas a la espalda porque Ezra tenía fiebre y la cena del vagón tenía que salir de alguna parte.

No iba de uniforme. Llevaba una camisa sencilla con las mangas arremangadas, y la muñeca derecha desnuda. Los residentes del Vagón 404 sabían lo que eso significaba. Para entonces todo el cuarto municipio lo sabía: la Guardiana que le había prestado su sello a Hattie Fairweather, la sala de enfriamiento, el impacto confirmado, la suspensión. La transmisión vespertina de la oficina de guerra lo había dicho en una línea: se estaba revisando una violación de credenciales por parte de una Guardiana de distrito durante la acción enemiga sobre el escudo oriental. No había dicho su nombre. No le había hecho falta.

Puso el armazón sobre la mesa de Ona y empezó a desempacarlo: guiso, pan plano, un frasco de pasta de pimienta con la letra de la madre de la cocinera en la tapa.

Ruth la observaba. Ruth conocía a Sera desde hacía años, del modo en que los residentes del vagón conocían a los Guardianes del distrito de arriba: los que bajaban para ver cómo estaban durante una ola de calor, y los que bajaban a revisar sus nombres. Sera siempre había sido de los primeros. Nunca había abierto ni una sola vez la terminal de registro del andén, aunque existía una, oxidada a su soporte junto a la rampa bajo una placa que todavía decía, con las alegres mayúsculas de la oficina de guerra, SER CONTADO ES SER CUIDADO, y aunque por lo menos dos de los residentes del vagón no estaban en ningún registro.

—Nul ler servio tu —dijo Ruth.

—Ru kari ai fena.

—Novi ai. —Ruth tomó el dibujo de debajo del termo del té, donde lo había estado guardando, y lo desplegó sobre la mesa junto al guiso—. Ma vidi tu di ka?

Sera lo miró. Le contó a Rubén después, y Rubén me lo contó a mí, que lo miró durante mucho tiempo, y que entendió más o menos la mitad, y que la mitad que entendió fue suficiente.

—Ma topa tu e nanali?

—Mesa de aposta. Ten mas. —Ruth puso el dedo sobre el compartimento vacío del gabinete del controlador—. En parte ri falta e di. Se topa alyen e, vel korre karo di nal tri ril ren. Korente de Gotham, korente de Garden, korente de Liberty. Senal de kada mera. Kambio de kada mera.

Esa era la pieza que faltaba, quería decir. Si alguien la encontraba, el vagón podría volver a correr sobre los tres rieles: con la corriente de Gotham, la de Garden o la de Liberty, con las señales de cualquiera, por las agujas de cualquiera.

—Meli nawi di?

Ruth la miró. Tavi le contó al tanque que Ruth dijo: «Kada mera ri kapa e i konta nek.» Todos los que supieran contar, quería decir, lo iban a querer.

* * *

Esa noche, después de que Sera volviera a subir la rampa con el armazón vacío, Tavi llenó el tanque. El hidrante estaba duro; tuvo que golpear la manija de la válvula con una llave inglesa. El agua entró fría al tanque desde la tubería principal de la vieja estación y el nivel subía y él hablaba.

Dijo que una Guardiania había bajado sin su sello. Dijo que había mirado el dibujo de Deren como su madre miraba la camisa de un coronel, como si pudiera saber de un vistazo de quién era. Dijo que Ruth le había dicho después que si el vagón volvía a correr alguna vez, iba a necesitar una cuadrilla, y que una cuadrilla de ruta comía comidas de ruta.

Dijo: «Vel reti ai ler ekipo de ruta.» Quería decir que podría haber un lugar para él en esa cuadrilla de ruta.

Luego cantó un rato. Era una canción del programa cómico, la versión de Gotham, la canción que canta el hombre de Gotham cuando su ascensor vuelve a funcionar. Tavi la cantaba con la letra cambiada para que al funcionario se le doblaran las rodillas al final de cada estrofa. Sentí su voz en el tanque, que es algo que puedo sentir: un cuerpo cantando cerca de un acero delgado sobre el agua, el acero respondiendo un poco, el agua respondiendo al acero.

El tanque se llenó. Cerró el hidrante, le dio otro golpe con la llave para la buena suerte y se fue a casa con su madre.

* * *

Ezra copió esto de la pantalla de la ventanilla en la cocina de la Harrow, una tarde de la semana de la sala de enfriamiento, y me lo leyó en la escalinata del puerto, porque dijo que alguien debía oír el tablero entero de una vez y no a pedazos como lo oía la cocina, entre pedido y pedido. Los nombres corren por la parte de abajo de la pantalla en una franja, blanco sobre rojo. Los marcadores están encima de ellos en el mismo recuadro, dorado sobre azul. Me los leyó en el orden en que los daba la pantalla, que no es el orden que nadie elegiría.

LOS MARCADORES DE ESTA NOCHE Y LOS HONRADOS.

Pelota de pared, liga municipal. Martillos de la Columna Nueve 11, Celadores de Lorne 9.

OSEI-BRANDT, P., 19, SEXTO MUNICIPIO, ZAPADOR, ACCIÓN ENEMIGA, ACCESOS ORIENTALES.

Liga juvenil. Cuarto municipio 14, Segundo municipio 6. Los juveniles del cuarto municipio siguen invictos.

HALVORSEN, A., 22, CUARTO MUNICIPIO, AUXILIAR DE GUARDIANES, ACCIÓN ENEMIGA, ACCESOS ORIENTALES.

Carreras de ascensores. La torre Carver retiene la copa del segundo municipio.

AMANKWAH, D., 17, SEXTO MUNICIPIO, CADETE, ACCIÓN ENEMIGA, ACCESOS ORIENTALES.
PROVISIONAL.

Frontera. Secciones mantenidas: todas.

NOMBRE RESERVADO, CUARTO MUNICIPIO, CIVIL, ACCIÓN ENEMIGA, ACCESOS ORIENTALES.
PROVISIONAL.

Fichas, división del puerto. Aplazado por el calor.

La oficina de guerra honra a los caídos. La oficina de guerra felicita a los Martillos.

Dijo que la franja corre más rápido que los marcadores. Dijo que los marcadores se quedan en la pantalla lo que dura una cena y los nombres pasan a la velocidad de un hombre que camina, de modo que puedes leer un nombre si estás mirando en el momento justo y si no, no, y que la cocinera le había dicho una vez que eso no era casualidad.

Dijo que Amankwah, D., era el muchacho que vendía cucuruchos de papel con maní tostado afuera del salón de cadetes, y que tenía diecisiete años desde hacía tres semanas.

Dijo que *provisional* significa que la oficina de guerra no ha terminado de decidir si estás muerto.

La cocinera escribió con tiza dos nombres en su pizarra junto a los estantes, los que conocía, y sirvió el resto de las cenas. Cuando el marcador de los Martillos volvió a salir al final del tablero, toda la cocina vitoreó, porque media cocina había apostado dinero a los Martillos, y Ezra vitoreó con ellos, y me lo contó en la escalinata del puerto, con la mano plana sobre la quinta hilada, y dijo que quería que yo lo supiera. Dijo «Ai ma vitorea»: él había vitoreado. Dijo: «Pon di», queriendo decir que yo debía dejar eso anotado con lo demás.

* * *

El equipo de verificación llegó a la torre Harrow el noveno día, la mañana después de la sala de enfriamiento, en plena emergencia cívica, porque a nadie en la oficina de guerra se le había ocurrido aplazarlo.

Ezra me lo contó en el puerto esa noche. Dijo que el equipo eran cuatro personas con una terminal en un estuche rígido y dos estuches de equipo, y un Guardián del quinto municipio para abrir las terminales de los pisos, porque la Guardiana de la propia torre Harrow estaba suspendida. Dijo que empezaron en la planta baja a la segunda campanada. El ascensor seguía averiado. La placa de Marisol no había llegado. El equipo hizo el primer piso, el segundo, el tercero, subiendo los estuches por la escalera con el calor que todavía no había cedido, y para el piso veintidós tenían la cara gris y el Guardián del quinto municipio cargaba dos de los estuches, y en el piso treinta la jefa del equipo se sentó en el rellano y se tomó una botella entera de agua y escribió en su libreta: PISOS 31 A 52, SEGUNDA VISITA, AL RESTABLECERSE EL SERVICIO DE ASCENSOR.

Luego volvieron a bajar.

—*Al restablecerse el servicio de ascensor*— le dijo Ezra al agua. Lo dijo dos veces, la segunda con la voz de la oficina de guerra, y luego se rio hasta toser, porque todavía tenía fiebre.

Así que la aritmética cambió. La fecha ya no era una fecha. Era un ascensor. Cuando llegara la placa de Marisol, y el ascensor funcionara, el equipo volvería y no subiría ni un escalón, y abriría la terminal del cuarenta y uno, y compararía la cuenta de la cocina, y encontraría lo que encontrara.

Marisol, dijo Ezra, había dejado de apostar sobre su tiempo de reparación en el mercado de la planta baja. Dijo que las apuestas se habían vuelto demasiado personales.

Ezra me dio el resto de la aritmética de la torre en las tardes siguientes, porque toda la torre Harrow la estaba haciendo.

En el rellano de la planta baja junto al ascensor muerto, al lado del aviso azul de interrupción, cuelga la tarjeta de puntuación del ascensor de la Harrow, el tablero donde los residentes anotan con tiza el día en que falló un ascensor y el día en que volvió y una nota sobre cinco para el mecánico. Gloria Szabo, del piso cuarenta y siete, ha anotado con tiza la cuenta de días bajo la avería en curso todas las mañanas durante veintidós años de averías, al salir hacia el mercado, porque alguien tiene que hacerlo y ella es la primera en levantarse. Bajo *Marisol O-B* la cuenta había llegado a *día 9*. Esa semana, dijo Ezra, tres vecinos distintos fueron a la puerta de Gloria, uno tras otro, y le pidieron que dejara de contar esta reparación. Ninguno dijo por qué. Gloria le dijo a Ezra que había vivido en la torre lo suficiente como para contar hasta treinta. Había parado la mañana en que el equipo se sentó en el rellano del treinta, y había dejado la tiza en la repisa donde cualquiera podía agarrarla, y nadie la agarró. La cuenta se quedó en nueve. Alguien escribió debajo, con una letra que a Ezra le pareció de niño: *tómate tu tiempo*.

Por encima del treinta, la gente hizo algo que Ezra nunca había visto hacer a una torre de Gotham. Dejaron de quejarse del ascensor. Un hombre del treinta y ocho que había escrito a la oficina del distrito todas las semanas durante un mes por la escalera dejó de escribir. Dos hermanas del cuarenta y cuatro que llevaban un libro de apuestas de carreras de ascensores desde la primavera, ilegal y universal, cerraron el libro y le devolvieron a todo el mundo su dinero. Los porteadores cargaban y nadie les refunfuñaba. La mayoría de esos pisos no tenía a nadie que esconder, dijo Ezra. Todos en ellos conocían a alguien que sí, o habían sido alguna vez alguien que sí, y la torre había decidido, sin reunión, que un ascensor muerto valía una semana de escaleras.

La cocinera no decidió nada. Siguió cocinando. Pero tuvo una semana más dura que nadie, porque el punto de carga de su madre seguía en el treinta y nueve, dos pisos por debajo de la cocina, y la escalera entre el cuarenta y uno y el treinta y nueve era la misma escalera tanto si el ascensor protegía al niño como si no. Cada día que el ascensor seguía muerto era un día en que el niño estaba a salvo y un día en que la madre de las dos tenía que ser bajada dos tramos para cargar y subida de vuelta, o tenía que quedarse sentada en el treinta y nueve tres horas en una silla prestada en el rellano mientras el concentrador llenaba su batería. Ezra la cargaba algunos días. Rubén, fuera de su rotación de simulacros, la cargaba otros. Sera, que no tenía sello ni rango ni nada que le quedara de su puesto salvo los brazos, la cargaba la mayoría.

—Sera dera e ke pesa e menos ke saka de sebol nek —le dijo Ezra al agua—. E ma dera e kada dia di semana. Ai kre ke en e broma nu nek. Ai kre ke ma ba en e odi tama nek.

Sera le decía a su madre que pesaba menos que un costal de cebollas, quería decir, y se lo dijo todos los días de esa semana. Él pensaba que ahora era una broma. Pensaba que había empezado como otra cosa.

Cuando llegara la placa, Marisol tendría el ascensor funcionando en un día. Todos en la torre estaban seguros de eso. Marisol lo sabía mejor que nadie.

* * *

No en todas las torres la aritmética salió así. Ezra me habló de la torre Lorne en la escalinata del puerto la tarde del noveno día, con la mano plana sobre la quinta hilada, con una voz que no era la que usaba para las bromas.

Una anciana del piso cuarenta y tres de la Lorne, al otro lado de la calle de la Harrow, no había bajado a la sala de enfriamiento en los primeros días del calor. Sus rodillas no aguantaban cuarenta y tres tramos. El ascensor de la Lorne estaba en su reposo por ola de calor, que es como los avisos llaman a un ascensor apagado para ahorrar la asignación del edificio. Nadie la bajó cargada, porque nadie sabía que seguía allá arriba: su nieto, que vivía con ella, había estado haciendo turnos dobles en el puerto. La encontró la segunda tarde del calor, en el suelo bajo la ventana que ella había abierto para que entrara un aire que no llegó. Ezra conocía al nieto. Le hacía entregas a la Lorne los martes.

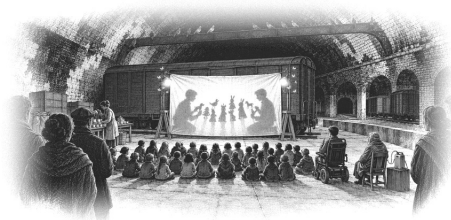
La oficina del distrito cerró su línea del hogar a la mañana siguiente. Ezra vio el aviso, pegado con cinta a la puerta para cuando llegó la camioneta de la cooperativa funeraria:

LÍNEA DEL HOGAR CERRADA. OCUPANTE PRINCIPAL: FALLECIDA. SIN TRASPASO REGISTRADO.
LA UNIDAD SERÁ REASIGNADA AL CONCLUIR EL DESALOJO. LA OFICINA DEL DISTRITO
AGRADECE AL HOGAR SU SERVICIO.

El nieto no estaba en la línea. Nunca había estado en ella. Había vivido en ese apartamento diecinueve años, y tenía hasta el final del desalojo, al que el aviso no ponía fecha, para sacar de allí las cosas de su abuela y las suyas.

Esa noche la oficina de guerra transmitió las cifras del calor del cuarto municipio entre un marcador de la frontera y los resultados de las carreras de ascensores del segundo municipio: *siete incidentes relacionados con el calor durante el periodo de acción enemiga; se aconseja a los residentes permanecer en el lugar*. La anciana era uno de los siete. La transmisión no dijo cuál, ni dónde había estado, ni cuánto son cuarenta y tres tramos a los ochenta y uno.

—*Incidentes*—le dijo Ezra al agua—. Komo ke ma tropesa e nek. Como si se hubiera tropezado, quería decir.

*Las rodillas*

Lo que queda de la primera parte es, sobre todo, una obra de títeres.

La tengo de Tavi Kells en el tanque, de Ona en la manguera y de Ezra, que trajo al niño. El niño vino con su abuela la noche de la quinta función, porque la cocinera, su madre, llevaba días oyendo hablar de la obra de títeres del Andén Once a cada cargador que pasaba por su cocina, y porque el niño no había salido de la torre Harrow desde la sala de enfriamiento, y porque, dijo ella, si no lo sacaba de la despensa por una noche se iba a convertir en un saco de harina.

—En nivi e —le dijo ella a Ezra—. Mor vidi e tama. Era un niño, quiso decir, y le tocaba ver cosas.

Ezra llevaba en su armazón la batería de repuesto del concentrador. El niño bajó cuarenta y un tramos de escalera en el regazo de su abuela, en una silla de acarreo que se turnaban dos porteadores de la ruta de cenas del vagón, y luego recorrió el nivel del mercado con sus propios pies, de la mano de Ezra, y bajó por la rampa de carga hasta el andén, donde treinta niños ya estaban sentados en filas sobre el concreto frente a una manta colgada sobre dos caballetes, y Ona vendía té.

* * *

Casi no hubo quinta función en el Andén Once.

Tavi le contó al tanque el ensayo de la noche anterior, que según él fue la peor noche de su vida hasta entonces, y luego se rio, porque sabía que no lo era.

Todo salió mal. Ruth había movido una de las lámparas de trabajo para mirar una zapata de freno y la había vuelto a sujetar un palmo más abajo en la baranda, y nadie se dio cuenta hasta que el funcionario entró para su primer anuncio y su alto sombrero de cartón tocó la rejilla caliente de la lámpara y empezó a echar humo. Kite no se dio cuenta. Kite estaba haciendo la voz. El funcionario anunció que las escaleras estaban cerradas por mantenimiento programado con un hilo de humo gris que le subía de la copa del sombrero, y Deren, en la primera fila con el silbato, se rio tanto que se le cayó, y Tavi estiró la mano para apagarle el sombrero a manotazos y tiró al funcionario de la mano de Kite, y el funcionario cayó detrás de los caballetes con el sombrero humeando y las rodillas dobladas, que según dijo Ona después fue lo mejor que había hecho en su vida.

Luego se rompió el hilo. Kite manejaba las rodillas con un lazo de hilo de botones que pasaba por las piernas del títere y subía por dentro del cuerpo hasta sus dos dedos, y el hilo llevaba toda la quincena rozando contra el portapapeles y eligió ese momento para soltarse. Kite volvió a ponerse al funcionario en la mano. El funcionario se puso de pie, muy derecho, y no quiso sentarse. Kite tiró. Nada. Tiró otra vez y el títere entero se le salió de la mano y quedó colgando de la manta por el ala del sombrero.

—Ler paro e —dijo Lio, desde la cocina—. El funcionario estaba en huelga, quiso decir.

Kite tiró el títere contra la manta y se fue. No subió por la rampa. Subió por la baranda hasta el techo del vagón y de ahí a la cornisa que corre a lo largo de la bóveda, y se sentó allá arriba en la oscuridad, por encima de las lámparas, donde nadie podía alcanzarlo. Tavi dijo que nadie lo intentó. Ona hizo té. Deren se llevó el sombrero a su cuarto y pintó uno nuevo encima de la quemadura, más negro y más alto, a la luz de la lámpara, hasta pasada la medianoche. Ruth encontró en su lata un trozo de cordón de lino encerado, del que usaba para rematar las puntas del cable de freno, más fuerte que cualquier hilo de botones, y lo dejó en la mesa de Ona sin decir para qué era.

A alguna hora después de eso, dijo Tavi, Kite bajó. Se sentó a la mesa de Ona en la oscuridad y enhebró las rodillas del funcionario con el cordón de Ruth, despacio, con sus dedos rígidos, y Tavi le sostuvo la lámpara, y ninguno de los dos dijo nada del sombrero ni de la huelga ni de la cornisa. Cuando terminó, Kite hizo que el funcionario se levantara y se sentara, se levantara y se sentara, y las rodillas se doblaban cada vez, suaves como una bisagra, y Kite dijo: «Mas gali», y Tavi dijo: «Mas gali dema», y durmieron en el andén bajo la ventana del vagón con los títeres en la bolsa de la ropa sucia entre los dos.

* * *

La abuela del niño no había bajado del nivel del mercado en once años.

Se lo dijo a Ezra mientras bajaban por la rampa, erguida en la silla de acarreo entre Hamid Osei y otro cargador, con la cánula puesta y el concentrador en el regazo, como una reina llevada en una procesión que no aprobaba. Dijo que cuando ella era niña todo este nivel había sido un mercado, con puestos a ambos lados del lecho de la vía, y que un hombre vendía castañas asadas al pie de la rampa en un tambor con agujeros perforados, y que su madre le había comprado un cucurucho de papel lleno y le había dicho que no se lo contara a su padre. Dijo que el hombre de las castañas ya era viejo entonces. Ezra contó que ella buscó el tambor al pie de la rampa como si todavía pudiera estar ahí, y luego miró hacia la bóveda, y el vagón, y los treinta niños y las lámparas, y dijo: «Mira e», a nadie.

El niño no dijo nada en absoluto. Ezra nunca lo había visto callado tanto tiempo. Se quedó al pie de la rampa de la mano de Ezra y miró hacia la bóveda, que era más alta que cualquier cuarto en el que hubiera estado, negra y blanca a manchas bajo la luz de las lámparas, con las polillas dando vueltas alrededor de las lámparas y las palomas acomodándose en la viga y el aire fresco del túnel sur tocándole la cara. Las lámparas de trabajo detrás de la manta la hacían brillar como un farol, y sobre ella, enormes y suaves, estaban las sombras de dos muchachos arrodillados y una docena de figuritas que esperaban en sus manos.

—En di obra ka? —preguntó el niño.

—En di detras de obra —dijo Ezra.

El niño dijo que la parte de atrás era la mejor. Ezra dijo que a lo mejor tenía razón. Se sentaron en la primera fila junto a Deren, y los porteadores pusieron la silla de la abuela al final de la fila, donde ella podía ver y donde el concentrador podía quedar sobre un cajón volteado, y Ona le llevó té sin que se lo pidieran, y ella se lo tomó.

* * *

El escenario era la manta, iluminada por detrás con dos lámparas de trabajo que Ruth había sujetado a las barandas del vagón. Los telones de fondo de Deren colgaban de una cuerda tendida entre las lámparas: la torre de distrito con el ascensor descompuesto para la primera mitad, el escudo oriental para la segunda. Tavi manejaba al hombre de Gotham y al oficinista de Liberty. Kite manejaba a la mujer de Garden, al perro y al funcionario. Se arrodillaban detrás de los caballetes en la oscuridad con los títeres en las manos, y Deren se sentaba en su silla al final de la primera fila con un silbato de hojalata, haciendo los sonidos.

No puedo decirle cómo se veía. Puedo decirle lo que me contaron quienes estuvieron ahí, que fue muchísimo, porque todos los que vieron esa obra querían contársela a alguien después.

La primera mitad era el episodio de Garden, el triste, pero al revés. En la versión de Garden del programa, la mujer de Garden sube sopa por treinta tramos de escalera hasta la madre del hombre de Gotham, y el hombre de Gotham se entera y no le da las gracias. En la versión de Kite y Tavi, el hombre de Gotham y la mujer de Garden suben sopa por la escalera al mismo tiempo, desde extremos opuestos del edificio, y se encuentran en el piso quince, y tienen una larga discusión en el cubo de la escalera sobre cuál sopa es mejor mientras el oficinista de Liberty sube detrás de ellos pidiéndoles a los dos que llenen un formulario sobre la sopa, y el perro se come las dos sopas, y la madre baja la escalera con sus propios pies, muy despacio, y dice que ya comió.

Ezra contó que el niño, que para entonces se había subido a la rodilla de su abuela, se rio tanto con el perro que se cayó.

Entonces entró el funcionario.

* * *

El funcionario, según me lo describieron después todos los que vieron la obra, era un títere de guante con un portapapeles cosido a una mano y un sombrero de cartón enrollado pintado de negro, tan alto que Kite tenía que levantar el brazo por encima de la cabeza para que no chocara con el borde superior del escenario. Tenía una cara dibujada con tinta y una boca muy pequeña. Entraba por un costado con el silbato de hojalata tocando el tono de la oficina de guerra, las tres notas ascendentes, y todos los niños de aquel andén conocían esas notas y se reían antes de que dijera una palabra.

Anunciaba cosas. Eso era todo lo que hacía. Anunciaba que las escaleras estaban cerradas por mantenimiento programado. Anunciaba que la sopa había sido confirmada. Anunciaba que el perro estaba bajo revisión. Anunciaba que todos debían permanecer en su lugar. Kite le hacía la voz, y Ezra dijo que era una voz muy buena, agradable y razonable, una voz que sonaba como si tuviera tiempo para uno, y la mitad de los adultos del andén se

quedaron inmóviles un momento al oírla, porque habían oído una voz así en las pantallas todas las semanas.

Al final de cada anuncio, al funcionario se le doblaban las rodillas.

Kite lo hacía con dos dedos. El títere se quedaba muy derecho con el portapapeles en alto y el sombrero alto tambaleándose, y decía su frase, y luego había una pequeña pausa, y luego las piernas se le iban y caía sentado de plano en el borde del escenario, y el sombrero se le caía sobre la cara.

Entonces el hombre de Gotham, o la mujer de Garden, o el perro, lo levantaba y lo volvía a poner de pie, y él se enderezaba el sombrero y pasaba a su siguiente anuncio.

Ona me contó que la primera vez que se le doblaron las rodillas, los niños se rieron. La segunda vez se rieron más fuerte. Para el quinto anuncio gritaban las palabras junto con él y chillaban cuando se le iban las rodillas, y los adultos del fondo también se reían, con esa risa de la gente que no está segura de que debería reírse, que es la más fuerte de todas.

—En leva —le dijo Ona a la manguera, a la mañana siguiente—. Di pran dei. Nul en ke kae e nek. En ke siempre mor leva alyen e ren nek, o siempre feni dei e, o nene dera e mersi. Lo que los atrapaba era que lo levantarán, quiso decir. No que se cayera, sino que alguien siempre tenía que levantarlo otra vez, y siempre lo hacían, y él nunca daba las gracias.

* * *

La segunda mitad era el escudo oriental.

El telón de fondo de Deren mostraba los terraplenes y las barreras y la franja de tierra donde nadie vive, pintada al atardecer, gris y naranja, con el agua más allá. Kite lo había pedido y no quiso explicar por qué. Tavi le dijo al tanque que creía que era por los tableros de bajas: Kite tenía un primo en los accesos orientales, o lo había tenido, y no hablaba de eso.

En la segunda mitad, el hombre de Gotham y la mujer de Garden estaban a lados opuestos del escudo, cada uno en un terraplén, con la franja de tierra vacía entre ellos. Se gritaban insultos de un lado al otro. Los insultos eran muy buenos. Tavi y Kite los habían juntado del programa de verdad, de sus tres versiones, y de sus propias madres y vecinos, y del mercado, y eran la clase de insultos que la gente del corredor guarda para usarlos en las bodas. La mujer de Garden dijo que la torre del hombre de Gotham era tan alta que su ascensor tardaba una semana en llegar arriba y volvía con barba. El hombre de Gotham dijo que el patio de la mujer de Garden era tan ruidoso que sus cebollas se habían quedado sordas. El oficinista de Liberty iba y venía por la tierra vacía entre ellos con un portapapeles, pidiéndole a cada uno que confirmara el insulto por escrito.

Entonces entró el funcionario, en medio de la tierra vacía, y anunció que se había confirmado un ataque.

Las rodillas no se le doblaron.

Ona me contó que el andén se quedó callado. Los niños lo esperaban, porque habían aprendido a esperarlo, y no llegó. El funcionario se quedó en medio de la tierra vacía con el portapapeles en alto y el sombrero alto puesto, y el silbato de hojalata volvió a tocar el tono, tres notas ascendentes, y él se quedó ahí parado.

Entonces el hombre de Gotham y la mujer de Garden bajaron de sus terraplenes y cruzaron la tierra vacía el uno hacia el otro, y se encontraron en el medio junto al funcionario, y juntos, sin una palabra, cada uno le tomó una pierna y le dobló las rodillas, y él se sentó, y el sombrero se le cayó sobre la cara.

Ezra me contó que los adultos del fondo del andén hicieron un sonido que él nunca había oído hacer a una multitud. Dijo que era mitad risa y mitad otra cosa. Dijo que alguien cerca de él dijo en voz alta: «Aya», como si la hubieran golpeado.

Los niños chillaron de alegría. Creyeron que era el mejor chiste hasta entonces.

*Invicto*

El funcionario se llevó la carcajada más grande del Andén Once en todo el verano. La gente me lo dijo en el agua durante semanas después, gente de la que nunca había sabido nada: un porteador, un empleado de carga, una mujer que vendía melón cortado, un hombre del segundo municipio que había bajado por la rampa porque oyó que había una obra. Cada uno de ellos describió las rodillas del funcionario y el sombrero alto y las tres notas del silbato de lata. Cada uno de ellos describió el momento en el escudo en que las rodillas no se doblaron solas.

Ninguno lo describió de la misma manera. Algunos dijeron que era lo más gracioso que habían visto en su vida. Algunos dijeron que era valiente. Uno dijo que iba a hacer que arrestaran a alguien. Dos dijeron que era solo una función de títeres, y que todo el mundo le estaba dando demasiada importancia, y noté que esos dos volvieron al agua y lo dijeron más de una vez.

Te diré lo que Tavi le dijo al tanque, mientras lo llenaba a la mañana siguiente, porque él lo hizo y a él le toca decir qué fue. Dijo: «Mer nul ma prepara parte de eskudo. Kite ma feni e ler norawe. E sola ma kamina muyer de Garden lado odi, o ai ma pensa, a, bueno, o ai ma kamina omre de Gotham lado odi, o mer ma feni e. Mer nul ma ensaya e. E sola ma pari prosimo tama.» Nadie había planeado lo del escudo, quiso decir, y nadie lo había ensayado. Kite simplemente lo empezó esa noche, llevando a la mujer de Garden caminando hasta el otro lado, y Tavi había pensado, bueno, y llevó al hombre de Gotham caminando detrás de ella, y solo pareció lo que tocaba después.

Dijo: «Rodiya ma en idea de e. Ai ma dera tu di ya.» Las rodillas eran idea de Kite, y eso ya me lo había dicho.

Dijo: «Todo mera ma riye. Di sola ma meli mer.» Todo el mundo se rio. Eso era todo lo que los dos habían querido.

Rena Kells miraba desde la puerta del vagón.

Esa tarde había salido temprano de su turno, a la novena campanada en lugar de la décima, porque la línea de vapor de la lavandería había fallado y la encargada había mandado a todos a casa. Bajó por la rampa de carga todavía con el delantal puesto, con olor a almidón encima, y no se sentó en las filas con los niños ni atrás con los adultos. Se quedó de pie en la puerta abierta del Vagón 404, en el escalón, donde estaba la mesa de Ona, y se apoyó en el marco de la puerta, y miró a su hijo arrodillado detrás de una manta con un títere de guante en la mano.

Ona la vio ahí y le sirvió té y no dijo nada. Ona le contó a la manguera que Rena sostuvo el té sin beberlo durante toda la segunda mitad, y que cuando las rodillas del funcionario no se doblaron, Rena metió la mano en el bolsillo del delantal y la dejó ahí.

Después de la función Tavi salió de detrás de los caballetes, sudando, sonriendo, todavía con el oficinista de Liberty en la mano, y vio a su madre en la puerta, y se detuvo.

—Tu ma veni —dijo él.

—Ma rompi lini de bapor —dijo Rena—. Ma en de tu di ka? Sombrero?

—Sombrero ma en de ai. Rodiya ma en de Kite.

Rena miró por detrás de él, hacia donde Kite metía los títeres en una bolsa de lavandería en lo oscuro detrás del escenario, sin mirar a nadie.

—Tu ma ru riye —dijo Tavi—. Ai ma vidi tu. Ler eskudo. Ella se había estado riendo, quiso decir. Él la había visto, en lo del escudo.

—Ma riye ai —dijo Rena, y se bebió el té frío de un solo trago, y le devolvió la taza a Ona—. Ir o ayuda mori de tu.

Los esperó. Ona dijo que se sentó en el escalón del vagón con la taza vacía mientras los dos muchachos bajaban la manta y enrollaban los cables de las lámparas y guardaban los títeres, y cuando terminaron se puso de pie y le dijo a Kite: «Vo maku tu la mer.»

Kite dijo que no tenía hambre.

—Nul ma peni ai —dijo Rena, queriendo decir que no se lo había preguntado.

Tavi se lo contó al tanque a la mañana siguiente, mientras lo llenaba antes de la escuela. Dijo que los tres subieron por la rampa y cruzaron el mercado vacío, donde Iggy Moyo anotaba con tiza las probabilidades del día siguiente a la luz de una lámpara y les gritó que el funcionario debería estar a cargo de la oficina del distrito, y siguieron por las dos calles hasta su torre, y subieron veintiséis tramos, porque su ascensor estaba en su descanso de la noche. Su madre hizo pan frito y huevos en la punta de la tabla de planchar y Kite se comió cuatro huevos, y ella lo miró comerse el cuarto sin decir nada, y puso un quinto en la sartén.

Le preguntó a Kite dónde iba a dormir esa noche. Kite dijo que en el vagón. Ella dijo que el vagón estaba lleno de gente grande y que las lámparas estaban apagadas, y que había una manta en el armario, y que el piso de la cocina estaba limpio porque lo había lavado el domingo. Kite dijo que no quería causar ninguna molestia. Rena dijo que llevaba seis años comiendo pegado al codo de su hijo y que ya era un poco tarde para eso.

Durmió en el piso de la cocina, debajo de la tabla de planchar. Tavi dijo que en la noche oyó a su madre levantarse e ir a la cocina y quedarse ahí parada un rato, y volver, y en la mañana había una segunda manta sobre Kite que no estaba ahí cuando se fueron a dormir.

—E nul ma peni e —le dijo Tavi al tanque—. E nene peni e. E sola feni e, o e desha e. No le había preguntado a Kite, quiso decir. Ella nunca preguntaba. Solo hacía la cosa, y la dejaba estar.

* * *

Esa noche había un hombre con un buen abrigo al fondo del andén. Ona se fijó en él porque no se rio, y porque no compró té, y porque el abrigo era de esos abrigos que no se usan en la ciudad baja en verano a menos que uno quiera que la gente sepa que no vive ahí.

Después de la función, mientras los padres recogían a los niños y Kite y Tavi bajaban la manta, el hombre se acercó a la mesa de Ona y preguntó por Ruth. Ruth salió del vagón secándose las manos.

Le habló en Estándar Imperial, que es lo que usan los funcionarios de Gotham cuando quieren sonar como nadie en particular. Ona me dijo que por debajo del Estándar tenía acento de Garden, de los patios, como a algunas personas se les notan las manos a través de un guante. Dijo que representaba a un interés de carga. Dijo que el interés de carga había visto cierto dibujo. Dijo que el interés de carga entendía que el vagón estaba inmovilizado y no en condiciones de operar, y que sus residentes se encontraban en una situación irregular, y que el interés de carga estaba dispuesto a hacer una oferta por el vagón en su estado actual, y a gestionar una vivienda adecuada para los residentes en otro lugar.

—Ten mer vivienda —dijo Ruth—. Ru reti tu ler fas de e. Tenían vivienda, quiso decir, y él estaba parado delante de ella.

—Entiendo —dijo el hombre—. Le pediría que lo pensara. Es una oferta generosa. El vagón no es seguro en su estado actual, y no es suyo.

—Nul en de alyen e —dijo Ruth, queriendo decir que no era de nadie.

Dejó una tarjeta en la mesa. Ona me dijo que tenía el sello de una oficina de carga, del tipo que decía Garden sin decir Garden, y un nombre que ella no reconoció, y debajo del nombre, en letra pequeña, las palabras: *por delegación de la Mariscalía de Carga*.

Ona la puso debajo del termo del té, junto con el dibujo.

* * *

Esa noche hicieron una reunión, después de que los niños se fueron a casa y la manta estaba abajo. Ona se lo contó a la manguera en la mañana. Tavi, que había vuelto a bajar después de la cena por la bolsa de lavandería de Kite y se sentó en la cabina trasera a esperar mientras los adultos hablaban, se lo contó al tanque.

Se sentaron alrededor de la mesa de Ona con la tarjeta en el centro, bajo la lámpara, y nadie la tocó.

Lio habló primero. Dijo, en Switch, que quería saber el precio. Lo expuso con mucha exactitud: el objeto, el vagón; su estado, inmovilizado, falta un conjunto; la mano, la de ellos, por residencia y nada más; permiso para vender, de nadie; siguiente trabajo, averiguar cuánto creía una oficina de carga que valía un vagón inmovilizado. Luego dijo, no en Switch, que

le quedaban cuatro meses de la deuda con el intermediario, y que una parte del dinero de una oficina de carga la terminaría, y que no le daba vergüenza decirlo.

—Nul ma dera alyen ke mor en tu dinu nek —dijo Ruth. Nadie le había dicho que le diera vergüenza, quiso decir.

Ona dijo que ella no quería saber el precio. Dijo que una vez que sabes el precio de tu casa empiezas a vivir dentro de un número. Ella había vivido dentro de un número una vez, en una torre de distrito del segundo municipio, cuando la oficina del distrito tasó su apartamento para un traslado, y nunca volvió a dormir bien en él y se fue antes de que pasara el año y bajó por la rampa. Dijo que el hombre había dicho *vivienda adecuada*, y que ella había escrito suficientes apelaciones de vivienda para saber lo que hacía la palabra *adecuada* en una oración. Sacaba a la persona.

Deren dijo que era culpa suya. Dijo que si nunca hubiera dibujado el vagón nadie sabría dónde estaba el hueco, y nadie lo querría. Lo dijo en voz baja, mirándose las manos, y Lio estiró el brazo y puso una mano vendada en el brazo de la silla de su primo y la dejó ahí.

—Se nul ma dibusha tu e —dijo Ruth— vel baya alyen rampa selawe la lami an dia o vel topa e e. Ma dibusha tu berda. Nul en di kulp. Si él no lo hubiera dibujado, quiso decir, alguien habría bajado por esa rampa con una lámpara algún día y habría encontrado el hueco de todos modos. Él había dibujado la verdad, y en eso no había culpa.

Entonces Ruth dijo lo que Tavi recordaba mejor. Dijo que el hombre tenía razón en dos cosas. El vagón no era seguro en su estado actual, porque tenía un puente con un hueco y frenos que mantenían vivos una anciana y una lata de masilla. Y no era de ellos. Llevaba once años sabiéndolo. Dijo que el vagón le pertenecía a aquello para lo que lo habían construido, que era ir y venir entre gente que no debía encontrarse, y eso no ocurría en vida de nadie, y una oficina de carga lo quería ahora porque alguien allí había calculado que podría volver a hacerlo, y quería ser el único para quien lo hiciera.

—Don feni nai nawi? —preguntó Lio, queriendo decir qué iban a hacer, entonces.

—Nul vende mer tama ri nul en de mer e nek —dijo Ruth—. O vo topa mer tama ri mor ten ueko nek. No venderían algo que no era de ellos, quiso decir. Y darían con la cosa que iba en el hueco.

Ona dijo que eso eran dos cosas y que ninguna de las dos le pagaba a la oficina de carga eléctrica. Ruth dijo que lo sabía. Lio no dijo nada más esa noche. Tavi lo oyó desde la cabina trasera, después, detrás de la cortina de los peces, dando vueltas y más vueltas en su litera durante mucho tiempo.

La tarjeta se quedó debajo del termo.

* * *

Tavi consiguió su primer turno local pagado dos días después.

Una cuadrilla de ruta que trabajaba la línea local por el cuarto municipio necesitaba a alguien que despejara la ventilación de una caseta de relés que había estado ahogando su equipo todo el verano, y el capataz de la cuadrilla había oído, por el mercado, por la mesa de apuestas, por los porteadores, que había un muchacho en el Andén Once capaz de abrir una rejilla sin romper una lama. El capataz era un hombre grande y lento llamado Ambrose Teague. Bajó por la rampa a la sexta campanada y le preguntó a Ona por el muchacho

de las rejillas, y Ona señaló, y Teague miró a Tavi, de quince años y flaco, con las mangas arremangadas, y dijo: «Tu ka?»

—Ai —dijo Tavi.

Teague le dio un día. Un turno, a la tarifa de la cuadrilla para un peón, que no era mucho, y una comida de ruta.

Tavi se lo contó al tanque esa noche, mientras lo llenaba, y no podía dejar de hablar. Dijo que la caseta de relés era del tamaño de la mesa de Ona y estaba llena de armarios con lucecitas, y hacía tanto calor que la cuadrilla había trabado la puerta abierta con un ladrillo y se sentaba afuera por turnos. Dijo que la rejilla era una grande de lamas en la pared del fondo, pintada y sellada tres veces, con un nido de avispas detrás del tamaño de su cabeza. Dijo que quitó la tapa en cuarenta minutos sin romper una sola lama, y la cuadrilla se quedó en la puerta mirando, y cuando el aire empezó a moverse otra vez por la caseta las luces de dos de los armarios cambiaron de color, y Teague metió la cabeza y dijo una palabra por la que la madre de Tavi le habría pegado.

—En gali maskina di —le dijo Tavi al tanque—. En maskina la opinion.

Le habló al tanque de la cuadrilla. Eran once en la cuadrilla de línea local de Teague, y ese día aprendió cuatro nombres y se los repitió al tanque para no olvidarlos. Constance Lamb, la ajustadora de señales, que tenía sesenta años y maldecía en Span y en polaco y llevaba fusibles de armario en el bolsillo del chaleco como si fueran dulces, le sostuvo la lámpara en la caseta y le dijo qué luces de los armarios significaban algo y cuáles solo estaban presumiendo. Dos hermanos que tendían balasto y discutieron todo el turno sobre una mujer del quinto municipio a la que ninguno de los dos había conocido. Y el peón más joven de Teague, no mucho mayor que Tavi, que caminaba delante por la vía con una lámpara revisando el riel y no dijo una palabra en todo el día.

Dijo que las avispas fueron lo peor. Cuando soltó la tapa pudo ver el nido detrás, papel gris en capas como la idea que tendría una avispa de una torre de distrito, y las avispas caminando encima, lentas con el calor. La cuadrilla dijo que lo quemaran. Constance Lamb dijo que no. Tenía un ahumador de las abejas de su padre, una lata con pico y un fuelle pequeño, que guardaba en el carro de la cuadrilla justo para esto, y echó humo dentro de la rejilla hasta que las avispas se quedaron quietas y pesadas. Tavi cortó el nido por el tallo con su cuchillo y lo sacó entero con las dos manos, y los dos lo llevaron fuera de la caseta y a lo largo de la trinchera de la vía hasta un zumaque que crecía de la pared del corte, de tallos rojos y más alto que un hombre, y lo encajaron en una horqueta. Dijo que no pesaba nada. Dijo que era como cargar una pantalla de lámpara hecha de saliva. Dijo que las avispas despertarían enojadas y descubrirían que se habían mudado de casa, y Constance Lamb dijo que todo el mundo en Gotham sabía lo que se sentía eso, y la cuadrilla se rio, y Teague dijo que ya era suficiente historia natural para un turno.

Dijo que la comida de ruta estaba caliente. Dijo que eran frijoles con arroz y un pedazo de pescado ahumado y un pan plano, en una lata con tapa, y que se comía sentado en el riel con la cuadrilla, y que nadie hablaba mientras comía, y que era la mejor cena que había comido en su vida, y que había guardado la mitad del pan plano para su madre.

Dijo que Teague le dijo que quizá hubiera más turnos. Dijo que Teague le preguntó dónde vivía, y él le dijo que arriba del mercado, y Teague le dijo: ¿no en el vagón? Tavi le

dijo: a veces en el vagón, y Teague lo miró un momento y le dijo: ese vagón vale más que todos nosotros, eso lo sabes, y luego le preguntó si podía empezar a la quinta campanada el jueves.

El tanque se llenó. Golpeó el hidrante con la llave para la suerte. Cantó la canción del ascensor del hombre de Gotham con las rodillas del funcionario adentro.

* * *

El tablero de bajas llevó su nombre al cuarto día después de Tres Vías.

Ezra me lo contó, en la escalinata del puerto, esa noche. Dijo que estaba en la cocina de la Harrow a la séptima campanada cuando el tablero de la tarde apareció en la pantalla de la ventanilla, y pasó el clima, y los resultados de los municipios, y los avisos de raciones, y luego la franja de abajo donde los nombres de los muertos de guerra de Gotham corrían sin parar, y ahí, entre un cabo del segundo municipio y un zapador del sexto: KELLS, T., CUARTO MUNICIPIO, AUXILIAR CIVIL, ACCIÓN ENEMIGA, SECTOR GARDEN.

Dijo que la cocinera dejó la paleta. Dijo que fue a la pizarra junto a los estantes y escribió TAVI KELLS con tiza, no T., y no escribió nada después, ni AUXILIAR CIVIL ni ACCIÓN ENEMIGA ni SECTOR GARDEN. Dijo que se quedó ahí con la tiza en la mano un rato. Luego volvió a tomar la paleta, y sirvió ciento nueve cenas, y anotó cada una con tiza.

—*Auxiliar civil* —le dijo Ezra al agua. Lo dijo con la voz de la oficina de guerra. Luego lo dijo con la suya: «Ma ru limpia e reshiya.» Limpiaba rejillas, quiso decir.

Dijo que después de los nombres la pantalla pasó a un segmento de la oficina de guerra, y luego a la pelota de pared, y que podía dármelo porque la madre de la cocinera había subido el volumen del receptor de su delantal para taparlo y había salido de los dos a la vez, la pantalla grande y la pequeña, con un tiempo de diferencia, como un eco. Te lo doy como Ezra me lo dio, en las dos voces, la agradable y la suya.

Un auxiliar civil de Gotham ha muerto a causa de la agresión de Garden en el sector Garden mientras apoyaba un movimiento de Gotham. El mando de carga de Garden ha admitido la falla de sus propios trabajadores. Gotham no acepta las expresiones de pesar de Garden. La Oficina honra el sacrificio del cuarto municipio. La pelota de pared de esta noche: cuarto municipio once, sexto municipio nueve. El equipo juvenil del cuarto municipio sigue invicto esta temporada. No se pierdan el nuevo episodio del programa del que todos hablan, en la versión de Gotham, la única versión.

Ezra dijo que Wren, la muchacha del octavo piso que juega pelota de pared en el equipo juvenil, estaba en la mesa larga con su cena, y cuando aparecieron los resultados dejó la cuchara y no la volvió a tomar. Dijo que ella dijo: «Ai nul meli i en invikta nal mismo pantaya la e nek.» No quería estar invicta en la misma pantalla que él, quiso decir. Dijo que Kofi, que arregla receptores, se levantó y fue a la pantalla de la ventanilla y la volteó hacia la pared, cosa que no tiene permitido hacer, y la cocinera lo dejó.

Esa es la primera parte. Esa es su fuente: de dónde vino, y a quién se incluyó.

Una cocina que mantenía limpia su cuenta pasando hambre. Un niño debajo de una mesa que creía que esconderse era un juego. Una Guardiana que prestó su sello y lo perdió, y después se puso a sí misma en cada oración. Un reloj en Liberty que se adelantaba once minutos hasta que una mujer lo descubrió. Un vagón con un hueco en medio de su reloj, y un dibujo del hueco en cada mercado que sabía lo que era un empalme. Dos muchachos, una manta, y un funcionario al que se le doblaban las rodillas porque nadie lo sostenía.

La siguiente revisión pregunta quién entendió, quién aceptó, quién se negó. Para eso tengo que ir tierra adentro, a un embalse que se estaba calentando demasiado pronto, y a un comedor donde una mujer llevaba las cuentas.



Fin de la muestra

Esta muestra gratuita termina con el primer arco de la novela. La novela completa está disponible en inglés en Amazon. Esta traducción al español se hizo con herramientas de inteligencia artificial generativa bajo la dirección del autor y se revisó con herramientas automáticas; no la hizo un traductor humano.

Que haya más traducciones depende de los lectores. Si quieren leer el resto en español, visiten mudnewspackage.com y díganse al autor.



Personajes

Una guía de las personas que vuelven a aparecer, tal como están cuando empieza la historia. No revela ningún final.

Ayida. Quien cuenta este relato, y reúne lo que la gente dice junto al agua.

Vagón 404

Un vagón de recuperación cívica que nadie puede poseer. Solo funciona mientras todas las cuadrillas estén de acuerdo.

Ruth Calder. Sesenta y tres años. La mecánica del vagón. Madre de Iris.

Kite. Quince años. Desciende de custodios de rutas; a Ayida no le cuenta nada.

Tavi Kells. Quince años. Rejillas de ventilación, y máquinas con opiniones. Hijo de Rena.

Lio. Palmas quemadas, y un Switch impecable que deja fuera el riesgo.

Deren. Primo de Lio. Un pintor que usa una silla motorizada.

Ona. Escribe cartas para sus clientes en la puerta del vagón.

Gotham

Ezra Mensah-Rosenblum. Diecisiete años. Corredor de Tres Cocinas, y el primero que le cuenta la historia a Ayida.

Sera. Una Guardiana de distrito con un audífono, que antes formó parte del mando.

Rubén Awolowo. Compañero Guardián de Sera, que se escribe nombres en el brazo.

La hermana de Sera. Dirige la cocina de la Harrow, una de las once cocinas de distrito de Tres Cocinas. Nunca se dice su nombre.

La madre de Sera. Vive en la torre Harrow y mantiene cargado un concentrador de oxígeno.

Hattie Fairweather. Presidenta de los inquilinos.

Rena Kells. Trabajadora de lavandería. Madre de Tavi.

Renn Ivers. Mariscal adjunto, el enlace de seguridad cívica con la oficina de guerra.

Talin. Pescadora de Fenn Yard, con un bote llamado *Second Try*.

Liberty y el Commonwell

Joss Arden. Carga bultos en la transferencia de Liberty. Tiene un hermano, Isen, que estudia en Garden.

PERSONAJES

Mica. Lleva los registros de transferencia de Liberty. Está en matrimonio con Aven, que enseña en los distritos de molinos.

Grace Adebayo-Kim. Encargada de una sala de relojes pública en el distrito del puerto de Liberty.

Luce Arvel. Cantante que cambia los últimos versos.

Bex. Lleva los conteos y las lecturas del comedor.

Naila. Delegada de la Asamblea por el distrito de Crown. Esposa de Bex.

Orla. Coordinación de la planta; lleva el registro en voz alta.

Jun. Pruebas, en la planta.

Senn. Escribiente del archivo.

Garden

Hosea Mbatha. Alineador de vías en Tres Vías. Casado con Thandeka; su hijo Lwazi tiene doce años.

Dara. Trabaja en una mesa de suelos y usa una férula de agarre. Madre de Vey, de diez años.

Tessa. Aprendiz en el taller de máquinas de Ashgrove.

Sol Danner. Mariscal de Carga de Garden.



Lugares e instituciones

- El corredor.** La franja entre las viejas ciudades del noreste. Tres Bastiones crecieron a su alrededor, y están en guerra.
- Gotham.** Antes Nueva York. Una espina elevada, una ciudad baja y un subsuelo, con distritos contruidos alrededor de ascensores y columnas.
- Garden.** Antes Nueva Jersey. Patios de carga, viviendas ligadas al trabajo, y el Foso, que se llena con los aguaceros.
- Liberty.** Antes Boston. Salas de relojes, ventanillas de correcciones, formularios de consentimiento y círculos de testigos.
- El Commonwell.** Tierra adentro de Liberty, entre Crown y Reed. Fundado sobre el recuerdo de las Tres Semanas Secas.
- Tres Vías.** Un empalme bajo el cruce del río donde se juntan la línea de Gotham, la línea de Garden y la vieja línea de la costa.
- La torre Harrow.** Una torre de distrito de cincuenta y dos pisos en el cuarto municipio de Gotham. La cocina está en el cuarenta y uno.
- La escalinata del puerto.** Nueve hiladas de granito debajo del cuarto municipio. Las tres de abajo quedan bajo el agua con la marea alta.
- Tres Cocinas.** Las cocinas de distrito de Gotham, que alimentan a la gente por conteo.
- Guardianes.** Los custodios de los distritos de Gotham. Cargan a la gente cuando fallan los ascensores, y tienen sellos que abren puertas.
- Los patios del sur.** Los patios de carga de Garden en el Foso, al sur de Tres Vías.
- Ashgrove.** Un pueblo de Garden al borde del pinar, con una nave de talleres de máquinas.
- Saltbend.** Un arroyo de marea debajo de un cinturón de huertos de Garden.
- El muelle Cinder.** Un muelle del puerto de Liberty.
- El comedor.** Desayuno, lecturas e intercambio de semillas.
- Escalones Bajos.** Un distrito empinado que se abastece de la toma inferior.
- La sección muerta.** El tramo sin corriente en el empalme de Liberty, donde termina el suministro de Gotham y empieza el de Liberty.
- La Triple Verificación.** La manera del corredor de comprobar antes de confiar: de dónde vino una cosa y a quién incluye; si la persona que la recibe entendió; y en qué estado está la cosa, en qué mano está, qué se puede hacer con ella y qué viene después.
- El Postono.** En algunas salas un tono continúa después de que se detiene la maquinaria. Nunca se ha explicado. Es lo que le permite a Ayida quedarse lo suficiente para contar.



Cómo leer las lenguas

Span es el habla de Gotham. En el relato, el despacho y el habla de servicio el suceso va primero, y una palabra pequeña al final dice cómo lo sabe quien habla: *dek* visto, *rel* oído de alguien, *vesh* deducido, *bar* sin decirlo. El habla de la casa y de la calle tiende a poner primero a quien habla; esa es «la manera joven».

- *nul* no; *ma* antes del momento en cuestión; *vo* después de él; *ru* en curso; *fin* terminado
- *ai* yo, *nai* nosotros (con quien escucha), *e* él, ella o eso, *dei* ellos
- *ka* al final convierte una oración en pregunta
- *ri* abre una descripción de alguien o de algo, y *nek* la cierra

Latch es el habla de Liberty y el Commonwell. El objeto va primero, marcado con *mu*, y el verbo va al final.

- *ta* pasado, *ve* futuro, *li* en curso, *du* hecho; *na* no; *ku* al final hace una pregunta
- *saf* poder (ser capaz), *pel* tener permiso, *dut* deber, *yel* quizá
- En la voz de registro, quien habla marca lo que se ha comprobado: *se* comprobado por mí, *ket* comprobado en conjunto, *lo* según un informe
- Respuestas: *tay* aceptado, *nay* rechazado, *hala* espera

Switch es el habla de Garden. El objeto va primero, marcado con *ke*, y el verbo va al final.

- *da* pasado, *go* futuro, *en* en curso, *ot* hecho; *no* no; *sha* al final hace una pregunta
- *pa* tener permiso, *ka* poder (ser capaz), *mai* quizá
- La voz del registro del patio da, en orden, el objeto, su estado, en qué mano está, el permiso, el siguiente trabajo y de dónde vino (*trak*)

Pronunciación. Las tres usan las vocales *a e i o u*. *Sh* suena como en «show», y como en «ya», y la *r* es una vibrante simple, como en «pero». Latch y Switch acentúan la primera sílaba de una palabra larga; Span acentúa la penúltima. Span mantiene audibles sus consonantes finales y sus palabras partícula pequeñas.

Estándar Imperial. La lengua de la oficina de guerra, que en el original es el inglés. La gente cambia a ella para hablarle a la guerra o hablar en su nombre, y es la lengua de la

escritura. En el original ese cambio se muestra con la línea que pasa al inglés; en esta edición, con la línea que pasa al español.

Otras lenguas de la Unión. La novela compañera, *Disonancia* (*DISSONANCE*), transcurre en Neo New Orleans, donde el Lodo habla Kanal.



Glosario

Las palabras tal como se dicen en este libro. Cada entrada da la forma, lo que significa y la lengua de la que llegó, cuando se sabe. No hace falta esta lista para seguir la historia; está aquí para quien quiera consultarla.

Fuentes: BN, bengalí. EN, inglés. HI, hindi-urdu. HK, kreyòl haitiano. KEA, kabuverdianu. PT, portugués. SP, español. V3, el registro de la voz del patio. ZH, cantonés. Una entrada sin fuente forma parte del viejo núcleo de la lengua.

SPAN

El Span es la lengua hablada de Gotham. El relato, el despacho y el habla de servicio ponen primero el suceso y la fuente al final (dek visto, rel informado, vesh deducido, bar sin especificar); el habla de la casa y de la calle tiende a poner primero a quien habla. El Estándar Imperial, la lengua de la oficina de guerra, es el cambio de registro.

abandono: abandono (SP: *abandono*)

abayo: abajo, debajo, fondo (SP: *abajo*)

abri: abrir (SP: *abrir*)

abuelo: abuelo (SP: *abuelo*)

ai: yo, me

aire: aire, aliento (SP: *aire*)

akseta: aceptar (SP: *aceptar*)

aksidente: accidente (SP: *accidente*)

al: al, en el (en frases hechas) (SP: *al*)

alimenta: alimentar (SP: *alimentar*)

alkun: algún (SP: *algún*)

almenos: al menos (SP: *al menos*)

alta: alto (de volumen), alto (SP: *alta*)

altavos: altavoz (SP: *altavoz*)

alyen: alguien (SP: *alguien*)

ambre: hambre; ten ambre tener hambre (SP: *hambre*)

an: uno

anden: andén (SP: *andén*)

ankora: ancla (SP: *ancla*; PT *âncora*)

aposta: apostar (PT: *apostar*)

aprendis: aprendiz (SP: *aprendiz*)

aro: aro (SP: *aro*)

aros: arroz (SP: *arroz*)

ase: hace (tiempo) (SP: *hace*)

asensor: ascensor (SP: *ascensor*)

asiento: asiento (de válvula) (SP: *asiento*)

asosiasion: asociación (SP: *asociación*)

asta: hasta (SP: *hasta*)

atake: ataque, golpe (SP: *ataque*)

ava: disfrutar

aviso: aviso (SP: *aviso*)

aya: ay (grito) (SP: *ay*)

ayuda: ayudar (SP: *ayudar*)

ba: empezar a

badi: comprar

baila: bailar (SP: *bailar*)

baile: baile (SP: *baile*)

baldosa: baldosa (SP: *baldosa*)

banda: banda (SP: *banda*)

bapor: vapor (SP: *vapor*)

bario: distrito, barrio (SP: *barrio*)

barkasa: barcaza (SP: *barcaza*)

barko: barco (SP: *barco*)

bate: golpear, batir (SP: *batir*)

bateria: banco de baterías (SP: *batería*)

bati: construir (HK: *bati*)

baya: bajar (SP: *bajar*)

bentana: ventana

berda: verdadero, verdad (SP: *verdad*)

bi: dos

bien: bien, correcto (SP: *bien*)

- boka:** boca (*SP: boca*)
bol: cuenco (*EN: bowl*)
bomba: bomba (*SP: bomba*)
bondadosa: bondadosa (*SP: bondadosa*)
bonito: bonito, con belleza (*SP: bonito*)
boro: municipio (*EN: borough*)
bote: bote, esquiife (*SP: bote*)
braso: brazo (*SP: brazo*)
breke: freno (*EN: brake*)
broma: broma (*SP: broma*)
bueno: bueno (como en *bueno, tómalo*) (*SP: bueno*)
davi: casa, hogar
de: de
dedo: dedo (*SP: dedo*)
dei: ellos, ellas; los, las
dek: lo vi (al final de un relato)
dema: demasiado (*SP: demasiado*)
den: entonces
dera: decir
des: después (de un suceso dicho); diez (en los números, como en *kar des*, cuarenta)
desanso: descanso (de una escalera) (*SP: descanso*)
desde: desde (*SP: desde*)
desha: dejar, permitir (*SP: dejar*)
desidi: decidir (*SP: decidir*)
deska: mostrador, escritorio (*EN: desk*)
desvio: desvío (vía muerta) (*SP: desvío*)
deteni: detener (*SP: detener*)
detras: detrás (*SP: detrás*)
di: este, esta, esto
dia: día (*SP: día*)
dibusha: dibujar (*SP: dibujar*)
dibusho: dibujo (*SP: dibujo*)
diferensia: diferencia (*SP: diferencia*)
diferente: diferente (*SP: diferente*)
dinu: así
dio: Dios (*SP: Dios*)
direksion: dirección (*SP: dirección*)
doli: doler
don: entonces, en ese caso
dona: dar (*SP: donar*)
doni: responder
dril: taladro (*EN: drill*)
dumi: estar oscuro
e: él, ella, eso; lo, la
eda: edad (*SP: edad*)
ekipo: equipo (*SP: equipo*)
eksakto: exactamente (*SP: exacto*)
eksamen: inspección (*SP: examen*)
eli: ser temprano
empalme: empalme (*SP: empalme*)
en: es, son; está, están
ensaya: ensayar (*SP: ensayar*)
ermana: hermana (*SP: hermana*)
erramienta: herramientas (*SP: herramienta*)
eskalon: escalón (*SP: escalón*)
eskola: escuela (*PT: escola*)
eskribano: escribiente (*SP: escribano*)
eskribi: escribir (*SP: escribir*)
eskudo: escudo (*SP: escudo*)
eskusha: escuchar (*SP: escuchar*)
espalda: espalda (*SP: espalda*)
espende: gastar (*EN: spend*)
espeso: espeso (*SP: espeso*)
estasion: estación (*SP: estación*)
este: este (punto cardinal) (*SP: este*)
estension: extensión (cable) (*SP: extensión*)
extraniero: extraño, forastero (*SP: extranjero*)
falda: regazo (*SP: falda*)
falko: halcón peregrino (*SP: balcón; EN: falcon*)
falso: falso (*SP: falso*)
falta: faltar (*SP: faltar*)
fas: cara (*EN: face; SP: faz*)
fasil: fácil (*SP: fácil*)
fatura: factura (*PT: fatura*)
fena: comida
feni: hacer
ferokaril: ferrocarril (*SP: ferrocarril*)
fesha: fecha (*SP: fecha*)
fier: orgulloso (*HK: fyë; LF: fier*)
fiesta: fuegos artificiales, fiesta (*SP: fiesta*)
fin: terminado, hecho
final: fin; al final después de todo (*SP: final*)
fino: delgado, fino (*SP: fino*)
firma: firmar (*SP: firmar*)
forma: forma (*SP: forma*)
foto: fotografía (*SP: foto*)
fuate: fuente (*SP: fuente*)
gali: estar bien, ser bueno
gavi: estar contento
i: (antes de otro verbo, como en *querer ir*)
idea: idea (*SP: idea*)
ili: ojo
imno: himno (*SP: himno*)
importa: importar (*SP: importar*)
inkilino: inquilino (*SP: inquilino*)
invikta: invicto (*SP: invicto*)
ir: ir (*SP: ir*)
iskierdo: izquierdo (*SP: izquierdo*)
ka: (cierra una pregunta de sí o no)
kabesa: cabeza (*SP: cabeza*)
kabinete: gabinete, armario (*SP: gabinete*)
kada: cada (*SP: cada*)
kadete: cadete (*SP: cadete*)
kae: bajar, caer (*SP: caer*)
kai: llave
kaldo: guiso, caldo (*SP: caldo*)
kalma: quieto, calma (*SP: calma*)

- kalor:** calor (*SP: calor*)
kambia: cambiar (*SP: cambiar*)
kambio: cambio de agujas (en la vía) (*SP: cambio*)
kamin: camino (*SP: camino*)
kamina: caminar (*SP: caminar*)
kansa: cansado (*SP: cansado*)
kansho: gancho (*SP: gancho*)
kapa: poder, ser capaz de
kapel: iglesia, capilla (*EN: chapel*)
kapitan: capitán (*SP: capitán*)
kar: cuatro
karbon: carbono (*SP: carbón*)
kari: cargar, llevar
karito: carretilla (*SP: carrito*)
karka: carga, flete (*SP: carga*)
karo: vagón (de tren) (*SP: carro*)
karselero: carcelero (*SP: carcelero*)
karta: carta (*SP: carta*)
kasa: hogar, casa (*SP: casa*)
kase: porque
kaseta: cajón (*SP: gaveta; cajeta*)
kasha: caja (*SP: caja*)
kasiya: casilla (de un formulario) (*SP: casilla*)
ke: que; cuando
keki: pastel (*EN: cake; HK: kèk*)
kela: descansar
kisas: quizás, probablemente (*SP: quizás*)
kit: kit, juego de herramientas (*EN: kit*)
kita: descontar, quitar (*SP: quitar*)
kobra: cobrar (*SP: cobrar*)
kol: frío (*EN: cold*)
kole: pegar, adherir (*HK: kole*)
kolektor: colector (*SP: colector*)
koli: enfriar (*EN: cool*)
kolshon: colchón (*SP: colchón*)
komando: mando (*SP: comando*)
komiko: cómico (*SP: cómico*)
komo: como (*SP: como*)
kompara: comparar, cotejar (*SP: comparar*)
kon: sobre, con
kondu: conducir (*SP: conducir*)
kondutor: conductor (*SP: conductor*)
konsentrador: concentrador (*SP: concentrador*)
konta: contar (*SP: contar*)
konto: conteo, cuenta (*SP: conteo*)
kontra: contra (*SP: contra*)
konvertidor: convertidor (*SP: convertidor*)
koordinadora: coordinadora (*SP: coordinadora*)
kopia: copiar (*SP: copiar*)
koredor: corredor (mensajero) (*SP: corredor*)
korekto: correcto (*SP: correcto*)
korente: corriente, suministro (*SP: corriente*)
koreshi: corregir (*SP: corregir*)
koridor: corredor (franja de tierra) (*SP: corredor*)
koro: coro (*SP: coro*)
korre: correr (*SP: correr*)
kortesia: cortesía (*SP: cortesía*)
kortina: cortina (*SP: cortina*)
kosina: cocina; cocinar (*SP: cocina*)
kosinera: cocinera (*SP: cocinera*)
kosta: costa, accesos por mar (*SP: costa*)
koste: costar (*SP: costar*)
kostura: costura (*SP: costura*)
koti: picar, cortar (*SP: cortar; EN: cut*)
kre: pensar, creer (*SP: creer; HK: kwè*)
kuando: cuando (*SP: cuando*)
kuida: cuidar, vigilar (*SP: cuidar*)
kuidado: cuidado; ten cuidado tener cuidado (*SP: cuidado*)
kulpa: culpa (*SP: culpa*)
kurva: doblar, curvar, curva (*SP: curvar*)
kushara: cuchara (*SP: cuchara*)
la: con
lado: lado, dirección (*SP: lado*)
lami: lámpara
lava: lavar (*SP: lavar*)
lavi: trabajar
le: él, ella
lenta: frenar, ir más despacio (*SP: lentar*)
lento: lento (*SP: lento*)
ler: en
les: sin
lesi: dejar atrás
leva: levantar (*SP: levantar*)
leye: leer (*SP: leer*)
libro: libro (*SP: libro*)
lidera: dirigir, encabezar (*SP: liderar*)
limpia: limpiar (*SP: limpiar*)
limpio: limpio (*SP: limpio*)
lini: línea (de tren, de servicio) (*EN: line*)
lisa: asentar (pulir hasta alisar) (*SP: alisar*)
lista: lista (*SP: lista*)
lo: de, desde
loni: ser largo
losa: suelto, flojo (*EN: loose*)
lu: a (*nul importa lu ai*, a mí no me importa)
lumi: luz
ma: hizo, ocurrió antes (antes de un verbo)
maku: comer
mal: mal, malo (*SP: mal*)
maldisi: maldecir, insultar (*SP: maldecir*)
mama: madre, mamá (*SP: mamá*)
manda: mandar, enviar (*SP: mandar*)
mani: mano
mano: mano (letra escrita a mano) (*SP: mano*)
manti: mentir (*HK: manti*)
manto: abrigo
manyana: mañana (parte del día) (*SP: mañana*)

- marea:** marea (*SP: marea*)
marka: marcar, palomear (*SP: marcar*)
marko: armazón (para cargar) (*SP: marco*)
marte: martes (*SP: martes*)
mas: más (*SP: más*)
masiya: masilla (*SP: masilla*)
maskina: máquina (*SP: máquina*)
mavi: mover
medi: querer decir, significar
medianoshe: medianoche (*SP: medianoche*)
medidor: medidor (*SP: medidor*)
mekanika: mecánica (*SP: mecánica*)
meli: querer
melon: melón (*SP: melón*)
menos: menos (*SP: menos*)
mentiroso: mentiroso (*SP: mentiroso*)
mer: nosotros, nos (sin incluir a quien escucha)
mera: persona
meresi: merecer (*SP: merecer*)
mersi: gracias (*HK: mersi*)
mes: mes (*SP: mes*)
mesa: mesa (*SP: mesa*)
miedo: miedo (*SP: miedo*)
mil: mil (*SP: mil*)
minuto: minuto (*SP: minuto*)
mira: mirar (*SP: mirar*)
mismo: mismo (*SP: mismo*)
mita: mitad (*HK: mwatye*)
mizu: agua
mor: deber, tener que
mori: amigo
mostra: mostrar, exhibir (*SP: muestra*)
moyi: estar mojado (*SP: mojado; HK: mouye*)
muri: morir (*SP: morir*)
musika: música (*SP: música*)
muyer: esposa, mujer (*SP: mujer*)
nada: nada (*SP: nada*)
nai: nosotros, nos (incluye a quien escucha)
nal: sobre, encima de
nana: abuela (*EN: nana*)
nanali: dónde (en preguntas)
nanu: por qué
nawi: alguien, algo (desconocido)
ne: no
nek: (cierra una frase que empezó con *ri*, *i* o *ke*)
neme: nombre
nen: nueve
nene: nunca
neri: irse
nes: antes
nesa: antes
nevera: refrigerador (*SP: nevera*)
nieto: nieto (*SP: nieto*)
nil: cero
nilu: dentro
nimenos: ni siquiera (*SP: ni menos*)
niri: el uno al otro
nivi: niño
nomi: cuarto, habitación
norawe: noche
nori: esta noche
norte: norte (*SP: norte*)
nota: nota (*SP: nota*)
novi: saber
nu: ahora
nuda: hoy
nul: no
numero: número (*SP: número*)
o: y
obra: obra (de teatro) (*SP: obra*)
odi: otro
oferta: oferta (*SP: oferta*)
ofisial: oficial (*SP: oficial*)
ofisina: oficina (*SP: oficina*)
ok: ocho
oksido: óxido (*SP: óxido*)
okupa: ocupar (*SP: ocupar*)
okupado: ocupado (*SP: ocupado*)
olla: olla (*SP: olla*)
ombro: hombro (*PT: ombro*)
omre: hombre (*SP: hombre*)
onesto: honesto (*SP: honesto*)
opinion: opinión (*SP: opinión*)
ora: hora
orden: orden (*SP: orden*)
ordena: ordenar, poner en orden (*SP: ordenar*)
ortokrafia: ortografía (*SP: ortografía*)
ospital: clínica, hospital (*SP: hospital*)
otorida: autoridad (*SP: autoridad*)
paketi: paquete (*SP: paquete*)
palabra: palabra (*SP: palabra*)
palanka: palanca (*SP: palanca*)
pale: hablar (*HK: pale*)
pani: pan
pantaya: pantalla (*SP: pantalla*)
papa: padre, papá (*SP: papá*)
papel: papel (*SP: papel*)
par: par (*SP: par*)
para: para (*para ke*, para que) (*SP: para*)
pardona: perdonar (*SP: perdonar*)
pari: parecer (*SP: parecer*)
paro: paro (de trabajo) (*SP: paro*)
parte: parte (*SP: parte*)
pasa: pasar, ocurrir (*SP: pasar*)
pasashe: paso, cruce (*SP: pasaje*)
pasi: esperar
patio: patio (*SP: patio*)
pavi: puerta

- pedi:** perder (*HK: pèdi*)
pedido: reclamo, solicitud (*SP: pedido*)
pen: cinco
peni: preguntar, pedir
peniwa: cama
pensa: pensar, preguntarse (*SP: pensar*)
pension: pensión (casa de huéspedes) (*SP: pensión*)
perfekto: perfecto (*SP: perfecto*)
peri: perro (*SP: perro*)
pero: pero (*SP: pero*)
pesa: pesar (*SP: pesar*)
peshe: pez, pescado (*SP: pez; PT: peixe*)
peye: pagar (*HK: peye*)
pie: pie, pies (*SP: pie*)
pin: alfiler, clavija (*EN: pin*)
pinta: pintar (*SP: pintar*)
pintura: pintura (*SP: pintura*)
piora: empeorar (*SP: empeorar; PT: piorar*)
pisos: piso, planta (*SP: piso*)
poder: poder (fuerza, energía) (*SP: poder*)
polvo: polvo (*SP: polvo*)
pon: poner, dejar (*SP: poner*)
ponte: puente (*PT: ponte*)
por: por, a través de (*SP: por*)
porfavor: por favor (*SP: por favor*)
porsento: por ciento (*SP: por ciento*)
porton: portón (*SP: portón*)
pran: tomar (*HK: pran*)
preokupa: preocupar (*SP: preocupar*)
prepara: planear, preparar (*SP: preparar*)
presidenta: presidenta (*SP: presidenta*)
presion: presión (*SP: presión*)
primero: primero (*SP: primero*)
primo: primo (*SP: primo*)
priorida: prioridad (*SP: prioridad*)
prokrama: programa (*SP: programa*)
prometi: ofrecer, prometer (*SP: prometer*)
prosimo: próximo (*SP: próximo*)
protesta: quejarse (*SP: protestar*)
proyekto: plan (*SP: proyecto*)
prueba: prueba (*SP: prueba*)
puerto: puerto (*SP: puerto*)
pulmon: pulmón (*SP: pulmón*)
puni: jugar
punto: punto (*SP: punto*)
rampa: rampa (*SP: rampa*)
rason: razón (*SP: razón*)
raya: odiar (*HK: rayi*)
re: seguir, continuar
rekistra: registro, registrar (*SP: registrar*)
rel: me lo contaron (al final de un relato)
relasion: relación (*SP: relación*)
relei: relé, retransmisor (*EN: relay*)
relevo: relevo (cuadrilla) (*SP: relevo*)
ren: otra vez
reporta: informar, reportar (*SP: reportar*)
resa: rezar (*SP: rezar*)
reshiya: rejilla (*SP: rejilla*)
resibi: recibir, conseguir (*SP: recibir*)
residente: residente (*SP: residente*)
respeta: respetar, tratar con cortesía (*SP: respetar*)
respeto: respeto, decencia (*SP: respeto*)
respira: respirar (*SP: respirar*)
reti: quedarse
retoma: recuperar (*SP: retomar*)
revi: volver (a un lugar)
ri: que, quien, el cual
ril: riel (*EN: rail*)
rio: río (*SP: río*)
riso: risa (sustantivo) (*SP: risa; PT: riso*)
rive: llegar (*HK: rive*)
riye: reír (*SP: reír*)
ro: por lo general
robalo: róballo, lubina (*SP: robalo*)
rodiya: rodilla (*SP: rodilla*)
roketa: bengala, cohete (*EN: rocket*)
rompi: romper (*SP: romper*)
roshi: rojo (*SP: rojo*)
ru: está haciendo, en curso (antes de un verbo)
ruma: reparar
ruta: ruta (*SP: ruta*)
saka: saco (*SP: saco*)
sala: sala (*SP: sala*)
sale: salir (mal), resultar (*SP: salir*)
sali: escaleras
salta: saltarse, rodear (*SP: saltar*)
sava: cosa, asunto
se: si (condicional)
sebol: cebolla (*SP: cebolla*)
sekadora: secadora (*SP: secadora*)
seko: seco (*SP: seco*)
seksion: sección (*SP: sección*)
sekundo: segundo (*SP: segundo*)
sekuro: seguro (*SP: seguro*)
sel: poder, tener permiso para
selawe: allí
semana: semana (*SP: semana*)
sen: cien
senal: señal (*SP: señal*)
sentar: sentarse (*SP: sentar*)
senu: aquí
ser: siete
sera: cerrar con llave, cerrar (*SP: cerrar*)
serado: cerrado (*SP: cerrado*)
serka: cerca (*SP: cerca*)
servisio: servicio (*SP: servicio*)
ses: seis
sesion: temporada (*SP: sesión*)

- sesta:** sexta (*SP: sexta*)
seyo: sello (*SP: sello*)
shapa: chapa (la placa de muñeca de los Guardianes) (*SP: chapa*)
shasa: cazar (*HK: chase; LF chasser*)
sheti: té
sho: programa (el programa cómico) (*EN: show*)
sielo: cielo (*tiempo de sielo*, el tiempo atmosférico) (*SP: cielo*)
siempre: siempre (*SP: siempre*)
sike: sí (en preguntas indirectas)
sili: ser pequeño
sinturon: cinturón (*SP: cinturón*)
sirkuito: circuito (*SP: circuito*)
sistema: enclavamiento, el sistema de señales (*SP: sistema*)
sitio: lugar, sitio (*SP: sitio*)
siuda: ciudad (*SP: ciudad*)
sivika: cívica (*SP: cívica*)
sola: solo, única (*SP: sola*)
sombrero: sombrero (*SP: sombrero*)
son: sonido (sustantivo) (*SP: son*)
sona: sonar (*SP: sonar*)
sopa: sopa (*SP: sopa*)
suavi: suave (*SP: suave*)
subi: subir (*SP: subir*)
sueldo: paga, sueldo (*SP: sueldo*)
suerte: suerte (*SP: suerte*)
suní: dormir
supone: suponer (*SP: suponer*)
susio: sucio, mugriento (*SP: sucio*)
taba: lengüeta, pestaña (*EN: tab*)
tabra: tablero (de circuitos) (*SP: tabla (con r dialectal)*)
tali: tela
tama: cosa
tambien: también (*SP: también*)
tambor: tambor (*SP: tambor*)
tan: tan, muy (*SP: tan*)
tanke: tanque (*SP: tanque*)
tapa: tapar, bloquear (*SP: tapar*)
tarde: tarde (*SP: tarde*)
tarifa: tarifa (*SP: tarifa*)
tasa: taza (*SP: taza*)
tasha: tachar (*SP: tachar*)
telefono: auricular (*SP: teléfono*)
teli: tocar
tema: tema (canción) (*SP: tema*)
temwen: testigo (*HK: temwen*)
ten: tener (*SP: tener*)
teni: sostener (*SP: tener*)
tera: tierra, suelo (*SP: tierra*)
terminal: terminal (*EN: terminal*)
tersera: tercera (*SP: tercera*)
teto: techo (*SP: techo; PT teto*)
tia: tía (*SP: tía*)
tiempo: tiempo (*SP: tiempo*)
tiket: boleto (*EN: ticket*)
tio: señor (trato respetuoso a un hombre mayor) (*SP: tío*)
tipo: tipo, clase (*SP: tipo*)
tira: disparar (*SP: tirar*)
tisa: tiza (*SP: tiza*)
todo: todo, entero (*SP: todo*)
toke: golpeteo, llamada a la puerta (*SP: toque*)
ton: tonelada (*SP: tonelada*)
tono: el tono (*SP: tono*)
tonta: tonta (*SP: tonta*)
topa: encontrar (*SP: topar*)
tore: torre (*SP: torre*)
tormenta: tormenta (*SP: tormenta*)
tranpondor: transpondedor (*EN: transponder*)
trasferensia: transferencia (*SP: transferencia*)
trata: intentar (*SP: tratar*)
trato: trato, negocio (*SP: trato*)
tri: tres
tropesa: tropezar (*SP: tropezar*)
tu: tú, usted (una persona)
tubo: pozo, tubo (*SP: tubo*)
tui: ustedes (más de una persona)
tumba: tumba (*SP: tumba*)
tunel: túnel (*SP: túnel*)
turno: turno (*SP: turno*)
ueko: hueco (*SP: hueco*)
ultima: última (*SP: última*)
ultimo: último (*SP: último*)
unida: unidad (*SP: unidad*)
uniforme: uniforme (*SP: uniforme*)
urna: urna (*SP: urna*)
usa: usar (*SP: usar*)
vakon: vagón (*SP: vagón*)
vale: valer (*SP: valer*)
vedi: elegir
vel: quizá, podría
vende: vender (*SP: vender*)
veni: venir
verano: verano (*SP: verano*)
verde: verde (*SP: verde*)
verifika: verificación (*SP: verificar*)
version: versión (*SP: versión*)
ves: vez (*SP: vez*)
vesh: lo deduje (al final de un relato)
vida: vida (*SP: vida*)
vidi: ver
vitorea: vitorear (*SP: vitorear*)
vivi: estar vivo, vivir (*SP: vivir*)
vivienda: vivienda (*SP: vivienda*)
viye: viejo (*HK: vye*)

vo: ocurrirá, después (antes de un verbo)
 voli: amar
 vora: emprender
 vori: canción
 vos: voz (SP: voz)
 wor: guerra (EN: war)
 ya: ya (SP: ya)
 yamada: llamada (por una línea) (SP: llamada)
 ye: sí
 yeni: oír
 yente: gente (SP: gente)
 yera: año (EN: year)
 yori: mañana (el día siguiente)

LATCH

El Latch es la lengua hablada de Liberty y el Commonwell. El objeto va antes de mu y el verbo va al final; las comprobaciones se marcan (se comprobado por mí, ket comprobado en conjunto, lo informe recibido), y las respuestas son tay (aceptado), nay (rechazado) y hala (pausa).

abetu: abierto (PT: aberto)
 abeya: abeja (PT: abelha)
 abiri: abrir (PT: abrir)
 adisiona: añadir (PT: adicionar)
 akiva: archivar (un registro) (PT: arquivar)
 akoda: estar de acuerdo (PT: acordar)
 akodu: acuerdo (PT: acordo)
 alfandega: aduana (PT: alfândega)
 algen: alguien (PT: alguém)
 algun: algún (PT: algum)
 ali: allí (PT: ali)
 alugi: alquilar, contratar (PT: alugar)
 ami: disfrutar
 an: uno
 analista: analista (PT: analista)
 anda: caminar (PT: andar)
 ano: año (PT: ano)
 anota: anotar (en un registro) (PT: anotar)
 antigu: viejo, antiguo (PT: antigo)
 antis: antes, más temprano (PT: antes)
 anunsiu: anuncio (PT: anúncio)
 aparelu: el aparato de Garden (conjunto del transpondedor) (PT: aparelho)
 aparentia: aspecto, apariencia (PT: aparência)
 apende: aprender (PT: aprender)
 asbes: a veces (PT: às vezes)
 asemeleya: la Asamblea (PT: assembleia)
 asuntu: asunto (PT: assunto)
 ate: hasta (PT: até)
 atendenti: encargado, encargada (PT: atendente)
 atrazu: atraso, retraso (PT: atraso)

avisu: aviso (PT: aviso)
 avo: abuela (PT: avó)
 ayuda: ayudar (SP: ajudar)
 azul: azul (PT: azul)
 badi: comprar
 bairu: barrio, distrito (PT: bairro)
 baka: de vuelta (otra vez)
 bakeru: barquero (PT: barqueiro)
 baku: barco (PT: barco)
 baldi: balde (PT: balde)
 balkon: mostrador (de la sala) (PT: balcão)
 banda: banda (PT: banda)
 banku: banco (asiento) (PT: banco)
 baratu: barato (PT: barato)
 bate: golpear, llamar a la puerta (PT: bater)
 bati: construir (HK: bati)
 baya: puerto, bahía (PT: baía)
 bazia: vaciar (PT: esvaziar)
 ben: bien (como en bien, entonces) (PT: bem)
 bentu: viento (KEA: bentu)
 bes: vez (KEA: bes)
 bi: dos
 bokal: frasco (PT: bocal)
 bolsu: bolsillo (PT: bolso)
 bomba: bomba (PT: bomba)
 bonitu: bonito, hermoso (PT: bonito)
 boro: municipio (EN: borough)
 boya: barrera flotante (PT: boia)
 buraku: bache (PT: buraco)
 buska: averiguar, buscar (PT: buscar)
 dansa: bailar (PT: dançar)
 data: fecha (PT: data)
 dayday: hermano menor (ZH: cantonés dai6 dai2)
 deklar: declarar (PT: declarar)
 delegadu: representante, delegado (PT: delegado)
 den: entonces
 depende: depender (PT: depender)
 depo: almacén (cuarto de almacenaje) (PT: depósito)
 depoy: después, luego (PT: depois)
 depozitu: depósito (PT: depósito)
 dera: decir
 des: diez
 desdi: desde (PT: desde)
 desena: dibujar (PT: desenhar)
 desfeni: deshacer (PT: desfazer)
 deside: decidir (PT: decidir)
 desimal: decimal (PT: decimal)
 desizon: resolución, decisión (PT: decisão)
 desloka: desplazar (PT: deslocar)
 desviu: desvío (vía muerta) (PT: desvio)
 deta: acostarse (PT: deitar)
 deus: Dios (PT: Deus)
 deve: deber (dinero) (PT: dever)
 di: este, esta, esto

- dia:** día (PT: *dia*)
difende: defender (PT: *defender*)
dike: paramento de la presa (EN: *dike*)
diretora: directora (PT: *diretora*)
diretu: derecho, recto (PT: *direito*)
dirizi: dirigir, llevar (PT: *dirigir*)
diskulpa: perdón (disculpa) (PT: *desculpa*)
diskuti: discutir (PT: *discutir*)
divizaun: división (PT: *divisão*)
dokumentu: documento (PT: *documento*)
dona: dar (PT: *doar*)
doze: gracias (ZH: *cantonés doi zec6*)
dozi: dosificar (PT: *dosar*)
du: hecho
dumi: oscuro
dingingu: domingo (PT: *domingo*)
dut: deber, tener que
edifisiu: edificio (PT: *edifício*)
elevadu: ascensor (PT: *elevador*)
elisi: impulsor (hélice) (PT: *hélice*)
emenda: empalmar (un cable) (PT: *emendar*)
emezensia: emergencia (PT: *emergência*)
empesta: prestar (PT: *emprestar*)
empestimu: préstamo (PT: *empréstimo*)
en: y (entre sustantivos)
ena: quién (*ena mu*, a quién)
enali: dónde
eni: qué
enila: cuánto tiempo
enora: cuándo
enshidu: lleno (PT: *enchido*)
ensina: enseñar (PT: *ensinar*)
entende: entender (PT: *entender*)
enu: por qué
envelopi: sobre (de carta) (PT: *envelope*)
eradu: equivocado (PT: *errado*)
eru: error (PT: *erro*)
es: es, son; está, están
eskada: escalones, escalera (PT: *escada*)
eskesi: olvidar (PT: *esquecer*)
eskeve: escribir (PT: *escrever*)
eskola: escuela (PT: *escola*)
eskorega: resbalar (PT: *escorregar*)
eskori: correrse (la tinta), gotear (PT: *escorrer*)
eskuru: oscuro (PT: *escuro*)
espanta: sorprenderse (PT: *espantar*)
estasion: estación (PT: *estação*)
este: este (punto cardinal) (PT: *este*)
falsu: falso (PT: *falso*)
falta: escasez (PT: *falta*)
federason: federación (PT: *federação*)
feni: hacer
fesha: cerrar (PT: *fechar*)
fika: acabar, volverse (PT: *ficar*)
fin: fin (PT: *fim*)
finu: delgado, fino (PT: *fino*)
finzi: falso, fingido (PT: *fingir*)
fiyu: hijo (PT: *filho*)
fonti: fuente (PT: *fonte*)
foza: forzar, obligar (a alguien) (PT: *forçar*)
furiozu: furioso (PT: *furioso*)
gabeta: cajón (PT: *gaveta*)
galpon: galpón, cobertizo (PT: *galpão*)
gana: tener
garamatika: gramática (PT: *gramática*)
gasa: gracioso (PT: *graça*)
gasta: gastar (PT: *gastar*)
gavi: estar contento
geli: bueno
gera: guerra (PT: *guerra*)
gobena: gobernar (PT: *governar*)
gosta: gustar (PT: *gostar*)
hala: espera, un momento (respuesta)
i: y
imi: niño
inda: todavía (PT: *ainda*)
ingoli: tragar (PT: *engolir*)
inventa: inventar (PT: *inventar*)
irigason: riego (PT: *irrigação*)
kabon: carbono (PT: *carbono*)
kadera: silla (PT: *cadeira*)
kafe: marrón (PT: *café*)
kaga: carga, flete (PT: *carga*)
kagadu: cargador, porteador (PT: *carregador*)
kaisa: caja (PT: *caixa*)
kalendariu: calendario (PT: *calendário*)
kali: estar cansado
kalke: cualquier, cualquiera (PT: *qualquer*)
kalkulu: cálculo (las cuentas hechas) (PT: *cálculo*)
kalmu: tranquilo (PT: *calmo*)
kambia: cambiar (SP: *cambiar*)
kambiu: cambio de agujas (en la vía) (PT: *câmbio*)
kaminu: sendero, camino (PT: *caminho*)
kamiza: blusa, camisa (PT: *camisa*)
kan: cuando (PT: *quando*)
kanpa: estar de pie (HK: *kanpe*)
kantu: cuántos (PT: *quanto*)
kapim: hierba, pasto (PT: *capim*)
kara: cara (PT: *cara*)
kari: cargar, llevar
kasaku: abrigo (PT: *casaco*)
kase: porque
kat: cuatro
kata: carta (fundacional) (PT: *carta*)
kataun: tarjeta (PT: *cartão*)
kategoria: categoría (PT: *categoria*)
kativu: retenido, prisionero (PT: *cativo*)
kay: casa

- kayi:** caer (*PT: cair*)
kazu: caso (*PT: caso*)
keba: ruptura, brecha (*PT: quebra*)
kema: quemar (*PT: queimar*)
ket: comprobado en conjunto (voz de registro)
kilaki: escribiente (*EN: clerk*)
kilnika: clínica (*PT: clínica*)
kit: kit, juego de herramientas (*EN: kit*)
koba: cobrar (*PT: cobrar*)
kodi: abreviatura, código (*PT: código*)
kom: como (*PT: como*)
komandu: mando (*PT: comando*)
komboyu: tren (*KEA: comboio*)
komesa: empezar, comenzar (*PT: começar*)
komite: comité (*PT: comité*)
kompoe: componer (tipografía) (*PT: compor*)
komun: público, común (*PT: comum*)
konese: conocer (por primera vez) (*PT: conhecer*)
konseyu: consejo (*PT: conselho*)
konta: cuenta (*PT: conta*)
kontatu: contacto (*PT: contato*)
kontenidu: contenido (*SP: contenido*)
kontenti: contento, feliz (*PT: contente*)
kontu: conteo, contador (*PT: conto*)
kontu-libu: libro de conteo (*PT: conto + livro*)
konvida: invitar (*PT: convidar*)
kopia: copia (*PT: cópia*)
kopu: vaso, taza (*PT: copo*)
korekson: corrección (*PT: correção*)
koretu: correcto (*PT: correto*)
koreyu: correo (*PT: correio*)
kori: color (*PT: cor*)
kosina: cocina (*PT: cozinha*)
kosta: costa, accesos por mar (*PT: costa*)
koste: costar (*PT: custar*)
kostuma: acostumbrarse (*PT: costumar*)
ku: (cierra una pregunta)
kumi: cresta, cumbre (*PT: cume*)
kurativu: vendaje (*PT: curativo*)
kurenti: corriente, energía eléctrica (*PT: corrente*)
kustodia: custodia (*PT: custódia*)
kustu: precio, costo (*PT: custo*)
kustumi: habitual (*PT: costume*)
kuzamentu: cruce, intercambio de líneas (*PT: cruzamento*)
la: con
laba: lavar (*KEA: laba*)
ladan: en ello, dentro (*HK: ladan*)
lado: lado, brazo (de un embalse) (*PT: lado*)
laka: sellar (*PT: lacrar*)
lapis: lápiz (*PT: lápis*)
lata: lata (*PT: lata*)
latao: latón (*PT: latão*)
lavi: trabajar
le: en
lebanta: levantar, ponerse de pie (*KEA: labanta*
(levantarse), del PT levantar)
lena: cantar
les: sin
lesa: dejar (*PT: deixar*)
lesta: rápido, ligero (*PT: ligeiro; KEA lestu*)
leve: liviano (no pesado) (*PT: leve*)
ley: regla (*PT: lei*)
leye: leer (*PT: ler*)
li: haciendo, en curso
libera: liberar (*PT: liberar*)
libu: libro (*PT: livro*)
limite: frontera, límite (*PT: limite*)
limpu: despejado, limpio (*PT: limpo*)
lista: lista (*PT: lista*)
liyan: verso (de una canción) (*EN: line*)
lo: de, desde; oído (en una marca de comprobación)
lodu: limo, lodo (*PT: lodo*)
logu: bitácora (libro de registro) (*EN: log*)
loni: largo
lotu: lote (de material) (*PT: lote*)
lou: horno (*ZH: cantonés lou4*)
lu: a
lugal: lugar (*PT: lugar*)
luk: verde (*ZH: cantonés luk6*)
luma: luz
luta: luchar (*PT: lutar*)
mae: madre (*PT: mãe*)
magen: margen (*PT: margem*)
maka: sellar, marcar (*PT: marcar*)
mal: malo (*PT: mal*)
mana: comer
manda: enviar por correo, mandar (*PT: mandar*)
manera: manera, modo (*PT: maneira*)
mani: mano
mansadu: jaspeado, moteado (*PT: manchado*)
manya: mañana (parte del día) (*PT: manbã*)
mara: atar (*PT: amarrar*)
maridu: marido (*PT: marido*)
mas: más (*PT: mais*)
materia: materia (de estudio) (*PT: matéria*)
mavi: mover
me: pero (*PT: mas*)
medu: miedo (*medu gana, tener miedo*) (*PT: medo*)
mekanika: mecánica (*PT: mecânica*)
mel: miel (*PT: mel*)
mela: querer
mentira: mentira, mentir (*PT: mentira*)
menus: al menos (*PT: menos*)
mera: persona
mes: mes (*PT: mês*)
mesi: revolver (*PT: mexer*)
mesmu: mismo, incluso (*PT: mesmo*)

- mesti:** maestro (PT: *mestre*)
meza: escritorio, mesa (PT: *mesa*)
mezu: medio; entre (PT: *meio*)
mi: yo, me
midia: mediodía (PT: *meio-dia*)
minutu: minuto (PT: *minuto*)
miri: nosotros (sin incluir a quien escucha)
mizu: agua
model: patrón, modelo (PT: *modelo*)
modelu: modelo (PT: *modelo*)
mofu: moho (PT: *mofo*)
moinhu: molino (PT: *moinho*)
mole: blando (PT: *mole*)
mona: dinero
monedu: moneda (PT: *moeda*)
mori: morir, estar muerto (PT: *morrer*)
mosa: mostrar (PT: *mostrar*)
mote: muerto (PT: *morto*)
moza: muchacha (PT: *moça*)
mu: (marca la cosa sobre la que se actúa; va después de esa cosa)
multi-kurenti: multisuministro (PT: *multi + corrente*)
mun: puerta (ZH: *cantonés mun4*)
muye: mujer (PT: *mulher*)
na: no
nada: nada (PT: *nada*)
namí: nosotros (incluye a quien escucha)
nase: nacer, formarse (PT: *nascer*)
natural: naturalmente (PT: *natural*)
nay: no, rechazado (respuesta)
nega: negarse, objetar (PT: *negar*)
neme: nombre
nen: nueve
nená: nunca
neri: irse
nes: debajo de
nesa: antes
netu: nieto, nieta (PT: *neto*)
neutal: neutral (PT: *neutro*)
noka: noche
noruesti: noroeste (PT: *noroeste*)
nota: nota, nota al pie; notar (v) (PT: *nota; notar*)
notisia: informe, noticias (PT: *notícia*)
novi: saber
novu: nuevo (PT: *novo*)
nu: ahora
nuda: hoy
nulu: ninguno (PT: *nulo*)
numa: casa, hogar
numeru: número (PT: *número*)
o: o (PT: *ou*)
odi: otro
odia: odiar (PT: *odiar*)
ofisi: oficina (EN: *office*)
ofisial: oficial (PT: *oficial*)
ofisina: taller, obras (PT: *oficina*)
ok: ocho
ola: mirar (PT: *olhar*)
ombu: hombro (PT: *ombro*)
onestu: honesto (PT: *honesto*)
opera: operar (una máquina) (PT: *operar*)
opereda: operador (PT: *operador*)
ora: hora
orizinal: original (PT: *original*)
padinu: padrino (PT: *padrinho*)
paga: pagar (PT: *pagar*)
paganti: patrocinador, quien paga (PT: *pagante*)
painel: panel (PT: *painel*)
palava: palabra (PT: *palavra*)
pali: hablar (HK: *pale*)
pano: tela, paño (PT: *pano*)
papel: papel (PT: *papel*)
para: parar (PT: *parar*)
pareda: pared (PT: *parede*)
pasa: pasar, ocurrir, remitir (PT: *passar*)
pasadu: pasarela (PT: *passadiço*)
pasazi: cruce, paso (PT: *passagem*)
patiu: explanada (del patio ferroviario) (PT: *pátio*)
pau: palo (PT: *pau*)
pazina: página (PT: *página*)
pedasu: parte, pedazo (PT: *pedaço*)
pedi: reservado, pedido (PT: *pedir*)
pega: tomar, recoger (PT: *pegar*)
pel: poder, tener permiso para
pelikula: película (sobre el agua) (PT: *película*)
pen: cinco
peni: preguntar, pedir
pensa: pensar (PT: *pensar*)
pera: pera (PT: *pera*)
pesoal: privado, personal (PT: *pessoal*)
pia: fregadero, lavabo (PT: *pia*)
piada: chiste (PT: *piada*)
pinta: pintar (PT: *pintar*)
po: polvo (PT: *pó*)
podí: pudrirse (PT: *apodrecer*)
poku: algo de, unos pocos (PT: *pouco*)
pon: poner (PT: *pôr*)
pontu: punto (PT: *ponto*)
poron: bodega (de un barco) (PT: *porão*)
potaun: portón (PT: *portão*)
potezi: protegido (PT: *protegido*)
punto: punto (SP: *punto*)
pura: para
re: que, quien, el cual
rebizon: revisión (PT: *revisão*)
redi: red (PT: *rede*)
registu: registro (PT: *registro*)

- regula:** norma vigente, regla (*PT: regra*)
relei: relé, retransmisor (*EN: relay*)
relozi: reloj (*PT: relógio*)
ren: otra vez
resha: reja (*SP: reja*)
responsabel: responsable (*PT: responsável*)
restu: el resto (*PT: resto*)
reta: quedarse
reuni: reunirse (*PT: reunir*)
reunion: reunión (*PT: reunião*)
reza: rezar (*PT: rezar*)
rezeva: reserva (*PT: reserva*)
risibi: recibir (*PT: receber*)
risku: rayado, raya (*PT: risco*)
risponde: contestar por escrito, responder (*PT: responder*)
roda: círculo, rueda (*PT: roda*)
roshu: piedra, roca (*PT: rocha*)
rota: ruta (*PT: rota*)
sa: él, ella, eso
saf: poder, ser capaz de
saku: saco (*PT: saco*)
sala: sala (*PT: sala*)
saude: brindis (*PT: saúde*)
se: comprobado por mí (voz de registro)
sedu: temprano (*PT: cedo*)
segi: rastrear, seguir (*PT: seguir*)
seguransa: seguridad (*PT: segurança*)
seka: secado (*PT: secagem*)
sekensia: secuencia (en las baldosas) (*PT: sequência*)
seksaun: sección (*PT: secção*)
seku: seco (*PT: seco*)
selula: celda, célula (*PT: célula*)
semana: semana (*PT: semana*)
sen: cien
sena: tocar; siguiente (marca lo próximo que hay que hacer)
senta: sentarse (*PT: sentar*)
sentimentu: sentimiento (*PT: sentimento*)
sentu: cuerpo principal, centro (*PT: centro*)
senu: aquí
ses: seis
sesta: viernes (*PT: sexta*)
sesun: primavera (*EN: season*)
set: siete
shabi: llave (*PT: chave*)
shama: llamar (*PT: chamar*)
shamada: llamada (*PT: chamada*)
shaun: suelo, piso (*PT: chão*)
sheka: comprobar, revisar (*EN: check*)
shemu: planta
sheyru: olor (*PT: cheiro*)
si: él, ella, eso (alguien ya nombrado)
sibik: cívico (*EN: civic*)
sidadon: ciudadano (*PT: cidadão*)
sife: si (condicional)
sili: ser pequeño
sima: arriba, encima (*PT: em cima*)
sinál: señal (*PT: sinal*)
siri: ellos, ellas
so: que (como en *dijo que*)
sobi: sobre, acerca de (*PT: sobre*)
soldadura: soldadura (*PT: soldadura*)
soleta: deletreo, ortografía (*PT: soletrar*)
somenti: solo, solamente (*PT: somente*)
sozin: solo, a solas (*PT: sozinho*)
suda: sudar (*PT: suar*)
sukata: chatarra (*PT: sucata*)
suzeston: sugerencia (*PT: sugestão*)
ta: hizo (el pasado)
tabua: tabla (*PT: tábua*)
tadi: tarde (*PT: tarde*)
taksa: tarifa, cuota (*PT: taxa*)
tama: cosa
tanki: tanque (*PT: tanque*)
tanpondo: transpondedor (*EN: transponder*)
tasferi: transferencia (*PT: transferência*)
tavi: reparar
tavon: freno (*PT: travão*)
tay: sí, aceptado (respuesta)
tayat: primero (*ZH: cantonés taió jati*)
teimu: plazo, período (*EN: term*)
tem: (cierra una cláusula que empezó con *so, re, kase* o *sife*)
tempestadi: tormenta (*PT: tempestade*)
tempu: tiempo (atmosférico) (*PT: tempo*)
temwen: testigo (*HK: temwen*)
tera: tierra (*PT: terra*)
teribel: terrible (*PT: terrível*)
testa: tomar una muestra, probar (*PT: testar*)
testi: prueba (*PT: teste*)
ti: tú, usted
tilyu: riel (*PT: trilho*)
tinta: pintura, tinta (*PT: tinta*)
tira: sacar (agua) (*PT: tirar*)
tiri: tres
titulu: titular (*PT: título*)
toka: intercambiar, trocar (*PT: trocar*)
tosi: tos (*PT: tosse*)
tudu: todo, cada (*PT: tudo*)
tunel: túnel (*PT: túnel*)
ultimu: último (*PT: último*)
uni: unir (*PT: unir*)
uza: usar (*PT: usar*)
uzu: uso (*PT: uso*)
vaga: cupo, vacante (*PT: vaga*)
vagon: vagón (*PT: vagão*)
vale: valle (*PT: vale*)

vali: valor, valer (PT: *valer*)
valida: confirmar, validar (PT: *validar*)
varanda: balcón (PT: *varanda*)
vaziu: vacío (PT: *vazio*)
ve: hará (futuro)
vedadi: verdadero (PT: *verdade*)
vemelu: rojo (PT: *vermelho*)
vende: vender (PT: *vender*)
veni: venir
veron: verano (PT: *verão*)
vestidu: vestido (PT: *vestido*)
vey: también
vida: vida (PT: *vida*)
vidi: ver
vila: pueblo (PT: *vila*)
vira: derramar, voltear (PT: *virar*)
vive: sobrevivir, vivir (PT: *viver*)
voli: amar
yapi: entrar, meterse (ZH: *cantonés jap6*)
yeka: llegar, alcanzar (PT: *chegar*)
yel: quizá, podría
yeni: oír
yin: imprimir, prensa (ZH: *cantonés jan3*)
yori: mañana (el día siguiente)
zanela: ventanilla (de trámites) (PT: *janela*)
zanta: cena (PT: *janta*)
zu: muy

SWITCH

El Switch es la lengua hablada de Garden. El objeto va antes de ke y el verbo va al final. La voz del registro del patio da el objeto, el estado, en qué mano está, el permiso, el siguiente trabajo y la procedencia (trak, blank-trak, kros-trak).

abi: todavía (HI: *abhi*)
agla: siguiente (HI: *agla*)
ama: padre o madre
an: yo, me
ana: nosotros, nos (sin incluir a quien escucha)
anguli: dedo (HI: *ungli*)
ata: uno
avaza: voz (HI: *aavaaz*)
badal: cambiar (HI: *badal*)
baito: siéntate (orden) (HI: *baitho*)
bandi: cerrado (HI: *band*)
barba: rebaba (PT: *rebarba*)
bati: construir (HK: *bati*)
ben: bien (como en *bien, entonces*) (PT: *bem*)
bi: dos
bol: palabra (HI: *bol*)
bomba: bomba (PT: *bomba*)
bor: tablero (EN: *board*)

but: bota (EN: *boot*)
da: hizo (el pasado)
daraza: cajón (HI: *daraz*)
deko: mirar (HI: *dekho*)
den: entonces
der: tarde (HI: *der*)
des: diez
di: este, esta, esto
dina: día
dona: dar (PT: *doar*)
doni: responder
dori: decir
du: pendiente (el siguiente trabajo, en la voz de registro) (V3: *du*)
dur: lejos (HI: *dur*)
e: es, son; está, están
ekipa: cuadrilla (PT: *equipa*)
en: haciendo, en curso
feni: hacer
finish: acabado (de una superficie) (EN: *finish*)
fit: ajustar, montar (una pieza) (V3: *fit*)
geli: estar bien, ser bueno
gini: contar (HI: *gin-*)
go: hará (futuro)
guru: maestro (HI: *guru*)
har: cada (HI: *har*)
i: él, ella, eso
imi: niño
ine: ellos, ellas
ka: poder, ser capaz de
kaba: gabinete, caja (V3: *kaba*)
kagofis: oficina de carga (EN: *cargo office*)
kagokoman: mando de carga (EN: *cargo command*)
kami: útil (HI: *kaam + -i*)
karb: carbono (V3: *karb*)
kari: cargar, llevar
karo: vagón (de tren) (V3: *karo*)
kase: porque
kavi: tomar
ke: (marcar la cosa sobre la que se actúa; va después de esa cosa)
keki: pastel (EN: *cake*)
kilometa: kilómetro (EN: *kilometre*)
kiu: fila, cola (EN: *queue*)
kot: abrigo (EN: *coat*)
kros-trak: cruzado, disputado (dicho del origen de una cosa); ¿qué más hay en la vía? (EN: *cross track*)
kuata: cuarto (de hora) (EN: *quarter*)
kudi: saltar (HI: *kood*)
kula: abrir (HI: *khul-*)
kus: algo (HI: *kuch*)
kut: separado, cortado (estado) (EN: *cut*)
la: con
lado: lado (SP: *lado*)

- lage:** parecer (*HI: lag-*)
lavi: trabajar
le: en
lever: palanca (*EN: lever*)
li: a
likhi: escribir (*HI: likh-*)
lo: de, desde
lu: más de uno
mai: quizá, podría
maniwa: mano
mara: la mayor parte, la mayoría
mari: morir (*HI: mar-*)
mata: todo, solo (eso es todo)
mavi: mover
meli: querer
mendak: rana (*BN: bang; HI mendhak*)
mera: persona
mes: mes (*PT: mês*)
mili: encontrarse con (*HI: mil-*)
mona: dinero
muka: cara (*HI: mukh*)
nafarat: odio (*HI: nafrat*)
nal: sobre, encima de
namak: sal (*HI: namak*)
nani: abuela (*HI: nani*)
nem: (cierra una cláusula que empezó con *kase*)
neme: nombre
nen: nueve
nena: nunca
neri: irse
nes: debajo de
ni: de
nil: dentro
nisan: marca (*HI: nishan*)
no: no
no-ope: sin permiso, no abrir (*EN: no open*)
noka: noche
novi: saber
nu: ahora
nul: cero
numa: casa, hogar
odi: otro
ok: ocho
pa: poder, tener permiso para
padi: leer (*HI: padh-*)
pasa: ocurrir, pasar (*PT: passar*)
patra: carta (*HI: patra*)
peni: preguntar, pedir
pensil: lápiz (*EN: pencil*)
pidi: generación (*HI: pidhi*)
pin: alfiler, clavija (*EN: pin*)
posta: cartel (*PT: poster; cartaz*)
prenta: impresora (*EN: printer*)
purana: viejo (*HI: purana*)
ra: que, quien, el cual
rako: guardar, sostener (*HI: rakh-*)
rel: tren (*HI: rel (ferrocarril)*)
ren: otra vez
res: reposo, suspender (el siguiente trabajo, en la voz de registro) (*EN: rest*)
reti: quedarse
saba: todo, todos (*HI: sab*)
sahi: correcto, bien (*HI: sahi*)
sal: año (*HI: sal*)
sardi: invierno (*HI: sardi*)
savadan: cuidadoso (*HI: savdhan*)
savari: viaje (en un vehículo) (*HI: savari*)
savi: cantar
se: si (condicional)
sekshon: sección (*EN: section*)
sela: allí
sen: cien
set: siete; juego, conjunto emparejado (abreviatura del patio)
sha: (cierra una pregunta de sí o no)
sheka: comprobar, revisar (*EN: check*)
sida: sentarse (*HK: chita*)
silai: costura (*HI: silai*)
sirsak: titular (*HI: shirshak*)
soshi: pensar (*HI: soch*)
susti: descuidado (*HI: susti*)
suwish: cambio de agujas (en la vía) (*EN: switch, tomado en el habla ferroviaria hindi como svich*)
tair: nadar (*HI: tair-*)
tak: hasta (*HI: tak*)
tala: candado, cerradura (*HI: tala*)
tama: cosa
tavi: reparar
teni: sostener (*SP: tener*)
tezi: rápido (*HI: tez*)
tiket: boleto (*EN: ticket*)
tima: tiempo (*tima kut*, tiempo fuera)
to: deber, tener que
trak: de dónde vino (voz de registro)
tri: tres
un: tú, usted (una persona)
uza: usar (*PT: usar*)
vedi: elegir
veni: venir
vi: que (como en *dijo que*)
vidi: ver
wan: y
wena: qué
weni: quién
wenila: cuánto tiempo
wenu: por qué
wet: mojado (estado en el registro) (*EN: wet*)
yena: apenas, justo

GLOSARIO

yunit: unidad (*EN: unit*)

zamin: suelo, tierra (*HI: zamin*)

zu: muy



Investigación y ficción

Estas historias parten de regiones reales. Sus historias futuras, personajes, instituciones y sucesos son inventados. La investigación informa las distinciones que hace la historia; no predice este futuro ni explica sus misterios.

Span, Latch y Switch son lenguas construidas. Se crearon a partir de las historias documentadas de las lenguas que se hablan a lo largo del corredor del noreste y de lo que saben los lingüistas sobre cómo se forman las lenguas de contacto: palabras para «decir» y «ver» que se convierten en marcas de cómo sabe algo quien habla, oraciones de relativo marcadas con una sola partícula, nuevas maneras de hablar que se asientan en una generación, y lenguas habladas que viven junto a un estándar escrito. Sus formas no son el habla de ninguna comunidad viva.

Entre las obras en las que se basaron las lenguas: Charles A. Ferguson, «Diglossia» (*Word*, 1959); Thomas L. Willett, «A Cross-Linguistic Survey of the Grammaticization of Evidentiality» (*Studies in Language*, 1988); Jenny Cheshire, Paul Kerswill, Sue Fox y Eivind Torgersen, «Contact, the Feature Pool and the Speech Community: The Emergence of Multicultural London English» (*Journal of Sociolinguistics*, 2011); y el *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures* (APiCS Online).

Los libros de Robert Greene y *Philosophy 101* de Paul Kleinman influyeron en las preguntas de la novela sobre el poder, el deseo, la estrategia y el sentido. Las decisiones de los personajes son suyas, no demostraciones de que una sola explicación sea la verdadera.

Este libro y su cubierta se desarrollaron con herramientas de inteligencia artificial generativa bajo la dirección del autor. Esta traducción al español se hizo con herramientas de inteligencia artificial generativa bajo la dirección del autor y se revisó con herramientas automáticas; no la hizo un traductor humano.



Sobre el autor



Manuel A. Dominguez es el autor de *DISSONANCE* y *The Fourth Rail*, novelas de la Unión Farbound. Los libros exploran cómo la gente construye una vida en común cuando el techo, el trabajo y el cuidado traen obligaciones que chocan entre sí, y qué pasa cuando las personas que aman quieren otra cosa.



También de Manuel A. Domínguez

DISSONANCE, una novela de la Unión Farbound. Disponible completa en inglés en Amazon; la muestra gratuita del primer arco en español, *Disonancia*, se distribuye en mudnewspackage.com.